J. KRISHNAMURTI

COMPRENSIÓN CREADORA

EDITORIAL KRISHNAMURTI
1954

COMPRENSIÓN CREADORA

9 Conferencias de

KRISHNAMURTI

EDITORIAL KRISHNAMURTI
1954

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN POONA Y NEW DELHI (India)

Traducción directa del inglés

Por

Arturo Orzábal Quintana

PRIMERA CONFERENCIA EN POONA

Como vamos a tener varias pláticas durante las próximas semanas, creo que es importante comprender la relación entre el orador y vosotros. En primer término: nosotros no tratamos de ideas ni de opiniones. No intentaré convenceros de ningún punto de vista en particular; ni trataré de comunicaros idea alguna, porque no creo que las ideas, las opiniones, puedan producir un cambio fundamental en la acción. Lo que produce un cambio radical es el comprender la verdad de lo que *es*. No nos ocupamos, pues, de opiniones ni de ideas. Las ideas siempre encuentran resistencia; a una idea puede oponérsele otra idea, y una opinión puede crear una contradicción. Resulta por lo tanto absolutamente inútil buscar la solución de un problema mediante una idea. Como lo he dicho, las ideas no producen una transformación radical. Y actualmente, tanto en los asuntos mundiales como en nuestra vida individual, una transformación radical, una revolución de valores, es

indispensable. Tal cambio de valores no se produce con sólo cambiar ideas o substituir sistemas. No trato, pues, de persuadiros ni de disuadiros acerca de ningún punto de vista en particular. Tampoco actúo como "gurú" de nadie, porque no creo que un "gurú" sea necesario para el descubrimiento de la verdad. Por el contrario, un "gurú" es un impedimento para descubrir lo real. Ni tampoco actúo como líder que crea una opinión, una organización; porque el líder es un factor de deterioro en la sociedad.

Así, pues, tanto vosotros como yo tenemos que ser muy claros en lo que atañe a la naturaleza de nuestras relaciones; y es preciso que sepáis cuál es la actitud del orador, antes de poder rechazar o aceptar lo que él dice. Si es que puedo sugerirlo, antes de que rechacéis cualquiera de las cosas que yo digo, examinadlas primero con cuidado, sin parcialidad alguna. Es muy difícil examinar algo sin parcialidad, sin prejuicio; pero no debe haber prejuicio si es que hemos de comprender algo, y lo que se nos dice no podemos simplemente relegarlo a alguna autoridad antigua. Eso no es sino otra forma de evasión. Lo que trataré de hacer durante estas discusiones y pláticas es señalar ciertas cosas; y, mientras las señale, no os convirtáis en meros observadores, espectadores, oyentes. Porque vosotros y yo vamos a emprender un viaje para ver si podemos descubrir todo el devenir de la civilización moderna, su esplendor y su catástrofe, en la cual se hallan involucrados a la vez el Oriente y el Occidente. Es un viaje de descubrimiento, que vosotros y yo vamos a emprender juntos a fin de ver

muy clara y directamente lo que está ocurriendo. Para eso no necesitáis un líder ni un "gurú", ni os hacen falta opiniones ni una organización. Lo que sí necesitáis es claridad de percepción para ver las cosas tal cuales son; y cuando veis las cosas así, claramente, la verdad se manifiesta. Para ver claramente, no es atención esporádica la que debéis prestar sino atención sostenida, directa, positiva, sin distracción alguna; y ésa va a ser nuestra dificultad.

Tenemos muchos problemas, políticos, económicos, sociales y religiosos, todos los cuales reclaman acción; pero antes de que podamos actuar es preciso que sepamos en qué consiste el problema. Sería realmente absurdo limitarse a actuar sin conocer todo el encadenamiento de un problema. Pero a la mayoría de nosotros nos interesa la acción; queremos hacer algo. Hay problemas "comunales", problemas nacionales, problemas de la guerra, problemas del hambre, de las diferencias lingüísticas, e innumerables otros problemas; y teniendo que afrontarlos, deseamos saber qué hemos de hacer. Todo nuestro impulso, nuestro móvil, no es el de estudiar la cuestión o el problema, sino el de hacer algo a su respecto. Después de todo, un problema como el del hambre requiere mucho estudio, buena dosis de comprensión. En la comprensión hay acción. Limitarse a actuar en virtud de alguna reacción superficial, es enteramente inútil y conduce a mayor confusión.

Ahora, si queréis, lo que vosotros y yo vamos a hacer es examinar de un modo muy claro, cuerdo y racional todo el problema de nuestra existencia. No

voy a deciros lo que habéis de pensar, cosa que hacen los propagandistas; pero, al examinar lo que *es*, vamos a aprender cómo pensar respecto de un problema, lo cual es mucho más importante que el que se nos diga lo que hay que pensar.

El problema mundial en la época presente es tan grave, la catástrofe tan inminente, y el desastre se extiende con tanta rapidez, que el pensar de acuerdo a una mera fórmula, de izquierda o de derecha, es absolutamente vano. Una fórmula no puede brindar una respuesta; sólo puede producir acción conforme a su propia norma limitada. Lo importante, pues, en estas discusiones y pláticas, es antes que nada el comprender que nos hallamos frente a problemas que requieren muy cuidadoso estudio, y no de acuerdo a ningún plan premeditado ni idea preconcebida. Yo no os doy un plan, ni os digo lo que hay que hacer, pero juntos, vosotros y yo, vamos a averiguar en qué consiste el problema. Comprendiendo el problema, comprenderemos la verdad con respecto al problema; y ello es el único enfoque racional. Si buscáis una fórmula, un sistema, me temo que os sintáis decepcionados, porque no me propongo daros una fórmula. La vida no tiene fórmula. Es la gente intelectual la que tiene una fórmula, que quiere sobreponer a la vida. Es preciso que esto lo veamos con toda claridad. Si habéis venido a esta reunión por curiosidad, porque algo habéis leído acerca de la posición que se me atribuye, podréis quedar satisfechos o descontentos; pero sin una intención seria, jamás comprenderéis el problema total de la existencia. El pro-

blema no es puramente de la India, de Maharashtra o de Gujerat, todo lo cual es pueril: el problema es universal. Vuestro problema es mi problema, es el problema de todo individuo, ya sea en Europa, en América o en Rusia.

Habré, pues, de ayudaros a pensar rectamente. Vosotros y yo vamos a emprender un viaje para penetrar los problemas de la presente crisis mundial. Para hacer eso, tengo que solicitar vuestra cooperación. La cooperación, en este caso, consiste en escuchar como es debido; esto es, debéis experimentar o "vivenciar" lo que se os dice a medida que proseguimos juntos, y no simplemente escuchar la disertación y luego marcharos con ciertas ideas fijas de aceptación o negación. Vosotros y yo estamos por emprender un viaje juntos; y, para emprenderlo, debéis estar dispuestos a "vivenciar", a observar, a vigilar, y a daros cuenta de lo que implica dicho viaje. De suerte que, por así decirlo, para comprender debéis no sólo escuchar objetivamente lo que se discute, sino "vivenciarlo" interiormente. Yo no soy dogmático. Es estúpido ser dogmático, y la gente dogmática es intolerable. El hombre que dice que sabe, no sabe; hay que cuidarse de esa gente. Al emprender el viaje, debemos tener una noción muy clara de lo que se necesita. La primera cosa esencial es que no estemos atados a ninguna experiencia pasada, ya sea nacional, religiosa o personal. Si emprendemos un viaje de real investigación, debemos desechar todas las ataduras que nos sujetan. Eso es difícil, especialmente para las personas de cierta edad que han echado más

firmes raíces en cuanto a tradición, a familia, y para los que tienen una cuenta bancaria; y los jóvenes se hacen presentes si hay alguna recompensa, si se les garantiza un placer, una posición, una respuesta inmediata. Estamos, pues, acosados por muchas dificultades.

Bueno, ¿cuál es nuestro problema? El problema diario y común de la existencia es evidentemente el del sufrimiento, ¿verdad? El sufrimiento en diferentes formas es lo que a todos nos cae en suerte, ya sea de índole económica, social, el sufrimiento que causa la muerte, etc. Es natural que exista el deseo de estar seguro en medio de la inseguridad, de la incertidumbre que nos rodea. Deseamos tener seguridad en lo que atañe al alimento, al vestido y al albergue; deseamos seguridad en nuestras relaciones, en nuestras ideas. ¿No es eso lo que buscamos? Queremos certeza en nuestras posesiones, ya se trate de cosas, de personas o de ideas; y por nuestras posesiones estamos dispuestos a batallar, a mutilar, a destruir. A fin de estar seguros en nuestras relaciones, en nuestras posesiones, en nuestras ideas, hemos creado fronteras nacionales, creencias, dioses, conductores, etc. Cuando cada uno de nosotros busca así seguridad, es natural que haya oposición, y esa oposición engendra conflicto en nuestra vida. Cuando buscamos seguridad, la existencia es una constante batalla, un conflicto incesante; y hallándonos en conflicto, siendo desdichados, queremos encontrar la verdad. Expresada en forma sucinta, ésa es nuestra posición, cuyos detalles examinaremos a medida que

prosigamos. Lo importante en nuestra vida es cómo evitar el conflicto, cómo dejar de encontrar resistencia. Ese es sin duda nuestro problema, ¿no es cierto?

A través del mundo hay guerras, hambre, lucha, conflicto entre pueblos, entre familias, en el seno de la familia y fuera de la familia; hay división entre bracmanes y "no bracmanes", entre japoneses y americanos, y así sucesivamente. Nuestro problema inmediato es el del alimento, vestido y albergue, y el de saber si esas cosas indispensables pueden ser producidas para todos a fin de que en el mundo no haya hambre. Cada partido, cada sistema —de izquierda o de derecha— ofrece una solución antagónica; y vosotros y yo nos hallamos igualmente en la lucha: política, económica y social. Nuestra vida es de lucha constante para mantener nuestra posición, para acumular dinero y aferrarnos a él; y nos acosan innumerables otros problemas: el problema de la muerte y de lo que sucede después de la muerte, el problema de si hay Dios, de lo que es la verdad, etc.

¿Cómo vosotros y yo habremos de abordar esos complejos problemas? Toda la gente intelectual del mundo que ha penetrado esos problemas y tratado de mostrarnos el camino, ha fracasado. Esa es la calamidad de la civilización moderna, ¿no es así? Los intelectuales están en quiebra, sus fórmulas resultan inaplicables, y tenemos que hacer frente de inmediato al problema del hambre y de la verdadera convivencia. Lo que nos interesa, pues, es la acción, la interrelación, el descubrir cómo vosotros y yo podemos abordar de un modo nuevo todos estos proble-

mas. Hemos visto que el abordarlos por métodos viejos y rutinarios no ha producido ningún cambio fundamental, que sólo ha acrecentado la confusión. ¿Cómo vosotros y yo podemos, pues, abordar estos problemas de un modo nuevo? Es obvio que no podemos aguardar que alguna otra persona, un "gurú" o un líder, resuelva nuestras dificultades. Eso es infantil, es pensar sin madurez. La responsabilidad es vuestra y mía; y puesto que los dirigentes han fracasado, y los sistemas y las fórmulas carecen de sentido, no podemos quedarnos sentados como espectadores, esperando que se nos diga lo que hay que hacer. ¿Cómo, pues, vosotros y yo habremos de actuar con respecto a esos problemas?

Antes de poder actuar, tenemos que saber pensar. No hay acción sin pensamiento. La mayoría de nosotros sí actúa sin pensamiento, y es el actuar sin pensamiento lo que nos ha conducido a esta confusión. De suerte que debemos descubrir cómo pensar antes de que sepamos cómo actuar. Vosotros y yo tenemos que descubrir la recta manera de pensar, ¿no es así? Si no hacemos más que citar el Bhagavad Gita, la Biblia o el Corán, ello carece de sentido; no tiene valor alguno el citar lo que otra persona haya dicho. Repetir una verdad es repetir una mentira. Creemos que repitiendo hemos resuelto un problema. ¡Qué absurdo! La autoridad, ya sea moderna o antigua, no tiene relación alguna con el recto pensar. Sólo cuando vosotros y yo descubramos cómo pensar rectamente, podremos resolver los problemas colosales que se nos plantean. Si esperamos que otras perso-

nas cumplan con la tarea, ellos se convertirán en conductores; y los conductores nos conducen inevitablemente a la catástrofe.

Ahora bien, ¿cómo os pondréis a pensar rectamente? Para pensar rectamente tenéis que conoceros a vosotros mismos, ¿verdad? Si no os conocéis a vosotros mismos, no tenéis base alguna para el recto pensar, y por consiguiente lo que pensáis carece de valor. Vosotros no sois diferentes del mundo; el problema mundial es vuestro problema, y el proceso de vosotros mismos es el proceso total del mundo. Es decir, vosotros habéis creado el problema, que es a la vez individual y universal, y para que surja la acción verdadera que habrá de resolverlo, tenéis que ser capaces de pensar rectamente; y es obvio que para pensar rectamente debéis conoceros a vosotros mismos. De modo que nuestro principal interés no está en la mera salvación personal, sino en saber pensar rectamente gracias al conocimiento propio. Los individuos —vosotros y yo— creamos el mundo; el individuo, por lo tanto, es de suprema importancia. Vosotros y yo somos responsables de la confusión brutal que hay en el mundo: el patriotismo, los nacionalismos en conflicto, las absurdas divisiones de la gente. Esto lo analizaremos más adelante. Pero es obvio que vosotros y yo somos responsables de la miseria del mundo, no alguna misteriosa fuerza. Se trata de nuestra responsabilidad directa; y para que surja la acción verdadera tiene que haber recto pensar. Vosotros y yo, por consiguiente, somos de la máxima importancia. Como lo he dicho, mientras vosotros no

sepáis qué sois, no tenéis base para el recto pensar; y por eso es que resulta esencial conoceros a vosotros mismos antes de hacer alguna cosa. La gente avisada que se halla aquí presente podrá decir: "Todo lo sabemos acerca del problema mundial". Cuando eso se dice, es porque no se quiere actuar. Ofrecer una solución para el problema del mundo sin conocerse uno mismo, es mero aplazamiento de lo inevitable, porque el problema del mundo es el propio problema de uno, y el individuo no es distinto del mundo.

Al comprenderos a vosotros mismos no os retiráis del mundo. No hay existencia alguna en el aislamiento. Nada vive en el aislamiento, y yo no propongo que uno huya de la vida, que la esquive o que se retire de ella. Antes bien, sólo podéis comprenderos a vosotros mismos en relación con las cosas, con las personas y con las ideas, y esa relación siempre existe, jamás está ausente. La interrelación es un proceso de autorrevelación. No podéis negar la interrelación; si la negáis cesa vuestro ser. De suerte que lo que yo digo es práctico, no es cosa vaga. Pero es preciso que primero veáis el problema, y que luego descubráis cómo abordarlo; y al abordarlo como es debido, podréis resolver el problema. Por eso es que vosotros sois de suprema importancia.

Durante las próximas seis semanas voy a hablaros de cómo ha de comprenderse uno mismo para que haya recto pensar y por lo tanto acción verdadera con respecto a los problemas que se nos plantean. Hay una diferencia entre recto pensar y pensamiento recto. El pensamiento recto es estático, mientras

el recto pensar es flexible y está en constante movimiento. El recto pensar conduce al descubrimiento, al conocimiento directo; surge mediante la observación de uno mismo. El individuo varía constantemente, y en consecuencia necesitáis una mente que sea en extremo veloz. Ese es el único camino hacia el recto pensar, y por lo mismo hacia la acción verdadera; y sólo ésta puede resolver la actual confusión.

Se me han entregado tres o cuatro preguntas, que trataré de contestar.

Pregunta: En vista de la guerra que nos amenaza y de la devastación atómica de la humanidad, ¿no resulta vano concentrarse en la mera transformación individual?

KRISHNAMURTI: Esta es una cuestión muy complicada, que requiere muy cuidadoso estudio; y espero que tendréis la paciencia de ir conmigo paso a paso y no quedaros en la mitad del camino. Sabemos cuáles son las causas de la guerra. Ellas son bastante obvias, y hasta un escolar puede verlas: la codicia, el nacionalismo, la búsqueda del poder, las divisiones geográficas y nacionales, los conflictos económicos, los Estados soberanos, el patriotismo, el que una ideología —de izquierda o de derecha— trate de imponerse a otra, etc. Esas causas de guerra son engendradas por vosotros y por mí. La guerra es la expresión espectacular de nuestra existencia diaria, ¿no es así? Nos identificamos con determinado grupo —nacional, religioso o racial— porque ello nos da

una sensación de poder; y el poder inevitablemente produce la catástrofe. Vosotros y yo somos responsables de la guerra, no Hitler, Stalin o algún otro superlíder. Resulta cómodo expresar que los capitalistas, o insanos conductores, son responsables de la guerra. En el fondo, cada cual desea ser rico, desea el poder. Esas son las causas de la guerra, y de ella vosotros y yo somos responsables. Paréceme bastante claro que la guerra es el resultado de nuestra diaria existencia, si bien de un modo más espectacular, más sangriento. Puesto que todos tratamos de acumular posesiones, de amontonar dinero, es natural que demos origen a una sociedad con fronteras, con linderos, con muros aduaneros; y cuando una nacionalidad aislada entra en conflicto con otra, la guerra resulta inevitable. Tal es el hecho. No sé si alguna vez habéis pensado en este problema. Nos hallamos frente a la guerra; ¿y acaso no debemos averiguar quién es responsable de ella? Un hombre cuerdo, por cierto, verá que él es responsable, y dirá: "Como esta guerra yo la estoy engendrando, dejaré de ser nacional; no tendré patriotismo ni nacionalidad; no seré hindú, musulmán ni cristiano, sino un ser humano". Eso requiere cierta claridad de pensamiento y percepción, cosa que la mayoría de nosotros no estamos dispuestos a encarar. Si vosotros personalmente os oponéis a la guerra —aunque no por amor a un ideal, pues los ideales son un impedimento para la acción directa— ¿qué habréis de hacer? ¿Qué habrá de hacer un hombre cuerdo que es contrario a la guerra? Primero debe purificar su propia mente,

¿no es así? Debe libertarse de las causas de guerra, tales como la codicia. Por lo tanto, como vosotros sois responsables de la guerra, es importante que os libertéis de las causas de guerra. Eso significa, entre otras cosas, que debéis dejar de ser nacionales. ¿Estáis dispuestos a hacer eso? Es obvio que no, porque os agrada llamaros hindúes, bracmanes, o sea cual fuere vuestro rótulo. Ello quiere decir que rendís culto al rótulo, prefiriéndolo a una vida sana, racional; habréis, pues, de ser destruídos, os guste o no.

¿Qué habrá de hacer una persona si desea libertarse de las causas de guerra? ¿Cómo habrá de detener la guerra? ¿Es posible atajar la guerra que se avecina? El ímpetu de la codicia, la fuerza del nacionalismo, que todo ser humano ha puesto en movimiento, ¿pueden ser detenidos? Es obvio que no lo pueden. Sólo es posible detener la guerra si Rusia, América y todos nosotros nos transformamos de inmediato y decimos que no queremos ningún nacionalismo, que no queremos ser rusos, ni americanos, ni hindúes, ni musulmanes, ni alemanes, ni ingleses, sino seres humanos; que queremos ser seres humanos en convivencia, afanosos por vivir dichosamente juntos. Si las causas de guerra son extirpadas del corazón y de la mente, entonces no hay guerra. Pero el ímpetu de la guerra sigue su curso. Os daré un ejemplo. ¿Qué hacemos si una casa está ardiendo? Procuramos salvar lo más posible de la casa, y estudiamos las causas del incendio. Luego conseguimos ladrillos de calidad apropiada, materiales refractarios adecuados, una construcción de mejor tipo, etc. Y edificamos

de nuevo. En otros términos, abandonamos la casa que se quema. Análogamente, cuando una civilización se derrumba, cuando se destruye a sí misma, los hombres cuerdos que ven su imposibilidad de hacer nada al respecto, edifican una nueva civilización que no habrá de arder. Esa, por cierto, es la única manera de actuar, el único método racional: no conformarse con reformar lo viejo, con remendar la vieja casa.

Ahora bien, si yo fuera a juntar, en esta reunión y en otras partes, a todos los que sienten que son realmente libres de las causas de guerra, ¿qué ocurriría? Es decir, ¿la paz puede ser organizada? Considerad lo que ello implica, y ved qué es lo que involucra el organizar la paz. Una de las causas de guerra es el deseo de poder: individual, de grupo o nacional. ¿Qué ocurrirá si formamos una organización para la paz? Nos convertimos en un foco de poder; y la busca de poder es una de las causas de guerra. Hay continuas guerras; y sin embargo, cuando nos organizamos para la paz creamos una organización para el poder, el cual es una de las causas de guerra. En el momento en que nos organizamos para la paz, inevitablemente fomentamos el poder; y cuando tenemos poder, engendramos nuevamente causas de guerra. ¿Qué habré, pues, de hacer? Viendo que una de las causas de guerra es el poder, ¿habré de oponerme *así* a la guerra, lo cual significa más poder? ¿No engendro poder en el proceso mismo de esa oposición? Mi problema, por lo tanto, es del todo diferente. No es un problema de organización. Yo no

puedo hablar a una agrupación sino tan sólo a vosotros como individuos, mostrándoos las causas de guerra. Vosotros y yo, como individuos, tenemos que dedicar a ello nuestro pensamiento, y no dejar la tarea a otras personas. Así como en una familia, cuando hay afecto, cuando hay misericordia, no se necesita una organización para la paz, lo que nosotros necesitamos es mutua comprensión, cooperación recíproca. Cuando no hay amor, es inevitable que haya guerra. Para comprender el complejo problema de la guerra debemos abordarlo de un modo muy simple. Abordarlo de un modo simple es comprender la relación de uno mismo con el mundo. Si en esa relación hay un sentido de poder, de dominación, esa relación inevitablemente crea una sociedad basada en el poder, en la dominación, lo cual a su vez trae la guerra. Yo podré ver eso muy claramente, pero si hablo al respecto con diez personas y las organizo, ¿qué habré hecho? Habré creado poder, ¿no es así? Por tener el apoyo de diez personas que están en oposición con el traficante de guerra, yo también soy responsable de engendrar guerra. No se necesita ninguna organización. La organización es el factor poder, que produce la guerra. Tiene que haber individuos que se opongan a la guerra, mas cuando los juntáis en una organización, o representáis un credo, en cuanto hacéis eso os halláis en la misma posición que un traficante de guerra. La mayoría de nosotros se satisface con palabras. Vivimos de palabras sin sentido; pero si examinamos el problema muy atentamente, muy claramente, el problema mismo brinda la res-

puesta y no tenéis que buscarla. Cada uno de nosotros, pues, debe darse cuenta de las causas de guerra, y cada uno tiene que estar libre de ellas.

Pregunta: En vez de hilar delgado, discutiendo la cuestión del ser y del devenir, ¿por qué no se dedica Vd. a algunos de los problemas candentes del país y nos muestra una salida? ¿Cuál es su posición, por ejemplo, en los asuntos de la unidad de hindúes y musulmanes, de la amistad entre la India y Pakistán, de la rivalidad entre bracmanes y no bracmanes, y de si Bombay debiera ser una ciudad libre o formar parte de Maharashtra? Prestará Vd. un gran servicio si puede sugerir una solución efectiva para estos difíciles problemas.

KRISHNAMURTI: Que Bombay sea o no una ciudad libre, y que haya unidad entre hindúes y musulmanes, son problemas como los que se les plantean a los seres humanos a través del mundo. ¿Son problemas difíciles, o son problemas de niños, no de gente madura? Deberíamos, por cierto, haber superado ese tipo infantil de asuntos; ¿y a eso le llamáis problemas candentes del día? Cuando os llamáis a vosotros mismos hindúes y decís que pertenecéis a determinada religión, ¿no os disputáis acaso por palabras? ¿Qué entendéis por hinduísmo? Un grupo de creencias, dogmas, tradiciones y supersticiones. ¿La religión es cuestión de creencia? La religión es ciertamente la busca de la verdad, y la gente religiosa no es aquélla que tiene esas ideas estúpidas. El hombre

que busca la verdad es hombre religioso, y él no necesita rótulos tales como "hindú", "musulmán" o "cristiano". ¿Por qué nos llamamos hindúes, musulmanes o cristianos? Porque no somos gente realmente religiosa, en absoluto. Si en nuestro corazón hubiera amor, misericordia, no nos importaría un bledo cómo nos llamamos; y aquello es religión. Es porque nuestro corazón es hueco que se llena con cosas que son pueriles... y que llamáis "cuestiones candentes". Eso, por cierto, es gran falta de madurez. Que Bombay deba ser una ciudad libre, que haya bracmanes y "no bracmanes", ¿son ésos los problemas candentes, o son una fachada detrás de la cual os escondéis? Después de todo, ¿quién es bracmán? No, por cierto, el que lleva el hilo sagrado. Bracmán es una persona que comprende, que no tiene autoridad alguna en la sociedad ni depende de la sociedad, que no es codiciosa, que no busca el poder y que es ajena a todo poder. Una persona así es un bracmán. ¿Sómos vosotros y yo personas semejantes? Es obvio que no lo somos. ¿Por qué, entonces, llamarnos por un rótulo que carece de sentido? Os llamáis por ese rótulo porque resulta provechoso, porque os brinda una posición en la sociedad. Un hombre cuerdo no pertenece a grupo alguno, no busca posición en la sociedad, lo que sólo engendra guerra. Si fuéseis realmente cuerdos, no os importaría cómo se os llama; no adoraríais un rótulo. Pero los rótulos, las palabras, cobran importancia cuando el corazón es hueco. Como vuestro corazón lo es, estáis asustados y dispuestos a matar al prójimo. Es real-

mente un problema absurdo, este asunto de hindúes y musulmanes. Por cierto que es pueril, señores, indigno de gente madura, ¿verdad? Cuando veis gente sin madurez embrollándolo todo, ¿qué hacéis? De nada sirve golpearlos en la cabeza. O tratáis de ayudarlos, u os retiráis y los dejáis enteramente libres de armar sus líos. Como a ellos les gustan sus juguetes, vosotros os retiráis y edificáis una nueva cultura, una nueva sociedad. El nacionalismo es un veneno, el patriotismo es un narcótico, y los conflictos del mundo nos distraen de la relación directa con la gente. Si eso lo sabéis, ¿podéis seguir entregados a tales cosas? Si eso lo veis claramente, no habrá división entre hindúes y musulmanes. Así, pues, nuestro problema es mucho más vasto que la cuestión acerca de si Bombay debiera ser una ciudad libre; y por lo tanto no nos perderemos en necedades frente a los problemas reales de la vida. Señores, los problemas reales de la vida están al alcance de la mano, están en la batalla entre vosotros y yo, entre marido y mujer, entre vosotros y vuestros vecinos. Este lío, estas reyertas entre bracmanes y "no bracmanes", los hemos creado personalmente, con nuestra vida; vosotros y yo hemos contribuído a esta confusión, y los responsables directos somos nosotros, no algunos dirigentes. Siendo nuestra la responsabilidad, tenemos que actuar, y para actuar debemos pensar rectamente; y para pensar rectamente debemos desechar las cosas pueriles, todo lo que sabemos que es enteramente falso y sin sentido. Para ser seres humanos maduros, debemos abandonar los absurdos juguetes del nacio-

nalismo, de la religión organizada, del seguimiento de alguien en el terreno político o religioso. Ese es nuestro problema. Si sois realmente formales, si todo esto lo tomáis en serio, entonces, naturalmente, os veréis libres de actos infantiles, de llamaros por tal o cual rótulo, ya sea nacional, político o religioso; y sólo entonces tendremos un mundo pacífico. Pero si os limitáis a escuchar, saldréis y haréis exactamente lo mismo que antes hicisteis. (Risas). Ya sé que reís; y ahí está la tragedia. No os interesa detener la guerra; no os interesa realmente que haya paz en el mundo. Tal vez en Poona viváis pacíficamente por ahora, y creéis que de un modo u otro habréis de sobrevivir. Pero no vais a sobrevivir. Habláis de guerra entre Hyderabad y la nueva India, de problemas "comunales", etc. Todos estamos al borde de un precipicio. Toda esta civilización en que el hombre ha creído, podrá ser destruída. Las cosas que hemos producido y tiernamente cultivado están todas en peligro. Para que el hombre se salve del precipicio, tiene que haber real revolución; no una revolución sangrienta sino una revolución de regeneración interior. Y no puede haber regeneración sin conocimiento propio. Sin conoceros a vosotros mismos, no hay nada que podáis hacer. Tenemos que meditar de un modo nuevo todo problema; y para hacer eso, debemos librarnos del pasado, lo que significa que el proceso del pensamiento tiene que terminar. Nuestro problema es el de comprender el presente en su enormidad, con sus inevitables catástrofes y miserias; tenemos que encararlo de un modo nuevo. No pue-

de haber calidad de cosa nueva si continuamos simplemente con el pasado, si analizamos el presente a través del proceso del pensamiento. Es por eso que, para comprender un problema, el proceso del pensamiento debe cesar. Cuando la mente está quieta, serena, tranquila, sólo entonces el problema queda resuelto. De ahí que sea importante el comprenderse uno mismo. Vosotros y yo tenemos que ser la sal de la tierra y profesar un nuevo pensamiento, una nueva felicidad.

Septiembre 1º de 1948

SEGUNDA CONFERENCIA EN POONA

RESULTA especialmente difícil comprender los enredos y las complejidades de la interrelación humana, ¿no es así? Aun teniendo mucha familiaridad con una persona, es a menudo muy arduo y casi imposible descubrir cuáles son sus sentimientos y sus pensamientos. Esto se torna comparativamente fácil cuando hay afecto, amor entre dos personas, pues entonces hay comunión inmediata al mismo tiempo y en el mismo nivel; pero esa comunión se nos niega cuando discutimos o escuchamos en el mero nivel verbal. Establecer esa comunión entre vosotros y yo es en extremo difícil porque no hay afinidad, no hay verdadera comprensión. La comunión cesa cuando hay temor o prejuicio, porque entonces funciona el mecanismo defensivo. Tal vez yo vea las cosas de manera diferente de aquélla a la que vosotros estáis acostumbrados; y yo deseo estar en comunión con vosotros, deseo comunicaros lo que veo. Puede que yo no vea de un modo verdadero o completo; pero

si queréis examinar lo que yo os comunico, vosotros por vuestra parte tenéis que ser abiertos, receptivos.

Yo no me ocupo de ideas. Para mí las ideas carecen en absoluto de sentido. Las ideas no producen revolución, no producen regeneración; y es la regeneración lo que resulta esencial. La comunicación de ideas es relativamente fácil, pero la comunión de unos con otros más allá del nivel verbal es extremadamente ardua. Lo que tenemos que establecer entre nosotros no es alguna comunión imaginativa, mística, sino una comunión que sólo es posible cuando por ambas partes estamos empeñados en descubrir la verdad que resolverá nuestros problemas. En lo que me concierne, yo siento que hay una realidad que es de instante en instante, que no se halla para nada en los dominios del tiempo. Esa realidad es la única solución para los innumerables problemas de nuestra vida. Cuando uno percibe esa realidad, o cuando esa realidad adviene, ella es un factor de liberación; pero ninguna suma de argumentación intelectual, de disputa, de conflicto, ya sea económico, social o religioso, resolverá los problemas que la propia mente crea.

Nos hemos reunido para comulgar unos con otros; y, para hacerlo, hay que ser abierto y receptivo, no hay que aceptar ni negar sino inquirir. Vosotros y yo estamos relacionados; no vivimos en el aislamiento. La verdad no es cosa separada de la interrelación. La interrelación es la sociedad, y comprendiendo la relación entre vosotros y vuestra esposa, entre vosotros y la sociedad, encontraréis la verdad, o, más

bien, la verdad vendrá a vosotros y os traerá la liberación de todos los problemas. No podéis encontrar la verdad, tenéis que dejarla venir a vosotros; y para ello tiene que haber una mente que ya no esté poseída por la ignorancia. Ignorancia no es falta de conocimientos técnicos, falta de lectura de muchos libros filosóficos: ignorancia es falta de conocimiento propio. Aunque uno haya leído muchos libros filosóficos y sagrados, y sea capaz de citarlos, esas citas de palabras y experiencias ajenas acumuladas no bastan para libertar la mente de la ignorancia. El conocimiento propio surge tan sólo cuando hay indagación cabal y vivencia de las modalidades de los propios pensamientos, sentimientos y acciones, lo cual es darse cuenta del proceso total de uno mismo en la interrelación, de instante en instante. El conocimiento propio, que ahora vamos a tratar, brinda la perspectiva justa al abordar cualquiera de nuestros problemas, siendo esa justa perspectiva la comprensión de la verdad acerca del problema; y esa comprensión inevitablemente producirá acción en la convivencia. De suerte que el conocimiento propio no se opone a la acción, ni la niega. El conocimiento propio revela la verdadera perspectiva o la verdad del problema, de la cual surge la acción; y las tres cosas siempre están relacionadas entre sí, no están separadas. No hay verdadera acción sin conocimiento propio. Si no me conozco a mí mismo, es obvio que carezco de base para la acción; lo que hago es mera actividad, es la respuesta de una mente condicionada, y por lo tanto no tiene sentido. Una respuesta condicionada

jamás podrá libertar ni producir orden partiendo de este caos.

Ahora bien, el mundo y el individuo son un solo proceso, no son opuestos; y un hombre que trate de resolver sus propios problemas, que son los problemas del mundo, debe evidentemente tener una base para su pensamiento. Creo que esto es bastante claro. Si no me conozco a mí mismo, no tengo base para pensar; si no me conozco a mí mismo y me limito a actuar, tal acción forzosamente producirá miseria y confusión, que es exactamente lo que ocurre en el mundo hoy en día. De suerte que una investigación del conocimiento propio no es un proceso de aislamiento, no es el capricho o el lujo de un asceta. Por el contrario, es una evidente necesidad para el hombre del mundo, para el rico y para el pobre, y para aquél que desea resolver los problemas del mundo; porque el hombre *es* el mundo, no está separado del mundo. Creo que es muy importante comprender que este mundo es el producto de nuestra diaria existencia, y que el medio ambiente que hemos creado no es independiente de nosotros. El medio ambiente está ahí, y no podéis cambiarlo sin cambiaros a vosotros mismos; y para cambiaros a vosotros mismos debéis comprender vuestros propios pensamientos, sentimientos y acciones en la convivencia. Economistas y revolucionarios tratan de alterar el medio ambiente sin alterar al individuo; pero la mera alteración del medio sin la comprensión de uno mismo carece de sentido. El medio ambiente es el producto del esfuerzo del individuo, estando ambos relacionados entre

sí; y no podéis alterar el uno sin alterar el otro. Vosotros y yo no estamos aislados; somos el resultado del proceso total, la consecuencia de toda la lucha humana, ya sea que vivamos en la India, en el Japón o en América. El total de la humanidad somos vosotros y yo; y de ello somos conscientes o inconscientes. Para producir un cambio revolucionario en la estructura de la sociedad, cada cual tiene que comprenderse a sí mismo como proceso total, no como ente separado, aislado. Si esto resulta bien claro, podemos proceder a investigar la naturaleza de la mente del hombre y lo que él es. Pero tiene que ser muy claro para el hombre serio que no puede haber una revolución completa en el mundo en un solo nivel, ya sea el económico o el espiritual. Una revolución total, enriquecedora, no puede ocurrir a menos que vosotros y yo nos comprendamos a nosotros mismos como proceso total. Vosotros y yo no somos individuos aislados sino el resultado de toda la lucha humana con sus ilusiones, fantasías, empeños, ignorancia, porfía, conflicto y miseria. Uno no puede empezar a alterar la condición del mundo sin comprenderse a sí mismo. Si eso lo veis, dentro de vosotros se produce de inmediato una revolución completa, ¿verdad? Entonces no es necesario ningún "gurú", porque el conocimiento de uno mismo es de instante en instante; no es la acumulación de cosas oídas, ni está contenido en los preceptos de los instructores religiosos. Es porque os descubrís a vosotros mismos en la relación con los demás de instante en instante, que la interrelación tiene un sen-

tido completamente diferente. La interrelación es entonces una revelación, un constante proceso de descubrimiento de uno mismo; y de este autodescubrimiento surge la acción.

De suerte que el conocimiento propio sólo puede llegar a través de la interrelación, no del aislamiento. Interrelación es acción, y el conocimiento propio es el resultado de la alerta percepción en la acción. Se trata de algo como esto: suponed que alguien jamás haya leído libro alguno, y que él sea la primera persona que busque el significado de la existencia. No hay nadie que le diga cómo ha de comenzar; no hay ningún "gurú", ni libro, ni instructor, y él tiene que descubrir por sí mismo todo el proceso. ¿Cómo comenzaría? Tendría que empezar por sí mismo, ¿verdad? Ese es nuestro problema. El mero hecho de citar una autoridad no es conocimiento propio, no es descubrimiento del proceso del "yo", y por lo tanto carece de valor. Tenéis que principiar como si nada supiérais, y sólo entonces hay un descubrimiento creativo, libertador; y sólo entonces vuestro descubrimiento os trae felicidad y júbilo. Pero la mayoría de nosotros vive de palabras; y las palabras, como la memoria, son el resultado del pasado. El hombre que vive en el pasado no puede comprender el presente. Tenéis, pues, que descubrir el proceso de vosotros mismos de instante en instante, lo cual significa que debéis ser perceptivos, conscientes de vuestros pensamientos, sentimientos y acciones. Sed perceptivos, y entonces veréis cómo vuestros pensamientos, sentimientos y acciones no sólo se basan en la norma esta-

blecida por la sociedad o por los instructores religiosos, sino que son la consecuencia de vuestras propias inclinaciones. El daros cuenta de vuestros pensamientos, sentimientos y acciones es el proceso del conocimiento propio. Todos nosotros nos damos cuenta en el sentido de que somos conscientes, de que hacemos o pensamos algo; pero no somos conscientes del móvil o del impulso que hay detrás de lo que pensamos o hacemos. Procuramos alterar el armazón del pensamiento, pero nunca comprendemos al creador del armazón.

Es, pues, esencial comprendernos a nosotros mismos; porque sin comprendernos a nosotros mismos, sin el proceso del autodescubrimiento, no hay revolución creadora. Comprenderse uno mismo es darse cuenta de todo pensamiento y sentimiento, sin condenación. Cuando condenáis, acabáis con vuestros sentimientos y pensamientos; mas si no condenáis, justificáis ni resistís, entonces el contenido de vuestro pensamiento se revelará. Experimentad y veréis. Esto es muy importante; porque, para producir una revolución o regeneración creadora, lo primero que resulta esencial es comprenderse uno mismo. Si uno no se comprende a sí mismo, el mero hecho de producir un cambio económico, o de poner en uso nuevas normas de acción, tiene muy escaso valor. Si no nos comprendemos a nosotros mismos, no haremos más que proseguir de conflicto en conflicto. Nada se puede crear estando en conflicto; sólo puede haber creación al cesar el conflicto. Para un hombre en constante batalla consigo mismo y con el prójimo,

jamás podrá haber regeneración; él puede ir tan sólo de reacción en reacción. La regeneración sólo puede llegar cuando se está libre de toda reacción, y esa libertad adviene únicamente cuando hay conocimiento propio. El individuo no es un proceso aislado, separado del todo, sino el proceso total del género humano. Los que toman esto en serio, por lo tanto, y que desean producir una revolución radical y fundamental en los valores, tienen que empezar por sí mismos.

Tengo varias preguntas, y trataré de contestar tantas como sea posible.

Pregunta: El culto de las imágenes, el "puja" y la meditación, son naturales y evidentemente útiles para el hombre. ¿Por qué los niega usted y le quita al hombre el consuelo que ofrecen en el sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Comprendamos lo que para nosotros significa la meditación. Como es un tema complejo, deberéis prestar atención sostenida; de otro modo su sentido os escapará. Aclaremos primero para nosotros mismos los puntos principales. Antes que nada, yo no digo que la meditación no sea necesaria. Pero antes de decir si es necesaria o no, debemos comprender lo que ella significa. Mi "gurú", mis tradiciones, dicen que medite; me siento, pues, en una habitación y medito. Eso, por cierto, carece de sentido. Tengo que comprender lo que se entiende por meditación.

¿Qué entendemos por meditación? Varias cosas es-

tán involucradas en la meditación: la oración, la concentración, la busca de la verdad o de lo que llamamos comprensión, el deseo de buscar consuelo, etc. Tomemos la oración. ¿Qué significa ella para nosotros? La oración es una forma de súplica. Uno se halla en dificultades, y espera que alguien le ayude a salir de ellas. Puede que vosotros y yo no recemos, pero millones lo hacen; y cuando ellos rezan, es obvio que reciben una respuesta, pues de otro modo no rezarían. Reciben cierto consuelo. ¿En la oración la respuesta viene de Dios, de un ente superior, o la respuesta viene de alguna otra parte? ¿Qué es lo que está involucrado en la oración? Primero repetís ciertas palabras; sois hindúes, y repetís ciertos vocablos o "mantrams". Repitiendo palabras una y otra vez, producís quietud en la mente. Es obvio que si repetís algo interminablemente, embotáis, aquietáis la mente; y cuando la mente consciente está quieta, recibe una respuesta. ¿De dónde viene la respuesta? ¿Viene de lo que llamáis Dios, o de alguna otra parte? ¿Por qué rezáis? Es obvio que rezáis porque os halláis en alguna especie de dificultad, porque en vosotros hay un estado de dolor y sufrimiento, y deseáis una respuesta. Es decir, habéis creado un problema; y rezando —lo cual es una repetición de palabras— aquietáis la mente, y entonces la mente recibe una respuesta. ¿Qué es lo que realmente ocurre cuando hacéis eso? La mente superficial se halla en un estado de quietud, de inactividad; entonces lo inconsciente se proyecta, y tenéis una respuesta. O, para expresarlo diferentemente, hay un problema que os tiene pre-

ocupados y perplejos durante largo tiempo, y al que no le halláis solución. Entonces decís "voy a consultar con la almohada". Cuando despertáis a la mañana siguiente, tenéis la solución. ¿Cómo es que ello ocurre? La mente consciente, después de preocuparse con un problema, lo deja de lado y dice: "Prescindiré de él"; y cuando la mente consciente está quieta con respecto al problema, lo inconsciente puede proyectarse en lo consciente, y ahí está la respuesta. Podéis llamar a eso la voz del silencio, la voz del alma, la voz de Dios, o lo que os plazca; el nombre no importa. Es lo inconsciente que da la intimación, que da respuesta al problema; y la oración es una simple treta para aquietar la mente consciente a fin de que pueda recibir la respuesta. Pero la mente consciente recibe una respuesta de acuerdo a su deseo consciente. Mientras la mente sea condicionada, su respuesta será inevitablemente condicionada. Eso es, si soy nacionalista y mediante la oración reduzco la mente consciente al silencio, recibo una respuesta conforme a mi "condicionamiento" nacionalista. Por ello es que un Hitler puede decir: "oigo la voz de Dios". Esa es una parte de esta cuestión de la meditación.

Está luego el problema de la concentración, que es un poco más difícil; requiere más dedicación de pensamiento y atención. ¿Qué entendéis por concentración? Por concentración entendéis la exclusión. Concentrarse en un objeto, en una idea, en una imagen, significa resistir y excluir todos los otros pensamientos que invaden vuestra mente. Resistir al fluir de otras ideas, tratar de forzar vuestra mente a espaciar-

se en una idea, es una batalla constante, ¿verdad? Escogéis una idea, y procuráis fijar vuestra mente en esa idea y resistir todos los otros pensamientos; y cuando sois capaces de concentraros en esa idea con exclusión de todas las demás, creéis que habéis aprendido la concentración completa. ¿Qué es lo que realmente ocurre cuando hacéis eso? La concentración llega a ser un constante conflicto de resistencia. ¿Por qué escogéis un pensamiento y negáis todos los demás? Porque creéis que determinado pensamiento es más importante que todos los otros, a los que consideráis de menor cuantía. Hay, pues, un conflicto, una constante batalla entre los pensamientos menores y el pensamiento más importante. Pero si seguís y comprendéis cada pensamiento a medida que surge, sea él importante o no —todos los pensamientos son importantes— entonces no hay necesidad de concentrar vuestro pensamiento en una idea. Entonces la concentración ya no produce estrechez sino que fortalece y es creadora. Mirad a un niño. Dadle un juguete, algo que le entretenga, que le interese. El niño se absorberá en ello completamente; no necesitáis decirle que se concentre. Son las personas adultas las que no se interesan, y que se esfuerzan por concentrarse. El hombre que hace un esfuerzo para concentrarse, no tiene interés en lo que hace. Si se interesa, la concentración no representa esfuerzo alguno. La mayoría de vosotros se entrega a la meditación porque no se interesa en lo que hace a diario. La meditación, pues, os aleja de la vida y no forma parte de vuestra diaria existencia. La concentración que llamáis "me-

ditación", por consiguiente, es simplemente una evasión de la vida; y si podéis eludir completamente la vida, creéis haber ganado algo. Pero si examináis todo pensamiento, todo sentimiento a medida que surge, sin condenación, justificación ni resistencia, entonces, por esa comprensión y nuevo descubrimiento constantes, la mente llega a estar muy quieta, silenciosa y libre. De suerte que la meditación no es concentración ni es oración.

Está luego el cumplimiento de ritos. ¿Por qué cumplís un rito? ¿En qué verdad se apoya? Mi madre muere, y yo cumplo un rito sin razón válida. Esto, señores, plantea la cuestión del sano juicio. Hacer algo sin pensar, es cosa de insanos; emplear palabras sin "referente", sin sentido, indica un estado de desequilibrio. ¿Por qué realizáis ceremonias por los muertos? Si ello os brinda consuelo, buscáis el consuelo y no la comprensión. Si eso lo sabéis, ¿por qué hacéis tal cosa? ¿Conocéis el pleno significado del cumplimiento de ritos, todo lo que ello implica? Si no lo conocéis, es obvio que no deberíais hacerlo. ¿Por qué lo hacéis, señores? Algunas personas lo hacen porque no tienen ninguna otra cosa que hacer, especialmente las mujeres; y ello indica el estado de desequilibrio en que vivimos. El cumplimiento de ritos es un maravilloso escape de la brutalidad de la vida, de un marido brutal, del constante dar hijos a luz; y condenáis a quienes no los practican. Para algunos es un escape; para otros es asunto de tradición, de autoridad. No hay duda de que cumplir un rito por el padre o la madre que ha muerto, porque es la tradición hacerlo,

representa un estado de desequilibrio. No sabéis lo que ello significa, pero le agradará al padre, a la madre o al vecino. El que hace algo que no comprende es una persona desequilibrada. Citar la autoridad, hacer algo que no comprendéis porque os brinda consuelo, no es ciertamente un acto de persona equilibrada.

Está finalmente la adoración de una imagen, el sentarse frente a un cuadro y quedarse absorto. ¿Por qué adoráis cosas muertas? ¿Por qué no adoráis a vuestra esposa, a vuestros hijos y vecinos? Adoráis cosas muertas porque no pueden reaccionar, y podéis atribuirles lo que queráis. Es un maravilloso escape. No adoráis a los vivos porque pueden responder y deciros cuán necios sois.

Ahora bien, si la meditación no es oración, si no es concentración, si no es cumplimiento de ritos ni repetición de palabras, si no es culto de imágenes, entonces ¿qué es la meditación? Para comprender alguna cosa, es obvio que se necesita una mente serena. ¿Qué entendemos por meditación? Si veis que la meditación no es la mera repetición de palabras, no es el sentarse a mirar un cuadro y quedar hipnotizado; si veis la verdad de esto, ¿qué le ocurre a vuestra mente? Si veis la verdad acerca de la oración, del culto de imágenes, si veis la verdad acerca de los ritos y sus falacias, ¿cuál es entonces el estado de vuestra mente? Es obvio que si habéis visto la verdad acerca de todas esas cosas, estáis libres de ellas. ¿No es así? Estando libres de ellas, vuestra mente se torna mucho más clara, más tranquila, muy serena; y

en esa tranquilidad manifiéstase la realidad. La meditación, entonces, no consiste en disciplinar la mente y el corazón de acuerdo a ningún modelo determinado, sino que es un constante proceso de comprensión de instante en instante. La comprensión llega tan sólo cuando hay percepción de la verdad; no de alguna verdad abstracta, sino de la verdad de lo existente. Si confundo una cuerda con una serpiente, hay un estado de falsificación; pero cuando veo la cuerda como cuerda, hay verdad. Sólo hay verdad cuando veo las cosas como son, en su verdadera perspectiva; y todo este proceso de ver las cosas tal cuales son, claramente y sin deformación, es la meditación. Pero es en extremo difícil ver lo que *es*, no confundir la cuerda con la serpiente, porque la mayoría de nosotros somos incapaces de percibir sin deformación. La meditación, por lo tanto, es el proceso de "descondicionar" la mente; ella significa darse cuenta sin condenación, justificación ni resistencia, de todo pensamiento, de todo sentimiento, de toda fantasía que surja de acuerdo a la idiosincrasia y tendencias de la persona. La meditación, pues, significa estar libre del pasado. Es el recuerdo del pasado lo que condiciona vuestra respuesta; y la meditación es el proceso de libertar la mente del pasado.

Pero aquí surge una dificultad. Es necesario que la mente se libre del pasado a fin de no deformar lo que *es*, a fin de ver las cosas claramente como son; ¿y cómo puede la mente, que es el resultado del pasado, libertarse del pasado? La mente puede libertarse del pasado tan sólo cuando reconocéis

que todo pensamiento es producto del pasado, y os dais plena cuenta de que el pensamiento no puede resolver ningún problema. Un problema es un reto, y un reto siempre es nuevo; e interpretar lo nuevo según los términos de lo viejo, es negar lo nuevo. Cuando la mente se ve a sí misma como el centro de deformación, y es libre, clara, y no está encadenada por el pasado, cuando ya no se separa a sí misma en calidad de "tú", de "yo", entonces está en silencio; y en ese silencio está la comprensión, el reconocimiento, la realidad. Se trata de una experiencia que ha de ser sentida por cada persona; ella no puede ser repetida. Si la repetís, ya es lo viejo. Mas si os interesáis en resolver problemas humanos, es preciso que haya meditación de esa clase; y cuando la mente llega a estar quieta de un modo natural, como el lago está quieto cuando el viento cesa, entonces surge la realidad.

Pregunta: Los hombres han nacido desiguales, cosa que cualquier examen de inteligencia puede probar. Nuestros "shastras" reconocen este hecho al dividir a los hombres en tres tipos: "satva", "rajas" y "tamas". ¿Por qué, pues, dice usted que su mensaje es para todos, independientemente de las diferencias de temperamento e inteligencia? ¿No falta usted a su deber al suponer que todos son iguales? ¿No hay en ello algo de demagogia?

KRISHNAMURTI: Es un hecho obvio, señor, que todos somos desiguales. Hay extraordinaria diferen-

cia entre hombre y hombre, entre mujer y mujer. ¿Pero existe diferencia cuando amáis a alguien? ¿Hay alguna desigualdad? ¿Hay alguna nacionalidad? Cuando el corazón es hueco, los tipos cobran mucha importancia; entonces dividimos a los seres humanos en clases, colores, razas. ¿Pero hay alguna diferencia cuando amáis? Cuando hay generosidad en vuestro corazón, ¿establecéis distingos? Os dais. El hombre que no es generoso, que se preocupa por su cuenta bancaria, es el que quiere mantener esas diferencias y divisiones. Para el hombre que busca la verdad, no hay divisiones: buscar la verdad es ser activo, tener sabiduría, conocer el amor. El hombre que sigue determinado sendero no podrá nunca conocer la verdad, porque para él ese sendero es exclusivo. Cuando digo que esto es aplicable a todos, no es como lisonja a la democracia, cosa inexistente en el mundo. Apelar al hombre común es una treta barata; es lo que hace el político. Lo que yo digo se aplica a toda persona sin tomar en cuenta su situación en la vida, ni si es rica o pobre, y sea cual fuere su temperamento. Todos sufrimos, todos tenemos nuestros problemas, estamos cargados de ansiedades e incesantes conflictos; la muerte, la aflicción y el dolor son nuestros constantes compañeros. El principio jerárquico es claramente nocivo para el pensamiento espiritual. Dividir al hombre en el de arriba y el de abajo indica ignorancia. Puesto que todos sufrimos en diferentes niveles de conciencia, lo que yo digo es aplicable a todos. Todos deseamos estar libres de sufrimiento, seamos ricos o pobres, o de posición

intermedia. El sufrimiento es nuestra suerte común; y como todos buscamos una salida del sufrimiento, lo que yo digo es aplicable a todos.

Ahora bien, como sufrimos, de nada sirve contentarnos con huir del sufrimiento. El sufrimiento no puede ser comprendido eludiéndolo sino amándolo y penetrándolo. Comprendéis algo cuando lo amáis. Comprendéis a vuestra esposa cuando la amáis, comprendéis al prójimo cuando lo amáis; lo cual no es simplemente dejarse seducir por la palabra "amor". La mayoría de nosotros huye del sufrimiento mediante innumerables y hábiles tretas de la mente. Al sufrimiento se lo comprende tan sólo cuando nos hallamos cara a cara con él, no cuando sin cesar procuramos esquivarlo. Por el deseo de evitar el sufrimiento hemos desarrollado una cultura de distracción, de religión organizada, con sus ceremonias y "pujas"; y acumulamos riquezas explotando a la gente. Todo eso es indicio de que se evita el sufrimiento. No hay duda de que vosotros y yo, el hombre de la calle, cualquiera, puede comprender el sufrimiento; sólo es preciso que le prestemos atención. Pero la civilización moderna, desgraciadamente, no hace más que ayudarnos a escapar mediante las diversiones, las distracciones, o mediante las ilusiones, la repetición de palabras, etc. Todo eso nos ayuda a eludir lo que *es*, y por lo tanto tenemos que darnos cuenta de esas innumerables evasiones. Sólo cuando el hombre esté libre de evasiones disolverá la causa del sufrimiento. Para el hombre feliz, para el hombre que ama, no hay divisiones; él no es ni

bracmán ni inglés, ni alemán ni hindú. Para un hombre así no hay división en alto y bajo. Es porque no amamos que tenemos todas esas insidiosas divisiones. Cuando amáis existe una sensación de riqueza, ese perfume de la vida; y estáis dispuestos a compartir vuestro corazón con los demás. Cuando el corazón es pleno, las cosas de la mente se marchitan.

Pregunta: Maharashtra es tierra de santos. Dyaneswari, Tukaram y multitud de otros, nativos de Maharashtra, se han esforzado a través del "Bhakti Marga" por proclamar la verdad y brindar asistencia a millones de hombres y mujeres comunes que siguen visitando el templo de Pandharpur año tras año con fe y devoción. Esos santos han enunciado "mantrams". ¿Por qué no simplifica usted su mensaje y lo pone al nivel del hombre común?

KRISHNAMURTI: La mayoría de nosotros somos devotos y deseamos adorar algo; y como los "mantrams" han simplificado la vida y ayudado a millones, ¿por qué no hago yo sencilla mi enseñanza? Ésa es la esencia de la cuestión. Señor: repitiendo palabras, repitiendo un nombre, ¿cree usted que puede dar sustento al alma? ¿O no hace más que embotar la mente? Ciertamente, cualquier cosa que uno repita y vuelva a repetir, torna insensible la mente. ¿No es esa constante repetición de palabras una treta para embotar la mente a fin de que toda revolución, toda indagación y respuesta sensibles sean anuladas?

Una de las funciones de los gobiernos ha llegado a ser la de embotar la mente por una constante repetición: "nosotros tenemos razón y las otras partes no la tienen". Con vuestra interminable repetición de un nombre, con vuestra constante práctica de un rito, no hay duda de que la mente, que debiera ser sensible y dócil, se vuelve torpe. La mayoría de nosotros tiene propensión a llevar una vida en cierto modo devota; pero, por desgracia, esos ejercicios de repetición la desbaratan. Es importante comprender que el sendero de la devoción y el sendero de la sabiduría no están separados. La convivencia, que es un proceso de autorrevelación, no se comprende a través de ningún sendero único. Si yo deseo comprender la vida, tengo que vivirla, tengo que ser activo, debo estar lleno de sabiduría respecto a la vida. Seguir un sendero a expensas de otro es deformación, un estado de contradicción dentro de uno mismo.

El interlocutor desea saber por qué yo no hago de mi enseñanza algo suficientemente sencillo para el hombre común. Esto es extraordinario.¿ Por qué os preocupa el hombre común? ¿Os interesa de veras el hombre común? Mucho lo dudo. Si os interesara el hombre común, no rendiríais culto a ningún sistema ni habría partidos políticos, de izquierda o de derecha. Un sistema adquiere importancia cuando no amáis al hombre común y sólo amáis al sistema, a una ideología por la cual estáis dispuestos a matar y a destruir al hombre común. Después de todo, el hombre común somos vosotros y yo. ¿Qué dificultad hay en comprender lo que yo digo? La primera dificultad consiste en

que no queréis comprender. Si comprendiérais, habría en vosotros una revolución; y eso os perturbaría, causaría desazón a vuestro padre, a vuestra madre o a vuestra esposa. Por eso decís: "las enseñanzas de usted son demasiado complejas". En otros términos, señor: cuando usted no quiere comprender una cosa, la vuelve compleja. Cuando queréis comprender algo, lo amáis; y cuando amáis, la vida se simplifica. Es porque no tenéis amor por vuestra esposa ni por cosa alguna, que esto llega a ser una complicada filosofía que encontráis en extremo difícil. Cuando amáis a una persona, amáis a otras; el corazón es afectuoso con todos. Entonces os halláis en un estado sensible, de flexibilidad. Como no tenemos ese afecto flexible, cálido, vivimos de palabras, nos sustentamos de palabras. Rendimos culto a un sistema, con sus espantosas divisiones raciales y de clase, con sus fronteras económicas, porque nuestro corazón está vacío. Para comprender, debéis tener amor en vuestro corazón. El amor no es cosa que haya de cultivarse; surge veloz y directamente cuando no se ve estorbado por las cosas de la mente. Nuestro corazón está vacío, y es por eso que no hay comunión entre vosotros y yo. Escuchamos, empleamos palabras y argumentos, pero no hay comunión entre nosotros porque entre nosotros no hay amor. Cuando hay amor —ese fervor, esa generosidad, esa benevolencia, esa misericordia— no hay necesidad de filosofía, no hacen falta instructores, porque el amor es su propia verdad.

Septiembre 5 de 1948

TERCERA CONFERENCIA EN POONA

Como la acción nos concierne a todos, y sin acción no podemos vivir, deberíamos ahondar plenamente esta cuestión y tratar de entenderla de un modo comprensivo. Es una cuestión difícil, y tendremos que seguirla en sus diferentes niveles, porque la mayoría de nosotros no vive una vida integrada; vivimos en secciones, nuestra vida es "compartimiental". Filosofías, acciones y actividades existen en diferentes niveles, desconectadas unas de otras; y ese modo de vivir conduce inevitablemente a la confusión y al desorden. Al tratar, pues, de comprender el complejo problema de la acción, hemos de averiguar qué es actividad y qué es acción. Hay una gran diferencia entre actividad y acción. Vivimos en diferentes niveles una vida no integrada, tratando de resolver cada uno de los muchos problemas en su propio nivel. El economista procura resolver todo el problema de la existencia en el nivel económico, la gente religiosa en el nivel psicológico o llamado "es-

piritual"; y al hombre que cree en la reforma social le interesa la transformación externa, el cambio, la modificación de las normas sociales, etc.

Vemos, pues, que la mayoría de nosotros se halla activa "departamentalmente", aislando el problema y tratando de resolverlo como si se tratase de un problema enteramente económico, o enteramente psicológico o espiritual: enteramente por dentro o por fuera de la piel. Lo cierto es que esta acción inconexa es acción no integrada, y tal acción departamental es mera actividad. Es decir, cuando tratamos de resolver un problema en su propio nivel, como si no tuviera relación con otros problemas de la vida, ese procedimiento es mera actividad. Actividad es acción no relacionada con el conjunto. Cuando decimos "cambiad primero el medio ambiente y todo lo demás seguirá", no hay duda de que tal idea revela un pensamiento "compartimiental" que conduce a una mera actividad. El hombre no vive en un solo nivel sino en diferentes niveles de conciencia; y el separar su vida en compartimientos, en diferentes niveles sin relación unos con otros, es evidentemente perjudicial para la acción.

Es importante comprender la distinción entre actividad y acción. Yo llamaría actividad a la conducta de la vida basada en niveles inconexos o no integrados; el tratar de vivir como si la vida fuera en un solo nivel, no interesándose por otros niveles, por otros campos de la conciencia. Si examinamos tales actividades, encontraremos que ellas se basan en ideas; y la idea es un proceso de aislamiento, por lo

cual la actividad es siempre un proceso de aislamiento, no de unificación. Si estudiáis la actividad, hallaréis que ella es el resultado de una idea; es decir, a la idea se la considera como lo más importante, y tal idea es siempre separativa. Una idea que da origen a la actividad, o la actividad que se basa en una idea como modelo, tiene inevitablemente que ser causa de conflicto; y ello es lo que ocurre en nuestra vida. Tenemos una idea, y luego nos adaptamos a esa idea; pero si la examináis con atención, encontraréis que la idea es separativa. Una idea jamás puede ser integrante; la idea siempre es separativa, divisoria. Es obvio que el que se entrega a meras actividades basadas en una idea, causa daño, desdicha, produce desorden. La acción integrada no nace de una idea; sólo surge cuando comprendemos la vida como proceso total, no dividido en departamentos separados, en actividades separadas, distintas de la totalidad de la existencia. Acción integrada es acción no basada en ideas. Es comprensión del todo, del proceso total; y lo que es un proceso total no tiene la limitación de una idea. De suerte que quien desee actuar seriamente, formal y plenamente, sin causar desorden, debe comprender la acción como un todo no basado en la idea. Cuando la acción se basa en la idea, es simple actividad; y toda actividad es separativa, exclusiva.

Nuestro problema, entonces, consiste en actuar integralmente, como un todo, no en diferentes niveles inconexos. Para actuar como un todo, para actuar integralmente, la necesidad obvia es el conocimiento

propio. El conocimiento propio no es una idea: es un movimiento. Una idea siempre es estática. Y sin conocimiento propio, es evidente que la mera acción basada en una idea conduce al desastre, al sufrimiento y al dolor. Para la acción, pues, tiene que haber conocimiento propio. El conocimiento propio no es una técnica, no ha de aprenderse en un libro. El proceso del conocimiento propio se descubre gracias a la convivencia, a la relación con uno o con la sociedad. La sociedad es la interrelación de sí mismo con los demás. La acción integrada sólo cabe cuando hay conocimiento propio; y el conocimiento propio no es la consecuencia de una idea sino de la interrelación, que está en constante movimiento. Si lo observáis, veréis que la interrelación jamás puede ser fija, jamás puede estar atada a una idea; la interrelación está en movimiento constante, nunca es estática. Resulta por lo tanto arduo, en extremo difícil, comprender la interrelación, y es por eso que recurrimos a la mera actividad, a la ideación como norma de acción. De suerte que el hombre serio, evidentemente, no debe enredarse en la actividad sino comprender la interrelación mediante el proceso del conocimiento propio. La comprensión del proceso del "yo", de lo "mío", en todo lo que él abarca, produce acción integrada; y tal acción es completa y no engendrará conflicto.

Tengo ahora varias preguntas, y trataré de contestar tantas como pueda. He dado un vistazo a esas preguntas, pero no he pensado acerca de ellas. He tenido que elegir algunas preguntas entre muchas, y del

resto nos ocuparemos otra semana. Voy, pues, a contestar sin respuesta premeditada; y si vosotros también reflexionáis sobre cada problema, podremos proceder juntos a encontrar la verdad al respecto. Si os limitáis a escuchar la respuesta y esperáis de mí una solución, esta reunión muy poco significará; mas si podemos ahondar en los problemas y encontrar juntos la verdad, entonces la reunión tendrá gran significación. Es la verdad lo que deseáis encontrar; y para que la verdad surja, vuestra mente tiene que estar preparada. Para recibir la verdad, la mente debe ser veloz, flexible y alerta. Si sólo esperáis de mí una respuesta, es obvio que vuestra mente es torpe, insensible; y resulta esencial que la mente sea veloz y sensible. La mente no es sensible cuando os halláis en un mero estado de recibimiento. Pensemos a fondo los problemas, el modo de abordar cada cuestión, y tratemos de encontrar juntos la verdadera respuesta.

Pregunta: ¿Cuáles son los deberes de una esposa?

KRISHNAMURTI: ¿Quién habrá formulado esta pregunta, la mujer o el marido? Si la mujer la ha formulado la pregunta reclama cierta respuesta; y si es el marido quien la ha formulado, es otra la respuesta que se requiere. En este país, el marido es el patrón; él es la ley, el amo, porque él domina en lo económico, y es él quien dice cuáles son los deberes de la esposa. Como la mujer no domina y es económicamente dependiente, lo que ella dice *no* son deberes. Podemos abordar el problema desde el punto de vista del mari-

do o de la mujer. Si abordamos el problema de la esposa, vemos que, como ella no es económicamente libre, su educación es limitada o sus capacidades de pensamiento pueden ser inferiores; y la sociedad le ha impuesto reglas y normas de conducta determinadas por los hombres. Ella acepta, por consiguiente, lo que se llama "derechos del marido"; y como él domina por ser económicamente libre, y está capacitado para ganar, dicta la ley. Naturalmente, donde el matrimonio es asunto contractual, sus complicaciones no tienen límite. Está luego el "deber", un término burocrático que carece de significado en la convivencia. Cuando uno establece reglamentos y empieza a inquirir acerca de los deberes y derechos de marido y mujer, es cosa de nunca acabar. Tal interrelación, por cierto, es un asunto aterrador, ¿verdad? Cuando el marido reclama sus "derechos" e insiste en tener una esposa obediente, signifique ello lo que signifique, es obvio que la relación entre ambos es un mero contrato comercial. Es muy importante comprender esta cuestión, pues no hay duda de que tiene que haber para ella un enfoque diferente. Mientras la interrelación se base en un contrato, en el dinero, en la posesión, en la autoridad o en la dominación, la interrelación se convierte inevitablemente en asunto de derechos y deberes. Es visible la extrema complejidad de la convivencia cuando ella es el resultado de un contrato que determina lo que está bien, lo que está mal, lo que es el deber. Si yo soy la esposa y vosotros insistís en ciertas acciones, es natural que, como no soy independiente, tengo que ceder a vues-

tros deseos porque vosotros tenéis las riendas. Imponéis a la esposa ciertas reglas, derechos y deberes, y por lo tanto la convivencia se convierte en simple cuestión contractual, con todas sus complejidades.

Ahora bien, ¿no hay para este problema un enfoque diferente? Es decir, cuando hay amor no hay deber. Cuando amáis a vuestra esposa, todo lo compartís con ella: vuestros bienes, vuestras cuitas, vuestras ansiedades, vuestras alegrías. No domináis: no sois el hombre y ella la mujer que se utiliza y luego se desecha, una especie de máquina de engendrar que perpetúe vuestro nombre. Cuando hay amor, la palabra "deber" desaparece. Es el hombre que no tiene amor en su corazón quien habla de derechos y deberes, y en este país los derechos y deberes han ocupado el lugar del amor. Los reglamentos han llegado a ser más importantes que el calor del afecto. Cuando hay amor, el problema es sencillo; cuando no hay amor, el problema se vuelve complejo. Cuando un hombre ama a su mujer y a sus hijos, jamás podrá pensar en términos de deberes y derechos. Examinad, señores, vuestra propia mente y corazón. Yo sé que esto lo echáis a risa; ésa es una de las tretas de los irreflexivos, que desechan las cosas riéndose de ellas. Vuestra esposa no comparte vuestra responsabilidad, no comparte vuestros bienes, no tiene la mitad de todo lo que tenéis, porque consideráis a la mujer menos que a vosotros mismos, algo que uno mantiene para utilizarlo sexualmente cuando le resulta cómodo, cuando vuestro apetito lo exige. De suerte que habéis inventado las palabras "derechos" y "deber";

y cuando la mujer se rebela, le arrojáis a la cara esas palabras. Es una sociedad estática, una sociedad en vía de deterioro, la que habla de deber y de derechos. Si realmente examináis vuestro corazón y vuestra mente, hallaréis que en vosotros no hay amor. Si lo hubiera, no habríais hecho esa pregunta. Sin amor, no veo para qué se tienen hijos. Sin amor, producimos hijos feos, atolondrados, faltos de madurez; y toda su vida serán atolondrados y faltos de madurez, porque jamás tuvieron afecto y sólo fueron utilizados como juguetes y diversión, como algo destinado a perpetuar vuestro nombre. Para que surja una nueva sociedad, una nueva cultura, es obvio que no puede haber dominación, ya sea por el hombre o por la mujer. La dominación existe por causa de la pobreza interior. Siendo psicológicamente pobres, deseamos dominar, renegar de los servidores, de la mujer o del marido. Lo cierto es que el sentido del afecto, esa cordialidad del amor, es lo único que puede producir un nuevo estado, una nueva cultura. El cultivo del corazón no es un proceso de la mente. La mente no puede cultivar el corazón; pero cuando el proceso de la mente ha sido comprendido, el amor se manifiesta. El amor no es una mera palabra. La palabra no es la cosa. La palabra "amor" no es el amor. Cuando empleamos esa palabra y tratamos de cultivar el amor, ello es un mero proceso de la mente. El amor no puede ser cultivado; mas cuando nos damos cuenta de que la palabra no es la cosa, deja de interponerse la mente con sus leyes y reglamentos, con sus derechos y deberes, y sólo entonces existe una

posibilidad de crear una nueva cultura, una nueva esperanza, un mundo nuevo.

Pregunta: ¿Cuál es esa cualidad que nos da la percepción del todo?

KRISHNAMURTI: Comprendamos primero la pregunta. La mayoría de nosotros actúa sin integración. Sólo percibimos una parte de cualquier problema, y luego actuamos; y cuando nuestra actividad se basa en la percepción de sólo una parte y no de la totalidad de un problema, es obvio que tiene que haber confusión y miseria. La cuestión, pues, es cómo percibir en su integridad cualquier problema humano. Porque, cuando percibimos un problema en su integridad y actuamos a su respecto de un modo total, el problema se resuelve. Tal acción no crea nuevos problemas. Si yo puedo ver como un todo, y no sólo parcialmente, el problema de la codicia, de la violencia, del nacionalismo, de la guerra, entonces mi acción no producirá más catástrofe, más miseria. La pregunta es, pues: "¿cuál es esa cualidad que nos da la percepción del todo?".

Ahora bien, ¿cómo abordáis un problema? Cuando abordáis un problema buscando una respuesta, o tratando de encontrar la causa del problema, o procurando resolverlo, lo abordáis con una mente muy agitada, ¿verdad? Tenéis un problema y queréis encontrar una respuesta; por lo tanto os interesa la solución, y vuestra mente ya está ocupada en hallar esa solución. Es decir, no estáis interesados en el proble-

ma; sólo os preocupa el hallarle una solución. ¿Qué ocurre, pues? Como deseáis una respuesta al problema, no os dais cuenta del significado del problema en sí. Vuestra mente está agitada, y por ello no os resulta posible ver el problema en su totalidad; pues sólo podéis ver íntegramente un problema cuando la mente está en calma. Hay percepción del todo tan sólo cuando la mente está en absoluto silencio. Pero ese silencio, esa quietud, no se induce ni se produce mediante la disciplina ni el control. La quietud sólo llega cuando las distracciones cesan, es decir, cuando la mente se da cuenta de todas las distracciones. La mente se interesa en muchas cosas, en una diversidad de problemas, y si escoge un interés y excluye otros intereses, no se da cuenta de la totalidad del problema y por lo tanto hay distracción; mas si la mente se da cuenta de todo interés a medida que surge, y ve su significación, entonces la distracción no existe. Sólo hay distracción cuando escogéis un interés central, pues entonces todo lo que aleje del interés central es una distracción. Cuando escogéis un interés central, ¿se halla la mente sumida, absorta en ese interés? Es obvio que no. Podréis escoger un interés central, pero si examináis vuestra mente veréis que no está sumida en una sola cosa. Si estuviera sumida en una sola cosa, no habría distracción; pero vuestra mente no lo está, y tiene muchos intereses. Lo que la distracción implica es que hay un interés central, y por lo tanto cualquier cosa que compita con el interés central es una distracción. Una mente que tiene un interés central y resiste a las llamadas

"distracciones", no es una mente en calma. Una mente así está simplemente fija en una idea, en una imagen o en una fórmula; y una mente fija no es una mente quieta sino mantenida en cautiverio.

Así, pues, una mente en calma resulta esencial para la percepción del todo; y la mente sólo está quieta cuando comprende cada pensamiento y cada sentimiento a medida que surge. Es decir, la mente está en silencio cuando el proceso del pensamiento se detiene Limitarse a resistir, a erigir un muro de aislamiento y vivir en ese aislamiento, no es quietud, no es tranquilidad. La quietud cultivada, disciplinada, forzada, la tranquilidad compelida, es espúria, y una mente así no podrá nunca percibir el problema como un todo. Señor, el vivir es un arte, y un arte no se aprende en un día. El arte de vivir no puede encontrarse en los libros, y ningún "gurú" puede dároslo; pero como habéis comprado libros y seguido a los "gurús", vuestra mente está llena de ideas falsas, llena de disciplina, reglamentos y restricciones. Es porque vuestra mente nunca está quieta, nunca está en silencio, que resulta incapaz de percibir problema alguno en su totalidad. Para ver cualquier cosa plenamente, completamente, tiene que haber libertad; y la libertad no llega por la coacción, por un proceso de disciplina, de represión, sino tan sólo cuando la mente se comprende a sí misma, lo cual es el conocimiento propio. Esa forma superior de inteligencia que es el pensamiento negativo, adviene únicamente cuando el proceso del pensamiento se ha detenido y la mente está plenamente perceptiva, alerta; y en esa alerta quie-

tud percíbese la totalidad del problema. Sólo entonces hay acción integrada, acción plena, verdadera y completa.

Pregunta: Dice usted que el repetir "mantrams" y realizar ceremonias embota la mente. Los psicólogos nos dicen que cuando la mente está concentrada en una cosa o en una idea, tórnase penetrante. Se supone que un "mantram" purifica la mente. ¿Su aseveración no resulta contradictoria con los descubrimientos de los psicólogos modernos?

KRISHNAMURTI: Si vais a depender de autoridades, estáis perdidos. Un especialista es persona no integrada, y lo que él dice acerca de su especialidad no puede conducir a la acción integrada. Por otra parte, si citáis a un psicólogo y alguna otra persona cita a otro que lo contradice, ¿en qué quedáis? Lo que vosotros y yo pensamos es mucho más importante que todos los psicólogos juntos. Descubramos vosotros y yo por nosotros mismos, y no citemos lo que psicólogos o expertos dicen. Ese camino conduce a una confusión completa y a una ignorante porfía. La cuestión es ésta: ¿la repetición de un "mantram" o el cumplimiento de ritos embota la mente? Y la otra cuestión consiste en saber si la concentración en una idea agudiza la mente. Averigüemos cuál es la verdad al respecto.

La repetición de una palabra, por bien que ella suene, es evidentemente un proceso mecánico, ¿no es así? Considerad vuestra propia mente. Cuando to-

máis la palabra "Aum" y continuáis repitiéndola, ¿qué le ocurre a vuestra mente? Cuando continuáis repitiendo esa palabra día tras día, recibís cierto estímulo, tenéis cierta sensación que es consecuencia de la repetición. Es una respuesta mecánica; ¿y creéis que una mente que continúa repitiendo una palabra o una frase es capaz de penetración o de pensamiento veloz? Vosotros habéis repetido "mantrams"; ¿y acaso vuestra mente es aguda, flexible, veloz? Sólo en vuestra relación con el prójimo podéis ver si vuestra mente es veloz o no. Si os observáis a vosotros mismos en vuestra relación con vuestra esposa, con vuestros hijos, con vuestro vecino, veréis que vuestra mente es torpe. Imagináis, simplemente, que vuestra mente es aguda, palabra que carece de "referente" en vuestra acción, en vuestra vida de relación, la cual nunca es clara, completa, plena. Una mente así imaginativa es una mente desequilibrada. Es obvio que la mera repetición de palabras brinda cierto estímulo, cierta sensación; pero eso tiene por fuerza que embotar la mente.

De un modo análogo, ¿qué ocurre cuando practicáis ritos, ceremonias, día tras día? La práctica regular de un rito brinda evidentemente cierto estímulo, como el ir al cine; y ese estímulo os satisface. Cuando un hombre toma una copa, un coctel, por el momento podrá sentirse despejado; pero basta que siga bebiendo para que se embote de más en más. Lo mismo ocurre cuando continuáis repitiendo ritos: les atribuís una significación enorme, que no tienen. Es vuestra mente, señores, la responsable de su propio

embotamiento, con lo cual ella hace de vuestra vida un proceso mecánico. No sabéis lo que ello significa. Si lo pensárais, si empezáseis todo de nuevo, no seguiríais repitiendo palabras. Lo hacéis porque alguien ha dicho que el repetir esas palabras, esos "mantrams", os ayudará. Para encontrar la verdad no necesitáis ningún "gurú", ningún libro. Para tener una mente clara debéis considerar todo problema, todo movimiento del pensar, toda vibración del sentimiento. Como no queréis encontrar la verdad, tenéis ese cómodo narcótico que es el "mantram", la palabra. Sé que continuaréis practicando esos ritos, porque el romper con dicha práctica traería perturbación a la familia, causaría desazón a la esposa o al marido. Habría desavenencia en la familia, y por eso continuáis. Un hombre que sigue con lo mismo sin saber lo que hace, es evidentemente una persona desequilibrada; y no estoy nada seguro que los que cumplen ritos no sean desequilibrados. Si esos ritos tienen algún sentido, una respuesta deben tener en la vida diaria. Si sois directores o propietarios de fábricas, y no dais participación en las ganancias a los trabajadores, ¿creéis que lograréis la paz repitiendo aquella palabra infinidad de veces? Hombres que se sirven de la gente, que explotan monstruosamente a sirvientes y empleados, practican ritos y repiten la palabra "paz, paz". Es un maravilloso escape. Un hombre así es un ente repulsivo, desequilibrado; y no por mucho hablar de pureza de vida, cumplir ritos, repetir la palabra "Aum", cambiar el ropaje de su Dios, ello se va a alterar. ¿Para qué sirven vues-

tros "mantrams" y ritos? Por un lado habláis de paz, y por el otro causáis desdicha. ¿Creéis que semejante acción es equilibrada? Cumpliréis innumerables ritos, pero no actuaréis con generosidad porque en vosotros no hay ninguna chispa de vida. La mayoría de nosotros queremos ser insensibles porque no deseamos hacer frente a la vida, y una mente embotada puede echarse a dormir y vivir dichosamente en un estado semicomatoso. Los "mantrams", el cumplimiento de ritos, ayudan a producir ese estado de modorra; y eso es lo que deseáis. Escucháis palabras pero nada vais a hacer. Es a eso que yo pongo reparos. No renunciáis a vuestros ritos, no dejaréis de explotar, jamás compartiréis con otros vuestras ganancias, no tenéis interés alguno en elevar el nivel de vida de los que carecen de privilegios. Está muy bien que vosotros viváis en grandes casas, mas para ellos todo está mal. Puesto que no vais a hacer cosa alguna, no veo por qué escucháis tan arrobados.

El segundo problema consiste en saber si la concentración en una idea puede producir claridad o agudeza de la mente. Como es un problema complejo en el que están involucradas muchas cosas, pensémoslo bien. ¿Qué entendéis por concentración? Un niño no habla de concentración cuando se interesa por algo. Dadle un reloj, un juguete, cualquier cosa que le interese: ella lo absorberá completamente y ninguna otra cosa existirá para él. Vosotros no estáis interesados, y por ello hacéis un esfuerzo para concentraros. Es decir, escogéis una idea agradable o satisfactoria a la que llamáis "verdad", una cualidad

que os brinda una sensación de bienestar, y tratáis de fijar en ella vuestra mente. Otros pensamientos se insinúan y los desecháis, y pasáis vuestro tiempo batallando contra ellos en un esfuerzo por concentraros. Si podéis concentraros y fijar vuestra mente en una idea, y sois capaces de excluir otros pensamientos y aislaros con esa única idea, creéis que algo habéis logrado. En otras palabras, vuestra concentración no es más que exclusión. La vida es demasiado para vosotros, por lo cual os concentráis en una idea; y creéis que entonces vuestra mente se agudizará. ¿Ocurrirá tal cosa? ¿Puede jamás la mente ser aguda si vive en el aislamiento, en la exclusión? La mente es aguda, clara, veloz, tan sólo cuando es inclusiva, cuando no vive en el aislamiento, cuando es capaz de seguir todo pensamiento completamente hasta el fin, viendo sus consecuencias. Sólo entonces la mente es capaz de ser aguda, no cuando se concentra en una idea, lo cual es un proceso exclusivo.

En esto está involucrada otra cuestión: ¿qué entendéis por "idea"? ¿Qué es una idea? Un pensamiento fijo, evidentemente. ¿Qué es el pensamiento? El pensamiento es la respuesta de la memoria. No hay pensamiento sin memoria; no hay pensamiento sin el pasado. El pensamiento surge, pues, como respuesta de la memoria. ¿Y qué es la memoria? La memoria es el residuo de la experiencia incompleta, de la experiencia que no ha sido completamente comprendida; de modo que la memoria es el producto de la acción incompleta. No puedo, naturalmente, ahondar en esto, pues llevaría mucho tiempo; pero, bre-

vemente, la memoria es experiencia incompleta, y esa experiencia incompleta que llamáis memoria produce pensamiento, del cual surge la idea. La idea, pues, es incompleta, y cuando os concentráis, vuestra mente es incompleta; y una mente incompleta tiene siempre que ser insensible. La mente se vuelve sensible tan sólo cuando es veloz, clara, cuando se da cuenta de su propia respuesta y está libre de la respuesta. Cuando queréis comprender algo, lo amáis; observáis ese algo muy resueltamente, sin condenación, sin justificación, sin censura, sin reacción. Entonces vuestra mente es veloz y vuestra acción no se basa en una idea, la cual es simplemente continuación de la memoria, y por lo tanto incompleta. Una mente que se ve forzada a concentrarse, que se inmola a una idea, que se identifica con una idea, es una mente embotada, porque una idea jamás puede ser completa; y como la mayoría de nosotros vive de ideas, nuestra mente es torpe. Sólo cuando la mente es libre, capaz de extraordinaria flexibilidad, puede haber comprensión de la verdad.

Pregunta: ¿Un hombre se duerme cuando su cuerpo está dormido?

KRISHNAMURTI: Éste es un problema extraordinariamente complejo. Si os sentís atraídos e interesados, y no tenéis demasiado cansancio, podemos ahondarlo. ¿Qué entendéis por sueño? ¿Queréis decir que el cuerpo se duerme? ¿Estamos dormidos cuando creemos que estamos durmiendo? ¿No vivimos la ma-

yoría de nosotros en un estado de ensueño en el que hacemos las cosas automáticamente? Cuando las influencias ambientales os compelen a ciertas formas de acción, ¿no estáis acaso dormidos? Lo cierto es que el mero hecho de irse a la cama no es la única forma de dormir a que aspira la mayoría de la gente. Casi todos deseamos olvidar, deseamos ser insensibles, imperturbables; queremos una vida holgada, cómoda. Nos ponemos, pues, a dormir mental y emocionalmente mientras nos hallamos activos haciendo cosas.

Para comprender este problema, tenemos que comprender la cuestión de la conciencia. ¿Qué entendemos por conciencia? No citéis lo que alguien haya dicho al respecto, ya sea un Shankara o un Buda. Pensadlo bien por vosotros mismos. Yo no he leído libros sagrados, el Bhagavad Gita o los Upanishads, ni libro alguno de psicología. Es preciso pensar de un modo nuevo cuando uno quiere encontrar la verdad; y la verdad no es posible encontrarla por intermedio de otra persona. Lo que repetís es una mentira. Podrá ser verdadero para otro, pero cuando lo repetís se convierte en mentira. La verdad no puede ser repetida, tiene que ser vivida; y no podéis vivirla si os halláis atrapados en la red de las palabras. Tendremos que descubrir qué entendemos por conciencia. La conciencia, por cierto, es un proceso de respuesta al reto, lo cual llamáis experiencia. Es decir, hay un reto que siempre es nuevo; mas la respuesta siempre es vieja. La respuesta a lo nuevo, la respuesta a un reto, es la experiencia. A esa experiencia se la define, se la nombra, se le da un rótulo tal como

bueno o malo, agradable o penoso; y luego se la registra y se prescinde de ella. La conciencia en diferentes niveles es, pues, el proceso total de la vivencia: responder a un reto, nombrar y registrar. Esto es en realidad lo que se produce en diferentes niveles de nuestro ser. Es un proceso constante, no un proceso periódico: respuesta a un reto, nombrarlo o definirlo, y guardarlo a fin de comunicarlo o retenerlo. Ese proceso total en diferentes niveles se llama conciencia. No estoy inventando. Si os observáis a vosotros mismos, veréis que eso es realmente lo que ocurre. La memoria es el depósito, el registro, y es la memoria la que interviene y responde a un reto; y a este proceso le llamamos conciencia. Eso es exactamente lo que ocurre.

Ahora bien, cuando el cuerpo se duerme, cuando estáis dormidos, ¿qué sucede? El proceso continúa, la mente está aún activa, ¿no es así? A menudo, cuando tenéis un problema, podéis ver que la mente está activa durante el sueño. Durante el día pensáis en el problema, os inquietáis a su respecto, pero no podéis encontrarle solución. Cuando os despertáis, tenéis un nuevo modo de encarar el problema. ¿Cómo ocurre tal cosa? Cuando la mente consciente, después de haberse preocupado con el problema, entra en reposo, es obvio que en esa quieta mente superficial lo inconsciente puede proyectarse; y, cuando despertáis, tenéis la respuesta. La mente consciente nunca está quieta; está eternamente activa en todas sus diferentes capas. Durante las horas de vigilia no es posible serenar la mente; pero cuando en el sueño la capa

superficial de la conciencia está quieta, lo inconsciente se proyecta y brinda la respuesta justa.

Cuando la mente, la conciencia, no nombra ni almacena sino que experimenta, nada más, sólo entonces hay libertad, liberación. El sueño tiene un significado diferente. Ahora no tenemos tiempo para ahondar esta cuestión, pero la trataremos en otra oportunidad. La cuestión es ésta: ¿Qué ocurre cuando el cuerpo está dormido? La mente superficial, evidentemente, está quieta; pero la totalidad de la conciencia continúa. La vastedad, la significación más profunda del sueño, no se comprende si no somos plenamente perceptivos, durante las horas de vigilia, del proceso de la conciencia. El proceso de la conciencia es vivencia, nominación, almacenamiento o registro; y mientras ese proceso se mantenga en su plenitud, no hay libertad. La libertad, la liberación, sólo puede llegar cuando el pensamiento cesa, siendo el pensamiento producto de la memoria, la cual a su vez es vivencia, nominación y registro. La libertad sólo es posible cuando existe una plena y apacible percepción de todo lo que hay en torno y dentro de vosotros. Esto, una vez más, suscita la pregunta: ¿qué es la alerta percepción? Es lo que habremos de discutir en otra oportunidad.

Pregunta: La creencia en Dios ha sido un poderoso incentivo para un mejor vivir. ¿Por qué niega usted a Dios? ¿Por qué no trata de hacer revivir la fe del hombre en la idea de Dios?

KRISHNAMURTI: Consideremos el problema en forma amplia e inteligente. Yo no niego a Dios; sería una necedad hacer tal cosa. Sólo el hombre que no conoce la realidad gusta de palabras sin sentido. El hombre que dice que sabe, no sabe; el hombre que está viviendo la realidad de instante en instante no tiene medios de comunicar esa realidad. Ahondemos esta cuestión. Los hombres que arrojaron la bomba atómica sobre Hiroshima decían que Dios estaba con ellos; los que volaron de Inglaterra para destruir a Alemania decían que Dios era su copiloto. Los Hitler, los Churchill, los generales, todos hablan de Dios, tienen inmensa fe en Dios. ¿Y ellos prestan servicios, hacen más feliz la vida del hombre? Los hombres que dicen que creen en Dios han destruido la mitad del mundo, y el mundo está en una miseria completa. Por causa de la intolerancia religiosa, existen las divisiones de la gente en creyentes y no creyentes, divisiones que conducen a las guerras de religión. Ello indica cuán inclinada a la política es vuestra mente. Y el capitalista tiene su abultada cuenta bancaria, su corazón insensible y su mente hueca. (Risas.) No riáis, porque vosotros hacéis exactamente la misma cosa. Los vacíos de corazón también hablan de Dios. ¿Es la creencia en Dios "un poderoso incentivo para un mejor vivir"? ¿Por qué deseáis un incentivo para mejor vivir? Vuestro incentivo, por cierto, tiene que ser vuestro propio deseo de vivir de un modo puro y sencillo, ¿no es así? Si esperáis algo de un incentivo, no os interesa el hacer la vida posible para todos

sino tan sólo vuestro incentivo, que es diferente del mío; y nos pelearemos por el incentivo. Mas si vivimos felices juntos, no porque creamos en Dios sino porque somos seres humanos, entonces compartiremos enteramente los medios de producción a fin de producir cosas para todos. Por falta de inteligencia aceptamos la idea de una superinteligencia a la que llamamos "Dios"; pero este "Dios", esta superinteligencia, no habrá de brindarnos una vida mejor. Lo que conduce a una vida mejor es la inteligencia; y no puede haber inteligencia si hay creencia, si hay divisiones de clase, si los medios de producción están en manos de unos pocos, si hay nacionalidades aisladas y gobiernos soberanos. Todo eso, evidentemente, indica falta de inteligencia, y es la falta de inteligencia lo que impide un mejor vivir, no el no creer en Dios.

Ahora el otro punto es éste: ¿qué entendéis por "Dios"? En primer término, la palabra no es Dios, la palabra no es la cosa. Cuando pronunciáis la palabra "Dios", eso no es Dios. Cuando repetís esa palabra, ella produce naturalmente cierta sensación, una respuesta agradable. O si decís que no creéis en Dios, ese rechazo también tiene significación psicológica. Es decir, la palabra "Dios" provoca en vosotros una reacción nerviosa, que también es emotiva e intelectual, según vuestro "condicionamiento"; pero esas respuestas, evidentemente, no son Dios. Ahora bien, ¿cómo habréis de encontrar la verdad? No por el aislamiento, ni retirándoos de la vida. Para hallar la verdad, señores, la mente tiene que estar libre de la respuesta del pasado; pues la verdad no se ve cuando la

mente está fija. La mente tiene que ver de un modo nuevo de instante en instante; una mente que es producto de la memoria, del tiempo, no puede seguir la verdad. Para que la realidad se vea, el proceso del pensamiento debe cesar. Todo pensamiento es producto del tiempo, consecuencia del ayer; y la mente que se halla atrapada en los dominios del tiempo no puede percibir algo que está más allá de sí misma. Lo que percibe está aún en los dominios del tiempo, y aquello que está en los dominios del tiempo no es la realidad. La realidad sólo puede manifestarse cuando cesa la mente, que es producto del tiempo; y entonces adviene la vivencia de esa realidad, la cual no es ficticia ni es autohipnosis. El proceso de pensar cesa tan sólo cuando os comprendéis a vosotros mismos; y podéis comprenderos completamente, plenamente, no en el aislamiento, no en el retiro de la vida, sino tan sólo en vuestra relación con vuestra esposa, con vuestros hijos, con vuestra madre, con vuestro vecino. La realidad, pues, no se halla lejos; la regeneración no es cuestión de tiempo. La regeneración, esa íntima revolución de la claridad, surge únicamente cuando percibís lo que *es*. No necesita tiempo; necesita comprensión, claridad de atención. Sólo cuando la mente está tranquila llega la regeneración. La vivencia de la realidad no es asunto de creencia: el que cree en ella no la conoce, y cuando habla de ella no hace más que un juego de palabras. Las palabras no son la experiencia, no son la realidad. La realidad es inconmensurable. Ella no puede ser atrapada en la guirnalda de las pala-

bras, como la vida no puede caber dentro de los muros de la posesión. Sólo cuando la mente es libre puede advenir la creación.

Septiembre 12 de 1948

CUARTA CONFERENCIA EN POONA

Es bastante evidente que la mayoría de nosotros estamos intelectualmente confusos. Vemos que los llamados "líderes" en todas las esferas de la vida carecen de una respuesta completa a nuestras diversas cuestiones y problemas. Los muchos partidos políticos antagónicos, sean de izquierda o de derecha, parecen no haber encontrado la verdadera solución para nuestra lucha nacional e internacional, y también vemos que en lo social hay una total destrucción de valores morales. Todo parece disgregarse en torno nuestro: los valores morales y éticos han llegado a ser mero asunto de tradición, sin mucho significado. La guerra, el conflicto entre la derecha y la izquierda, parece ser un factor constantemente reiterado en nuestra vida; en todas partes hay destrucción, en todas partes hay confusión. En nosotros mismos estamos totalmente confusos, aunque no nos agrade reconocerlo; vemos confusión en todas las cosas, y no sabemos exactamente qué hacer. La mayo-

ría de los que reconocemos esta confusión, esta incertidumbre, queremos hacer algo, y, cuanto más confusos estamos, tanto mayor es nuestra ansiedad por actuar. Así, pues, para aquellas personas que han comprendido que hay confusión en ellas mismas y en su derredor, la acción cobra suma importancia. Pero cuando una persona está confusa, ¿cómo puede actuar? Cualquier cosa que haga, sea cual fuere su línea de conducta, ella tiene forzosamente que ser confusa, y es natural e inevitable que una acción así cause mayor confusión. Pertenezca al partido, institución u organización que fuere, es obvio que hasta que ese hombre disipe su propia esfera de confusión, cualquier cosa que haga tendrá por fuerza que producir más caos. ¿Qué habrá de hacer, pues? ¿Qué es lo que habrá de hacer un hombre serio, deseoso de disipar la confusión en sí mismo y en torno suyo? ¿Cuál es su primera responsabilidad: actuar, o disipar la confusión en sí mismo y por lo tanto fuera de sí mismo? Creo que ésta es una cuestión importante, que la mayoría de nosotros no estamos dispuestos a encarar. Vemos tanto desorden social que, en nuestro sentir, requiere inmediata reforma, que la acción llega a ser un proceso absorbente. Estando ansiosos por hacer algo, procedemos a actuar, tratamos de hacer reformas, ingresamos a partidos políticos, de izquierda o de derecha; pero pronto descubrimos que las reformas necesitan más reforma, los conductores requieren nueva agrupación, las organizaciones reclaman más organización, etc. Todas las veces que trata-

mos de actuar, encontramos que el propio actor es la fuente de la confusión. ¿Qué es, pues, lo que él habrá de hacer? ¿Habrá de actuar cuando está confuso, o permanecerá inactivo? Ése es realmente el problema que a la mayoría de nosotros se nos plantea.

Ahora bien, el estar inactivos nos asusta; y el retirarse durante un período a considerar el problema en su totalidad requiere extraordinaria inteligencia. Si os retiráseis durante un tiempo a repensar, a evaluar de nuevo el problema, vuestros amigos y asociados os considerarían "escapistas". Os convertiríais en ceros a la izquierda; socialmente no estaríais en parte alguna. Si cuando hay tremolar de banderas no agitáis una, si cuando todos se ponen determinado birrete vosotros no os lo ponéis, os sentís excluidos; y como a la mayoría de nosotros no nos gusta quedar atrás, nos zambullimos en la acción. De suerte que el problema de la acción y la inacción es sumamente importante de comprender. ¿No es necesario estar inactivo para considerar la totalidad del problema? Es obvio que debemos proseguir con nuestra diaria responsabilidad de ganar el pan; de todo lo necesario tenemos que seguir ocupándonos. Pero a las organizaciones políticas, religiosas, sociales, a los grupos, comisiones, etc., ¿es necesario que pertenezcamos? Si esto lo tomamos muy en serio, ¿no debemos repensar, evaluar de nuevo todo el problema de la existencia? Y, para hacer eso, ¿no será preciso que por el momento nos retiremos con el objeto de repensar, de reflexionar, de meditar? ¿Ese retiro es inacción? ¿Ese retiro no será realmente acción? En esa llamada "inacción"

está la acción extraordinaria de considerar y evaluar de nuevo la totalidad de la cuestión, de pensar acerca de la confusión en que uno vive. ¿Por qué tenemos tanto miedo de estar inactivos? ¿Es acaso inacción el repensarlo todo? Es obvio que no. El hombre que se halla activo sin repensar el problema, ése, ciertamente es el que esquiva la acción. Él es el verdadero "escapista". Está confuso, y es para huir de su confusión, de su insuficiencia, que se zambulle en la acción, que ingresa a una sociedad, a un partido, a una organización. Él, en realidad, se escapa del problema fundamental, que es la confusión. De suerte que hacemos un uso erróneo de las palabras. El hombre que se zambulle en la acción sin repensar el problema, creyendo que reforma al mundo por el hecho de ingresar a una sociedad o a un partido, ese hombre es el que engendra mayor confusión y mayor miseria; mientras que el hombre llamado "inactivo", que se retira y considera seriamente la totalidad de la cuestión, está, por cierto, mucho más activo.

En estos tiempos especialmente, en que el mundo entero se halla al borde de un precipicio, y en que acontecimientos catastróficos se desarrollan, ¿no es acaso necesario que al menos unos pocos estén inactivos, resueltos a no dejarse atrapar en esta máquina, en esta máquina atómica de la acción, que nada produce a no ser mayor confusión, mayor caos? Los que toman esto en serio se retirarán, ciertamente, no de la vida ni de las actividades diarias, sino para descubrir, estudiar, explorar, investigar, la causa de la confusión; y para hallar, para descubrir, para explo-

rar, no se necesita ahondar en los innumerables planes y proyectos acerca de lo que una nueva sociedad debiera o no ser. Es obvio que tales proyectos son absolutamente inútiles; porque el hombre que está confuso y se limita a ejecutar proyectos, producirá más confusión. Por consiguiente, como lo he dicho repetidas veces, lo importante si hemos de comprender la causa de la confusión, es el conocimiento propio. Si uno no se comprende a sí mismo, no puede haber orden en el mundo. Sin explorar en uno mismo el proceso íntegro del pensamiento, del sentimiento y de la acción, no es posible que haya paz, orden y seguridad en el mundo. El estudio de uno mismo, por lo tanto, es de primordial importancia; y él no es un proceso de escape. Este estudio de uno mismo no es simple inacción. Por el contrario, requiere una extraordinaria y alerta percepción en todo lo que uno hace, una alerta percepción en la que no haya juicio, condenación ni censura. Esta percepción del proceso total de uno mismo a medida que uno va viviendo su vida diaria, no es restrictiva sino constantemente expansiva y clarificadora; y de esta clara percepción surge el orden, primero en uno mismo y luego exteriormente, en la propia vida de relación.

Se trata, pues, de un problema de interrelación. Sin relación no hay existencia. Ser, es estar relacionado. Si no hago más que utilizar la interrelación sin comprenderme a mí mismo, acreciento el desorden y contribuyo a que haya más confusión. La mayoría de nosotros parece no darse cuenta de esto: que el mundo es mi relación con los demás, sea uno o sean mu-

chos. Mi problema es el de la interrelación. Lo que yo soy, eso proyecto; y es obvio que si no me comprendo a mí mismo, la vida de relación en su totalidad es una confusión en círculos siempre más amplios. Adquiere, pues, extraordinaria importancia la vida de relación, no con la llamada "masa", con la multitud, sino en el mundo de mi familia y amigos, por pequeño que sea: mi relación con mi esposa, con mis hijos, con mi vecino. En un mundo de vastas organizaciones, vastas movilizaciones de gente, movimientos de masa, tememos actuar en pequeña escala; tememos ser gente insignificante que desmonta su propia parcela. Nos decimos a nosotros mismos: "¿Qué puedo yo hacer personalmente? Para reformar, tengo que entrar en un movimiento de "masa". Es lo contrario: la verdadera revolución no se produce mediante movimientos de masa sino con nuevas valoraciones de la interrelación en el fuero íntimo. Sólo eso es verdadera reforma, una revolución radical, continua. Tememos empezar en pequeña escala. Como el problema es enorme, creemos que hay que hacerle frente con grandes cantidades de gente, con una gran organización, con movimientos de masa. Lo cierto es que debemos empezar atacando el problema en pequeña escala; y la pequeña escala es el "yo" y el "tú". Cuando yo me comprendo a mí mismo, os comprendo a vosotros; y de esa comprensión surge el amor. El amor es el factor ausente. En la interrelación hay falta de afecto, de calor; y como nos falta ese amor, esa ternura, esa generosidad, esa misericordia en la vida de relación, nos escapamos hacia la acción de

masa, lo cual produce más confusión, mayor miseria. Llenamos nuestro corazón de proyectos para la reforma mundial, y no cuidamos de ese factor único de solución que es el amor. Haced lo que os plazca: sin el factor de regeneración que es el amor, todo lo que hagáis producirá más caos. La acción del intelecto no habrá de traer una solución. Nuestro problema es la convivencia, y no el de saber cuál sistema, cuál proyecto hemos de aplicar, qué clase de Organización de Naciones Unidas hemos de formar; es la falta total de buena voluntad en la vida de relación, no con la humanidad (sea lo que fuere que ello signifique), sino la falta absoluta de buena voluntad y de amor en la relación entre dos personas. ¿No habéis visto cuán extraordinariamente difícil es trabajar con otro, considerar un problema junto con dos o tres personas? Si no podemos examinar a fondo los problemas con dos o tres personas, ¿cómo lo haremos con una masa de gente? Sólo podremos pensar juntos a fondo en los problemas cuando en la convivencia haya esa generosidad, esa benevolencia, esa cordialidad del amor; pero renegamos del amor y procuramos hallar la solución en los áridos campos de la mente.

La interrelación es, pues, nuestro problema; y sin comprender la interrelación, la mera actividad produce mayor confusión, más miseria. Acción es interrelación; ser, es estar relacionado. Haced lo que os plazca, retiraos a las montañas, sentaos en un bosque: no podéis vivir en el aislamiento. Sólo podéis vivir en la interrelación, y mientras ella no sea comprendida, no puede haber recta acción. La recta acción

surge comprendiendo la interrelación, la cual revela el proceso de uno mismo. El conocimiento propio es el comienzo de la sabiduría; es un campo de afecto, de fervor y de amor, y, por lo tanto, un campo rico en flores.

Pregunta: La institución del matrimonio es una de las principales causas de conflicto social. Ella crea un orden aparente a costa de terrible represión y sufrimiento. ¿Existe algún otro modo de resolver el problema del sexo?

KRISHNAMURTI: Todo problema humano requiere gran consideración, y para comprender el problema no debe haber reacción, rechazo ni aceptación. Aquello que condenáis, no comprendéis. Debemos, pues, ahondar el problema del sexo con mucha atención, plenitud y cuidado, paso a paso, que es lo que propongo que se haga. No voy a formular lo que debiera o no hacerse, formulación que es una tontería, que es pensar sin madurez. No podéis establecer un dechado para la vida, no podéis poner la vida en el armazón de las ideas; y es porque la sociedad inevitablemente pone la vida en el armazón del orden moral, que la sociedad siempre está engendrando desorden. Para comprender, pues, este problema, no debemos condenar ni justificar; pero tendremos que pensarlo de un modo nuevo.

Bueno, ¿cuál es el problema? ¿Es el sexo un problema? Pensémoslo juntos; no esperéis que yo conteste. Si es un problema, ¿por qué lo es? ¿Hemos hecho del

hambre un problema? ¿La desnutrición ha llegado a ser un problema? Las causas obvias del hambre son el nacionalismo, las diferencias de clase, las fronteras económicas, los gobiernos soberanos, los medios de producción en manos de unos pocos, factores religiosos separativos, etc. Si tratamos de eliminar los síntomas sin extirpar las causas, si en lugar de atacar la raíz nos limitamos a podar las ramas porque es mucho más fácil, el mismo viejo problema continúa. Análogamente, ¿por qué ha llegado el sexo a ser un problema? Para doblegar el impulso sexual, para mantenerlo dentro de ciertos límites, la institución del matrimonio ha sido creada; y en el matrimonio podéis hacer detrás de la puerta o de la pared cualquier cosa que os plazca, y mostrar para afuera una faz respetable. Utilizándola para vuestra satisfacción sexual, podéis convertir a vuestra esposa en una prostituta; y ello es perfectamente "respetable". Bajo la máscara del matrimonio, podéis ser peores que un animal; y sin matrimonio, sin restricción, no conocéis límites. De suerte que, para establecer un límite, la sociedad formula ciertas leyes morales que se convierten en tradición, y dentro de esos límites podéis ser tan inmorales, tan repugnantes como os plazca; y a esos excesos no reprimidos, a esa acción sexual consuetudinaria se la considera perfectamente normal, sana y moral. ¿Por qué, pues, el sexo es un problema? ¿Lo es acaso para una pareja casada? No, en absoluto. La mujer y el hombre tienen asegurada una fuente de constante placer. ¿Y qué ocurre cuando tenéis una fuente de constante placer, una renta

garantida? Os embotáis, caéis en el hastío y en la vacuidad, quedáis exhaustos. ¿No habéis observado a personas que estando llenas de energía vital antes de casarse, se embotan no bien se casan? Todos los manantiales de la vida se les han agotado. ¿No lo habéis notado en vuestros hijos e hijas? ¿Por qué el sexo ha llegado a ser un problema? Es obvio que sois tanto más sexuales cuanto más intelectuales sois. ¿No lo habéis observado? Y cuanto mayor sea la emoción, la benevolencia, el afecto, menor será lo sexual. Como toda nuestra cultura social, moral y educativa se basa en el cultivo del intelecto, el sexo ha llegado a ser un problema lleno de confusión y conflicto. De suerte que la solución del problema del sexo está en la comprensión del cultivo del intelecto. El intelecto no es el instrumento de la creación, y la creación no ocurre mediante el funcionamiento del intelecto; por el contrario, sólo hay creación cuando el intelecto está en silencio. Y sólo cuando hay creación tiene sentido el funcionamiento del intelecto; pero sin creación, sin ese afecto creador, es obvio que el mero funcionamiento del intelecto engendra el problema del sexo. Como la mayoría de nosotros hace una vida cerebral, vive de palabras, y como las palabras son de la mente, casi ninguno es creador. Estamos atrapados en palabras, en hilar nuevas palabras y cambiar el orden de las palabras viejas. Eso, por cierto, no es creación. Y como no somos creativos, la única expresión de "creatividad" que nos queda es el sexo. En el acto sexual hay olvido, y sólo en el olvido hay creación. Durante una fracción de segundo, el acto

sexual os libra de ese "yo" que es de la mente, y es por eso que el sexo ha llegado a ser un problema. Sólo surge la "creatividad", por cierto, cuando hay ausencia de pensamiento perteneciente al "yo", a lo "mío". No sé si habéis notado que en momentos de gran crisis, en momentos de gran júbilo, la conciencia del "yo" y de lo "mío" —que es producto de la mente— desaparece. En ese momento de apreciación expansiva de la vida, de intenso júbilo, hay "creatividad". Para expresarlo de un modo simple: cuando el "yo" está ausente, hay creación. Y como todos nosotros estamos atrapados en el árido intelecto, es natural que no haya ausencia del "yo". Antes bien, en ese terreno, en esa porfía por ser, hay exagerada expansión del "yo", y por consiguiente no hay "creatividad". De ahí que el sexo sea el único medio de ser creativo, de experimentar la ausencia del "yo"; y como el mero acto sexual llega a ser un hábito, también resulta aburrido y da vigor a la continuidad del "yo", y así el sexo se convierte en un problema.

Para resolver el problema del sexo, no habremos de abordarlo en ningún nivel determinado de pensamiento sino desde toda dirección y todo punto de vista: educativo, religioso y moral. Cuando somos jóvenes tenemos un fuerte sentimiento de atracción sexual, y nos casamos —o nuestros padres nos casan, como ocurre aquí en Oriente—. Lo único que suele interesar a los padres es deshacerse de sus hijos e hijas; y la pareja —el joven y la joven— carecen de todo conocimiento de los asuntos sexuales. Dentro

de la sagrada ley de la sociedad, el hombre puede dominar a su esposa, arruinarla, darle hijos año tras año; y eso está perfectamente bien. Bajo capa de respetabilidad, él puede llegar a ser una persona completamente inmoral. Es preciso comprender y educar al niño y a la niña, y ello requiere extraordinaria inteligencia de parte del educador. Desgraciadamente, nuestros padres, madres y maestros necesitan todos esa misma educación; son decididamente ineptos, sólo saben dar órdenes y establecer prohibiciones, "tabús"; y no tienen inteligencia alguna para este problema. Para ayudar a los adolescentes de ambos sexos deberemos contar con un nuevo maestro que haya sido realmente educado. Pero mediante el cine y los anuncios, con sus chicas medio desnudas, sus mujeres empalagosas y sus lujosas mansiones, y por diversos otros medios, la sociedad brinda estímulo a los valores sensorios, ¿y entonces qué puede esperarse? Si es casado, el hombre se desquita con su mujer; si no es casado, recurre a alguna otra, disimuladamente. Es un problema difícil el de infundir inteligencia al joven y a la joven. En todo terreno los seres humanos se explotan unos a otros por medio del sexo, de la propiedad, de las mutuas relaciones; y en lo religioso no hay la menor "creatividad". Por el contrario: la meditación constante, los ritos o "pujas", la repetición de palabras, todo ello representa actos puramente mecánicos que evocan ciertas respuestas; pero eso no es pensar creador, vivir creador. En lo religioso sois adictos a la mera tradición, y por lo tanto no hay indagación creativa para el descubrimiento de la realidad. En lo

religioso estáis "regimentados", y donde hay "regimentación", ya sea en el sentido militar o en el religioso, es obvio que no puede haber "creatividad"; y es por eso que buscáis la "creatividad" mediante el sexo. Libertad la mente de la ortodoxia, de los ritos, de la "regimentación" y del dogmatismo, para que pueda ser creativa, y entonces el problema del sexo no será tan serio ni tan dominante.

Este problema tiene otro aspecto: en la relación sexual entre el hombre y la mujer no hay amor. A la mujer se la utiliza simplemente como instrumento de placer sexual. Lo cierto, señores, es que el amor no es producto de la mente, no es resultado del pensamiento; el amor no es la consecuencia de un contrato. Aquí, en este país, el muchacho y la muchacha apenas se conocen; ello no obstante, están casados y tienen relaciones sexuales. Se aceptan mutuamente y dicen "tú me das esto y yo te doy aquello", o "tú me das tu cuerpo y yo te brindo seguridad, te doy mi afecto calculado". Cuando el esposo dice "te amo", ello es simple reacción de la mente. Puesto que brinda a su mujer cierta protección, él espera de ella sus favores y ella se los brinda. A esta convivencia basada en el cálculo se le llama "amor". El hecho es obvio. Tal vez no os agrade que lo presente tan brutalmente, pero ése es el hecho real. De semejante matrimonio se dice que es por amor, pero es simple asunto de trueque: es un matrimonio "bania" que pone en evidencia una mentalidad de mercaderes. En semejante matrimonio no puede por cierto haber amor, ¿no es así? El amor no es de la mente; mas como hemos

cultivado la mente, empleamos esa palabra "amor" para abarcar el campo de la mente. Lo cierto es que el amor nada tiene que ver con la mente, no es producto de la mente; el amor es enteramente independiente del cálculo, del pensamiento. Es cuando no hay amor que la estructura institucional del matrimonio se convierte en una necesidad. El sexo no es problema cuando hay amor; es la falta de amor que hace de él un problema. ¿No lo sabéis, acaso? Cuando amáis a alguien de un modo realmente profundo —no con el "amor" de la mente sino de veras, desde el fondo de vuestro corazón— compartís con él o con ella todo lo que tenéis, no sólo vuestro cuerpo sino *todo*. Cuando os halláis en dificultades, pedís la ayuda de ella y ella os la brinda. No hay división entre hombre y mujer cuando amáis a alguien, pero existe un problema sexual cuando no conocéis ese amor. Sólo conocemos el "amor" del cerebro; el pensamiento lo ha producido, y un producto del pensamiento sigue siendo pensamiento. No es amor.

Así, pues, este problema del sexo no es sencillo y no puede ser resuelto en su propio nivel. Tratar de resolverlo con criterio puramente biológico es absurdo; y abordarlo por medio de la religión, o procurar resolverlo como si fuera mero asunto de ajuste físico, de acción glandular, o circundarlo de tabús y condenaciones, todo ello es demasiado pueril, estúpido, falto de madurez. El problema requiere inteligencia del más elevado orden. Para comprendernos a nosotros mismos en nuestras relaciones con los demás, requiérese una inteligencia mucho más veloz y sutil

que para comprender la naturaleza. Pero es sin inteligencia que nos esforzamos por comprender; deseamos acción inmediata, una inmediata solución, y el problema cobra creciente importancia. ¿Habéis observado a un hombre cuyo corazón es hueco, cuán desagradable se vuelve su rostro, cuán feos y faltos de madurez son los hijos que él produce? Y es porque ellos han carecido de afecto, que siguen siendo faltos de madurez durante todo el resto de su vida. Mirad alguna vez vuestro rostro en el espejo —¡cuán informes, cuán indefinidos sois! Tenéis cerebro para descubrir, y quedáis atrapados en el cerebro. El amor no es simple pensamiento: los pensamientos son tan sólo la acción externa del cerebro. El amor es mucho más hondo, mucho más profundo; y sólo en el amor puede descubrirse la profundidad de la vida. Sin amor, la vida carece de sentido; y ésa es la parte triste de nuestra existencia. Envejecemos, y seguimos siendo faltos de madurez; nuestro cuerpo envejece, engorda y se afea, y seguimos siendo irreflexivos. Aunque leamos y charlemos al respecto, jamás hemos conocido el perfume de la vida. El limitarse a leer y a "verbalizar" indica falta absoluta de ese fervor del corazón que enriquece la vida; y sin esa cualidad del amor, la vida carece de sentido; y ésa es la parte triste de nuestra existencia. Envejecemos, y seguimos siendo no resolveréis este problema. Amar es ser casto; el mero intelecto no es castidad. El hombre que trata de ser casto en el pensamiento, es incasto porque carece de amor. Sólo el hombre que ama es casto, puro, incorruptible.

Pregunta: En la institución moderna de la sociedad, es imposible vivir sin organización. Apartarse de todas las organizaciones, como usted parece hacerlo, no es más que "escapismo". ¿Llama usted al sistema postal "núcleo de poder"? ¿Cuál debería ser la base de organización en la nueva sociedad?

KRISHNAMURTI: Una vez más, señor, ésta es una cuestión compleja. Toda organización, por cierto, existe para la eficiencia. El correo es una organización para la eficiencia de las comunicaciones; pero cuando el director de correos llega a ser casi un tirano con sus empleados, el correo se convierte en instrumento de poder, ¿no es así? El director general de correos está interesado en la eficiencia de las comunicaciones, o debería estarlo; es obvio que su cargo no está destinado a ser instrumento de poder, de autoridad, de engrandecimiento propio, tal como de hecho lo es. De suerte que toda institución u organización es utilizada por los seres humanos, no simplemente para la eficiencia de las comunicaciones, de la distribución, etc., sino como instrumento de poder; y es a eso que yo me opongo. No hay duda de que el correo, el tranvía y diversos otros servicios públicos, son una necesidad en la sociedad moderna y tienen que ser organizados. La instalación de fuerza electromotriz necesita esmerada organización; pero cuando esa organización se utiliza para fines políticos como medio de engrandecimiento propio, como medio de explotación, es obvio que la organización

se convierte en un instrumento de extraordinaria brutalidad.

Ahora bien, las organizaciones religiosas tales como el hinduísmo, el catolicismo, el budismo y otras, no son para la eficiencia y son totalmente innecesarias. Llegan a ser perniciosas; el sacerdote, el obispo, la iglesia, el templo, son medios extraordinarios de explotar a los hombres. Os explotan mediante el miedo, mediante la tradición, mediante las ceremonias. Es obvio y verdadero que la religión es la búsqueda de la realidad, y tales organizaciones son innecesarias porque la búsqueda de la realidad no se efectúa mediante un grupo organizado de personas. Antes bien, un grupo organizado de personas llega a ser un impedimento para la realidad; por consiguiente el hinduísmo, el cristianismo o cualquiera otra creencia organizada, es un obstáculo para la verdad. ¿Para qué necesitamos tales organizaciones? No son eficaces, porque la búsqueda de la verdad está en vuestras propias manos y no puede realizarse por intermedio de una organización, ni de un "gurú", ni de sus discípulos cuando están organizados para el poder. Es obvio que necesitamos organizaciones técnicas, tales como el correo, el tranvía, etc. Pero lo cierto es que toda otra organización es innecesaria cuando el hombre es inteligente. Es porque nosotros no somos inteligentes, que transferimos a esas personas que a sí mismas se llaman "inteligentes" el poder de gobernarnos. Un hombre inteligente no desea ser gobernado; no quiere ninguna otra organización que la que sea necesaria para hacer eficiente la existencia.

Las cosas necesarias para la vida no pueden ser verdaderamente organizadas cuando están en manos de unos pocos, de una clase o de un grupo; y cuando los pocos actúan en representación de los muchos, no hay duda de que existe el mismo problema del poder. La explotación se origina cuando las organizaciones son utilizadas como instrumento de poder, ya sea por el individuo, por el grupo, por el partido o por el Estado. Es esta autoexpansión mediante la organización lo pernicioso, tal como un Estado que se identifica a sí mismo como gobierno soberano —a lo cual acompaña el nacionalismo— y en el que el individuo también se halla enredado. Este poder expansivo, agresivo, autodefensivo, es lo censurable. Es claro que, para que yo pueda venir aquí, es preciso que haya una organización: tengo que escribir una carta, y esa carta sólo puede llegar a vosotros si hay un sistema de distribución postal debidamente organizado. Todo esto es organización legítima. Pero cuando las organizaciones son utilizadas por los ladinos, por los astutos, como medio de explotar a los hombres, tales organizaciones tienen que ser extirpadas; y sólo pueden serlo cuando vosotros mismos, en vuestro pequeño círculo, no busquéis poder, dominación. Mientras exista la búsqueda del poder, tendrá que haber un proceso jerárquico que va del ministro de un gobierno al empleado subalterno, del obispo al cura, del general al soldado raso.

Lo cierto es que sólo podremos tener una sociedad decente cuando los individuos —vosotros y yo— no busquemos poder en ningún sentido, ya sea por me-

dio de la riqueza, por medio de las relaciones o por medio de una idea. Es el afán de poder la causa de este desastre, de esta desintegración de la sociedad. Actualmente nuestra existencia está toda ella en la política del poder; dominación en la familia por el hombre o por la mujer, dominación mediante una idea. La acción que se basa en una idea es siempre separativa, jamás puede ser inclusiva; y la búsqueda del poder, sea por el individuo o por el Estado, es indicio de expansión, de cultivo del intelecto, en lo cual no hay amor. Cuando amáis a alguien tenéis mucha cautela, organizáis de un modo espontáneo, ¿verdad? Os desveláis y sois eficientes en la ayuda a éste o a aquél. Es cuando no hay amor que surge la organización como instrumento de poder. Cuando amáis al prójimo, cuando estáis llenos de afecto y generosidad, las organizaciones tienen un sentido diferente, se mantienen en su propio nivel. Pero cuando la posición del individuo adquiere suprema importancia, cuando hay sed de poder, las organizaciones se emplean como medio para lograr ese poder; y el poder y el amor no pueden existir juntos. El amor es su propio poder, su propia belleza, y es porque nuestro corazón es hueco que lo llenamos con las cosas de la mente; y las cosas de la mente no son cosas del corazón. Es porque nuestro corazón está lleno con las cosas de la mente, que todo lo esperamos de las organizaciones como medio de traer al mundo el orden y la paz. Y no son las meras organizaciones sino el amor lo que puede brindar orden y paz al mundo; no son los proyectos de utopía alguna sino la buena voluntad, lo

que puede lograr la conciliación entre los hombres. Es porque no tenemos el fervor del amor, que dependemos de las organizaciones; y en el momento en que tenemos organizaciones sin que haya amor, los sagaces y los astutos se encaraman y las utilizan. Ponemos en marcha una organización para el bienestar del hombre, y antes de que sepamos dónde nos hallamos, alguien ya la está utilizando para sus propios fines. Engendramos revoluciones, sangrientas y desastrosas revoluciones para traer orden al mundo, y antes de que nos demos cuenta, el poder ya está en manos de unos cuantos maniáticos del poder; y ellos se convierten en una nueva y poderosa clase, en un nuevo grupo dominante de comisarios con su policía secreta. Y el amor se ve desterrado.

¿Cómo, señores, puede el hombre vivir sin amor? Sólo podemos existir; y la existencia sin amor es control, confusión y dolor; y eso es lo que la mayoría de nosotros estamos engendrando. Nos organizamos para la existencia, y aceptamos el conflicto como inevitable porque nuestra existencia es una incesante demanda de poder. Cuando amamos, ciertamente, la organización tiene su propio lugar, su lugar legítimo; pero sin amor la organización se convierte en pesadilla, en algo puramente mecánico y eficiente, como el ejército. Cuando haya amor no habrá ejército alguno; mas como la sociedad moderna se basa en la mera eficiencia, necesitamos tener ejércitos; y el propósito de un ejército es producir la guerra. Aun en la llamada "paz", cuanto más eficientes somos en el orden intelectual, tanto más crueles, brutales y endurecidos nos

volvemos. Por eso es que hay confusión en el mundo, que la burocracia es cada vez más poderosa, que más y más gobiernos se hacen totalitarios. Nos sometemos a todo eso como a algo inevitable porque vivimos en nuestro cerebro y no en nuestro corazón, y por lo tanto el amor no existe. El amor es el elemento más peligroso e incierto en la vida; y como no queremos estar en la incertidumbre, como no deseamos estar en peligro, vivimos en la mente. Un hombre que ama es peligroso, y no queremos vivir peligrosamente. Lo que queremos es vivir con eficiencia, vivir simplemente encuadrados en la organización, porque creemos que las organizaciones habrán de traer al mundo el orden y la paz. Jamás las organizaciones han traído el orden y la paz. Sólo el amor, sólo la buena voluntad, sólo la misericordia pueden traer orden y paz, finalmente y por lo tanto ahora.

Pregunta: ¿Por qué la mujer es propensa a dejarse dominar por el hombre? ¿Por qué las comunidades y las naciones se dejan acaudillar por un líder o por un "führer"?

KRISHNAMURTI: Bueno, señor, ¿por qué hace usted esta pregunta? ¿Por qué no examina su propia mente para descubrir por qué desea ser dominado, por qué domina y por qué busca un conductor? ¿Por qué domináis a la mujer o al hombre? Y a esa dominación también se le llama amor, ¿no es así? Cuando el hombre domina, a la mujer le agrada, considerando que ello es afecto; y cuando una mujer se im-

pone al hombre, a él también le gusta. ¿Por qué? Ello es un indicio de que la dominación os brinda cierta sensación de relación estrecha. Si mi mujer me domina, me siento muy íntimo de ella; y si ella no domina, tengo la sensación de que es indiferente. Os asusta la indiferencia por parte de vuestra esposa o de vuestro marido, de la mujer o del hombre. Aceptaréis cualquier cosa con tal de no sentir que alguien es indiferente. Bien sabéis cuán íntimos queréis manteneros con vuestro "gurú"; haréis de todo —el sacrificio de vuestra esposa, de la honestidad, de lo que sea— para tener intimidad con él, porque deseáis sentir que no le sois indiferentes. Esto es, nos valemos de la convivencia como medio de olvidarnos de nosotros mismos; y mientras la convivencia no nos muestre lo que somos en realidad, estamos satisfechos. Por eso es que aceptamos la dominación de otra persona. Cuando mi esposa o esposo me domina, ello no revela lo que yo soy; es, en cambio, una fuente de satisfacción. Si mi mujer no me domina, si es indiferente y yo descubro lo que realmente soy, ello resulta muy perturbador. ¿Qué soy yo? Soy un ser vacío, hosco, malhumorado, con determinados apetitos; y tengo miedo de encarar esa vacuidad. Por lo tanto acepto la dominación de mi mujer o marido porque me hace sentir muy íntimo de él o de ella, y no quiero verme tal cual soy. Y esa dominación da una sensación de convivencia. También trae celos: en cuanto tú no me dominas, es porque te fijas en otra persona. Estoy, pues, celoso porque te he perdido; y no sé cómo desprenderme de los celos, los

cuales siguen estando en el plano cerebral. Un hombre que ama, señores, no es celoso. Los celos son del cerebro, pero el amor no es del cerebro; y donde hay amor no hay dominación. Cuando amáis a alguien, no lo domináis; sois parte de esa persona. No hay separación sino integración completa. Es el cerebro el que separa y crea el problema de la dominación.

"¿Por qué las comunidades y las naciones se dejan acaudillar por un líder?". ¿Qué son las comunidades y las naciones? Grupos de personas que viven juntas. Para expresarlo diferentemente, la comunidad, la nación, sois vosotros, el individuo, en vuestra relación con los demás; y éste es un hecho obvio. ¿Por qué buscáis un líder? Es evidente que lo hacéis porque estáis confusos, ¿no es así? Un hombre de gran claridad, un hombre integrado, no necesita líder. Para él un líder es un fastidio, un factor de desintegración en la sociedad. Buscáis un líder porque estáis confusos; no sabéis qué hacer y deseáis que se os diga lo que hay que hacer, por lo cual buscáis modos de conducta en lo social, en lo político y en lo religioso. Estando confusos, buscáis un líder. Daos cuenta, señores, de lo que ello implica. Si cuando estáis confusos buscáis un líder que os saque de la confusión, ello significa que no buscáis claridad, que no os interesa conocer la causa de la confusión y simplemente deseáis que se os saque de ella. Pero, estando confusos, escogeréis un líder que también estará confuso. (Risas.) No riáis; tened a bien ver la importancia de esto. No buscaréis un líder que sea claro, porque él os dirá que os fijéis en vuestra propia confusión,

que no huyáis de ella. Él dirá que la causa de la confusión está en vosotros mismos. Pero eso no lo deseáis. Lo que queréis es un líder que os saque de la confusión; y, como vuestra mente es confusa, buscaréis a alguien que también está confuso. ¿Cómo puede una mente confusa sacar a otra persona de la confusión? Una mente confusa necesita tener un líder que también esté confuso; por consiguiente todos los líderes son inevitablemente confusos. Vosotros, en efecto, erigís al líder partiendo de vuestra propia confusión; y es muy importante comprender esto. Cuando os deis cuenta de este hecho, no buscaréis conductores; asumiréis la responsabilidad de disipar vuestra propia confusión. Sólo un hombre confuso es quien, no sabiendo cómo actuar, busca un líder que le ayude a actuar; pero el líder también está confuso, y es por eso que los líderes son un factor desintegrante en vuestra vida. Proyectáis al líder partiendo de vuestra propia confusión; y él, por lo tanto, no es sino vosotros mismos bajo diferente forma, como lo son vuestros gobiernos. Es la autoproyección lo que crea el líder: un héroe nacional es la ejemplificación externa de vosotros mismos. Lo que vosotros sois, o lo que deseáis ser, eso es vuestro líder; semejante líder, por lo tanto, no puede rescataros de vuestro caos. La resolución del caos está en vuestras propias manos, no en las manos de otra persona. La regeneración llega comprendiéndoos a vosotros mismos, no siguiendo a alguien, porque ese alguien es vosotros mismos con mayor poder en cuanto a palabras, pero igualmente confuso, igualmente tiránico, igualmente tradicional.

De modo, pues, que el problema no es el líder. El problema consiste en extirpar la confusión. ¿Puede alguien ayudaros a suprimir la confusión? Si esperáis que alguien suprima vuestra confusión, lo único que él puede hacer es contribuir a acrecentarla, porque una mente confusa jamás podrá escoger aquello que es claro; puesto que se halla en estado de confusión, sólo puede escoger aquello que es confuso. Si anheláis radicalmente deshaceros de la confusión, pondréis en orden vuestra propia mente y corazón, consideraréis las causas que originan confusión. La confusión sólo se origina cuando no hay conocimiento propio. Cuando no me conozco a mí mismo y no sé qué hacer ni qué pensar, es natural que me halle atrapado en el torbellino de la confusión. Pero cuando me conozco a mí mismo —todo el proceso de mí mismo, lo cual es extraordinariamente sencillo si uno tiene la intención de conocerse— entonces de esa comprensión surge la claridad, en esa comprensión se origina la recta conducta y proceder. Resulta, pues, de suprema importancia no seguir a un líder sino comprenderse uno mismo. La comprensión de uno mismo trae amor, trae orden. El caos sólo existe en relación con algo, y mientras yo no comprenda esa relación, la confusión tiene que existir. Comprender la interrelación es comprenderme a mí mismo; y comprenderme a mí mismo es hacer surgir esa cualidad del amor en la que está la bienandanza. Si sé amar a mi esposa, a mis hijos o a mi vecino, sé amar a todos. Y puesto que no amo a un ser, me mantengo en el mero nivel intelectual o verbal con respecto

a la humanidad. El idealista es un fastidio: ama a la humanidad con el cerebro, no ama con el corazón. Cuando amáis no se necesita líder alguno. Son los seres huecos de corazón los que buscan un líder que les llene ese vacío con palabras, con una ideología, con una utopía sobre el futuro. El amor está sólo en el presente, no en el tiempo, no en el futuro. Para aquél que ama, la eternidad es ahora; porque el amor es su propia eternidad.

Septiembre 19 de 1948

QUINTA CONFERENCIA EN POONA

En vez de hacer una larga disertación preliminar, esta tarde la haré breve y contestaré tantas preguntas como sea posible. Esta reunión está destinada a los maestros y a sus problemas, de modo que sólo contestaré preguntas sobre el tema de la educación; y como hay veinte de esas preguntas, tendré que responder breve y sucintamente.

En la civilización moderna resulta difícil, mediante la educación, producir un individuo integrado. Hemos dividido la vida en tantos departamentos, y a nuestra existencia le falta a tal punto integración, que la educación tiene muy poco sentido excepto cuando se aprende determinada técnica, determinada profesión. Es obvio que a través del mundo la educación ha fracasado, puesto que la primera función educativa es la de crear un ser humano que sea inteligente. Tratar de resolver los problemas de la existencia en sus respectivos niveles tan sólo, separándolos en diversos departamentos, indica falta total de inteligen-

cia. Nuestro problema, entonces, consiste en producir un individuo que esté integrado gracias a la inteligencia, a fin de que pueda hacer frente a la vida de instante en instante, encararla según ella se presenta con sus complejidades, con sus conflictos, con sus miserias, con sus desigualdades; un individuo capaz de enfrentar la vida, no de acuerdo a determinado sistema, de izquierda o de derecha, sino inteligentemente, sin buscar una respuesta ni una norma de acción. Como la educación no ha producido tal individuo, y puesto que ha habido sucesivas guerras una tras otra, cada vez más devastadoras y destructivas, y que ellas han causado creciente dolor y miseria al hombre, es obvio que los sistemas educativos han fracasado completamente a través del mundo. Hay, pues, algo radicalmente equivocado en el modo como educamos a nuestros hijos. Todos reconocemos que hay algo que está mal, todos nos damos cuenta de ello, pero no sabemos cómo atacar el problema. El problema no es el niño, sino los padres y el maestro; y lo que se necesita es educar al educador. Si no se educa al educador, el mero hecho de atiborrar al niño con cantidades de conocimientos, haciéndole pasar exámenes, es la forma menos inteligente de educación. Lo realmente importante es educar al educador, y ésa es una de las empresas más difíciles. El educador ya está cristalizado en un sistema de pensamiento o en una norma de acción; ya es nacionalista, ya se ha entregado a tal o cual ideología, a determinada religión, a una norma de pensamiento en particular. De suerte que la dificultad estriba —¿no

es así?— en que la educación moderna enseña al niño lo que ha de pensar, y no a pensar. No hay duda de que sólo cuando uno posee la capacidad de pensar inteligentemente, puede hacer frente a la vida. A la vida no se la puede hacer adaptar a un sistema ni encajar en un armazón; y la mentalidad que sólo ha sido ejercitada en el conocimiento de hechos es incapaz de hacer frente a la vida con su variedad, sus complejidades, sus sutilezas, sus profundidades y sus grandes alturas. Así, pues, cuando a nuestros hijos se los educa en determinado sistema de pensamiento, conforme a una disciplina en particular, es obvio que son incapaces de enfrentar la vida como un todo; como se les enseña a pensar en términos seccionales, ellos no son integrados. Para el maestro que se interesa, la cuestión consiste en sacar a luz un individuo integrado. Para hacer eso, es evidente que el propio maestro tiene también que ser integrado. No es posible educar a un niño para que sea individuo integrado, si uno no comprende la integración en uno mismo. Esto es, lo que vosotros sois en vosotros mismos es mucho más importante que el problema tradicional de qué hay que enseñar al niño. Lo importante no es lo que vosotros pensáis, sino cómo pensáis; o bien si el pensamiento es un mero proceso sin integración, o es un proceso completo, total. El pensamiento como proceso integrado sólo puede ser comprendido cuando hay conocimiento propio; y esto vamos a examinarlo durante las últimas pláticas y discusiones.

Como hay numerosas preguntas, trataré de contes-

tar breve, rápida y definidamente la mayor cantidad posible de las más representativas. Podéis formular innumerables preguntas, pero os ruego tener en cuenta que, para hallar la respuesta justa, debéis tener capacidad para escuchar; de otro modo seréis simplemente seducidos por palabras sin mucho contenido. El arte de escuchar es arduo en extremo, porque consiste en interesarse y prestar plena atención; pero la mayoría de nosotros no se interesa por este asunto de la educación. Mandamos a nuestros hijos a la escuela, y ahí todo termina; consideramos que es un buen modo de librarnos de ellos, y que es función del maestro el educarlos. Como la mayoría de nosotros no se interesa, es extremadamente difícil escuchar con cuidado y comprender. Uno puede emplear una palabra o frase equivocada, un término incorrecto; pero la persona que se halla muy atenta pasa por alto los errores de terminología y percibe lo esencial del sentido. Espero, pues, que podréis entender velozmente y con discernimiento.

Pregunta: ¿Aprueba usted el sistema Montessori y otros sistemas de educación? ¿Tiene alguno para recomendar?

KRISHNAMURTI: ¿Qué está implícito en un sistema de educación? Un armazón en el que encajáis al niño; y el interlocutor desea saber cuál armazón es el que ayudará mejor al niño. ¿Algún sistema educativo ayudará realmente a producir integración? ¿O no tiene que haber sistema alguno sino inteligencia

de parte del maestro para comprender al niño, para ver qué clase de niño es? Es preciso que haya muy pocos niños para cada maestro. Es muy fácil tener un sistema para gran cantidad de personas; es por eso que los sistemas gozan de popularidad. Podéis encajar a un gran número de niños y niñas en determinado sistema, y entonces vosotros, los maestros, no necesitáis gastar en ellos vuestro pensamiento. Practicáis vuestro sistema con los pobres niños. Cuando no tenéis sistema alguno, en cambio, debéis estudiar a cada niño, lo cual requiere buena dosis de inteligencia, de vigilancia y de afecto por parte del maestro, ¿no es así? Ello significa clases limitadas a cinco o seis. Semejante escuela sería extraordinariamente costosa, y por lo tanto recurrimos a un sistema. Es obvio que los sistemas no producen individuos integrados. Los sistemas podrán ayudaros a comprender al niño; mas la necesidad primordial es por cierto que vosotros, que sois los maestros, tengáis la inteligencia debida para emplear un sistema cuando es necesario y abandonarlo cuando no lo es. Mas cuando recurrimos a un sistema en lugar del afecto, de la comprensión y de la inteligencia, entonces el maestro se convierte en simple máquina, y el niño, por consiguiente, se desarrolla como individuo no integrado. Los sistemas poseen utilidad en manos de un maestro inteligente tan sólo: vuestra propia inteligencia es el factor que ayudará. Pero la mayoría de los que somos maestros tenemos muy escasa inteligencia, por lo cual recurrimos a sistemas. Es tanto más fácil aprender un sistema y aplicarlo, ya se trate del Montessori o de

otro, pues entonces el maestro puede sentarse tranquilo a observar. Eso, ciertamente, no es educación. Depender simplemente de un sistema en particular, por valioso que él sea, tiene muy poco sentido. Si el propio maestro no es realmente inteligente, cuando adoptamos sistemas estorbamos la inteligencia. Los sistemas no contribuyen a la inteligencia. La inteligencia sólo llega mediante la integración, mediante una comprensión completa del proceso total de uno mismo y del niño. Es necesario, por lo tanto, que el maestro estudie al niño directamente y no se limite a seguir determinado sistema, de izquierda o de derecha, Montessori o algún otro. El estudiar al niño implica una mente ágil, una rápida respuesta; y eso sólo puede ocurrir cuando hay afecto. ¿Pero cómo podéis tener tal afecto en una clase de sesenta niños? La sociedad moderna exige que niños y niñas aprendan ciertas profesiones, y para eso es preciso que haya eficiencia en la educación. Cuando vuestro objetivo es el de producir, no seres humanos inteligentes, alertas, sino máquinas eficientes, es obvio que os hace falta un sistema. Tal sistema no puede producir individuos enteros, integrados, que comprendan la importancia de la vida, sino tan sólo máquinas con ciertas respuestas; y es por eso que la actual civilización se está destruyendo a sí misma.

Pregunta: Siendo que el "comunalismo" es tan desenfrenado en la India, ¿cómo guiaremos al niño para alejarlo de él?

KRISHNAMURTI: ¿Tiene el niño una mentalidad "comunalista"? Es el hogar y el ambiente social lo que le hace tener mentalidad "comunalista" o separativa. A él, personalmente, le da lo mismo jugar con un chico bracmán o un "no bracmán", con un negro o con un inglés. Es la influencia de la gente mayor, de la estructura social, que influye sobre su mente, lo cual es natural que le afecte. El problema no es el niño sino la gente mayor, con sus ideas falsas, "comunalistas", separativas. Para "guiar al niño alejándolo de ello", tendréis que romper con el medio, lo que significa demoler la estructura de la sociedad moderna. Hasta que hagáis eso, es obvio que el niño seguirá siendo "comunalista". Muy pocos de vosotros desean la revolución completa; deseáis reformas que son remiendos, mantener las cosas como están. Si realmente deseáis destruir el espíritu "comunalista", vuestra actitud tiene que cambiar completamente, ¿verdad? Mirad lo que acontece. En el hogar podréis argüir con el niño acerca de lo absurdo que resulta el tener un sentido de división de clase, y probablemente concordará con vosotros; pero cuando va a la escuela y juega con otros muchachos, ahí está ese insano espíritu "comunalista", separativo. Hay, pues, una constante batalla entre el hogar y los ambientes sociales. O puede que sea al revés: el hogar podrá ser tradicionalista, estrecho, enconado, y la influencia social podrá ser más liberal. Una vez más, el niño se halla preso entre ambas cosas. Lo cierto es que para criar un niño sano, para hacerlo in-

teligente, para ayudarle a comprender a fin de que vea lo que hay en el fondo de todas esas estupideces, es preciso que comprendáis y discutáis con él todos los defectos de la aceptación tradicional y de la autoridad. Eso implica, señores, que habréis de fomentar el descontento; mientras la mayoría de nosotros desea desalentar el descontento, alejarlo. Gracias tan sólo al descontento es que vemos la falsedad de todas esas cosas; pero, a medida que envejecemos, empezamos a cristalizarnos. La mayoría de los jóvenes se hallan descontentos, pero por desgracia su descontento se ve canalizado, normalizado: llegan a ser maestros de escuela, sacerdotes, empleados de banco, gerentes de fábrica, y ahí todo termina. Consiguen un empleo, y su descontento pronto se desvanece. Mantener este descontento alerta, despierto, es en extremo arduo; pero es el descontento, esa constante indagación, esa desafección por las cosas tales como están —descontento con el gobierno, con la influencia paterna o conyugal, con todo lo que nos rodea— lo que trae inteligencia creadora. Pero no queremos un niño semejante, porque resulta muy incómodo vivir con alguien que no cesa de examinar los valores aceptados y de ponerlos en tela de juicio. Preferimos gente gorda, satisfecha, holgazana.

Sois vosotros, los adultos, que tenéis la responsabilidad del futuro; pero el futuro no os interesa. Sólo Dios sabe qué es lo que os interesa, o por qué tenéis tantos hijos, puesto que no sabéis educarlos. Si realmente los amárais en lugar de desear tan sólo que ellos mantengan vuestra propiedad y perpetúen vues-

tro nombre, es obvio que atacaríais este problema de un modo nuevo. Quizá tuviérais que empezar con nuevas escuelas; lo que podría significar que vosotros mismos habríais de convertiros en maestros. Pero, desgraciadamente, nada tomáis muy en serio en la vida, salvo el ganar dinero, el tener qué comer, y el sexo. En esas cosas sois bastante integrados, mas no deseáis encarar ni abordar el resto de las complejidades y dificultades de la vida; y, por lo tanto, cuando procreáis hijos y ellos crecen, son tan faltos de madurez, de integración y de inteligencia como vosotros, y viven en constante batalla consigo mismos y con el mundo.

Son, pues, los adultos quienes tienen la responsabilidad de este espíritu "comunalista". Después de todo, señores, ¿acaso debiera haber divisiones entre hombre y hombre? Sois muy parecidos unos a otros. Vuestro cuerpo podrá ser diferente y vuestro rostro no parecerse al mío, pero por dentro de la piel todos nos parecemos mucho: somos orgullosos, ambiciosos, iracundos, violentos, sexuales, deseosos de poder, de posición, de autoridad, etc. Suprimid el rótulo, y quedamos bien desnudos; pero no queremos hacer frente a nuestra desnudez ni transformarnos, y es por eso que rendimos culto a los rótulos, lo cual también es demasiado falto de madurez, totalmente pueril. Con el mundo que cruje en nuestros oídos, discutimos a cuál casta debiera uno pertenecer, o si hay que llevar el hilo sagrado, o qué clase de ceremonia es preciso practicar, todo lo cual indica absoluta irreflexión, ¿no es así? Sé que escucháis, señores y señoras,

y algunos de vosotros hacen señas afirmativas con la cabeza; pero no bien volváis a vuestro hogar haréis exactamente la misma cosa, y eso es lo triste de la existencia. Si al oír una verdad no actuáis en consecuencia, ello obra como un veneno. Estáis siendo envenenados por mí porque no ponéis en práctica esa verdad. Ese veneno se difunde, naturalmente; trae mala salud, perturbación y desequilibrio psicológico. La mayoría de nosotros tiene la costumbre de escuchar conferencias; es uno de los pasatiempos de la India. Escucháis, volvéis a casa y continuáis como antes; la gente así, empero, tiene muy poca significación en la vida. La vida reclama acción extraordinaria, creativa, revolucionaria. Sólo cuando esa inteligencia creadora está despierta, existe una posibilidad de vivir en un mundo pacífico y feliz.

Pregunta: Es obvio que en las escuelas tiene que haber alguna clase de disciplina, ¿pero cómo ha de conseguirse?

KRISHNAMURTI: En Inglaterra y en otras partes, señores, se han hecho ciertamente experimentos con escuelas en las que no ha habido disciplina de ninguna especie; a los niños se les permitía hacer lo que quisieran, y nunca se los estorbaba. En esas escuelas, evidentemente, se siente que los niños necesitan alguna clase de disciplina en el sentido de guía; nada de órdenes ni de prohibiciones rígidas, sino alguna especie de advertencia, de insinuación o intimación susceptible de mostrarles las dificultades. Tal

forma de disciplina, que en realidad es guía, resulta necesaria. La dificultad surge cuando la disciplina no hace más que encajar al niño en determinado molde de acción, mediante la compulsión y el miedo. Es obvio que el carácter de tal niño resulta deformado; su mente se tuerce por causa de la disciplina, de las muchas veces que se le dice "haz esto" o "no hagas aquello". Así, pues, el niño crece, como nos ha ocurrido a la mayoría de nosotros, atemorizado y con un sentido de inferioridad. Lo cierto es que un niño no puede llegar a ser inteligente cuando la disciplina lo ajusta a un armazón determinado; resulta un mero producto de la disciplina. ¿Y cómo puede ese niño ser alerta, creativo, y por lo tanto convertirse, al crecer, en un hombre integrado, inteligente? Es una simple máquina que funciona de un modo fácil y eficiente, una máquina sin inteligencia humana.

De suerte que la cuestión de la disciplina es un problema muy complejo. Creemos, en efecto, que sin disciplina en la vida vamos a desbocarnos, a ser demasiado sensuales. Ese es el único problema que realmente nos preocupa: no llegar a ser demasiado sensuales. Podéis descarrilar en cualquiera otra dirección: buscar posición, ser codicioso, hacer lo que sea, mientras os mantengáis dentro de ciertos límites en cuanto a sexualidad. Es muy extraño —¿verdad?— que ninguna religión ataque realmente la explotación, la codicia, la envidia, pero que todas se interesen por el acto sexual, se preocupen terriblemente por la moralidad sexual. Es muy singular que las religiones organizadas se preocupen tanto por esa moral en

particular, y se desentiendan de lo demás. Es visible por qué las organizaciones religiosas ponen su énfasis en la moral sexual. No llevan su examen al problema de la explotación porque dependen de la sociedad y viven de ella, y por lo tanto no se atreven a atacar la raíz y los cimientos de dicha sociedad. Por eso es que hacen su juego con la moral sexual.

La mayoría de nosotros habla de disciplina, ¿pero qué significa para nosotros esa palabra? Cuando en una clase tenéis cien niños, necesitaréis que haya disciplina, pues de otro modo habrá caos completo. Pero si en una clase hay cinco o seis, y una maestra inteligente y de corazón tierno, llena de comprensión, estoy seguro de que no habrá necesidad de disciplina; ella comprenderá a cada niño y le ayudará en la forma requerida. La disciplina en las escuelas tórnase necesaria cuando hay un maestro para cien chicos y chicas, en cuyo caso no tenéis más remedio que ser muy estrictos; pero tal disciplina no producirá un ser humano inteligente. Y la mayoría de nosotros se interesa por los movimientos de masa, por las grandes escuelas con muchos alumnos y alumnas; no nos interesa la inteligencia creadora, y por eso instalamos enormes escuelas, concurridas por inmensidad de alumnos. Creo que en cierta universidad hay 45.000 estudiantes. ¿Qué habréis de hacer, señores, cuando educáis a todos en tan vasta escala? Es natural que en tales circunstancias tenga que haber disciplina. Yo no estoy contra la educación para todos; sería demasiado estúpido de mi parte decir tal cosa. Estoy por la educación verdadera, que es la creación de in-

teligencia; y a esto puede llegarse, no mediante la educación en masa sino considerando a cada niño, estudiando sus dificultades, su idiosincrasia, sus tendencias, sus capacidades, cuidándolo con afecto, con inteligencia. Sólo entonces existe una posibilidad de crear una nueva cultura.

Cuéntase una bonita historia, que es un hecho real, acerca de un obispo que les leía la Biblia a los analfabetos de los Mares del Sur, los cuales estaban encantados de escuchar esos relatos. Pensó para sí mismo que ello era maravilloso, y que sería una buena cosa si él volviera a América, hiciese una colecta y fundase escuelas én todas aquellas islas de los Mares del Sur. Reunió, pues, una gran cantidad de dinero en América, regresó a las islas, fundó escuelas y enseñó a leer a la gente. Al final lo que leían eran las historietas cómicas, el *Saturday Evening Post, Look* y otras revistas excitantes y sugestivas... Eso es exactamente lo que nosotros hacemos. Y ocurre asimismo una cosa extraordinaria: cuando más leé la gente, menos rebeldía existe. ¿Habéis considerado alguna vez, señores, hasta qué punto rendimos culto a la palabra impresa? Si el gobierno lanza un decreto o publica un comunicado de prensa, lo aceptamos, jamás lo ponemos en duda. La palabra escrita se ha vuelto sagrada. Cuanto más enseñáis a la gente, menos posibilidad hay de revolución, lo cual no significa que yo sea contrario a que se enseñe a leer a la gente; pero mirad un instante el peligro que ello implica. Los gobiernos controlan a la gente, dominan su mente y corazón mediante una artera propaganda. Eso

no sólo ocurre en los países totalitarios sino en todas partes del mundo. El periódico ha tomado el lugar del pensamiento, los grandes títulos han substituido al verdadero conocimiento y comprensión.

La dificultad, pues, estriba en que la disciplina ha llegado a ser un factor importante en la actual estructura social porque queremos que un gran número de niños se eduquen juntos y lo más rápidamente posible. ¿Que se eduquen para ser qué? Para ser empleados de banco o supervendedores, capitalistas o comisarios. Cuando sois superhombres en algún terreno, supergobernadores o sutiles oradores parlamentarios, ¿qué habéis hecho? Sois probablemente muy hábiles, conocéis multitud de hechos. Cualquiera puede recoger datos; pero somos seres humanos, no máquinas "factuales", no autómatas brutalmente rutinarios. Pero una vez más, señores, esto no os interesa. Me escucháis y os sonreís unos a otros, y nada haréis en lo que atañe a cambiar el sistema educativo en forma radical; de modo que esto irá tirando hasta que haya una revolución monstruosa, la cual será tan sólo una nueva substitución; habrá mucho más control, porque los gobiernos totalitarios saben plasmar la mente y el corazón de la gente, habiendo ya aprendido la respectiva treta. Esa es la calamidad, esa es la infortunada flaqueza que hay en nosotros: deseamos que otros alteren, reformen, construyan. Escuchamos y permanecemos inactivos; y cuando la revolución ha triunfado y otros han erigido una nueva estructura, y hay garantías, entonces intervenimos. Eso, por cierto, no representa una mente inteligente,

creadora; una mente así busca tan sólo seguridad en diferente forma. Buscar seguridad es un proceso estúpido. Para estar psicológicamente seguros, debéis tener disciplina, y la disciplina garantiza el resultado: hacer de los seres humanos funcionarios rutinarios, ya se trate de empleados bancarios, de comisarios, de reyes o de primeros ministros. Lo cierto es que ésa es la peor forma de estupidez, puesto que entonces los seres humanos son simples máquinas. Observad el peligro de la disciplina. El peligro consiste en que la disciplina llega a ser más importante que el ser humano; la norma de pensamiento, la norma de acción, mucho más importante que las personas que a ellas se ajustan. La disciplina existirá inevitablemente mientras el corazón sea hueco, pues en tal caso ella substituye al afecto. Como la mayoría de nosotros somos secos, vacíos, deseamos disciplina. Un corazón fervoroso, un ser humano rico, integrado, es libre y no tiene disciplina alguna. La libertad no llega mediante la disciplina; no tenéis que pasar por la disciplina para ser libres. La libertad y la inteligencia empiezan cerca, no lejos; y es por eso que, para ir lejos, uno debe empezar inteligentemente consigo mismo.

Pregunta: Como hasta ahora un gobierno extranjero ha impedido que se imparta a nuestro amado pueblo la debida clase de educación, ¿cuál debería ser ese verdadero tipo de educación en una India libre?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendéis por una India "libre"? Habéis logrado éxito en substituir un go-

bierno por otro, una burocracia por otra, ¿pero acaso sois libres? El explotador existe como antes, sólo que ahora es moreno; y sois explotados por él como antes lo erais por el otro. El usurero existe como antes, el "comunalismo", las divisiones de clase, los litigios con motivo de las provincias separadas, de cuál provincia habrá de tener más o tener menos, de cuál grupo en esa provincia deberá disponer de los empleos: todos esos factores existen aún. De suerte que las mismas condiciones continúan como antes, salvo que ahora hay una diferencia de índole psicológica. Os habéis deshecho de un grupo de personas, y esto actúa sobre vuestra psicología. Ahora podéis estar nuevamente de pie; ahora sois hombres, por lo menos, mientras antes estábais bajo la bota de alguien. No estaréis ahora bajo la bota del hombre blanco, pero sí bajo la bota de un hombre moreno que es vuestro propio hermano y mucho más cruel. ¿No sabéis que él es mucho más cruel, que no tiene moral alguna? ¿Qué entendéis por una India "libre"? Tendréis probablemente vuestro propio ejército y armada; estáis siguiendo la huella del resto del mundo, con sus ejércitos, flotas de guerra, fuerzas aéreas y regimentación. Ver a un pueblo viejo como vosotros, jugar con cosas que son para juegos de niños, es un triste espectáculo, ¿verdad? Es exactamente como un anciano que flirtea con una jovencita: es una cosa grotesca. Eso es lo que llamáis "libre" —¡y preguntáis qué clase de educación deberíais tener en una India "libre"! Antes que nada, para que haya educación del tipo adecuado tenéis que llegar a ser

inteligentes. No podéis ser inteligentes por el mero hecho de substituir un gobierno por otro, un explotador por otro, una clase por otra. Para hacer surgir un nuevo tipo de educación, todo eso tiene que desaparecer, ¿no es así? Es preciso que empecéis de nuevo. Eso significa revolución radical —no de tipo sangriento, que nada resuelve— sino una revolución radical en el pensar, en el sentir, en los valores. Esa revolución radical sólo podemos producirla vosotros y yo. Una revolución que engendre un individuo nuevo, integrado, debe empezar por vosotros y yo. Puesto que no ponéis coto al racismo, al dogmatismo organizado en vuestra religión, ¿cómo podéis producir una nueva cultura, una nueva educación? Podéis especular al respecto, podéis escribir volúmenes acerca de lo que la nueva educación debería ser; pero eso es un proceso infantil, una escapatoria más. No puede haber creación hasta que derribéis las barreras y seáis libres, y entonces podréis edificar una nueva cultura, un orden nuevo; y ello significa que debéis rebelaros contra las condiciones actuales, contra los valores del presente, que debéis rebelaros en el sentido de ver su verdadero significado, de comprender esas cosas inteligentemente y de pensarlo todo de un modo nuevo. Es relativamente fácil soñar con una utopía, con un mundo nuevo, feliz, pero eso es sacrificar el presente por el futuro, y el futuro es muy incierto. Nadie puede saber lo que será el futuro; hay muchísimos elementos que se interponen entre el ahora y el futuro. Tenemos la esperanza de que, creando una utopía conceptual, una idealización men-

tal, y trabajando por ella, habremos resuelto el problema; pero lo cierto es que de ese modo no lo resolveremos. Lo que podemos hacer, si somos personas inteligentes, es atacar el problema nosotros mismos en el presente. Ahora es la única eternidad, no el futuro. Es preciso que yo consagre plena atención al problema ahora. Limitarse a discutir cuál sería la debida clase de educación para el pueblo en una India libre, es evidentemente una necedad. La India no es libre: no hay India libre. Tenéis una bandera y un nuevo himno, pero eso, por cierto, no es libertad. Habláis en vuestra lengua materna y os creéis enormemente patriotas, nacionalistas, y se os ocurre que habéis resuelto el problema. Resolver este problema, señores, requiere que se piense de un modo nuevo, no que se mire con los lentes de la vieja fórmula. Por eso resulta imperativo, para aquéllos que son serios, una revolución regenerándose ellos mismos; y no puede haber regeneración a menos que os desprendáis de los viejos valores, examinándolos y viendo su significación y su mérito, no aceptando ciegamente como bueno ninguno de ellos. De ahí que sea importante examinarnos a nosotros mismos y ver el modo de ser, las modalidades de nuestro pensar y sentir. Sólo entonces somos libres, sólo entonces podemos producir una nueva cultura y una nueva educación.

Pregunta: ¿En qué medida debe el gobierno intervenir en la educación? ¿Habría que darles a los niños instrucción militar?

KRISHNAMURTI: Esto plantea una cuestión sumamente importante. ¿Qué entendéis por gobierno? Gente con autoridad, unos cuantos burócratas, miembros del gabinete, el primer ministro, etc. ¿Es eso el gobierno? ¿Quién los elige? Vosotros, ¿no es así? Vosotros sois responsables de ellos, ¿verdad? Teniendo el gobierno que queréis, ¿por qué oponéis reparos? Si vuestro gobierno, que sois vosotros mismos, desea impartir instrucción militar, ¿por qué os oponéis? Como sois racistas y os mueve un espíritu de clase, como tenéis fronteras económicas, debéis tener un gobierno militarista. Sois vosotros los responsables y no el gobierno, porque el gobierno es la proyección, la extensión de vosotros mismos; sus valores son vuestros valores. Puesto que queréis una India nacionalista, debéis inevitablemente tener la maquinaria que habrá de proteger al gobierno nacional soberano con su orgullo del poder, su pompa y su dominio; por lo tanto tenéis que poseer una máquina militar cuya función sea la de preparar la guerra, lo cual significa que queréis la guerra. Podéis menear la cabeza, pero todo lo que estáis haciendo prepara la guerra. La existencia misma de un gobierno soberano, con sus puntos de vista nacionalistas, tiene que dar origen a la preparación para la guerra; todo general debe formular planes para una guerra futura, porque ése es su deber, ésa es su función, ése es su oficio. Es natural que, si tenéis tal gobierno —que sois vosotros mismos— él tiene que proteger vuestro nacionalismo, vuestras fronteras económicas, y tiene que

haber una máquina militar. Si aceptáis todo eso, por lo tanto, la instrucción militar es inevitable. Eso es exactamente lo que ocurre a través del mundo. Inglaterra, que durante siglos combatió la conscripción, hoy tiene servicio militar obligatorio. Por suerte en este país, que es tan vasto, no es posible por ahora reclutar a todo el mundo. Estáis desorganizados. Pero a la vuelta de unos pocos años podréis organizaros, y entonces, probablemente, tendréis el mayor ejército del mundo; porque eso es lo que deseáis. Queréis un ejército porque queréis un gobierno separado, soberano, una raza separada, una clase separada, con sus propios explotadores. Os lo aseguro: sois vosotros los que ahora queréis convertiros en explotadores, y así mantenéis este juego. ¡Y luego preguntáis si el gobierno debiera intervenir en la educación!

Señores, tendría que haber una categoría de personas que estén apartadas del gobierno, que no pertenezcan a la sociedad, que estén fuera de ella, para que puedan actuar como guías. Ellos son los purificadores, los profetas que pueden deciros cuán equivocados estáis. Pero tal grupo no existe porque los gobiernos en el mundo moderno no tolerarán a un grupo semejante, a un grupo ajeno a la autoridad, a un grupo que no pertenezca al gobierno, a un grupo que no pertenezca a ninguna religión, casta o país. Sólo un grupo así puede actuar como freno para los gobiernos. Como los gobiernos acrecientan cada vez más su poder y emplean a una mayoría de seres humanos, más y más ciudadanos resultan incapaces de pensar por sí mismos. Se los "regimenta" y se les dice

lo que han de hacer. Sólo, pues, cuando existe un grupo semejante, un grupo vital, inteligente, activo, hay esperanza y salvación. De otro modo, cada uno de nosotros se va a convertir en empleado público, y el gobierno nos dirá cada vez más lo que hay que hacer y pensar, no *cómo* pensar. Es obvio que un gobierno así, con su nacionalismo, su orgullo, su envidia y su odio –que inevitablemente conducen a la guerra– tiene que poseer una máquina militar, de suerte que en toda escuela tiene que existir el culto a la bandera. Si estáis orgullosos de vuestro nacionalismo, de vuestras fronteras económicas, de vuestros gobiernos soberanos, de vuestra preparación para la guerra, debéis tener un gobierno que intervenga en la educación, que se inmiscuya en vuestra vida, que os "regimente" y controle vuestros actos. Eso, exactamente, es lo que queréis. Si no es así, os desprenderéis de ello inteligentemente, os libertaréis del nacionalismo, de la codicia, de la envidia, del poder que da la autoridad. Y entonces, siendo inteligentes, podréis considerar la situación mundial y contribuir al establecimiento de una nueva educación y una nueva cultura.

Pregunta: ¿Qué lugar ocupan el arte y la religión en la educación?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendéis por arte y qué entendéis por religión? ¿Es arte el colgar unos cuantos cuadros en una clase, el dibujar unas cuantas líneas? ¿Qué entendéis por arte? ¿Qué entendéis por

religión? ¿Es religión el difundir la creencia organizada? ¿Es arte el mero hecho de imitar o copiar un árbol? El arte, ciertamente, es algo más que eso. El arte implica apreciación de la belleza; y si bien puede expresarse escribiendo un poema, pintando un cuadro, componiendo, él es la apreciación de la belleza, esa riqueza creadora, el sentimiento de júbilo que se experimenta mirando un árbol, las estrellas, la luz de la luna sobre las aguas tranquilas. El arte, por cierto, no consiste en la mera compra de unos pocos cuadros y en colgarlos en una habitación. Si ocurre que tenéis dinero y sentís que es más seguro invertirlo en cuadros que en acciones, no os convertís en artistas, ¿verdad? El hecho de que tengáis dinero y lo invirtáis en joyas, no significa, evidentemente, que apreciáis la belleza. La belleza, ciertamente, es algo que difiere de la mera seguridad ¿no es así? ¿Os habéis sentado alguna vez a mirar las aguas que corren? ¿Nunca os habéis sentado en silencio a contemplar la luna? ¿Alguna vez habéis advertido la sonrisa en un rostro, u observado a un niño que ríe o a un hombre que llora? Es obvio que no. Estáis demasiado ocupados pensando en la acción, repitiendo vuestros "mantrams", ganando dinero, dejándoos arrastrar por deseos sensuales. No teniendo la apreciación de la belleza, nos rodeamos de cosas llamadas bellas. ¿No sabéis cómo el hombre rico se rodea de tales cosas? Hay allí una atmósfera de belleza externa, pero por dentro el hombre es tan vacío como un tambor. (Risas.) No os riáis del hombre rico, señores: él es un reflejo de la vida en su conjunto, y vosotros también

deseáis estar en esa situación. De suerte que la apreciación de la belleza no llega por el simple apego a la expresión externa de la belleza. Podréis vestir un precioso "sari", empolvar vuestro rostro, pintar vuestros labios; pero eso no es la belleza, evidentemente. ¿Acaso lo es? Eso es tan sólo una parte de la misma. La belleza nos viene, por cierto, cuando hay belleza interior; y sólo hay belleza interior cuando no hay conflicto, cuando hay amor, cuando hay piedad, cuando hay generosidad. Entonces vuestros ojos tienen expresión, vuestros labios tienen riqueza y vuestras palabras significación. Es porque carecemos de esas cosas que nos entregamos a una ostentación externa de belleza, y que adquirimos joyas, cuadros. Esas, por cierto, no son las acciones de la belleza. Como la vida de la mayoría es horrible, llena de fealdad, torpe e indeciblemente vacía, nos rodeamos de cosas que llamamos bellas. Esas cosas las coleccionamos cuando el corazón está vacío; creamos en torno nuestro un mundo de fealdad porque las cosas tienen para nosotros enorme importancia. Y puesto que casi todos nos hallamos en ese estado, ¿cómo es posible que tengamos arte, belleza, en la escuela o en la educación? Cuando en vuestro corazón no hay arte ni belleza, ¿cómo podéis educar a vuestros hijos? Lo que hoy sucede es que el maestro se ve acorralado por cien chicos y chicas traviesos y revoltosos, como ellos tienen que ser. Colocáis, pues, un cuadro, y habláis de arte. Vuestras escuelas indican una mente vacía, un corazón hueco. En tal escuela, en semejante educación, no hay ciertamente ninguna belleza. La luz de una son-

risa, la expresión de un rostro: es arte el ver que ésas son cosas bellas, y no simplemente el admirar un cuadro pintado por otra persona. Como hemos olvidado el ser bondadosos, el mirar las estrellas, los árboles, los reflejos en el agua, necesitamos cuadros; y el arte, por lo tanto, carece de sentido en nuestra vida a no ser como tema de discusiones en el club.

De un modo análogo, la religión tiene muy poca importancia en nuestra vida. Puede que vayáis al templo, que practiquéis el "puja", que llevéis el hilo sagrado, que repitáis palabras y "mantrams" *ad nauseam*; pero eso no significa que seáis personas religiosas. Eso es mera expresión de una mente mecánica, de muy escaso contenido. Lo cierto es que la religión consiste en buscar la verdad, la realidad, no en rodearos de substitutos y de falsos valores. La búsqueda de la realidad no está lejos sino muy cerca; en lo que vosotros hacéis, en lo que pensáis, en lo que sentís. La verdad, por consiguiente, no ha de encontrarse más allá de vuestro horizonte sino en vosotros, en vuestras palabras, acciones, relaciones e ideas. Pero no queremos una religión así. Queremos creencia, queremos dogma, queremos seguridad. Así como un hombre rico busca la seguridad en cuadros y en diamantes, vosotros buscáis seguridad en la religión organizada, con sus dogmas, sus supersticiones, sus sacerdotes explotadores y todo lo demás. Mucha diferencia no existe entre la persona llamada religiosa y un hombre mundano: ambos buscan seguridad, si bien en diferentes niveles. Eso, por cierto, no es religión; eso no es belleza. La apreciación de la belle-

za, de la vida, viene tan sólo cuando hay enorme incertidumbre, cuando prestáis atención a todo movimiento de la verdad, cuando veis el movimiento de toda sombra, de todo pensamiento y sentimiento, cuando estáis despiertos a todo movimiento de vuestro hijo. Sólo llega cuando la mente es en extremo flexible; y la mente puede ser flexible tan sólo cuando no está amarrada a determinada forma de creencia, ya sea la creencia en el dinero o en una idea. Cuando la mente está libre para observar, para prestar plena atención, sólo entonces hay realización creadora. Es extraordinario que la mayoría de nosotros hayamos llegado a ser espectadores de la vida, no actores. Casi todos leemos libros; y cuando leemos, se trata de tonterías o de disparates. Hemos perdido el arte de la belleza, hemos perdido la religión. Lo importante es volver a descubrir la belleza y la realidad. Ese nuevo descubrimiento se produce tan sólo cuando reconocemos la vacuidad de nuestra propia mente y corazón, cuando no sólo nos damos cuenta de esa vacuidad sino de su hondura, cuando no procuramos huír de ella. Tratamos de huír mediante los cuadros, el dinero, los diamantes, los "saris", los "mantrams", innumerables expresiones externas. Sólo la inteligencia creadora, el entendimiento creador, puede traeros una nueva cultura, un mundo nuevo y una nueva felicidad.

Pregunta: ¿El régimen alimenticio y la regularidad tienen alguna significación en el desarrollo del niño?

KRISHNAMURTI: Es obvio que la tienen. ¿Tenéis el alimento apropiado para darle hoy al niño? Los que tienen el alimento, empero, son muy faltos de inteligencia en lo que atañe a su dieta; sólo comen para satisfacer el paladar, y el comer les encanta. Mirad vuestro cuerpo. No sonriáis pasando esto por alto. Lo que coméis es aquello a que habéis estado acostumbrados. Si estáis acostumbrados a una comida muy condimentada y se os priva de ella, estáis perdidos. En realidad, no habéis prestado atención alguna al régimen alimenticio. Si lo hicierais, pronto descubriríais cuán sencillo es saber comer. Yo no puedo deciros, evidentemente, lo que hay que comer, porque cada persona debe considerarlo y organizar lo que más le convenga. De ahí que uno deba experimentar durante una semana o un mes. Vosotros no deseáis experimentar, porque queréis continuar con lo que habéis estado comiendo en los últimos diez o veinte años.

Es del todo evidente que los niños necesitan una vida regular. En su tierna edad, cuando su cuerpo se desarrolla, deben dormir lo suficiente, tener un régimen alimenticio sano y recibir los debidos cuidados. Esas son necesidades obvias en la vida de un niño. Pero vosotros no amáis al niño; os peleáis con vuestra esposa, y el niño paga el pato, o es vuestra esposa que se desquita con él. Cuando volvéis tarde al hogar, esperáis que el niño continúe despierto para divertiros. El niño llega a ser un juguete, y un medio para perpetuar vuestro nombre. Vuestro interés no está

en el niño sino en vosotros mismos. Si él os interesara, señores, mañana tendríais una revolución. Si realmente amárais al niño, acabaríais con este sistema educativo, con este ambiente social. Entonces consideraríais lo que el niño come, si hace una vida regular, qué llegará a sucederle, y si habrá de ser carne de cañón. Investigaríais las causas de las guerras, y no os limitaríais a citar a otros y a tener una norma de acción. Si de veras amárais al niño, no tendríais gobiernos soberanos, ni nacionalidades aisladas, ni religiones separadas, con sus ceremonias y dogmatismo organizado. Si amárais realmente al niño, todas esas cosas cambiarían de la noche a la mañana; las evitaríais porque conducen al caos, a la destrucción, al dolor y al sufrimiento. Pero no amáis al niño; no hacéis caso de lo que a él le ocurre, y sólo os importa que llegue a grande y cuide de vosotros cuando seáis viejos, o perpetúe vuestro nombre. Esto es lo que os interesa; vuestro interés no está en el niño. Si lo estuviese, no tendríais tantos hijos; tendríais uno o dos, y haríais que vuestro hijo desarrolle su inteligencia y adquiera la verdadera cultura. Lo lamentable de esto, señores, es que la culpa no es del sistema educativo sino de nosotros; nuestro corazón es muy hueco, muy insensible. No conocemos el amor. Cuando le decimos a alguien "te amo", ese amor es pura satisfacción personal: placer sexual u orgullo de la posesión, de la propiedad. Resulta claro que el mero placer y el orgullo de la posesión no es amor. Pero es sólo de esas dos cosas que se nos importa; nuestros hijos no nos interesan, ni nos interesa el prójimo.

No ayudamos al mendigo que encontramos a nuestro paso por la calle, pero hablamos en alta voz de cómo habría que ayudar a la gente infortunada. Ingresáis en agrupaciones, adoptáis sistemas, pero el hombre necesitado se va con las manos vacías. Si estuvieseis realmente interesados, vuestro corazón sería rico en sentimiento y estaríais dispuestos a actuar; y cambiaríais de sistema de la noche a la mañana.

De suerte que el régimen alimenticio y la regularidad son necesarios no sólo para el niño sino para cada uno de nosotros. Para descubrir lo que es necesario tenemos que investigar, que experimentar primero con nosotros mismos y no con el niño. Podemos por lo menos darle alimento puro, asegurarle horas regulares de sueño y de reposo. Es porque nunca hemos pensado en eso, que la mayoría de los niños son tan pequeños, mal desarrollados y hambrientos. Estoy seguro que escucháis con mucha atención; y volveréis a casa, y haréis barullo, y os cercioraréis a gritos si el niño está dormido..., ¡y le llenaréis la boca de azúcar para mostrar cuánto lo queréis! No creo que sepáis lo que hacéis; y eso es lo lamentable y desdichado de este asunto. Nosotros no nos damos cuenta de nuestros actos ni de las palabras que empleamos; no nos damos cuenta de lo que significan nuestros medios de vida. No hacemos más que vivir, andar a la deriva, multiplicarnos y morir. Cuando estamos con un pie en la sepultura, hablamos de Dios porque deseamos hallarnos en seguridad cuando desembarquemos del otro lado; haciendo aquí una vida miserable, monstruosa, ruin, esperamos una hermosa

vida al término de la jornada. La belleza consiste en amar una vida rica, en amar la realidad desde el comienzo hasta el fin. No hay belleza alguna en una vida de explotación, de codicia y de odio, ni en buscar títulos y posesiones; y es extraño que agreguéis un objeto más a vuestras acumulaciones: Dios. Lo que vosotros hacéis es demasiado feo para ser expresado en palabras; carece de sentido, de hondura. La mayoría de vosotros vive de palabras, y es natural que vuestro hijo sea lo mismo, que también se desarrolle como vosotros. Sólo puede haber regeneración cuando haya transformación de la mente y del corazón.

Pregunta: Como la civilización moderna es principalmente tecnológica, ¿no deberíamos preparar a todo niño para alguna profesión práctica?

KRISHNAMURTI: Evidentemente, ¿y luego qué? Llega a ser ingeniero, médico, matemático, hombre de ciencia o burócrata; lleva la contabilidad para sí mismo o para su patrón. ¿Qué habréis hecho, señores? Le habréis enseñado una profesión. ¿Es ése el fin de la vida? Para la mayoría de nosotros, ése es el fin de la vida. El tener una profesión está muy bien en su esfera, pero en la vida hay cosas más vitales, ¿verdad? Puede que yo quiera ser ingeniero o músico, y siendo vosotros mis padres, me impulsáis a que sea banquero. De suerte que para el resto de mi vida me siento frustrado, y por sentirme frustrado persigo a toda mujer que me venga a la mente, o me dedico a Dios. Pero sigo frustrado, vacío. Así, pues, la

mera preparación tecnológica, o el tener una aptitud profesional, no resuelve todos los problemas de la vida. Es obvio que sí resuelve problemas en un nivel; pero el vivir solamente en un nivel, como lo hace la mayoría de vosotros, es destrucción. Es en extremo difícil, señores, formar un individuo integrado. No sólo debo tener una profesión tecnológica sino también una mente clara, un corazón fervoroso. No podéis tener una mente clara cuando ella parlotea ruidosamente, llamando a eso "conocimiento". Sólo puede haber integración cuando hay fervor, cuando hay afecto, cuando amáis a alguien enteramente, totalmente; entonces el afecto, el fervor y una mente clara producirán integración. Semejante ser humano es raro; y es función de la educación, evidentemente, el crear tales seres humanos. La vida no es para ser vivida en un solo nivel; tiene que ser vivida todo el tiempo en diferentes niveles. Sólo entonces hay armonía, hay belleza, hay cordialidad en la vida de relación, en el sentimiento. Y sólo entonces hay felicidad.

Pregunta: ¿No se necesitan escuelas internacionales para el cultivo de la buena voluntad?

KRISHNAMURTI: ¿Se cultiva la buena voluntad, señores, mediante el internacionalismo? Esto es, diferentes naciones se dan cita en torno a una mesa redonda, pero cada nación se aferra a su propia soberanía, a su propio poder, a su propio prestigio. ¿Cómo, pues, puede haber una reunión de gente para

el cultivo de la buena voluntad? Vosotros os aferráis a vuestros ejércitos; yo me aferro a los míos. ¿Existe buena voluntad entre dos salteadores? Lo que hay es cooperación para compartir el botín. La buena voluntad, por cierto, es algo enteramente diferente; no pertenece a ningún grupo, a ninguna nación, a ningún gobierno soberano. Cuando el gobierno soberano adquiere suprema importancia, la buena voluntad desaparece. La mayor parte de nuestra vida se emplea en agitar una bandera, en ser nacionalistas, en rendir culto al Estado, el cual es la nueva religión. ¿Cómo, pues, puede haber buena voluntad? Sólo hay envidia, odio y enemistad. La buena voluntad llega tan sólo cuando esos rótulos son descartados, cuando no hay división entre vosotros y yo, sea ella de clase, de dinero, de poder o de posición. Cuando tengamos buena voluntad no perteneceremos a ninguna nación. Vosotros y yo viviremos felices juntos, y por consiguiente ya no se hablará de internacionalismo, ni de un solo mundo. Decir que por conducto del nacionalismo llegaremos con el tiempo a ser internacionales, a tener fraternidad, es un proceso de pensamiento muy equivocado, ¿no es así? Es falso razonamiento. ¿Cómo podréis, a través de la estrechez, ir más allá de todos los límites? Es tan sólo cuando demoléis los estrechos límites de la mente y del corazón, que podéis seguir adelante; y cuando los muros han sido derribados, aparece la vastedad del horizonte de la vida. No es posible que llevéis en vosotros estrechez alguna cuando os abrís a la vasta extensión de lo eterno. La buena voluntad no viene a través de la

organización. Considerad cuán falaz es la idea de que podáis ingresar a una sociedad para la fraternidad: es sólo cuando no hay fraternidad en vuestro corazón que entráis en tal sociedad. Cuando en vuestro corazón tenéis fraternidad, no necesitáis ingresar en sociedad ni en organización alguna. La importancia que dais a la organización y a las sociedades, muestra que no sois fraternales; queréis esquivar el hecho real de que no sois fraternales, y por eso las organizaciones cobran importancia y pertenecéis a ellas. La dificultad está en ser fraternal, en ser bueno, en ser afectuoso, en ser generoso; y eso no es posible mientras penséis en vosotros mismos. Pensáis en vosotros mismos cuando vuestro hijo cobra suprema importancia como medio de felicidad para vosotros, cuando llega a ser el medio por el cual continúa vuestro nombre, vuestra religión, vuestro punto de vista, vuestra autoridad, vuestra cuenta bancaria, vuestra pedrería. Cuando un hombre se ocupa de sí mismo y de la extensión de sí mismo, ¿cómo puede tener amor en su corazón, cómo puede tener buena voluntad? ¿Acaso la buena voluntad es simple asunto de palabras?

Esto es lo que ocurre en el mundo cuando todos esos eminentes, perspicaces y eruditos políticos se reúnen: no tienen buena voluntad alguna, lejos de ello. Representan a su país, es decir, a ellos mismos y a vosotros. Como ellos, nosotros buscamos poder, posición y autoridad. Señores: un hombre de buena voluntad carece de autoridad, no pertenece a sociedad alguna ni a la religión organizada, no rinde culto a

la riqueza, a los títulos. Es obvio que el hombre que no piensa en sí mismo creará un mundo nuevo, un nuevo orden, y es en este hombre que debemos cifrar nuestra esperanza de felicidad, de un nuevo estado de civilización, no en los ricos ni en los que adoran la riqueza. La buena voluntad, la felicidad y la bienaventuranza llegan tan sólo cuando existe la búsqueda de lo real. Lo real está cerca, no lejos. Estamos ciegos, nos enceguecen las cosas; y éstas nos impiden ver aquello que está cerca. La verdad es la vida, la verdad está en vuestra relación con vuestra esposa; la verdad ha de encontrarse comprendiendo la falsedad de la creencia. Tenéis que empezar cerca para ir lejos. La acción tiene que ser sin móvil, sin que se busque un fin; y la acción que no busca un fin puede advenir tan sólo cuando hay amor. El amor no es cosa difícil. Sólo hay amor cuando el cerebro se comprende a sí mismo, cuando el proceso del pensamiento con sus manipulaciones arteras, con sus adaptaciones, con su búsqueda de seguridad, llega a su fin. Entonces encontraréis que el corazón es rico, pleno, bienaventurado, porque ha descubierto aquello que es eterno.

Septiembre 26 de 1948.

SEXTA CONFERENCIA EN POONA

COMPRENDIENDO la cuestión de la "creatividad", podremos tal vez comprender qué entendemos por esfuerzo. ¿La "creatividad" es un resultado del esfuerzo, y nos damos cuenta de nosotros mismos en los momentos en que somos creativos? ¿O la "creatividad" es un sentido de total olvido de uno mismo, ese sentimiento que se experimenta cuando no hay turbulencia, cuando uno es enteramente inconsciente del movimiento del pensar, cuando sólo existe la riqueza, la plenitud, la perfección del ser? ¿Es ese estado un resultado del afán, de la lucha, del conflicto, del esfuerzo? No sé si alguna vez habéis notado que cuando hacéis algo con facilidad, velozmente, no hay esfuerzo, hay ausencia completa de lucha; mas como nuestra vida es en su mayor parte una serie de batallas, de conflictos, de luchas, no podemos imaginar una vida, un estado del ser en que el bregar haya cesado completamente.

Ahora bien, para comprender el estado del ser en

que no hay lucha, ese estado de existencia creadora, es preciso, por cierto, examinar en su totalidad el problema del esfuerzo. Es decir, actualmente vivimos con esfuerzo, toda nuestra existencia es una serie de luchas: con nuestros amigos íntimos, con nuestros vecinos, con los que están al otro lado de las montañas y de los mares. Hasta que comprendamos esta cuestión del esfuerzo y sus consecuencias, es seguro que no podremos penetrar en ese estado creativo que no es producto del esfuerzo. El pintor, el poeta, podrá hacer un esfuerzo al pintar o al escribir, pero el impacto de lo bello le alcanza tan sólo cuando la lucha ha cesado del todo. Tenemos, pues, que investigar esta cuestión del esfuerzo, del forcejeo, de la lucha por devenir. Entendemos por esfuerzo la lucha por la satisfacción de uno mismo, por llegar a ser algo, ¿no es así? Soy esto, y quiero llegar a ser aquello; no soy aquello, y debo llegar a serlo. En el hecho de llegar a ser "aquello" hay forcejeo, hay batalla, conflicto, lucha. En esta lucha nos interesa inevitablemente la realización mediante el logro de un fin; buscamos la propia realización en un objeto, en una persona, en una idea, y eso exige constante batalla, lucha, esfuerzo por devenir, por realizar. De suerte que este esfuerzo lo hemos tenido por inevitable; y yo me pregunto si *es* inevitable esta lucha por llegar a ser algo. ¿Por qué existe esta lucha? Donde exista el deseo de satisfacción, en cualquier grado o en cualquier nivel, tiene que haber lucha. La propia realización es el móvil, el estímulo que hay detrás del esfuerzo; ya se trate de un alto funcionario, de una dueña de casa

o de un pobre hombre, esa batalla por devenir, por realizar, prosigue siempre.

Bueno, ¿por qué existe el deseo de autorrealización? Es obvio que el deseo de realizar, de llegar a ser algo, surge cuando existe la percepción de que uno nada es. Como no soy nada, como soy insuficiente, hueco, interiormente pobre, lucho por llegar a ser algo; por fuera y por dentro, lucho para realizarme a mí mismo en una persona, en una cosa, en una idea. Surge, pues, esta lucha por devenir, tan sólo cuando hay insuficiencia, cuando existe la percepción de un vacío, de esa vacuidad dentro de uno mismo. Es decir, el esfuerzo se manifiesta únicamente cuando hay percepción de vacuidad. Llenar ese vacío es todo el proceso de nuestra existencia. Dándonos cuenta de que somos huecos, interiormente pobres, luchamos por coleccionar cosas en lo externo, o por cultivar la riqueza interior. Este forcejeo, esta lucha, proviene de la percepción de insuficiencia, y así se produce una constante batalla por devenir, lo cual es enteramente diferente de *ser*. Sólo hay esfuerzo cuando uno escapa a ese vacío interior por medio de la acción, de la contemplación, de la adquisición, del logro, del poder, etc. Esa es nuestra diaria existencia. Yo me doy cuenta de mi insuficiencia, de mi pobreza íntima, y lucho para huir de ella o para rellenarla. Esto de huir, de evitar el vacío o de procurar encubrirlo, ocasiona lucha, forcejeo, esfuerzo.

¿Y qué sucede si uno no hace un esfuerzo para huir? Que uno vive con esa soledad, con esa vacuidad; y al aceptar esa vacuidad, uno hallará que adviene

un estado de *ser* en el que toda lucha cesa. Ese estado lucha, con el esfuerzo. El esfuerzo sólo existe mientras tratamos de evitar esa soledad, esa vacuidad interior; mas cuando la miramos y la observamos, cuando aceptamos lo que *es* sin esquivarlo, hallaremos que surge un estado creativo que nada tiene que ver con la de *ser* es "creatividad", y él no es resultado del esfuerzo, si bien muchos de nosotros creen que la lucha es inevitable y que debemos luchar para ser creativos. Sólo cuando somos creativos hay plena y rica felicidad; y la "creatividad" no surge mediante ninguna clase de esfuerzo, siendo esfuerzo el hecho de evitar lo que *es*. Pero cuando hay comprensión de lo que *es*, o sea de la vacuidad, de la insuficiencia interior; cuando uno vive con esa insuficiencia y la comprende plenamente, adviene la realidad creadora, la inteligencia creadora, que es lo único que trae felicidad.

Así, pues, la acción tal como la conocemos es en realidad reacción, es un incesante devenir que consiste en negar, en evitar lo que *es*; mas cuando hay alerta percepción de la vacuidad, sin opción, sin condenación ni justificación, en esa comprensión de lo que *es* hay acción; y esta acción es ser creador. Esto lo comprenderéis si os dais cuenta de vosotros mismos en la acción. Observaos en el momento en que actuáis, y no sólo exteriormente; ved asimismo el movimiento de vuestro pensar y sentir. Cuando os deis cuenta de ese movimiento, veréis que el proceso de pensar —que es también sentimiento y acción— se basa en una idea de devenir. La idea de devenir surge tan sólo cuando hay una sensación de inseguridad,

y esa sensación de inseguridad se produce cuando uno se da cuenta del vacío interior. Así, pues, si os dais cuenta de ese proceso de pensamiento y sentimiento, veréis desarrollarse una constante batalla, un esfuerzo por cambiar, por modificar, por alterar lo que *es*. Ese es el esfuerzo por devenir, y el devenir es evitar directamente lo que *es*. Mediante el conocimiento propio, mediante una constante percepción, hallaréis que la lucha, la batalla, el conflicto del devenir, conduce al dolor, al sufrimiento y a la ignorancia. Sólo si os dais cuenta de la insuficiencia íntima y vivís con ella sin escapatoria, aceptándola totalmente, descubriréis una tranquilidad extraordinaria, una tranquilidad que no ha sido compuesta, preparada, sino que viene con la comprensión de lo que *es*. Sólo en ese estado de tranquilidad hay ser creador.

Pregunta: La memoria, dice usted, es experiencia incompleta. Yo tengo un recuerdo y una vívida impresión de sus precedentes disertaciones. ¿En qué sentido es ello una experiencia incompleta? Tenga a bien explicar esta idea en todos sus detalles.

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por memoria? Vais a la escuela y os llenáis de datos, de conocimientos técnicos. Si sois ingenieros, utilizáis la memoria del conocimiento técnico para construir un puente. Esa es la memoria "factual". Hay también una memoria psicológica. Me habéis dicho algo a mí, agradable o desagradable, y yo lo retengo; y cuando vuelvo a encontrarme con vosotros, lo hago con aquel recuerdo,

con el recuerdo de lo que habéis o no dicho. Existen, pues, dos facetas de la memoria: la psicológica y la "factual". Siempre están relacionadas entre sí, y por lo tanto no se distinguen claramente. Sabemos que la memoria "factual" es necesaria como medio de vida. ¿Pero es esencial la memoria psicológica? ¿Y qué es el factor que retiene el recuerdo psicológico? ¿Qué es lo que a uno le hace recordar psicológicamente el insulto o la alabanza? ¿Por qué retiene uno ciertos recuerdos y rechaza otros? Es obvio que uno retiene los recuerdos que son agradables, y evita aquéllos que son desagradables. Si observáis, veréis que los recuerdos penosos son apartados más pronto que los placenteros. Y la mente es memoria en cualquier nivel, sea cual fuere el nombre que le deis; la mente es el producto del pasado, se funda en el pasado, el cual es memoria, un estado condicionado. Ahora bien, con esa memoria hacemos frente a la vida, a un nuevo reto. El reto es siempre nuevo, y nuestra réplica es siempre vieja porque proviene del pasado. De suerte que el "vivenciar" sin memoria es un estado, y el experimentar con memoria es otro. Esto es, hay un reto que siempre es nuevo. Le hago frente con la respuesta, con la condición de lo viejo. ¿Qué ocurre, pues? Absorbo lo nuevo, no lo comprendo; y la vivencia de lo nuevo resulta condicionada por el pasado. Hay, por lo tanto, comprensión parcial de lo nuevo, jamás comprensión completa. Y sólo cuando hay completa comprensión de algo, ello no deja la cicatriz del recuerdo.

Cuando hay un reto —que siempre es nuevo— le hacéis frente con la respuesta de lo viejo. La vieja res-

puesta condiciona lo nuevo y por lo mismo lo tuerce, le da un sesgo, por lo cual no hay completa comprensión de lo nuevo; de ahí que lo nuevo sea absorbido en lo viejo y por consiguiente fortalezca lo viejo. Esto podrá parecer abstracto, pero no es difícil si lo investigáis con un poco de atención y cuidado. La situación en el mundo exige actualmente un nuevo enfoque, un nuevo modo de atacar el problema mundial, que es siempre nuevo. Somos incapaces de abordarlo de un modo nuevo porque lo hacemos con nuestra mente condicionada, con prejuicios nacionales, locales, de familia y religiosos. Es decir, nuestras experiencias anteriores actúan como barrera para la comprensión del nuevo reto; así seguimos cultivando y fortaleciendo la memoria, y por lo tanto jamás comprendemos lo nuevo, jamás hacemos frente al reto plenamente, en forma completa. Sólo cuando uno es capaz de hacer frente al reto de un modo nuevo, sin el pasado, sólo entonces el reto rinde sus frutos, su riqueza.

El interlocutor dice "yo tengo un recuerdo y una vívida impresión de sus precedentes disertaciones. ¿En qué sentido es ello una experiencia incompleta?" Es obvio que se trata de una experiencia incompleta si ella es una mera impresión, un recuerdo. Si comprendéis lo que ha sido dicho, si veis su verdad, esa verdad no es un recuerdo. La verdad no es un recuerdo, porque la verdad siempre es nueva y constantemente se transforma. Tenéis un recuerdo de la disertación anterior. ¿Por qué? Porque utilizáis la disertación anterior como guía; no la habéis comprendido plenamente. Deseáis profundizarla, y ella es mantenida, cons-

ciente o inconscientemente. Pero si comprendéis algo completamente, es decir, si veis totalmente la verdad de algo, encontraréis que no hay ninguna especie de recuerdo. Nuestra educación es el cultivo de la memoria, el fortalecimiento de la memoria. Vuestras prácticas y ritos religiosos, vuestras lecturas y conocimientos, todo ello es fortalecimiento de la memoria. ¿Qué sentido tiene esto para nosotros? ¿Por qué nos aferramos a la memoria? No sé si habéis advertido que, a medida que envejecéis, volvéis vuestras miradas al pasado, a sus alegrías, a sus penas, a sus placeres; y si uno es joven mira hacia el futuro. ¿Por qué hacemos eso? ¿Por qué la memoria ha adquirido tanta importancia? Por la razón obvia y sencilla de que no sabemos vivir íntegramente, completamente, en el presente. Empleamos el presente como un medio para el futuro, y por lo tanto el presente carece de significación. No podemos vivir en el presente porque lo utilizamos como pasaje hacia el futuro. Es porque voy a llegar a ser algo, que nunca existe una completa comprensión de mí mismo; y el comprenderme a mí mismo, el comprender con exactitud lo que ahora soy, no requiere cultivo de la memoria. Por el contrario, la memoria es un estorbo para la comprensión de lo que *es*. No sé si habéis notado que un nuevo pensamiento, un nuevo sentimiento, sólo viene cuando la mente no se halla atrapada en la red de la memoria. Cuando hay un intervalo entre dos pensamientos, cuando ese intervalo puede ser mantenido, de ese intervalo surge un nuevo estado del ser que ya no es recuerdo. Tenemos recuerdos y cultivamos la memo-

ria como medio de continuación. Eso es, el "yo" y lo "mío" tórnanse muy importantes mientras existe el cultivo de la memoria; y como la mayoría de nosotros estamos hechos del "yo" y de lo "mío", la memoria desempeña un papel muy importante en nuestra vida. Si no tuviérais memoria, vuestros bienes, vuestra familia, vuestras ideas, no serían importantes como tales; de modo que, para dar vigor al "yo" y a lo "mío", cultiváis la memoria. Pero si observáis, veréis que hay un intervalo entre dos pensamientos, entre dos emociones. En ese intervalo, que no es producto de la memoria, estáis extraordinariamente libres del "yo" y de lo "mío"; y ese intervalo es atemporal.

Consideremos el problema diferentemente. La memoria, ciertamente, es tiempo, ¿verdad? Es decir, la memoria crea el ayer, el hoy y el mañana. El recuerdo del ayer condiciona el hoy y por lo tanto plasma el mañana. Esto es, el pasado a través del presente crea el futuro. Hay un proceso temporal que se desarrolla, y él es la voluntad de devenir. La memoria es tiempo, y a través del tiempo esperamos lograr un resultado. Hoy soy un simple empleado, y, dándoseme tiempo y oportunidad, llegaré a ser el gerente o el propietario. Es preciso, pues, que disponga de tiempo; y con la misma mentalidad decimos: "lograré la realidad, me aproximaré a Dios". Por consiguiente debo disponer de tiempo para realizar, lo cual significa que debo cultivar la memoria, fortalecer la memoria con la práctica y la disciplina, para ser algo, para lograr, para ganar; y esto significa continuación en el tiempo. A través del tiempo, pues, esperamos alcanzar lo atem-

poral, a través del tiempo esperamos conquistar lo eterno. ¿Podéis acaso hacer eso? ¿Podéis atrapar lo eterno en la red del tiempo mediante la memoria que pertenece al tiempo? Lo atemporal sólo puede ser cuando la memoria, que es el "yo" y lo "mío", cesa. Si veis la verdad de esto —que a través del tiempo lo atemporal no puede ser comprendido o recibido— entonces podemos examinar el problema de la memoria. La memoria de cosas técnicas es esencial; pero la memoria psicológica que mantiene el "sí mismo", el "yo" y lo "mío", que da identificación y autocontinuación, es totalmente perjudicial para la vida y la realidad. Cuando uno ve la verdad de ello, lo falso decae y por lo tanto no hay retención psicológica de la experiencia de ayer.

Observad, señores, que cuando véis una deliciosa puesta de sol, un hermoso árbol en el campo, y los miráis por vez primera, disfrutáis de ello completamente, enteramente; pero volvéis a ello con el deseo de disfrutarlo de nuevo. ¿Qué ocurre cuando volvéis con el deseo de disfrutarlo? No hay goce, porque es el recuerdo del espectáculo de ayer lo que ahora os hace retornar, os impele, os incita a disfrutar. Ayer no había recuerdo y sólo una apreciación espontánea, una respuesta directa; pero hoy estáis deseosos de apresar una vez más la experiencia de ayer. Es decir, la memoria se interpone entre vosotros y la puesta del sol; y por lo tanto no hay goce, no hay riqueza, no hay plenitud de belleza. O bien tenéis un amigo que dijo algo de vosotros ayer, un insulto o una fineza, y retenéis el recuer-

do; y con ese recuerdo encontráis hoy a vuestro amigo. No os encontráis realmente con vuestro amigo; lleváis con vosotros el recuerdo de ayer, que se interpone. Y así proseguimos, rodeándonos a nosotros mismos y a nuestros actos con el recuerdo, y por lo tanto no hay cualidad de cosa nueva, no hay frescor. Por eso es que el recuerdo torna la vida tediosa, insípida y vacía. Vivimos en antagonismo unos con otros porque el "yo" y lo "mío" se vigorizan con el recuerdo. La memoria surge a la vida con la acción en el presente; damos vida a la memoria por medio del presente, pero cuando no damos vida a la memoria, ella se marchita. De suerte que la memoria de los hechos, de las cosas técnicas, es una necesidad obvia, pero la memoria como retención psicológica es perjudicial para la comprensión de la vida, para la comunión de unos con otros.

Pregunta: Dijo usted que cuando la mente consciente está en silencio, lo subconsciente se proyecta. ¿Es lo subconsciente un ente superior? ¿No es necesario vaciarse de todo lo que está oculto en los laberintos de lo subconsciente, a fin de acabar con el "condicionamiento" de uno mismo? ¿Cómo se puede hacer tal cosa?

KRISHNAMURTI: Me pregunto cuántos de nosotros nos damos cuenta de que existe un subconsciente, y de que hay diferentes capas en nuestra conciencia. Creo que la mayoría nos damos tan sólo cuenta de la mente superficial, de las actividades dia-

rias, de la ruidosa conciencia superficial. No nos damos cuenta de la profundidad, de la significación y sentido de las capas ocultas; y ocasionalmente, gracias a un sueño, a una insinuación, a una intimación, uno percibe que hay otros estados del ser. Casi todos estamos demasiado atareados, demasiado ocupados con nuestra vida, con diversiones, con deseos sensuales, con nuestras vanidades, para darnos cuenta de nada que no sea lo superficial. La mayoría de nosotros pasa su vida en la lucha por el poder, político o personal, por la posición, por el éxito.

Ahora bien, el interlocutor pregunta si lo subconsciente es un ente superior. Ese es el primer punto. ¿Existe un ente superior, aparte del proceso de pensar? Mientras exista el proceso del pensamiento, aunque éste se divida a sí mismo en inferior y superior, no puede ciertamente haber ente superior alguno, ninguna entidad permanente, separada de aquello que es transitorio. Habremos, pues, de examinar esta cuestión con mucho cuidado, y comprender el significado total de la conciencia. Yo he dicho que, cuando tenéis un problema y habéis pensado a su respecto hasta el cansancio de vuestra mente sin hallar la respuesta, sucede a menudo que consultando con la almohada la respuesta aparece a la mañana siguiente. Mientras la mente consciente está en silencio, las capas ocultas de la mente inconsciente se hallan ocupadas con el problema, y, cuando despertáis, encontráis la respuesta. Eso significa, por cierto, que las capas ocultas de la mente no se duermen cuando os vais a dormir, y que trabajan en todo momento.

Aunque la mente consciente esté dormida, lo inconsciente en sus diferentes capas se halla en lucha con aquel problema, y, naturalmente, se proyecta hacia lo consciente. Ahora se pregunta si eso es un ente superior. Es obvio que no. ¿Qué entendéis por "ente superior"? Entendéis —¿no es así?— un ente espiritual, un ente que está más allá del tiempo. Vosotros estáis llenos de pensamientos, y un ente en el que podáis pensar no es ciertamente un ente espiritual; forma parte del pensamiento, y por lo tanto es hijo del pensamiento y sigue estando en los dominios del pensamiento. Llamadle como os plazca; él es, no obstante, un producto del pensamiento. Por lo tanto es un producto del tiempo, y por ello mismo no es un ente espiritual.

El punto siguiente es éste: ¿No es necesario vaciarse de todo lo que está oculto en los laberintos de lo subconsciente, a fin de que uno se "descondicione"? ¿Cómo se puede hacer tal cosa? Como lo he dicho, la conciencia tiene diferentes capas. Está primero la capa superficial, y debajo de ella está la memoria, porque sin memoria no hay acción. Debajo de eso está el deseo de ser, de devenir, el deseo de realizar. Si descendéis aún más hondamente, encontraréis un estado de completa negación, de incertidumbre, de vacío. Esa totalidad es la conciencia. Ahora bien, mientras haya deseo de ser, de devenir, de lograr, de ganar, tiene que haber fortalecimiento de las muchas capas de conciencia que forman el "yo" y lo "mío"; y el vaciamiento de esas muchas capas sólo puede producirse cuando uno comprende el proceso del devenir. Esto

es, mientras haya deseo de ser, de devenir, de realizar, la memoria se fortalece, y de esa memoria surge la acción, la cual no hace otra cosa que condicionar más la mente. Espero que todo esto os interese. Si no es así, no importa; pero yo proseguiré, porque algunos de vosotros podrán darse cuenta de este problema.

La vida, señores, no es simplemente una capa de la conciencia; no es apenas una hoja, una rama. La vida es el proceso íntegro, total. Debemos comprender el proceso total antes de que podamos comprender la belleza de la vida, su grandeza, sus dolores, sus penas y sus alegrías. Ahora bien, para vaciar lo subconsciente, o sea para comprender el estado total del ser, de la conciencia, tenemos que ver de qué está formada, debemos darnos cuenta de las diversas formas de "condicionamiento" que son los recuerdos de raza, de familia, de grupo, etc., las diversas experiencias que no son completas. Y uno puede analizar esos recuerdos, tomar cada respuesta, cada recuerdo, y descifrarlo, ahondar en él plenamente, y disolverlo; mas para ello se necesitaría tiempo, paciencia y cuidado infinitos. Tiene que haber, a buen seguro, un enfoque diferente de este problema. Por poco que alguien haya pensado al respecto, es conocedor del proceso de tomar una respuesta, analizarla, seguirla y disolverla, haciendo eso con toda respuesta; y si uno no analiza una respuesta plenamente, o pasa algo por alto en ese análisis, luego vuelve atrás y pasa largos días en ese estéril proceso. Tiene que haber un enfoque diferente para "descondicionar" de recuerdos la totalidad del ser, a fin de que la mente sea nueva en todo instante. ¿Cómo habrá de

hacerse? ¿Comprendéis el problema? Es éste: estamos acostumbrados a hacer frente a la vida con los viejos recuerdos, las viejas tradiciones, los viejos hábitos; enfrentamos el hoy con el ayer. Ahora bien, ¿puede uno hacer frente al hoy, al presente, sin el pensamiento de ayer? Eso, por cierto, es una cuestión nueva, ¿verdad? Conocemos el viejo método de ir a paso a paso, analizando cada respuesta, disolviéndola mediante la práctica, la disciplina, etc. Vemos que semejante método implica tiempo; y cuando os valéis del tiempo como medio de acabar con el "condicionamiento", es obvio que ello no hace más que fortalecer la condición. Si utilizo el tiempo como medio de libertarme, en ese mismo proceso me vuelvo condicionado. ¿Qué he de hacer, pues? Puesto que es una cuestión nueva, debo abordarla de un modo nuevo. Es decir, ¿puede uno ser libre inmediatamente, al instante? ¿Puede haber regeneración sin el elemento del tiempo, que no es sino memoria? Yo digo que la regeneración, la transformación, es ahora, no mañana, y que la transformación sólo puede llegar cuando se está completamente libre del ayer. ¿Cómo ha de estar uno libre del ayer? Ahora, cuando os hago esa pregunta, ¿qué le ocurre a vuestra mente, a la de todos aquellos que realmente me siguen? ¿Qué le sucede a vuestra mente cuando veis que ella tiene que ser nueva, que vuestro ayer tiene que irse? ¿Cuál es el estado de vuestra mente cuando veis la verdad de eso? ¿Comprendéis la pregunta, señores? Es decir, si queréis comprender una pintura moderna, es obvio que no debéis abordarla con vuestra educación clásica. Si reconocéis eso como un hecho, ¿qué le

ocurre a vuestra educación clásica? Vuestra educación clásica está ausente cuando existe la intención de comprender una pintura moderna; el reto es nuevo, y reconocéis que no podéis comprenderlo a través del tamiz del ayer. Cuando veis esa verdad, el ayer se ha ido, estáis completamente purgados del ayer. Tenéis que ver la verdad de que el ayer no puede interpretar el presente. Sólo la verdad "descondiciona" completamente; y el ver la verdad de lo que *es* requiere enorme atención. Como no hay completa atención mientras haya distracción, ¿qué entendemos por distracción? Estáis distraídos cuando hay varios intereses entre los cuales escogéis uno y fijáis en él vuesra mente, pues entonces a cualquier interés que aleje vuestra mente del interés central le llamáis distracción. Ahora bien, ¿Podéis escoger un interés y concentraros en ese solo interés? ¿Por qué escogéis un interés y descartáis otros? Escogéis un interés porque él es más provechoso, y por lo tanto vuestra opción se basa en el provecho, en el deseo de ganar; y en el momento en que tenéis deseo de ganar, debéis resistir como distracción a todo aquello que aleje vuestros pensamientos del interés central. Aparte de vuestros apetitos biológicos, ¿tenéis un interés central? Pongo realmente en duda que tengáis un interés central. Por lo tanto no estáis distraídos; estáis viviendo, simplemente, en un estado sin interés. Un hombre que quiera comprender la verdad tiene que dedicarle íntegramente su atención; y esa atención indivisa viene tan sólo cuando no hay opción, y por lo tanto ninguna idea de distracción. La distracción es cosa inexistente, porque la vida es un

movimiento; y es preciso comprender todo este movimiento, no dividirlo en intereses y distracciones. Todo tiene que ser considerado, por consiguiente, para ver su verdad o su falsedad. Cuando veis la verdad de esto, ella libera la conciencia del ayer. Podéis ponerlo a prueba por vosotros mismos. Para ver la verdad acerca del nacionalismo y no ser atrapados por los argumentos en pro o en contra, tendréis que examinarlo y estar abiertos a todas las intimaciones de ese problema. Al daros cuenta del problema del nacionalismo sin condenación ni justificación, al ver la verdad de que él es falso, encontraréis que se produce una completa liberación del problema en su totalidad. De suerte que sólo la percepción de la verdad libera; y para ver, para recibir la verdad, tiene que haber atención concentrada, lo cual significa que debéis consagrar vuestro corazón y vuestra mente a ver y a comprender.

Pregunta: No obstante la enfática negación que usted hace de la necesidad de un "gurú", ¿no es usted mismo un "gurú"? ¿Cuál es la diferencia?

KRISHNAMURTI: Señor, ¿qué entiende usted por "gurú"? ¿Por qué necesita un "gurú"? Hagáis o no de mí uno de ellos, yo no me convierto en "gurú" para vosotros. Es por eso que un secuaz es una maldición. El secuaz es el destructor, el secuaz es el explotador. (Risas). No lo toméis a risa; pensad muy seriamente acerca de ello y ved su consecuencia. Examinemos esta cuestión. Bueno, ¿qué entendéis por "gurú"? Generalmente queréis significar —¿no es así?— una persona

que os conducirá a la realidad. Vuestro "gurú" no es el hombre a quién podéis preguntar dónde queda la estación. No llamaríais "gurú" al profesor, al hombre que os enseña el piano. Entendéis por "gurú", evidentemente, un hombre que os conducirá a la verdad, que os dará una norma de conducta, que proporcionará una llave o abrirá la puerta, que os dará alimento, sustento y estímulo; es decir, alguien que os brindará profunda satisfacción. Vosotros ya conocéis las satisfacciones superficiales, y deseáis un placer más hondo, una satisfacción más profunda, por lo cual recurrís a alguien que habrá de ayudaros; buscáis un "gurú" porque vosotros mismos estáis confusos, y deseáis dirección, queréis que se os diga cómo habréis de actuar y qué habréis de hacer. En esto, pues, están involucradas todas esas cosas. Mas por "gurú" entendemos primordialmente una persona que nos ayudará a descifrar los problemas de la vida; no los problemas técnicos sino los más sutiles, los problemas ocultos, psicológicos.

Ahora bien, ¿la verdad tiene un lugar de residencia? ¿Tiene la verdad un punto fijo? ¿Tiene la verdad una morada, o es la verdad una cosa dinámica, viviente, y por lo tanto sin un lugar de descanso? La verdad está en movimiento constante; pero si decís que ella es un punto fijo, entonces tendréis que encontrar un "gurú" que a ella os conduzca, y el "gurú" se hace necesario como indicador. Ello significa que tanto el "gurú" como vosotros debéis saber que la verdad está allí, en un lugar fijo, como la estación. Entonces podéis preguntar el camino y os podéis aproximar al punto fijo;

y a fin de lograr tal cosa, necesitáis un "gurú" que os dirija y os conduzca a esa cosa fija. ¿Pero es la verdad una cosa fija? ¿Y si es fija, es ella verdadera? Asimismo, si deseáis la verdad y recurrís a un "gurú", tenéis que saber qué es la verdad, ¿no es así? Cuando acudís a un "gurú" no decís "deseo descubrir la realidad"; por el contrario, decís "ayúdeme usted a comprender la realidad". Ya tenéis, por lo tanto, una idea de lo que ella es; ya conocéis su contenido, su belleza, su encanto, su fragancia. ¿Sabéis acaso lo que ella es? ¿Cómo puede un hombre confuso conocer la claridad? Sólo puede conocer la confusión, o pensar en la claridad como lo opuesto de lo que *es*. ¿Es la verdad lo opuesto de lo que *es*, lo opuesto de la confusión? Si pensáis acerca de la verdad, ella es, ciertamente, producto del pensamiento, y por lo tanto no es verdadera; y si el "gurú" puede deciros lo que ella es, entonces él está aún en el campo del pensamiento, y por lo tanto lo que él os dice no es verdadero. Es obvio, pues, que cuando acudís al "gurú" lo hacéis por placer —¿no es así?— aunque esa palabra pueda no gustaros. Habéis probado varias cosas; habéis probado la posición, las mujeres, el dinero, y ellas no os satisfacen, no os brindan un placer asegurado, una permanencia garantida. Entonces decís: "encontraré a Dios". Es decir, creéis que la realidad os dará la paz fundamental, la satisfacción máxima, la seguridad final. Os agradaría que la verdad fuese todo eso; pero ella puede ser la cosa más peligrosa, más devastadora, puede destruir todos vuestros valores previos. En realidad buscáis seguridad, satisfacción, pero no le dais ese nombre; la disimuláis lla-

mándole "Dios". Habiendo probado muchas formas obvias de satisfacción y estando envejecidos, desilusionados, frustrados, habiéndoos vuelto cínicos, esperáis hallar realización o satisfación en Dios. Recurrís al "gurú" que os dará esa satisfacción, y cuanto más os la asegura, más le adoráis. En otras palabras, cuando acudís al "gurú" no buscáis la verdad; buscáis seguridad en un nivel diferente, permanencia en un punto diferente. ¿Pero la verdad es permanencia? No lo sabéis, ¿no es así? Pero no os atrevéis a decir eso, porque el reconocer, no sólo verbalmente sino de un modo efectivo, que uno no sabe, es una experiencia sumamente desoladora. Lo cierto, empero, es que debéis estar desolados antes de que podáis encontrar la verdad; debéis hallaros en ese estado de incertidumbre, de completa frustración, sin escapatoria; tenéis que enfrentaros con el vacío, con la vacuidad, sin una salida por la cual podáis huir. Sólo entonces encontraréis lo que es la verdad. Pero el especular, el pensar acerca de la verdad, es negar la verdad. Vuestras especulaciones, vuestros pensamientos acerca de la verdad, no tienen validez alguna. Lo que pensáis es producto del pensamiento, y el pensamiento es memoria; y la memoria es mera identificación de uno mismo con un resultado deseado. De suerte que un "gurú" resulta enteramente innecesario para el hombre que busca la verdad. La verdad no se halla distante; la verdad está cerca, en lo que pensáis y sentís, en vuestra relación con vuestra familia, con el prójimo, con vuestra propiedad y con las ideas. Descubrir la verdad en alguna región abstracta es mera ideación, y la mayoría de nosotros busca la verdad

de ese modo como medio de escapar a la vida. La vida es demasiado para nosotros, demasiado abrumadora, demasiado dolorósa; deseamos, pues, la verdad alejada de la vida. Por lo tanto buscamos un "gurú" que nos ayude a escapar; y cuanto más nos ayuda a escapar, más adictos somos a ese "gurú".

El interlocutor me pregunta: ¿No es usted mismo un "gurú"? Podéis hacer de mí uno de ellos, pero yo no soy un "gurú". No quiero serlo por la sencilla razón de que no hay sendero hacia la verdad. No podéis descubrir el sendero porque no hay sendero. La verdad es una cosa viviente, y para una cosa viviente no hay sendero; es sólo para las cosas muertas que puede haber un sendero. Siendo la verdad sin sendero, para descubrirla tenéis que ser intrépidos, estar prontos para el peligro; ¿y creéis que un "gurú" os ayudará a ser arriesgados, a vivir en peligro? El buscar un "gurú", evidentemente, indica que no sois intrépidos, que sólo buscáis un sendero hacia la realidad como medio de seguridad. Podéis, pues, hacer de mí un "gurú" si lo deseáis; pero ello será vuestra desdicha, porque no hay "gurú" para la verdad, no hay conductor hacia la realidad. Esa realidad es un eterno *ser* en el presente, no en el futuro; está en el "ahora" inmediato, no en el "mañana" final. Para comprender ese "ahora", esa eternidad, la mente tiene que estar libre del tiempo, el pensamiento debe cesar. Todo lo que ahora hacéis, sin embargo, es cultivar ese pensamiento, condicionando con ello la mente de tal modo que nunca hay frescor, novedad; jamás hay un momento que sea de silencio, de quietud. Mien-

tras el proceso del pensamiento existe, no puede haber verdad; lo cual no significa que debáis hallaros en un estado de completo olvido. No podéis imponer el silencio, no podéis acallar la mente, no podéis forzar el pensamiento a detenerse. Debéis comprender el proceso del pensamiento e ir más allá de todo pensamiento; sólo entonces la verdad libertará al pensamiento de su propio proceso.

La verdad, pues, no es para aquellos que son "respetables", ni para quienes desean autoextensión, autorrealización. La verdad no es para aquellos que buscan seguridad, permanencia; pues la permanencia que ellos buscan es lo opuesto de la impermanencia. Estando atrapados en la red del tiempo, ellos buscan aquello que es permanente; pero lo permanente que ellos buscan no es lo real, porque lo que buscan es producto de su pensamiento. Por lo tanto, un hombre que quiera descubrir la realidad debe dejar de buscar, lo que no significa que deba contentarse con lo que *es*. Por el contrario, el hombre decidido a descubrir la verdad tiene que ser en su fuero íntimo un revolucionario completo. No puede pertenecer a ninguna clase, a ninguna nación, a ningún grupo o ideología, a ninguna religión organizada; porque la verdad no está en el templo ni en la iglesia, la verdad no ha de encontrarse en las cosas hechas por la mano o por la mente. La verdad surge tan sólo cuando las cosas de la mente y de la mano son desechadas; y el desechar las cosas de la mente o de la mano no es cuestión de tiempo. La verdad le llega a aquél que está libre del tiempo, que no se vale del tiempo como medio de autoexten-

sión. El tiempo significa recuerdo del ayer, de vuestra familia, de vuestra raza, de vuestro carácter particular, de la acumulación de vuestra experiencia que constituye el "yo" y lo "mío". Mientras exista el "ego", el "yo" y lo "mío", en cualquier nivel que sea, alto o bajo, el "atman" o el "no atman", ello sigue estando dentro del campo del pensamiento. Donde hay pensamiento está lo opuesto, porque el pensamiento crea lo opuesto; y mientras exista lo opuesto no podrá haber verdad. Para comprender lo que *es,* no tiene que haber condenación, justificación ni censura. Y puesto que toda la estructura de nuestro pensamiento se halla edificada sobre la negación y la aceptación, es preciso darse cuenta de todo ese "trasfondo". Sed simplemente perceptivos mientras yo hablo, pues la percepción alerta y sin opción revela la verdad, y es la verdad lo que libera, no vuestros "gurús" ni vuestros sistemas, ni todos los "pujas", ritos y ejercicios. A través del tiempo, mediante la disciplina, por la negación y la aceptación, no podéis encontrar la verdad. La verdad se manifiesta cuando la mente está total y completamente en silencio, y esa quietud no es compuesta, acumulada. Ese silencio surge tan sólo cuando hay comprensión; y esa comprensión no es difícil, si bien reclama toda vuestra atención. La atención se ve negada cuando sólo vivís en el cerebro, no con todo vuestro ser.

Pregunta: ¿La creencia en la teoría de la reencarnación no es una ayuda para sobreponerse al miedo a la muerte?

KRISHNAMURTI: Son las siete y media; espero que no estéis cansados. ¿Proseguiré con la pregunta? Si sois meros espectadores y no jugadores, si sólo escucháis y no "vivenciáis", muchísimo es lo que perdéis. Es como ir al manantial con una copa, con una pequeña escudilla; y si aquí no acudís con todo vuestro corazón, os iréis con las manos vacías. Pero un hombre que va al manantial con el anhelo de beber profundamente de sus aguas, hallará en todo lo que he estado diciendo esa verdad que vivifica, que ayuda a renovarse.

¿Qué entendéis por miedo, y qué entendéis por muerte? Yo no estoy sutilizando. ¿Por qué tenéis miedo a la muerte? Es obvio que teméis a la muerte porque no habéis cumplido con vosotros mismos. Amáis a alguien, y podéis perder a esa persona; estáis escribiendo un libro, y podéis morir sin haberlo terminado; estáis edificando vuestra casa, y podéis morir sin completar la obra; deseáis hacer alguna cosa, y la muerte os puede abatir. ¿De qué tenéis miedo? Tenéis miedo, evidentemente, de desaparecer de golpe, de no cumplir con vosotros mismos, de que se os ponga fin. ¿No es el terminar lo que os da miedo? Por el momento no discutimos la muerte; ya la discutiremos. Discutimos lo que entendemos por miedo. El miedo, por cierto, existe con relación a algo. El miedo es relativo a vuestra realización. La cuestión es, pues, ¿hay realización? Podréis decir que éste es un modo desviado de contestar la pregunta, una explicación latosa. Pero no lo es, señor; la vida no es una cosa a la que podáis dar

respuestas como "sí" y "no". La vida es mucho más compleja, más hermosa, mucho más sutil que eso. Al hombre que desea una pronta respuesta más le valdría tomar un narcótico, ya sea el narcótico de la creencia o el de la diversión, y entonces no tendrá problemas. Para comprender la vida hay que explorar, hay que descubrir; y esa exploración, ese descubrimiento, se niega si la mente está amarrada a una creencia cualquiera. Entonces resulta imposible comprender todo este problema.

¿Qué entendemos por miedo? Hay miedo con relación a algo; y ese algo es el cumplimiento con uno mismo, la autorrealización, pequeña o grande. ¿Existe tal cosa, o sea el cumplimiento con uno mismo? ¿Qué entendemos por "sí mismo"? Sigamos esto con cuidado, y veréis qué es el "sí mismo". Es obvio que el "sí mismo", el "yo", es un manojo de recuerdos; un manojo de recuerdos que incluye eso que llamo "eterno", "permanente". Esa parte no física del "yo", aunque la llame "atman", no deja de ser recuerdo y de estar en el campo del pensamiento. Eso no podéis negarlo, ¿verdad? Si podéis pensar en algo, ello sigue estando dentro del campo del pensamiento. Lo que el pensamiento produce no deja de ser su propio producto, y por lo tanto pertenece al tiempo. Lo cierto es que todo eso es el "yo", el "sí mismo", el "ego", ya sea superior o inferior; todas las divisiones siguen estando en el campo del pensamiento. Por lo tanto la memoria, en cualquier nivel que os plazca fijar vuestro pensamiento, sigue siendo memoria. De suerte que el "sí mismo" es un manojo de recuerdos, y nada más.

No hay ente espiritual que sea el "yo" o esté aparte del "yo"; porque, cuando decís que hay un ente espiritual aparte del "yo", no deja él de ser producto del pensamiento, y por consiguiente sigue estando en el campo del pensamiento; y el pensamiento es memoria. Así, pues, el "tú", el "yo", el "sí mismo" —superior o inferior, en cualquier punto que se lo fije— es memoria.

Ahora bien, mientras haya memoria —que es el deseo de ser, de devenir— habrá siempre un objeto de realización; hay, pues, continuación de la memoria, del "yo" y de lo "mío". Es decir, mientras haya autorrealización, hay continuación del "yo", de lo "mío", y por lo tanto siempre habrá miedo. El miedo cesa tan sólo cuando no hay continuación del "yo", y el "yo" es recuerdo. Es decir, señor, para expresarlo de un modo diferente, mientras yo busque realización, esa misma búsqueda envuelve el miedo de la incertidumbre. Por lo tanto tengo miedo de la muerte. Cuando no tengo deseo de cumplir conmigo mismo, de realizarme, no hay miedo. El deseo de autorrealización cesa cuando yo comprendo el proceso de la realización. No puedo afirmar, simplemente, que no tengo deseo de cumplir conmigo mismo; eso es una mera repetición de una verdad, es decir, una mentira, Mientras exista la actividad del "yo", tiene que haber miedo a la muerte, miedo de no realizar, miedo de llegar al final, miedo de no continuar.

¿Qué entendemos por muerte? Una cosa que se usa constantemente, llega por cierto a su fin; cualquier máquina que funciona constantemente se gasta. De un

modo análogo, estando el cuerpo en uso constante, llega a su fin por la enfermedad, por accidente, por la edad. Eso es inevitable. Podrá durar cien años o diez, pero al ser usado tiene que gastarse. Eso lo reconocemos y aceptamos porque vemos que ocurre continuamente. Pero está el "yo" que no es el cuerpo, el "yo" que es mi entendimiento acumulado, las cosas que he hecho en esta vida, las cosas por las que he trabajado, las experiencias que he reunido, la riqueza que he almacenado; no es el "yo" físico sino el "yo" psicológico, que es memoria y que deseo ver continuar. No quiero que le llegue el fin. No es en realidad la muerte sino este terminar, lo que nos da miedo. Deseamos continuidad. Es decir, queréis que vuestros recuerdos continúen con toda su riqueza, sus perturbaciones, su fealdad, su belleza, etc. Es todo eso que deseáis ver continuar. De suerte que a quienquiera os infunda confianza en su continuidad, lo bendecís, lo estimáis, y huís de todo el que os diga que debéis comprenderlo. Es la terminación psicológica lo que uno teme en la muerte, ¿no es así? En realidad no sabéis lo que es la muerte. Veis que a los cuerpos se los llevan, veis una cosa inanimada que en otro tiempo estuvo llena de vida y de actividad, y no sabéis qué hay más allá. Veis la cosa vacía, desnuda, en descomposición, y deseáis saber qué sucede más allá; lo cual significa que queréis una garantía de la continuidad de vuestros recuerdos. No estáis, pues, realmente interesados en saber qué hay más allá, no os interesa descubrir lo desconocido: lo que deseáis es que se os asegure la continuidad de vuestros recuerdos. No estáis interesa-

dos en la muerte; sólo os interesa la continuidad de vosotros mismos como recuerdo. Sólo cuando estéis interesados sabréis lo que es la muerte; pero no os interesa descubrir la significación, la belleza, de lo que está más allá; no os interesa lo desconocido, porque lo que os importa es lo conocido y la continuidad de lo conocido. Lo cierto es que a lo desconocido se lo ve tan sólo cuando no se le teme; lo cual significa que mientras os aferréis a lo conocido y deseéis que lo conocido continúe, jamás podréis conocer lo desconocido. Es algo muy significativo —¿verdad?— que hayáis consagrado vuestra vida a lo conocido y no a lo desconocido. Habéis escrito libros sobre la muerte, no sobre la vida, porque os interesa la continuidad.

Ahora bien, ¿habéis notado alguna vez que aquello que continúa no tiene renacimiento ni renovación? Una cosa que es constantemente repetida, que se halla atrapada en una interminable cadena de causa y efecto, no tiene regeneración, por cierto. Sólo continúa; se ve algo modificada, cambiada, alterada, pero permanece esencialmente la misma. Aquello que es continuamente lo mismo, jamás podrá ser nuevo. Es decir, señores, yo deseo que el ayer continúe a través de hoy hacia el mañana; y ese proceso del ayer a través de hoy hacia el mañana, es el "yo". Deseo que ese "yo" continúe, y es obvio que tal continuación no tiene renovación, pues aquello que continúa conoce el miedo de terminar. Quien desee continuar, por consiguiente, se hallará siempre en las garras del miedo. Sólo en lo desconocido hay renovación; es en

lo desconocido que hay "creatividad", no en la continuidad. De suerte que debéis investigar lo desconocido; mas para hacer eso no os podéis aferrar a la continuidad de lo conocido; pues el "yo", y la constante repetición del "yo", cae dentro de la esfera del tiempo, con sus luchas, con sus logros, con sus recuerdos. El "sí mismo", que es un manojo de recuerdos identificados como "yo", quiere continuar; y aquello que es permanente continuidad en el tiempo, es evidentemente un factor de deterioro. Sólo en lo desconocido hay una renovación, una novedad; debéis, pues, investigar lo desconocido. Es decir, debéis investigar la muerte como examináis la vida con sus relaciones, su variedad, sus honduras, sus penas, sus alegrías. Lo conocido es la memoria y su continuación; ¿y puede lo conocido establecer una relación con lo desconocido? Es obvio que no. Para investigar lo desconocido, la mente tiene que llegar a ser lo desconocido. Estáis muy familiarizados con el "yo" y lo "mío", con vuestros compañeros, vuestra memoria, vuestras corporaciones religiosas, vuestras vanidades y pasiones. Todas esas cosas forman vuestra vida. Superficialmente, sois bien conocedores de esas cosas, y con esa mentalidad de lo conocido abordáis lo desconocido, tratáis de establecer una relación entre lo conocido y lo desconocido. No tenéis, pues, relación directa con lo desconocido, y por lo tanto le tenéis miedo a la muerte.

¿Qué sabéis de la vida? Muy poco. No conocéis vuestra relación con la propiedad, con el prójimo, con vuestra esposa, con las ideas. Sólo conocéis las

cosas superficiales, y queréis continuar las cosas superficiales. ¡Qué vida miserable, por amor de Dios! ¿No es la continuidad una cosa estúpida? Es estúpida la persona que desea continuar; ningún hombre que entendiese los ricos sentimientos de la vida, desearía la continuidad. Cuando comprendáis la vida, encontraréis lo desconocido; porque la vida es lo desconocido, y la muerte y la vida son una. No hay división entre vida y muerte. Son los necios y los ignorantes quienes hacen esa división, quienes se interesan por su cuerpo y por su mezquina continuidad. Esa gente utiliza la teoría de la reencarnación como medio de encubrir su miedo, como garantía de su estúpida pequeña continuidad. Es obvio que el pensamiento continúa; pero a un hombre que busca la verdad no le interesa el pensamiento, puesto que el pensamiento no conduce a la verdad. La teoría de que el "yo" continúa mediante la reencarnación hacia la verdad, es una idea falsa; no es veraz. El "yo" es un manojo de recuerdos, es decir, tiempo; y la mera continuación del tiempo no os conduce a lo eterno, que está más allá del tiempo. El miedo a la muerte cesa tan sólo cuando lo desconocido entra en vuestro corazón. La vida es lo desconocido, como la muerte es lo desconocido, como la verdad es lo desconocido. La vida es lo desconocido, señor; pero nos aferramos a una pequeña expresión de esa vida, y eso a lo cual nos aferramos es simple recuerdo, o sea un pensamiento incompleto; por lo tanto aquello a que nos aferramos es irreal, no tiene validez. La mente se aferra a esa cosa vacía llamada recuerdo,

y el recuerdo es la mente, el "sí mismo", en cualquier nivel que os plazca fijarlo. De suerte que la mente, que está en el ámbito de lo conocido, jamás podrá invitar lo desconocido. Sólo cuando surge lo desconocido —un estado de completa incertidumbre— llega la cesación del miedo y con ella la percepción de la realidad.

Octubre 3 de 1948

SÉPTIMA CONFERENCIA EN POONA

Hemos venido diciendo que, sin conocimiento propio, ningún problema humano puede ser permanentemente resuelto. Pocos de nosotros estamos dispuestos a ahondar completamente en un problema y ver el movimiento de nuestro propio pensamiento, sentimiento y acción como un todo comprensivo, integrado. La mayoría de nosotros deseamos una respuesta inmediata, sin comprender el proceso íntegro de nosotros mismos. Al considerar este asunto, deberemos profundizar la cuestión del progreso y la especialización. Creemos —y hemos sido cuidadosamente educados, "regimentados" en la idea— que hay progreso, evolución, crecimiento. Examinemos ahora esa cuestión. Es obvio que hay progreso tecnológico, desde el carro de bueyes hasta el avión a chorro. Luego existe el crecimiento, la bellota que se transforma en roble. Y, finalmente, creemos que nosotros mismos nos convertiremos en algo, que lograremos un resultado, una finalidad. De suerte que a estas tres

cosas: progreso técnico, crecimiento y devenir, se las considera una especie de evolución. Sería absurdo, evidentemente, negar el progreso en términos de adelanto técnico. Vemos que el tosco motor a combustión interna llega a ceder su puesto a la turbina de reacción, lo cual torna posible los aviones de velocidades enormes, que hacen 1.500 millas por hora y aun más. Igualmente absurdo sería negar el desarrollo de una semilla hasta llegar a ser una planta, una flor, y a partir de ahí un fruto. Con esa misma mentalidad, empero, abordamos nuestra propia conciencia. Creemos que hay progreso, evolución, y que con el tiempo lograremos un resultado. Y yo deseo ahondar en la cuestión de si hay progreso alguno para el hombre, si hay desarrollo evolutivo, si es posible para vosotros y para mí alcanzar un resultado en términos de tiempo, siendo ese resultado el logro de la realidad. Hablamos del ascenso evolutivo del hombre; decimos que finalmente llegáis a ser algo, si no en esta vida, en una vida futura. Es decir que, a través del tiempo evolucionáis hacia algo más grande, más bello, más digno, etc.

Ahora bien, ¿existe tal cosa, o sea que os volvéis más sabios, más bellos, más virtuosos, aproximándoos más cerca de la realidad mediante el proceso del tiempo? Eso es lo que queremos decir cuando hablamos de evolución. Es obvio que hay una evolución fisiológica, crecimiento; ¿pero hay crecimiento psicológico, evolución, o es ello una mera fantasía de la mente, la cual, en su deseo de transformarse, cae en el erróneo pensamiento de llegar a ser algo? Mas para llegar

a ser algo debéis especializaros —¿no es así?— y cualquier cosa que se especializa muere pronto, se descompone, porque toda especialización implica falta de adaptabilidad. Sólo aquello que es capaz de adaptación o ductilidad puede sobrevivir. Así, pues, mientras pensemos en devenir tiene que haber especialización; y es obvio que la especialización implica un proceso de reducción en el que toda flexibilidad resulta imposible, y por lo tanto hay muerte, decadencia y destrucción. Podéis ver que cualquier animal que se especializa, pronto se destruye a sí mismo. Ése es un hecho biológico. ¿Y los seres humanos están destinados a especializarse? Deberéis especializaros para tener una profesión, para ser médico, para ser abogado, para ser comandante de un ejército, o para pilotear un barco a través de los mares borrascosos. ¿Pero es necesaria la especialización psicológica? Ello significa: ¿el conocimiento propio es un proceso de especialización? Si lo es, entonces ese proceso de especialización destruye al hombre; y eso es lo que está ocurriendo en el mundo. El progreso técnico mediante la especialización es extremadamente rápido, y el hombre es incapaz de rápida adaptabilidad en el sentido psicológico porque abordamos la vida con la misma mentalidad de especialización. En otras palabras, la especialización en el campo tecnológico nos ha infundido el prejuicio de que debemos especializarnos en conocimiento propio, volvernos expertos, especialistas, en la comprensión de nosotros mismos. De suerte que nuestra mentalidad, nuestro enfoque de este problema, es de especialización, en la cual está

involucrado el devenir. Para especializaros, os tenéis que disciplinar, que dominar; debéis restringir vuestra capacidad, concentrar vuestra atención en un objeto determinado, etc. Todo eso implica la especialización.

Ahora bien, el hombre es ciertamente un ente complejo, y para comprenderse a sí mismo no puede especializarse. Como sois complejos, sutiles, compuestos de muchas entidades, tenéis que comprenderlas como un todo, y no especializaros en ninguna dirección única. Para comprender, pues, el problema del "sí mismo", que es el conocimiento propio, la especialización es perjudicial e impide la rápida adaptabilidad; y cualquier cosa que se especialice, pronto decae y se marchita. De suerte que se necesita enorme flexibilidad para comprenderse uno mismo, y esa flexibilidad se niega cuando nos especializamos en devoción, en acción, en conocimiento. No existen senderos tales como la devoción, la acción, el conocimiento, y el que siga cualquiera de esos senderos separadamente como especialista, causa su propia destrucción. Es decir, un hombre que está comprometido en un sendero, en un enfoque en particular, es incapaz de flexibilidad; y aquello que no es flexible se rompe. Así como a un árbol que no es flexible lo quiebra el vendaval, el hombre que se ha especializado se viene abajo en los momentos de crisis. El comprenderse uno mismo es imperativo, porque sólo el conocimiento propio puede resolver los innumerables problemas que se nos plantean; y no podéis abordar el conocimiento propio por ningún sendero

en particular. El sendero implica especialización, convertirse en experto, y en ese proceso os quebráis. ¿No habéis notado que un experto no es persona integrada? Está especializado en una dirección. Para comprender el proceso de la vida, necesitáis acción integrada, comprensión integrada en todo momento, no atención especializada. Pensar en términos de evolución, de que llegaré a ser algo con el tiempo, implica especialización, porque el "llegar a ser" significa lograr un resultado, y para lograr un resultado tenéis que controlar, que disciplinar; y es obvio que toda disciplina es un proceso de restricción. Aunque alcancéis un resultado, en el proceso de alcanzarlo os deshacéis. Eso es lo que sucede con todos nosotros. Hemos llegado a ser incapaces de rápida adaptabilidad al medio ambiente que constantemente cambia. Nuestra respuesta a un reto es siempre condicionada, y por lo tanto el reto nunca puede ser comprendido.

Cuando pensáis, pues, en términos de evolución, en términos de llegar a ser algo en lo psicológico, ese devenir implica logro de un resultado, y para lograr un resultado os debéis disciplinar; pues la disciplina, la especialización, es necesaria, lo que a su vez restringe vuestro pensamiento. Os volvéis por lo tanto rígidos, incapaces de rápida adaptabilidad, y aquello que no es adaptable se quiebra. Un hombre que quiera tener conocimiento de sí mismo, debe desechar la idea del devenir y comprenderse a sí mismo de instante en instante, sin el efecto residual del momento. Si queréis observarlo, veréis ciertamente que la comprensión no llega mediante la acumulación del

recuerdo, sino cuando la memoria no funciona. Comprendéis a alguien tan sólo cuando no tenéis antecedentes de esa persona. Si tenéis datos previos, no recordáis más que las actividades e inclinaciones pasadas de esa persona, y a ella no la comprendéis. Para comprender, toda idea de devenir debe cesar, lo cual significa que cada experiencia tiene que ser comprendida de inmediato, directamente; y sólo podéis comprender de inmediato la experiencia cuando no traéis a colación el viejo condicionamiento, el viejo "trasfondo", para interpretar esa experiencia o ese reto.

Comprenderse uno mismo es de primordial importancia, porque no puedo comprender ningún problema humano sin comprender el instrumento que observa, el instrumento que percibe, que examina. Si no me conozco a mí mismo, no tengo base alguna para el pensamiento; y el conocerme a mí mismo no es resultado de la especialización, de hacerme experto en conocimiento propio, lo cual me impide conocerme. Porque el "yo" es deseo, está vivo y siempre en movimiento, no tiene lugar de reposo, constantemente va cambiando; y, para comprender el deseo, no podéis tener una norma de acción. Debéis comprender el deseo según surge de instante en instante; y como nuestra mente no es capaz de rápido seguimiento, de adaptabilidad instantánea, de inmediata percepción del deseo, traducimos el deseo en términos de una pauta a la que estamos acostumbrados, y esa pauta llega a ser una respuesta condicionada al reto. Es decir, jamás comprendemos el deseo porque

interpretamos ese deseo en términos de recuerdo. Para comprender el deseo, no penséis en términos de cambiar ese deseo ni de lograr un resultado. Considerad cada deseo a medida que surge, sin interpretarlo; dejad que el contenido de ese deseo transmita su significación. En otras palabras, como lo explicaba ayer, escuchad el deseo como escucháis una canción, como escucháis el viento entre los árboles; escuchad todo el proceso del deseo sin tratar de alterarlo, sin procurar controlarlo o transformarlo. Entonces veréis que el deseo brinda su pleno significado; y sólo cuando comprendéis el contenido del deseo tenéis libertad.

En suma, entonces, la especialización de la psiquis es la muerte. Si deseáis comprenderos a vosotros mismos, no podéis recurrir a ningún perito, a ningún libro, porque vosotros sois vuestro propio maestro y alumno. Si recurrís a otra persona, ella sólo os puede ayudar a especializaros; mas si estáis deseosos de comprenderos a vosotros mismos, esa comprensión sólo llega de instante en instante, cuando no hay ninguna acumulación de ayer, ninguna acumulación de un momento anterior. Y cuando la mente se comprende a sí misma y sus actividades completamente, plenamente, sólo entonces surge la realidad.

Pregunta: ¿Quiere usted tener a bien explicar qué se entiende por "prestar plena atención"?

KRISHNAMURTI: Para comprender el significado de la plena atención, debéis comprender primero

qué significa para vosotros la distracción; porque si un hombre no está distraído, hay plena atención. Preguntar simplemente qué es la plena atención, la llamada atención positiva, dirigida, y recibir la respuesta, destruye vuestra propia capacidad de descubrir lo que es la plena atención. Eso, por cierto, es claro, ¿verdad? Si yo fuera a deciros qué es la plena atención, no haríais más que imitar eso —¿no es así?— y ello no sería plena atención. El seguir determinada norma de pensamiento o de meditación, o el mantener la mente concentrada en tal o cual idea, no es plena atención; pero si vosotros y yo investigamos el problema de lo que es la distracción y lo comprendemos, entonces, gracias a este enfoque negativo de la cuestión, encontraréis que hay atención completa. Espero que me expreso claramente, porque esto es muy importante. Cualquier enfoque positivo de un problema impide la comprensión del problema; pero si ese problema lo abordamos negativamente —y el pensamiento negativo es la más elevada forma del pensar— entonces hallaremos una respuesta completa a la pregunta de qué es la plena atención.

Ahora bien, ¿qué entendéis por distracción? Queréis decir —¿no es así?— que habéis escogido una idea entre varias ideas, habéis escogido un interés entre muchos intereses, y tratáis de fijar vuestra mente en esa determinada cosa; y a cualquier otro interés que invada vuestra mente le llamáis distracción. Esto es, tengo varios intereses, y entre esos intereses elijo uno y trato de concentrar en él mi atención. Pero mis otros intereses se interponen e impiden la atención,

y eso es lo que llamo distracción. De suerte que si comprendo la distracción y le doy fin, entonces, naturalmente, habrá de pronto una atención plena. Nuestro problema consiste en comprender cada interés sin opción, y en no escoger un interés e intentar descartar otros, llamando a eso distracción. Si la mente puede comprender cada interés a medida que surge, y por lo tanto puede libertarse de cada interés, en esa libertad tendréis la plena atención. Señor, la mayoría de nosotros estamos hechos de muchas máscaras, muchas entidades, y de nada sirve escoger una entidad y decir "voy a concentrarme en esto", porque entonces provocáis conflictos con otras entidades; y las otras entidades que combaten a vuestra entidad escogida son también vosotros mismos. Si, en cambio, consideráis todas las entidades y las evaluáis de nuevo, viendo su verdadera significación — y eso podéis hacerlo tan sólo cuando no condenáis, cuando no justificáis, cuando no comparáis— entonces prodúcese una vivificación de la inteligencia. Sólo hay atención cuando examináis, cuando evaluáis de nuevo cada entidad; y ésa es la más elevada forma de inteligencia. Un hombre estúpido que trata de concentrarse en una idea, seguirá siendo estúpido; pero si ese hombre estúpido considera todos sus intereses para hallar su verdadera significación, esa investigación misma es el comienzo de la inteligencia.

Veis, pues, que mediante un enfoque negativo de este problema descubrís mucho, os volvéis sensibles, alertas a la significación de los innumerables problemas que os circundan. Entonces no les resistís, no los

apartáis, sino que, a medida que surgen, los comprendéis; lo cual significa que tenéis la capacidad, la prontitud, la vitalidad para descubrir. Después de ese descubrimiento, prestaréis plena atención. Para que haya atención plena, vuestra mente no debe estar distraída; y puesto que vuestra mente lo está, ¿por qué no seguir las diversas distracciones y descubrir? Si hacéis eso, veréis con cuán extraordinaria rapidez la mente se vuelve sutil, intensa, despejada y vital. Sólo cuando la mente está alerta, podéis prestar esa plena atención en la que hay comprensión completa.

Pregunta: Habla usted de llevar un pensamiento hasta el fin, y deshacerse de él. ¿Quiere, por favor, explicar esto con mayor detalle?

KRISHNAMURTI: Pensar un pensamiento hasta el final es tarea bastante ardua, y muy pocos de nosotros están dispuestos a hacerlo. Nos agrada transformar un pensamiento, ponerlo en un marco o molde diferente; no deseamos pensarlo hasta el fin. No tiene que haber deseo de transformar un pensamiento, no tiene que haber deseo de deshacerse de él ni de ponerlo en un marco diferente. Voy a tomar un pensamiento y examinarlo, y juntos veremos.

La mayoría de nosotros cree que somos muy inteligentes, que somos lumbreras. ¿Pero somos inteligentes? Por el contrario, somos torpes, pero nunca admitiríamos para nosotros mismos que somos torpes, que carecemos de sensibilidad; y si esto lo analizáramos del todo, no seríamos tan lastimosamente estúpidos.

No somos inteligentes, no somos lumbreras, pero creemos que somos en parte talentosos y en parte lerdos. Voy a pensar este pensamiento hasta el final, de modo que os ruego lo sigáis. Cuando decís "soy en parte lerdo y en parte talentoso", ¿cuál es la parte que dice "soy talentoso", y cuál es la que dice "soy lerdo"? Si la parte talentosa dice que la otra parte es lerda, es obvio que entonces la parte talentosa se conoce a sí misma como talentosa. Esto es, cuando decís "soy talentoso", tenéis conciencia de vosotros mismos como muy inteligentes. ¿La inteligencia es autoconsciente? En el momento en que digo "soy inteligente", es obvio que soy torpe. (Risas.) No se trata de una respuesta hábil; eso podéis observarlo vosotros. Cuando un hombre dice que es inteligente, es evidentemente un estúpido. Así, pues, esa parte de la mente que es consciente de sí misma como talentosa, en realidad es estúpida; y una mente torpe que piensa que una parte de sí misma es talentosa, no deja de ser torpe. Resulta muy importante entender esto, porque la mayoría cree que en alguna parte de nosotros hay un punto luminoso. Cuando una mente lerda piensa que en alguna parte tiene un punto luminoso, es obvio que ese pensamiento no deja de ser torpe, ¿verdad? Señor: estamos pensando un pensamiento hasta el final. Cuando una mente lerda cree que tiene un punto luminoso, eso sigue siendo acción de una mente lerda. Cuando un hombre lerdo practica el "puja", la acción también es torpe; y si hay una mente lerda que piense que una parte de

sí misma es luminosa, eterna, esa parte es igualmente torpe.

De suerte que a la mayoría de nosotros no nos gusta reconocer que somos lerdos; nos gusta pensar que de algún modo, en alguna parte de nosotros, hay un punto luminoso: Dios, la realidad, "atman", "paramatman" y todo lo demás. Pero si un hombre lerdo piensan en el "atman", ese "atman" no deja de ser torpe. ¿Cómo puede un hombre lerdo pensar en algo que sea realmente inteligente? Aquello que es inteligente no es autoconsciente; y no bien me digo a mí mismo "soy inteligente", me rebajo al nivel de la estupidez, y eso es lo que hace la mayoría de vosotros. Nunca reconocéis, pues, que la totalidad de vosotros es torpe; y lo es, si lo consideráis realmente. Os gusta andar jugando con cosas brillantes y llamaros inteligentes. En realidad, un hombre lerdo que juega con cosas brillantes rebaja las cosas brillantes a su propio nivel. Cuando una mente piensa de sí misma que es talentosa, o bien es autoconsciente y por lo tanto lerda, o es lerda y se cree talentosa, y por lo tanto sigue siendo lerda. Mas cuando una mente reconoce que es torpe, ¿cuál es la respuesta siguiente? En primer lugar, el reconocer que uno es torpe, es ya un hecho tremendo: al decir que soy un mentiroso, ya comienzo a decir la verdad. Así, pues, cuando pensamos a fondo esto de la torpeza y de la perspicacia, vemos que casi todos somos lerdos desde el principio hasta el fin, y que nos da miedo reconocerlo. ¿No sabéis cuán lerdos sois? Como somos lerdos, tratamos de resolver nuestros problemas parcialmente y sin

integración, y por lo tanto seguimos siendo lerdos. Pero cuando sí lo reconocemos —no mentalmente o verbalmente, sino viendo realmente que somos lerdos— ¿qué ocurre? Cuando una mente lerda se reconoce a sí misma como lerda, cuando la mente lo ve, no hay escapatoria. Estamos pensando un pensamiento hasta el fin: ved, nada más, qué sucede cuando reconocéis y enfrentáis la realidad de que sois lerdos. En el momento en que reconocéis ese hecho, de que sois enteramente lerdos, ¿qué sucede? Veis que una mente torpe que piensa en Dios, no deja de ser torpe; la idea de Dios podrá ser luminosa, pero una mente torpe rebaja la idea a su propio nivel. Si podéis hacer frente al hecho de que sois lerdos, entonces ya existe el principio de la clarificación. La estupidez que trata de convertirse en inteligencia, jamás será inteligencia: siempre seguirá siendo lo que es. Una mente embotada que trata de volverse perspicaz, siempre seguirá siendo lerda, haga lo que hiciere. Pero en el momento en que reconocéis el hecho de que sois lerdos, hay una inmediata transformación. Lo mismo ocurre con todo pensamiento. Tomemos la ira. La ira podrá ser el resultado de una reacción fisiológica o neurológica, o sois iracundos porque deseáis ocultar algo. Pensadlo bien, haced frente a ello sin tratar de encontrarle excusa. No bien enfrentáis el hecho, hay ya un comienzo de transformación. No podéis traducir un hecho: podéis interpretarlo erróneamente, pero un hecho sigue siendo un hecho. De suerte que el pensar hasta el final un pensamiento, es ver sin deformación lo que *es;* y cuando percibo

el hecho directamente, sólo entonces él se transforma. No es posible producir la transformación mientras yo huya de lo que *es* o lo esquive, o mientras trate de convertir lo que *es* en alguna otra cosa, pues entonces soy incapaz de acción directa.

Tomemos ahora la violencia, señor. Nuevamente, pensemos ese pensamiento hasta el fin. En primer término, a mí no me gusta reconocer que soy violento, porque se me dice que social y moralmente el ser violento es cosa muy mala. Pero el hecho es que soy violento. De suerte que medito, me domino, trato de llegar a ser otra cosa, pero jamás hago frente a lo que realmente soy, es decir, violento. Paso mi tiempo procurando transformar lo que *es* en alguna otra cosa. Para transformar, debo considerar lo que *es;* y no lo considero mientras tenga un ideal. Si eso lo veo, hago caso omiso del ideal –que es la "no violencia"– y considero la violencia, y entonces me doy plena cuenta de que soy violento; y el hecho mismo de que soy directamente consciente de ello trae la transformación. Experimentad con ello y veréis. Esta negativa a ver lo que *es* constituye para todos nosotros el problema. Nunca quiero mirar lo que *es,* nunca quiero reconocer que soy feo, siempre doy razones de mi fealdad; pero si miro mi fealdad tal como es, sin explicación ni excusa, entonces hay una posibilidad de transformación.

De suerte que el pensar un pensamiento hasta el fin es ver cómo el pensamiento se engaña a sí mismo, huyendo de lo que *es.* Podéis pensar un pensamiento plenamente, completamente, tan sólo cuando

obstruís todas las vías de escape, y entonces lo consideráis, lo cual requiere una extraordinaria honestidad; y como la mayoría de nosotros somos deshonestos en nuestro pensar, jamás deseamos llevar pensamiento alguno hasta el fin. Lo importante es el descubrimiento de cómo el pensamiento se engaña a sí mismo; y cuando descubrís su falsedad, entonces podéis enfrentar lo que *es*. Sólo entonces lo que *es* revela su plena significación, su sentido.

Pregunta: En vez de arengar usted a heterogéneas multitudes en muchos lugares, deslumbrándolas y confundiéndolas con su brillantez y sutileza, ¿por qué no inicia una comunidad o colonia que sirva de referencia para su manera de pensar? ¿Teme usted que esto nunca pueda hacerse?

KRISHNAMURTI: Señor, la brillantez y la sutileza debieran siempre mantenerse encubiertas, porque una excesiva exposición de brillantez no hace más que cegar. Mi intención no es deslumbrar ni hacer ostentación de talento, lo cual es demasiado estúpido; pero cuando uno ve las cosas muy claramente, no puede evitar de exponerlas muy claramente. Esto podréis creerlo brillante y sutil. Para mí, lo que yo digo no es brillante: es lo evidente. Un hecho es ése. El otro es vuestro deseo de que yo funde un "ashram" o comunidad. ¿Y por qué? ¿Por qué deseáis que funde una comunidad? Decís que obrará a modo de referencia, es decir, de algo que pueda señalarse como un experimento afortunado. Eso es lo

que una referencia implica: una comunidad en la que todas estas cosas se pongan en práctica. ¿No es así? Eso es lo que queréis. Yo no deseo fundar un "ashram" o comunidad, pero vosotros lo deseáis. Ahora bien, ¿por qué deseáis semejante comunidad? Os diré por qué. Ello es muy interesante, ¿verdad? La deseáis porque os agradaría crear junto con otros una comunidad, pero no queréis iniciar una comunidad con vosotros mismos; queréis que otras personas lo hagan, y una vez hecho, ingresaréis en ella. En otras palabras, señor, usted tiene miedo de empezar por cuenta propia, y por lo tanto desea una referencia. Esto es, quiere algo que en cierto modo le autorice a pensar que eso puede realizarse. Para expresarlo diferentemente, como usted mismo no tiene confianza, dice: "funde una comunidad y yo ingresaré en ella". Donde usted esté, señor, puede fundar una comunidad, pero sólo puede fundarla cuando tiene confianza. La dificultad estriba en que usted no tiene confianza. ¿Por qué no confía? ¿Qué entiendo yo por confianza? El hombre que quiere lograr un resultado, que consigue lo que desea, está lleno de confianza; el hombre de negocios, el abogado, el policía, el general, están llenos de confianza. Pero aquí usted no tiene confianza. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que no ha experimentado. En el momento en que experimente con esto, tendrá confianza. Ninguna otra persona puede infundirle confianza; ningún libro ni instructor puede darle a usted confianza. Estímulo no es confianza; el estímulo es puramente superficial, pueril, falto de madurez. La

confianza viene a medida que experimentáis; y cuando experimentéis con el nacionalismo, o aun con la cosa más pequeña, a medida que experimentéis, tendréis confianza, porque vuestra mente será veloz, flexible. Y entonces donde estéis habrá un "ashram"; vosotros mismos fundaréis la comunidad. Eso es claro, ¿verdad? Vosotros sois más importantes que cualquier comunidad. Si ingresáis a una comunidad, seréis como sois; tendréis alguien que os mande, tendréis leyes, reglamentos y disciplina, seréis otro señor Smith o señor Rao en esa detestable comunidad. Sólo deseáis una comunidad cuando queréis ser dirigidos y que se os diga lo que hay que hacer. Un hombre que desea ser dirigido se da cuenta de su falta de confianza en sí mismo. Podréis tener confianza, no charlando acerca de la confianza en uno mismo, sino únicamente cuando experimentéis, cuando probéis. Señor, la referencia es usted. Experimente, pues, dondequiera que esté, en cualquier nivel de pensamiento que sea. Es usted la única referencia, no la comunidad; y cuando la comunidad llega a ser la referencia, está usted perdido. Espero que haya cantidades de gente que se reúnan y experimenten, teniendo plena confianza y por lo tanto uniéndose; pero si usted se queda afuera sentado y dice "¿por qué no forma una comunidad para que yo ingrese en ella?", hace evidentemente una pregunta necia. Yo no quiero un "ashram" por la sencilla razón de que vosotros sois más importantes que el "ashram": realmente lo siento así. El "ashram" llega a ser una pesadilla. ¿Qué sucede, señor, en el "ashram"? El instructor se vuel-

ve importante; no es el buscador sino el "gurú" quien tiene importancia. El "gurú" es todo autoridad, y vosotros le habéis dado esa autoridad; porque, no bien apoyáis a un "gurú", hacéis de él una autoridad. Por consiguiente, cuando ingresáis a esos "ashrams" os destruís a vosotros mismos. (Risas.) No lo toméis en broma, por favor. Mirad a las personas que han salido de los "ashrams". Están embotados, hastiados. Les han chupado la sangre y los han despedido como a sombras. Inmolarse en aras de una idea no es encontrar la verdad; es tan sólo otra forma de satisfacción. Donde hay búsqueda de satisfacción no hay búsqueda de la realidad. Vosotros, pues, sois la única referencia, no otra persona, ni un "ashram", ni una comunidad. Si deseáis formar una comunidad para experimentar, ella no debería convertirse en vuestra referencia; pues en el momento en que llega a ser vuestra referencia, vuestra autoridad, ya no buscáis la verdad: os calentáis al sol de la acción ajena. Eso es lo que queréis. Todos vosotros deseáis la gloria reflejada. Por eso es que ingresáis en "ashrams", seguís a los "gurús", formáis comunidades; e inevitablemente ellas fracasarán, porque el instructor llega a ser de suprema importancia y no vosotros. Si buscáis la verdad, jamás ingresaréis en un "ashram", jamás tendréis la referencia de otra persona. Tendréis vuestra propia referencia; y sólo podéis tener vuestra propia referencia cuando sois muy honestos, y esa honestidad sólo llega cuando experimentáis. Un hombre que experimenta y desea un resultado, evidentemente no experimenta. Un hombre que experimenta no sabe

qué va a resultar. Esa es la belleza de la experimentación. Si sabéis qué va a resultar de ello, no estáis experimentando. De suerte que el inconveniente de tener un instructor, una comunidad, un "ashram", consiste en que hacéis de ello vuestra referencia, hacéis de ello vuestro refugio. La culpa no es tanto del "gurú" como del secuaz. Hacéis de vuestro "gurú" vuestra referencia, le entregáis vuestra vida para que os diga qué habréis de hacer. Ningún hombre puede decíroslo. Si él os dice qué habréis de hacer, él no lo sabe: un hombre que "sabe", no sabe. No busquéis una referencia, no busquéis refugios. Experimentad, cobrad confianza; entonces tendréis vuestra propia referencia, que es la verdad. Entonces os daréis cuenta de que vosotros sois la comunidad, vosotros sois vuestro propio "ashram". Donde vosotros estáis tiene mucha importancia, pues la verdad está muy cerca de vosotros si solamente miráis.

Pregunta: El hombre moderno ha sido un éxito deslumbrante en el terreno del desarrollo y organización tecnológicos, pero ha sido un deplorable fracaso en la edificación de armoniosas relaciones humanas. ¿Cómo podemos resolver esta trágica contradicción? ¿Podemos concebir un aumento acumulativo en los medios de gracia disponibles para cada persona en el mundo?

KRISHNAMURTI: Pensemos acabadamente esta cuestión y veamos qué significa. El interlocutor señala que hay contradicción en nuestra vida: en lo

tecnológico estamos adelantadísimos, pero como entes psicológicos nos hallamos muy atrasados; y él pregunta si cada uno de los que se hallan espiritualmente tan atrás puede ponerse a la altura de ese adelanto técnico. ¿Puede haber un milagro que me transforme de inmediato, de modo que el ente psicológico alcance un progreso como el de la tecnología? Creo que esto es lo que la pregunta implica: ¿puede cada persona transformarse rápidamente por la gracia acumulada, de modo que no haya contradicción? Esto es, si entiendo bien la pregunta, y para expresarlo de un modo simple y directo, ¿mediante algún milagro podéis ser transformados? ¿Puede la gracia acumulativa de Dios actuar tan rápidamente que no haya esa división, esa contradicción? Como el progreso técnico es cada vez más rápido, y psicológicamente seguimos con mucha lentitud, necesitamos un milagro para alcanzar a aquél. De otro modo seremos destruidos. Me pregunto si entendéis todo esto. Para expresarlo diferentemente, se dice que el aeroplano a turbina de reacción vuela a una velocidad de 1.500 millas por hora; y está la bomba atómica. Podéis ver lo que eso significa. Con instrumentos de semejante poder en manos de un hombre estúpido que se llama a sí mismo general, héroe nacional o lo que os plazca, ¿puedo yo, que soy psicológicamente un imbécil, ponerme al nivel de todo eso para poder alterarlo? La pregunta, en otros términos, es ésta: ¿puedo ser transformado ahora? Seguid esto, por favor. ¿Puede ocurrir un milagro, de modo que yo cambie inmediatamente? Yo digo que sí. (Risas.) No lo toméis

en broma. Lo que estoy diciendo es muy serio. Digo que un milagro puede ocurrir ahora; pero vosotros y yo debemos ser receptivos para que ese milagro ocurra, y vosotros debéis también ser parte de ese milagro. Un hombre ciego que sufre en su ceguera, desea ser curado, quiere ver. Si os halláis en ese estado de ánimo, tendréis un milagro; y yo digo que la transformación no es con el tiempo sino ahora. La regeneración es inmediata, no es mañana ni en el lejano porvenir. Un milagro puede producirse si sabéis encarar el problema, y eso es lo que he estado tratando de mostrar durante las últimas cuatro o cinco semanas. El milagro ocurre si miráis las cosas directamente. Señor, si usted confunde la soga con la culebra y tiene miedo de mirar, un milagro no resulta posible, ¿verdad? Es decir, siempre tendrá miedo. El milagro sólo ocurre cuando miráis. Para mirar, debéis tener el deseo, debéis sentir dolor y querer ser curado. Eso significa que debéis tener honestidad para resolver el problema. Pero no sois honestos, no estáis ansiosos. Queréis que algo ocurra para que cambiéis, y sin embargo no consideraréis el problema, no indagaréis, no lo investigaréis ni ahondaréis en él. Permanecéis, pues, embotados, y el progreso tecnológico marcha tan rápidamente que no podéis ir al mismo paso que él.

De suerte que sólo puede haber un milagro cuando estáis dispuestos a recibir ese milagro; y yo os aseguro que un milagro puede ocurrir cuando estáis dispuestos a recibirlo, cuando estáis dispuestos a mirar las cosas tal como son. No os engañéis a vosotros

mismos dando explicaciones, justificándoos. Veos a vosotros mismos, en cambio, tal cuales sois, y descubrid qué cosa extraordinaria ocurre. Os aseguro que la regeneración llega cuando nada esperáis del tiempo como medio de transformaros. Sólo entonces hay transformación, y el milagro no está lejos. ¡Pero sois tan indolentes, tan mal dispuestos, tan manivacíos hasta en vuestro sufrimiento! La lluvia, señor, cae y da alimento a la tierra, a los árboles, a las flores; mas si esa lluvia cae sobre una roca, ¿hace acaso algún bien? Sois como la roca, vuestro corazón y vuestra mente están embotados, sois huecos y duros, y no hay cantidad de lluvia que pueda barrer con eso. Lo que cambiará vuestro duro corazón es el ver las cosas tal como son; no condenéis, no les halléis excusa; reconocedlas y miradlas, antes bien, y veréis un milagro. Cuando veáis y reconozcáis que vuestro corazón es duro, que vuestra mente está llena de juguetes infantiles; cuando lo reconozcáis, veréis ocurrir una transformación. Mas para mirar, para ver, para observar, debéis tener la intención. Miraos a vosotros mismos, señores: algunos están bostezando, los hay que juegan con los dedos, otros limpian sus anteojos. ¿Creéis que puede ocurriros un milagro? ¿Creéis que un milagro puede producirse cuando estáis en seguridad, cuando tenéis dinero? Cuando vuestras manos están llenas de dinero, el milagro no puede ocurrir. Debéis abrirlas, debéis estar dispuestos a soltar el dinero; entonces el milagro puede producirse. Tenéis que daros cuenta de vosotros mismos tal cuales sois, simplemente, constantemente y directamente, con toda vuestra fealdad,

vuestra jovialidad, vuéstra brutalidad, alegría y sufrimiento. A medida que os volváis perceptivos, veréis ocurrir un milagro que jamás habríais sospechado, un milagro que es la verdad, que transforma, que libera.

Pregunta: Parece Vd. sugerir que la concentración y la fijación voluntaria de la atención es un proceso exclusivo y por lo tanto embotador. ¿Quiere tener a bien explicar qué es la meditación y cómo puede uno acallar la mente y librarse de ella?

KRISHNAMURTI: No sé que se entiende por "librarse de ella", pero eso no importa. He explicado cuidadosamente que la concentración no es meditación, pues la concentración es mera opción exclusiva, por lo cual hay restricción de la mente. Una mente que se ve restringida jamás podrá comprender aquello que es ilimitado, inconmensurable. Ya lo he explicado. Podéis leer al respecto en los libros que han sido publicados. También he dicho que la meditación no es oración. La oración es otra treta de la mente para aguzarse. Mediante la repetición de palabras y frases, podéis hacer que la mente esté en silencio, y en esa quietud reciba una respuesta; pero esa respuesta no es la respuesta de la realidad porque la oración es mera repetición, un ruego, una súplica. En la oración hay dualidad, uno que pide y el otro que concede. He dicho que la meditación no es concentración, que la meditación no es rezo. Ahora bien, la mayoría de vosotros que practicáis la meditación, pertenece a una de esas dos categorías. Esto es, os con-

centráis para lograr un resultado, o rezáis por algo que deseáis, ya sea un refrigerador o una virtud. Sólo podéis investigar qué es la meditación cuando nada deseáis. No podéis ahondar en el significado de la meditación si la abordáis desde uno de esos dos puntos de vista. Todo eso lo he explicado, y ahora no lo analizaré.

¿Qué entendemos por meditación? Es obvio que ella significa —¿no es así?— una mente capaz de veloz flexibilidad para ser perceptiva en forma extensa y amplia, de modo que todo problema se disuelva instantáneamente a medida que surge, todo reto sea comprendido y no haya una respuesta del ayer. Señor, una mente meditativa es una mente que se conoce a sí misma, lo cual significa que la meditación es el principio del conocimiento propio. No podéis meditar sin conoceros a vosotros mismos. Sin conoceros a vosotros mismos, vuestra meditación es vana, no tiene sentido. Para meditar como es debido, primero tenéis que conoceros a vosotros mismos. La meditación, por lo tanto, es conocimiento propio. Conoceros a vosotros mismos es ver todo el contenido de la mente, tanto las actividades conscientes como las inconscientes, cuando ella está despierta y cuando está en lo que se llama su sueño. Eso no es difícil, y voy a mostraros cómo hacerlo; pero experimentad con ello ahora, no esperéis hasta volver a casa. Cuando experimentáis, no sabéis qué es lo que habréis de descubrir. Cada vez que abordáis cualquier problema, hay algo nuevo. Ésa es la belleza de la realidad. Siempre es creativa, siempre es nueva. Esa novedad no puede provenir de la

memoria. La meditación, pues, es el comienzo del conocimiento propio, que consiste en conocer las actividades conscientes y también el contenido total de las capas ocultas de la mente. Seguid esto, por favor. Meditad conmigo según procedo paso a paso. No os estoy hipnotizando ni uso palabras por su valor neurológico. Voy a averiguar qué significa meditar, descubrir la realidad mediante la meditación. Estamos experimentando para descubrir, no mañana sino ahora. Mañana podréis oponerme reparos. Por favor, señores, seguid esto. Yo reconozco el hecho de que sin conocerme a mí mismo no puedo meditar; la meditación no tiene sentido sin conocimiento propio. El conocimiento propio no es alto ni bajo; él es todo el proceso del pensamiento, el pensamiento manifiesto al que estáis acostumbrados y el pensamiento oculto que se halla escondido en lo inconsciente. Voy a meditar y a poner al descubierto la totalidad del proceso, lo cual puede hacerse de inmediato. La verdad puede ser percibida directamente.

Ahora bien, ¿qué es el "yo"? Es recuerdo, evidentemente; en cualquier nivel, alto o bajo, sigue siendo recuerdo, lo que quiere decir pensamiento. Al "yo" podréis llamarlo "atman", o simplemente "respuesta al medio ambiente". Cuando le llamáis "atman" lo colocáis a un alto nivel, pero sigue siendo parte del pensamiento, es decir, del recuerdo. Comprender, por consiguiente, todo este proceso de "mí mismo", es comprender la memoria, no sólo la memoria que ha sido adquirida en el minuto anterior, sino asimismo la memoria de siglos, la memoria que es el resultado

de la experiencia racial acumulada, de las influencias nacionales, geográficas, climáticas, etc. Todo eso es memoria, ya sea superficial o muy profunda; y vamos a darnos cuenta de la totalidad de la memoria en todos sus detalles. Como la mayoría de nosotros puede verlo, cuando decimos que el "yo" es memoria —no un recuerdo determinado, sino la memoria total de todas las entidades— lo que ello implica es que se necesita tiempo para poner al descubierto sus diversas capas. Para investigar la memoria consciente y la inconsciente, uno debe tener tiempo; y emplear el tiempo para descubrir la realidad, la verdad, es negarla. Espero que entendáis todo esto. Debo, pues, valerme de buenos medios para un buen fin. Es decir, señores, si me lleva tiempo el analizar todas las capas, conscientes e inconscientes, me valgo del tiempo como medio de lograr lo atemporal. Empleo, por lo tanto, malos medios para aproximarme al buen fin. Lo cierto es que debo aproximarme al buen fin por buenos medios. Esto es, no debo valerme del tiempo. Pero estoy habituado a valerme del tiempo como medio de lograr lo atemporal. La disciplina, la meditación, el control, la represión, todo ello implica tiempo; y la memoria es tiempo. Algo veo, pues: que debo emplear los buenos medios para hallar el buen fin. Tengo, por consiguiente, un problema que debo disolver sin tiempo. Analizar todas las capas de la memoria y ahondar en su valor, involucra tiempo. Si empleo el tiempo, pongo en uso malos medios para un buen fin, porque me valgo del tiempo para encontrar lo atemporal. Sólo puedo encontrar lo atemporal

si empleo los buenos medios. Éste es mi problema, por lo tanto: cómo puede el pensamiento —que es resultado de la memoria, que es memoria— ser disuelto instantáneamente. Todo otro enfoque es un enfoque a través del tiempo. Observad esto, señores; seguidlo, por favor. Un problema se os plantea: que el "yo", el "vosotros", es memoria, un manojo de recuerdos, y que debe ser disuelto; porque la continuación de la memoria es tiempo, y a través del tiempo jamás podréis encontrar aquello que es eterno, inconmensurable, sin espacio, más allá del tiempo. ¿Cómo ha de hacerse? Puede hacerse tan sólo cuando la memoria cesa completamente. ¿Y cómo ha de cesar esa memoria? Seguid esto, por favor. Veo que, mientras la memoria funcione, la realidad no puede surgir. Ése es un hecho, ¿verdad? Bastante lo he explicado. Es decir, señores, yo veo que la mente es el producto, el resultado de la memoria; y cuando esa mente trata de averiguar cómo ser libre, la memoria sigue funcionando. Cuando la mente pregunta "¿cómo he de verme libre de la memoria?", la pregunta misma implica una respuesta que es resultado de la memoria. Tal vez lo esté expresando demasiado concisamente.

La mente, tanto consciente como inconsciente, es un manojo de recuerdos; y cuando la mente se dice a sí misma "debo estar libre de la memoria a fin de comprender la realidad", ese mismo anhelo de ser libre forma parte de la memoria. Ése es un hecho. Por lo tanto, la mente ya no anhela ser nada; hace frente simplemente al hecho de que ella misma es memoria. No desea transformarse, no desea convertirse en algu-

na otra cosa. Cuando la mente ve que cualquier acción de su parte sigue siendo funcionamiento de la memoria, y por lo tanto que es incapaz de encontrar la verdad, ¿cuál es entonces el estado de la mente? Entra en calma. Cuando la mente percibe que cualquier actividad suya es inútil, que forma totalmente parte de la memoria y por lo tanto del tiempo, cuando ve ese hecho, ella se detiene, ¿no es así? Si vuestra mente ve la realidad de lo que estoy diciendo, que cualquier cosa que haga sigue siendo parte de la memoria, y que por lo tanto no puede actuar para librarse de la memoria, ella no actúa. Cuando la mente ve que no puede proseguir de ese modo, se detiene. Por lo tanto la mente —todo el contenido de la mente, lo consciente y lo inconsciente— entra en silencio. Ahora la mente está sin acción. Ha visto que todo lo que haga es en una línea horizontal, que es la memoria; por consiguiente, viendo la falacia de eso, ella se queda quieta. No tiene objeto alguno en vista, ningún deseo de un resultado; está absolutamente tranquila, sin movimiento en ninguna dirección. ¿Qué ha sucedido, pues? La mente está tranquila, no ha sido *tranquilizada*. Ved la diferencia entre una mente que ha sido adormecida, y una mente que está quieta. En ese estado encontraréis un movimiento enorme, vitalidad extrema, apacible y alerta novedad. Toda acción positiva ha cesado, y la mente se halla en un estado de suprema inteligencia porque ha abordado el problema de la memoria mediante el pensamiento negativo, que es la más elevada forma del pensar. De suerte que la mente está apacible, es veloz y sin embargo está en

silencio; no es exclusiva, no está concentrada ni fija pero percibe extensivamente. ¿Y ahora qué ocurre? En esa alerta percepción no hay opción alguna; sólo se ven las cosas como son, el rojo como rojo, el azul como azul, sin deformación. En ese estado que es apacible, perceptivo y alerta sin opción, encontraréis que toda "verbalización", "mentación" o "intelección" ha cesado completamente. Hay un silencio que no ha sido inducido, una quietud en la cual la mente ya no utiliza el pensamiento para reavivarse; no hay, por lo tanto, ni pensador ni pensamiento. No existe el experimentador ni lo experimentado, porque el experimentador y lo experimentado surgen a través del proceso de pensar, y el proceso de pensar ha cesado enteramente. Sólo hay un estado de vivencia. En ese estado de vivencia no existe el tiempo; todo tiempo —ayer, hoy y mañana— ha cesado completamente. Si podéis ahondar más en ello, veréis que la mente que era el producto del tiempo se ha transformado completamente, y ahora es sin tiempo; y aquello que es sin tiempo es eterno, aquello que es sin tiempo es inconmensurable, no tiene comienzo ni fin, es sin causa y por consiguiente sin efecto; y aquello que es sin causa es lo real. Eso podéis "vivenciarlo" ahora, pero no a través de siglos de práctica, disciplina o control. Tiene que ser ahora o nunca.

Así, pues, la mente que desea comprender la meditación debe empezar por comprenderse a sí misma; comprenderse a sí misma en sus relaciones, no en el aislamiento. Una mente que es el producto del tiempo puede estar libre del tiempo, no eventualmente

sino de inmediato; y esa libertad sólo adviene cuando hay enfoque correcto —y la meditación es el enfoque correcto— de todos los problemas humanos. El enfoque positivo está condicionado por una norma de acción. La meditación es el enfoque negativo, y es por lo tanto la más elevada forma del pensar, que es el no pensar. Todo pensar es del tiempo. Si queréis comprender un problema humano, no tiene que haber proceso de pensamiento, y el librar a la mente del proceso de pensar es meditación; y no podéis meditar sin conocimiento propio. Sólo cuando hay conocimiento propio, del que la meditación es el comienzo, la realidad se manifiesta; y es la realidad lo que libera.

Octubre 10 de 1948

OCTAVA CONFERENCIA EN POONA

Hemos tocado muchos temas en el curso de estas pláticas dominicales, pero a mí me parece que una de las cuestiones más importantes para discutir, y cuya significación hay que averiguar, es la del tiempo. La vida de la mayoría de nosotros es más bien inerte, como las aguas estancadas; es opaca, monótona, fea e insípida, y algunos, comprendiendo esto, nos sumergimos en actividades políticas, sociales o religiosas, creyendo con ello enriquecer nuestra vida. Pero lo cierto es que tal acción no es enriquecimiento, pues nuestra vida sigue siendo vacía; aunque hablemos de reforma política, nuestra mente y corazón continúan embotados. Puede que seamos muy activos socialmente, o que dediquemos nuestra vida a la religión, mas el significado de la virtud no deja de ser asunto de ideas, de mera ideación. Hagamos, pues, lo que hagamos, encontramos que nuestra vida es monótona, sin mucha significación; pues la mera acción, sin comprensión, no trae enriquecimiento ni libertad. De

suerte que, si es posible, desearía hablar un poco acerca de lo que es el tiempo, porque creo que el enriquecimiento, la belleza y la significación de aquello que es atemporal, de aquello que es verdadero, sólo puede experimentarse cuando comprendemos todo el proceso del tiempo. Después de todo, cada uno a su manera, nosotros buscamos una sensación de felicidad, de enriquecimiento. Una vida que tenga significación, la riqueza de la verdadera felicidad, no pertenece al tiempo. Como el amor, una vida así es atemporal; y para comprender aquello que es atemporal, no debemos abordarlo a través del tiempo sino más bien comprender el tiempo. No debemos utilizar el tiempo como medio de lograr, de realizar, de aprehender lo atemporal. Pero eso es lo que hacemos en la mayor parte de nuestra vida: pasar el tiempo tratando de captar aquello que es atemporal. Resulta importante, pues, comprender qué entendemos por tiempo, porque yo creo que es posible estar libre del tiempo. Es muy importante comprender el tiempo como un todo, no parcialmente; pero tendré que tratar el tema tan rápida y brevemente como sea posible porque tengo muchas preguntas para contestar, y ésta es la última de estas pláticas vespertinas. Espero, pues, que no tendréis inconveniente en que yo sea muy breve y conciso.

Es interesante comprender que nuestra vida transcurre principalmente en el tiempo; no en el sentido de la sucesión cronológica, de los minutos, las horas, los días y los años, sino en el sentido de la memoria psicológica. Vivimos por el tiempo, somos el resultado

del tiempo. Nuestra mente es el producto de muchos "ayeres", y el presente es mero pasaje del pasado hacia el futuro. De suerte que nuestra mente, nuestras actividades, nuestro ser, se basan en el tiempo; sin tiempo no podemos pensar, porque el pensamiento es resultado del tiempo, el pensamiento es producto de muchos "ayeres", y no hay pensamiento sin memoria. La memoria es tiempo; porque hay dos clases de tiempo, el cronológico y el psicológico. Hay tiempo que es ayer por el reloj y que es ayer por el recuerdo. No podéis desechar el tiempo cronológico, lo cual sería absurdo; entonces perderíais el tren. ¿Pero existe realmente tiempo alguno aparte del tiempo cronológico? Es obvio que hay un tiempo que es el ayer; ¿pero existe el tiempo, tal como la mente lo piensa? Esto es, ¿hay tiempo aparte de la mente? El tiempo —el tiempo psicológico— es sin duda producto de la mente. Sin la base del pensamiento no hay tiempo alguno; el tiempo es mero recuerdo, es ayer en conjunción con hoy, lo cual moldea el mañana. Es decir, el recuerdo de la experiencia de ayer en respuesta al presente, crea el futuro; y ello sigue siendo el proceso del pensamiento, un sendero de la mente. Así, pues, el proceso del pensamiento produce progreso psicológico en el tiempo; ¿pero es él real, tan real como el tiempo cronológico? ¿Y podemos emplear ese tiempo que es de la mente como medio de comprender lo eterno, lo atemporal? Porque, como lo he dicho, la felicidad no es de ayer, la felicidad no es producto del tiempo, la felicidad es siempre en el presente, un estado atemporal. No sé si habéis notado que cuando

hay en vosotros éxtasis, un júbilo creador, una serie de nubes brillantes rodeadas de nubes sombrías, en ese momento el tiempo no existe: sólo existe el inmediato presente. Pero la mente interviene después de la vivencia en el presente, la recuerda y desea continuarla, reuniendo más y más de sí misma, con lo que crea el tiempo. El tiempo, pues, es creado por el "más"; el tiempo es adquisición, y el tiempo es también desprendimiento, el cual sigue siendo una adquisición de la mente. Por lo tanto, el mero hecho de disciplinar la mente en el tiempo, condicionar el pensamiento dentro del armazón del tiempo —lo cual es memoria— no revela por cierto aquello que es atemporal.

De suerte que existe el tiempo cronológico y el tiempo de la mente, el tiempo que es la mente misma; y siempre confundimos ambas cosas. Evidentemente, el tiempo cronológico resulta confundido con el psicológico, con la psiquis de nuestro propio ser; y con esa mentalidad cronológica tratamos de devenir, tratamos de lograr. Así, pues, todo este proceso de devenir pertenece al tiempo; y es preciso, ciertamente, investigar si hay tal cosa, o sea devenir — devenir en el sentido de encontrar la realidad, Dios, la felicidad—. ¿Podéis emplear el tiempo como medio hacia lo atemporal? Esto es, ¿por malos medios puede alcanzarse un buen fin? Rectos medios, por cierto, deben ser empleados para el recto fin, porque los medios y el fin son una sola cosa. Cuando procuramos encontrar lo atemporal en términos de devenir —lo cual implica disciplinar, condicionar, desechar, aceptar, adquirir y negar, todo lo cual involucra tiempo— usamos los ma-

los medios para el buen fin; por lo tanto nuestros medios producirán un fin errado. Mientras uséis los malos medios —es decir, el tiempo— para encontrar lo atemporal, lo atemporal no surgirá, pues por medio del tiempo no se va a lo atemporal. Para encontrar lo atemporal, por consiguiente, para realizar aquello que es eterno, el tiempo debe cesar, lo cual significa que todo el proceso de pensar debe tener fin; y, si realmente lo examináis con atención, amplia e inteligentemente, no es tan difícil como parece. Porque hay momentos en que la mente está en un silencio absoluto, no aquietada sino quieta de por sí. Hay por cierto una diferencia entre una mente reducida al silencio y una mente que está en silencio. Pero esos momentos de quietud son meros recuerdos, y los recuerdos llegan a ser el elemento temporal que impide la ulterior vivencia de esos momentos.

De suerte que, como lo he dicho, para que el pensamiento termine y lo atemporal advenga, debéis comprender la memoria; pues sin memoria no hay pensamiento, sin memoria no existe el tiempo. La memoria no es más que experiencia incompleta; pues aquello que experimentáis plenamente, completamente, es sin respuesta, y en ese estado no hay memoria. En el momento en que "vivenciáis" algo no hay recuerdo, no hay experimentador aparte de lo experimentado, no existe el observador ni lo observado; sólo hay un estado de vivencia en el que el tiempo no existe. El tiempo interviene tan sólo cuando la vivencia se ha convertido en recuerdo; y la mayoría de vosotros vive del recuerdo de la experiencia de ayer, sea la vuestra

o la de vuestro "gurú", etc. De ahí que, si comprendemos este funcionamiento psicológico de la memoria —que se origina en la acción cronológica— no podamos confundir ambas cosas. Tenemos que ver todo el problema del tiempo sin aprensión y sin deseo de continuar; porque la mayoría de nosotros desea continuar, y es esta continuidad la que debe tener fin. La continuidad es tiempo, nada más; y la continuidad no puede conducir a lo atemporal. Comprender el tiempo es comprender la memoria, y comprender la memoria es darse cuenta de nuestra relación con todas las cosas: con la naturaleza, con las personas, con la propiedad y con las ideas. La interrelación revela el proceso de la memoria, y la comprensión de ese proceso es el conocimiento propio. Sin comprender el proceso del "yo", en cualquier nivel que se coloque ese proceso, no podéis estar libres de la memoria, y por lo tanto no estáis libres del tiempo; y en consecuencia no adviene lo atemporal.

Pregunta: ¿Tienen los sueños algún sentido? Si es así, ¿cómo se los debería interpretar?

KRISHNAMURTI: ¿Qué entendemos por "sueño"? Cuando estamos dormidos, cuando el cuerpo duerme, la mente funciona; y, cuando nos despertamos, recordamos ciertas impresiones, símbolos, expresiones verbales o imágenes. Eso es —¿verdad?— lo que entendemos por "sueños": aquellas impresiones que se recuerdan al despertar, aquellos símbolos, intimaciones, insinuaciones a la mente consciente con respecto a cosas no

plenamente comprendidas. Esto es, en nuestra conciencia de vigilia la mente se halla completamente ocupada en ganar la subsistencia, con relaciones inmediatas, diversiones, etc. De modo que la mente consciente lleva una vida muy superficial. Pero nuestra vida no es la mera capa superficial; ella prosigue todo el tiempo en diferentes niveles. Estos diferentes niveles procuran constantemente transmitir su sentido, su significación, a la mente consciente; y cuando la mente consciente está quieta, como durante el sueño, las insinuaciones e intimaciones de lo oculto son comunicadas en forma de símbolos, y, al despertar, esos símbolos se recuerdan como "sueños". Entonces, teniendo sueños, tratáis de interpretarlos, o recurrís a un psicoanalista para que os los interprete. Eso es lo que en realidad ocurre. Tal vez no recurráis al intérprete porque resulta demasiado costoso y no os conduce a la esperanza; pero, con todo, dependéis de la interpretación, queréis que vuestros sueños sean explicados, atendéis a su sentido, buscáis con empeño su significación, tratáis de analizarlos; y en ese proceso de interpretación, de análisis, siempre hay esperanza, duda e incertidumbre.

Ahora bien, ¿es acaso necesario que soñemos? Hay sueños que son muy superficiales. Cuando os excedéis en la comida por la noche, es natural que tengáis sueños violentos. Hay sueños que resultan de reprimir la apetencia sexual y otras. Cuando se las reprime, ellas se afirman mientras estáis dormidos; y las recordáis como sueños cuando estáis despiertos. Hay muchas formas de sueños, pero yo sostengo esto: ¿es acaso

necesario que uno sueñe? Si es posible no soñar, entonces nada hay que requiera ser interpretado. Los psicólogos —y no es que yo los haya leído, sino que conozco a varios— me han dicho que es imposible no soñar. Yo creo que es posible no soñar, y por vosotros mismos podéis experimentarlo, y por lo tanto abandonar el temor a la interpretación, con sus ansiedades y sus incertidumbres. Como ya lo dije, soñáis porque la mente consciente no se da cuenta de lo que realmente ocurre a cada minuto, no percibe todas las intimaciones, insinuaciones, impresiones y respuestas que constantemente surgen. ¿Y no será posible ser pasivamente perceptivo, de modo que todo se perciba y se comprenda de inmediato? Eso puede hacerse, ciertamente. Sólo cuando hay alerta y pasiva percepción de cada problema, él queda inmediatamente resuelto y no transferido al día siguiente. Ahora bien, cuando tenéis un problema y ese problema causa considerable preocupación, ¿qué sucede? Os vais a la cama y decís "consultaré con la almohada". A la mañana siguiente, cuando consideráis el problema, veis que puede ser resuelto, y estáis libres. Lo que realmente ocurre, es que la mente consciente, habiéndose preocupado buscando, se aquieta; y entonces la mente inconsciente, que sigue trabajando con el problema, brinda sus insinuaciones, sus intimaciones, y cuando despertáis el problema está resuelto.

Es, pues, posible hacer frente a todo problema de un modo fresco, nuevo, y no transferirlo. Podéis enfrentar todo problema de un modo nuevo, con prontitud, con rapidez, sólo cuando no condenáis, cuando

no justificáis, porque sólo entonces puede el problema expresaros todo su significado; y es posible vivir de un modo tan alerta, tan pasivamente perceptivo, que cada problema haga conocer su plena significación a medida que surge. Esto podéis ponerlo a prueba por vosotros mismos, no necesitáis aceptar al respecto la palabra ajena. Pero la totalidad de la mente consciente debe estar alerta, vigilante, para que ninguna parte de ella esté inactiva y tenga por tanto que ser vivificada mediante los sueños, los símbolos. Sólo cuando la mente consciente es perceptiva, no solamente a cierta profundidad o en una de sus capas, sino plena y enteramente, es posible no soñar.

Los sueños también son autoproyecciones, la interpretación de diferentes experiencias por medio de símbolos. Asimismo, evidentemente, la conversación que uno tiene en sueños con otras personas sigue siendo autoproyección, lo cual no significa que sea imposible para el pensamiento encontrarse con el pensamiento, para un pensamiento identificado encontrarse con otro pensamiento identificado. Se trata de un tema demasiado vasto para analizarlo ahora; pero puede verse que mientras nos entendamos con los problemas parcialmente y no plenamente, mientras haya respuesta condicionada al reto, tienen que existir esas intimaciones, esas insinuaciones de aquella parte de la mente que está alerta, ya sea por medio de sueños o de recias sacudidas. Mientras los problemas no sean plenamente comprendidos, soñaréis; y esos sueños necesitan interpretación. Las interpretaciones nunca son completas, pues siempre provienen del temor, de la ansiedad; hay

en ellas un elemento de lo desconocido, y la mente consciente rechaza siempre aquello que es desconocido. Si uno puede, en cambio, "vivenciar" cada reto completamente, plenamente, entonces no hay necesidad de sueños ni de un intérprete de sueños.

Pregunta: ¿Qué sentido tiene la "recta relación con la naturaleza"?

KRISHNAMURTI: Yo no sé, señor, si Vd. ha descubierto su relación con la naturaleza. No hay "recta" relación sino tan sólo comprensión de la relación. La recta relación implica mera aceptación de una fórmula, como el recto pensamiento. El recto pensamiento y el recto pensar son dos cosas diferentes. El recto pensamiento es simple adaptación a lo que está bien, a lo que es "respetable", mientras que el recto pensar es movimiento, es el producto de la comprensión; y la comprensión sufre constante modificación, cambio. De un modo análogo, hay una diferencia entre la recta relación con la naturaleza, y el comprender nuestra relación con ella. ¿Cuál es vuestra relación con la naturaleza? La naturaleza son los ríos, los árboles, las aves que vuelan velozmente, el pez en el agua, los minerales bajo tierra, los saltos de agua y los estanques poco profundos. ¿Cuál es vuestra relación con ellos? La mayoría de nosotros no se da cuenta de esa relación. Jamás nos fijamos en un árbol, o si lo hacemos, es con objeto de utilizar ese árbol, sea para sentarnos a su sombra, sea para abatirlo y tener madera. En otras palabras, miramos los árboles con

fines utilitarios; nunca miramos un árbol sin proyectarnos a nosotros mismos y utilizarlo para nuestra propia conveniencia. Del mismo modo tratamos la tierra y sus productos. No hay amor a la tierra, sólo hay uso de la tierra. Si uno amara de veras la tierra, habría frugalidad al usar las cosas de la tierra. Es decir, señor, si llegáramos a comprender nuestra relación con la tierra, deberíamos tener mucho cuidado en el uso que hacemos de las cosas de la tierra. La comprensión de las propias relaciones con la naturaleza es tan difícil como comprender las relaciones de uno con su vecino, su esposa y sus hijos. Pero no hemos dedicado a ello un pensamiento, nunca nos hemos sentado a mirar las estrellas, la luna o los árboles. Estamos demasiado ocupados con actividades sociales o políticas. Es obvio que esas actividades son evasiones de nosotros mismos; y el adorar la naturaleza también es un escape de nosotros mismos. Siempre usamos la naturaleza, ora como escape, ora con fines utilitarios; jamás nos detenemos realmente a amar la tierra o las cosas de la tierra. Jamás disfrutamos los ricos campos, aunque los utilicemos para alimentarnos y vestirnos. Nunca nos gusta labrar la tierra con nuestras manos; nos avergonzamos de trabajar con nuestras manos. Hay una cosa extraordinaria que ocurre cuando trabajáis la tierra con vuestras manos. Pero este trabajo sólo lo hacen las castas inferiores; parecería que nosotros, las castas superiores, somos demasiado importantes para usar nuestras propias manos. Hemos perdido, pues, nuestra relación con la naturaleza. Una vez que comprendiéramos esa relación, su real significado, no divi-

diríamos los bienes en "vuestros" y "míos". Aunque uno poseyese un pedazo de tierra y en él edificase una casa, ella no sería "mía" o "vuestra" en el sentido exclusivo; sería más bien un medio de guarecerse. Como no amamos la tierra y las cosas de la tierra y sólo las utilizamos, somos insensibles a la belleza de una catarata, hemos perdido contacto con la vida, nunca nos hemos sentado apoyando nuestra espalda en el tronco de un árbol; y puesto que no amamos la naturaleza, no sabemos amar a los seres humanos y a los animales. Recorred la calle y observad cómo tratan a los bueyes, cuya cola ya no tiene forma. Menéais la cabeza y decís "muy triste". Pero hemos perdido el sentido de la ternura, esa sensibilidad, esa respuesta a las cosas de la belleza; y es sólo en la renovación de esa sensibilidad que podemos tener comprensión de lo que es la verdadera convivencia. Esa sensibilidad no viene por el mero hecho de colgar unos cuantos cuadros, o pintar un árbol, o poner unas flores en vuestro cabello; la sensibilidad viene tan sólo cuando este punto de vista utilitario es desechado. Ello no significa que no podáis hacer uso de la tierra; pero debéis utilizarla como tiene que serlo. La tierra está ahí para ser amada, para que uno se interese por ella, no para ser dividida en "vuestra" y "mía". Es una necedad plantar un árbol en un recinto y llamarle "mío". Sólo cuando uno está libre de exclusivismo, existe una posibilidad de ser sensible, no sólo a la naturaleza sino a los seres humanos y a los incesantes retos de la vida.

Pregunta: Cuando habló de los medios correctos de vida, dijo Vd. que la profesión del militar, del abogado y del empleado público, no eran, evidentemente, correctos medios de vida. ¿No aboga Vd. por el "sanyasismo" o retiro de la sociedad, y no es eso huir de los conflictos sociales y apoyar la injusticia y la explotación que nos rodea?

KRISHNAMURTI: Para transformar cualquier cosa o para comprender cualquier cosa, debéis primero examinar lo que *es*; sólo entonces hay una posibilidad de renovación, de regeneración, de transformación. El mero hecho de transformar lo que *es* sin comprenderlo, es una pérdida de tiempo, una regresión. La reforma sin comprensión es regresión, porque no hacemos frente a lo que *es*; pero si empezamos a comprender exactamente lo que *es*, entonces sabremos cómo actuar. No podéis actuar sin antes observar, discutir y comprender lo que *es*. Debemos examinar la sociedad tal cual es, con sus debilidades, sus flaquezas; y, para examinarla, tenemos que ver directamente nuestra conexión, nuestra relación con ella, no mediante una explicación supuestamente intelectual o teórica.

Ahora bien, tal como la sociedad existe actualmente, no hay opción entre los rectos y los impropios medios de vida. Tomáis cualquier trabajo que podáis conseguir, si es que tenéis la suerte de lograr alguno. Así, pues, para un hombre que tiene apremio por un empleo inmediato, no hay problema. Toma lo que puede conseguir, porque tiene que comer. Mas para

aquellos de vosotros que no estáis tan inmediatamente apremiados, debiera ser un problema, y eso es lo que estamos discutiendo: cuáles son los rectos medios de vida en una sociedad que se basa en la adquisición y en las diferencias de clase, en el nacionalismo, la codicia, la violencia, etc. Dadas esas cosas ¿puede haber rectos medios de vida? Es obvio que no. Y hay, evidentemente, profesiones impropias, medios de vida impropios, tales como el ejército, la abogacía, la policía y el gobierno.

El ejército no existe para la paz sino para la guerra. Es función del ejército crear guerra; es función del general hacer planes para la guerra. Si no los hace, lo despediréis, ¿no es así? Os desharéis de él. La función del estado mayor general es proyectar y preparar guerras futuras, y es obvio que un estado mayor general que no formula planes para futuras guerras resulta ineficaz. El ejército no es, pues, una profesión para la paz, y por lo tanto no es un recto medio de vida. Sé tan bien como vosotros lo que esto implica. Los ejércitos existirán mientras existan gobiernos soberanos, con su nacionalismo y sus fronteras; y como apoyáis a los gobiernos soberanos, tenéis que apoyar el nacionalismo y la guerra. Por consiguiente, mientras seáis nacionalistas no tendréis opción en cuanto a rectos medios de vida.

Análogamente, la policía. Función de la policía es proteger y mantener las cosas tal como están. Se convierte también en instrumento de investigación, de inquisición, no sólo en manos de los gobiernos totalitarios sino en manos de cualquier gobierno. Es función

de la policía atisbar por todos lados, investigar la vida privada de la gente. Cuanto más revolucionarios llegáis a ser, interior o exteriormente, más peligrosos sois para el gobierno. Es por eso que los gobiernos, y especialmente los gobiernos totalitarios, liquidan a quienes exterior o interiormente están engendrando una revolución. De suerte que, evidentemente, la profesión del policía no es un medio adecuado de vida.

De un modo análogo, el abogado. Él medra con lo contencioso: es esencial para su subsistencia que vosotros y yo nos peleemos y disputemos. (Risas). Lo tomáis en broma. Probablemente muchos de vosotros son abogados, y vuestra risa indica una mera respuesta nerviosa a un hecho; y esquivando ese hecho, seguiréis siendo abogados. Podréis decir que sois víctimas de la sociedad; pero lo sois porque aceptáis la sociedad tal cual es. La abogacía no es, pues, un recto medio de vida. Sólo podrá haber rectos medios de vida cuando no aceptéis el actual estado de cosas; y en el momento en que no lo aceptéis, no aceptaréis la abogacía como profesión.

De igual modo, no podéis esperar hallar rectos medios de vida en las grandes corporaciones de hombres de negocios que amontonan riqueza, ni en la rutina burocrática del gobierno con sus funcionarios y formalismos. A los gobiernos sólo les interesa mantener las cosas tal como están, y si llegáis a ser ingenieros al servicio del gobierno, directa o indirectamente contribuís a la guerra.

De suerte que, mientras aceptéis la sociedad tal cual es, ninguna profesión como el ejército, la policía,

el foro o el gobierno, es evidentemente un recto medio de vida. Viendo eso, ¿qué habrá de hacer un hombre serio? ¿Habrá de huir y enterrarse en alguna aldea? Aún ahí, de alguna manera tendrá que vivir. Podrá mendigar, pero hasta el alimento que se le dé provendrá indirectamente del abogado, del policía, del soldado, del gobierno. Y no puede vivir en el aislamiento, porque eso es asimismo imposible; vivir en el aislamiento es yacer, tanto en el sentido psicológico como fisiológico. ¿Qué es, pues, lo que uno ha de hacer? Todo lo que uno puede hacer si es formal, si es inteligente en lo que atañe a todo este proceso, es rechazar el presente estado de cosas y dar a la sociedad todo aquello de que uno es capaz. Es decir, señor, aceptáis alimento, vestido y albergue de la sociedad, y debéis dar a la sociedad algo en cambio. Mientras utilicéis el ejército, la policía, el foro, el gobierno como vuestro medio de vida, mantenéis las cosas tal cuales son, apoyáis la disensión, la inquisición y la guerra. Mas si rechazáis las cosas de la sociedad y aceptáis sólo lo esencial, debéis dar algo en cambio. Es más importante averiguar qué le dais a la sociedad que preguntar cuáles son los rectos medios de vida.

Ahora bien, ¿qué le dais a la sociedad? ¿Qué es la sociedad? La sociedad es la relación con uno o con muchos; es vuestra relación con los demás. ¿Qué dais a los demás? ¿Dais algo a los demás en el sentido real de la palabra, o simplemente recibís pago por algo? Mientras no averigüeis qué es lo que dais, cualquier cosa que recibáis de la sociedad tendrá forzosamente que ser un mal medio de vida. Ésta no es una hábil

respuesta; y por lo tanto debéis reflexionar, investigar toda la cuestión de vuestra relación con la sociedad. Podréis preguntarme, por vuestra parte, "¿qué le da *usted* a la sociedad a fin de que se le dé vestido, albergue y alimento?". Yo le doy a la sociedad aquello sobre lo que hoy estoy disertando, y ello no es el mero servicio verbal que cualquier tonto puede prestar. Yo le doy a la sociedad aquello que para mí es la verdad. Podréis rechazarlo, y decir "pamplinas; eso no es la verdad". Pero yo doy lo que para mí es verdad, y eso me interesa mucho más que las cosas que la sociedad me da. Señor, cuando no os valéis de la sociedad ni del prójimo como medio de autoextensión, estáis completamente contentos con las cosas que la sociedad os da en materia de alimento, vestido y albergue. Por lo tanto no sois codiciosos; y no siendo codiciosos, vuestra relación con la sociedad es enteramente diferente. En el momento en que no utilizáis la sociedad como medio de autoextensión, rechazáis las cosas de la sociedad y por consiguiente una revolución se produce en vuestra vida de relación. No dependéis de otros para satisfacer necesidades psicológicas; y es sólo entonces que podéis tener rectos medios de vida.

Podréis decir que todo esto es una respuesta muy complicada, pero no lo es. La vida no tiene respuesta simple. El hombre que espera de la vida una respuesta simple, tiene, evidentemente, una mente torpe, una mente estúpida. La vida no tiene conclusión ni pauta definida; la vida es viviente, variable, cambiante. Para la vida no hay respuesta positiva, definida; pero podemos comprender toda su significación y sentido.

Para comprender, primero debemos ver que nos valemos de la vida como medio de autoextensión, como medio de cumplir con nosotros mismos; y puesto que nos valemos de la vida como medio de autorrealización, creamos una sociedad corrompida que debe empezar a decaer en el momento mismo en que surge a la existencia. De suerte que una sociedad organizada lleva inherente en sí el germen de la descomposición.

Es muy importante que cada uno de nosotros averigüe cuál es su relación con la sociedad, si se basa en la codicia —que significa autoextensión, autorrealización, en la cual está implícito el poder, la posición, la autoridad— o si uno acepta de la sociedad lo esencial tan sólo, o sea alimento, vestido y albergue. Si vuestra relación nace de la necesidad, no de la codicia, encontraréis rectos medios de subsistencia dondequiera que estéis, aun cuando la sociedad sea corrompida. De suerte que, como la sociedad actual se desintegra muy rápidamente, uno tiene que averiguar; y aquellos cuya vida de relación se basa tan sólo en la necesidad, crearán una nueva cultura, serán el núcleo de una sociedad en la que las cosas necesarias a la vida se distribuirán equitativamente y no se usarán como medio de autoextensión. Mientras la sociedad siga siendo para vosotros un medio de autoextensión, tendrá que haber sed de poder, y es el poder el que crea una sociedad de clases dividida en altas y bajas, ricas y pobres, y en hombres que tienen y hombres que no tienen, letrados y analfabetos, cada cual en lucha con otros, todo ello basado en el espíritu adquisitivo y no en la necesidad. Es el espíritu adquisitivo el que con-

fiere poder, posición y prestigio, y mientras eso exista, vuestra relación con la sociedad tiene que ser un medio de vida impropio. Puede haber rectos medios de subsistencia cuando sólo esperáis de la sociedad la satisfacción de vuestras necesidades; y entonces vuestra relación con la sociedad es muy simple. La sencillez no es lo "más", ni consiste en andar de taparrabo y renunciar al mundo. El mero hecho de limitaros a unas pocas cosas no es sencillez. La sencillez de la mente es esencial, y esa sencillez de la mente no puede existir si se usa la mente para la autoextensión, la autorrealización, provenga esa autorrealización de la búsqueda de Dios, del conocimiento, del dinero, de la propiedad o de la posición. La mente que busca a Dios no es una mente sencilla, pues su Dios es su propia proyección. El hombre sencillo es el que ve exactamente lo que *es*, y lo comprende; él no pide nada más. Una mente así está contenta, comprende lo que *es*; lo cual no significa aceptar la sociedad tal como es, con su explotación, sus clases, sus guerras, etc. Pero una mente que ve y comprende lo que *es*, y que por lo tanto actúa, una mente así tiene pocas necesidades, es muy sencilla, serena. Y sólo cuando la mente está quieta puede recibir lo eterno.

Pregunta: Cada arte tiene una técnica propia, y exige esfuerzo el dominar la técnica. ¿Cómo se puede conciliar la "creatividad" con la realización técnica?

KRISHNAMURTI: No podéis conciliar la "creatividad" con la realización técnica. Puede que seáis

perfectos para tocar el piano, y que no seáis creativos; podéis tocar el piano brillantemente, y no ser músicos. Podéis ser capaces de manejar el color, de poner pintura en el lienzo con suma habilidad, y no ser pintores creativos. Podéis crear con piedra un rostro, una imagen, porque habéis aprendido la técnica, y no ser maestros creadores. La creación está primero, no la técnica, y es por eso que somos miserables toda la vida. Tenemos técnica, sabemos edificar una casa, construir un puente, armar un motor, educar nuestros hijos mediante un sistema; todas esas técnicas las hemos aprendido, pero nuestro corazón y nuestra mente están vacíos. Somos máquinas de primera clase, sabemos funcionar muy hermosamente, pero no amamos una cosa viviente. Podéis ser buenos ingenieros, podéis ser pianistas, podéis escribir en buen estilo inglés, o "marathi", o de cualquier idioma que sea el vuestro; pero la "creatividad" no se encuentra mediante la técnica. Si tenéis algo que decir, creáis vuestro propio estilo; mas cuando nada tenéis que decir, y aunque tengáis un hermoso estilo, lo que escribís es tan sólo la rutina tradicional, una repetición de la misma vieja cosa con palabras nuevas. De suerte que si os observáis muy críticamente a vosotros mismos, veréis que la técnica no conduce a la "creatividad"; pero cuando tenéis "creatividad", podéis tener técnica en el plazo de una semana. Para expresar algo, tiene que haber algo que expresar; para cantar, debéis tener en vuestro corazón una canción. Debéis tener sensibilidad para recibir, a fin de expresar; y la expresión es de muy escasa importancia. La expresión es impor-

tante tan sólo cuando deseáis transmitirla a otro, pero tiene muy poca importancia cuando escribís para vuestra propia diversión.

Habiendo, pues, perdido la canción, buscamos el cantor. Aprendemos del cantor la técnica del canto, pero no hay canción; y yo digo que la canción es esencial, que el júbilo de cantar es esencial. Cuando el júbilo está ahí, la técnica puede crearse de la nada; inventaréis vuestra propia técnica, no tendréis que estudiar elocución ni estilo. Cuando tenéis, veis; y el hecho mismo de ver la belleza es arte. La expresión de esa visión llega a ser bella, técnicamente perfecta, cuando tenéis algo que decir. Tener una canción en vuestro corazón: eso es lo importante, no la técnica, si bien la técnica es esencial. Lo importante es ser creativo. Es un problema realmente importante, porque vosotros no sois creativos; podréis producir niños en abundancia, pero eso es puramente accidental, no creativo. Es posible que escribáis acerca de escritores creativos, pero eso no es ser creativo. Podréis asistir a una pieza de teatro, ser espectadores, pero no sois actores. Como se hace cada vez más hincapié en el mero aprendizaje de una técnica, debéis descubrir qué es ser creativos.

¿Cómo habrá uno de ser creativo? La "creatividad" no es imitación. Toda nuestra vida es imitativa, no sólo en el nivel verbal sino también en lo íntimo, en lo psicológico; no es más que imitación, conformidad y regulación. ¿Creéis que puede haber "creatividad" cuando pensáis de acuerdo a una norma, a una técnica? Sólo hay "creatividad" cuando se está libre de

imitación, de regulación, lo cual significa estar libre de autoridad, no sólo de autoridad externa, sino de la autoridad íntima de la experiencia convertida en memoria. Nuevamente, no puede haber "creatividad" si hay miedo; pues el miedo produce imitación, el miedo induce a copiar, el miedo engendra deseo de seguridad, de certeza, el cual a su vez crea autoridad; y no puede haber "creatividad" mientras la mente se mueva de lo conocido a lo conocido. Mientras la mente esté sujeta a la técnica, mientras la mente esté comprometida en la erudición, no puede haber "creatividad". El conocimiento es del pasado, de lo conocido; y mientras la mente se mueva de lo conocido a lo conocido, no puede haber "creatividad". Mientras la mente se mueva en una serie de cambios, no puede haber "creatividad" porque el cambio es mera continuidad modificada. Sólo puede haber "creatividad" en el terminar, no en la continuidad. La mayoría de vosotros no quiere terminar; todos deseamos continuar, y nuestra continuación es tan sólo la continuación de la memoria. La memoria puede ser colocada en el nivel del "atman" o en un nivel más bajo, pero no deja de ser memoria. Mientras existan todas esas cosas, no puede haber "creatividad". No es difícil estar libre de esas cosas, pero se necesita atención, observación, intención de comprender; y entonces, os lo aseguro, surge la "creatividad".

Cuando un hombre desea crear, debe preguntarse y ver qué es lo que quiere crear. ¿Automóviles, máquinas de guerra, adminículos? La mera busca de cosas distrae la mente y dificulta la generosidad; la

instintiva respuesta a la belleza. Eso es lo que todos hacemos con nuestra mente. Mientras la mente esté activa, formulando, elaborando, criticando, no puede haber "creatividad"; y, os lo aseguro, esa "creatividad" llega silenciosamente, con extraordinaria velocidad, sin coacción alguna, cuando comprendéis la verdad de que la mente debe estar vacía para que la "creatividad" se manifieste. Cuando veis esa verdad, entonces, instantáneamente, hay "creatividad". No necesitáis pintar un cuadro, ni sentaros en una tribuna, ni inventar nuevos teoremas matemáticos; pues la "creatividad" no requiere necesariamente expresión. El hecho mismo de ser expresada, empieza a destruirla. Eso no quiere decir que no debáis expresarla; pero si la expresión cobra más importancia que la "creatividad" entonces la "creatividad" retrocede. La expresión, para vosotros, es muy importante... ¡pintar un cuadro y poner vuestro nombre al pie! Luego deseáis ver quién lo critica, quién va a comprarlo, cuántos críticos han escrito al respecto y qué es lo que dicen; ¡y cuando se os confiere el título de "sir" creéis que habéis realizado algo! Eso no es "creatividad", eso es decadencia, desintegración. La "creatividad" sólo adviene cuando la mente, con sus impulsos y su corrupción, cesa; y el que la mente tenga fin no es tarea difícil, ni es la tarea final que debáis acometer. Por el contrario, es la tarea inmediata. Nuestra vida es en el presente, con sus miserias, con su confusión, sus penas y su esfuerzo cada vez mayores. Lo único que hace falta, pues, es que la mente —que es pensamiento— termine; y entonces, os lo aseguro, conoceréis la

"creatividad". Sólo hay "creatividad" cuando la mente, comprendiendo su propia insuficiencia, su propia pobreza, su propia soledad, llega a su fin. Dándose cuenta de sí misma, pone fin a sí misma; entonces aquello que es creativo, que es inconmensurable, adviene sutil y velozmente. Poner fin al proceso del pensamiento es percibir pasivamente la propia insuficiencia, la propia pobreza, el propio vacío o vacuidad, sin luchar contra ello. Sólo entonces adviene ese algo que no es producto de la mente; y aquello que no es producto de la mente es "creatividad".

Pregunta: Todos los días nos dice Vd. que la causa fundamental de nuestras dificultades y fealdad en la vida es la ausencia de amor. ¿Cómo puede uno encontrar la perla del verdadero amor?

KRISHNAMURTI: Para contestar con plenitud esta pregunta, hay que pensar negativamente, porque el pensamiento negativo es la más elevada forma del pensar. El mero pensamiento positivo es adaptación a una pauta, y por lo tanto no es para nada pensamiento; es adaptación a una idea, y una idea es mero producto de la mente, y por lo tanto irreal. Así, pues, para pensar este problema cabal y completamente, debemos abordarlo en forma negativa, lo cual no significa negar la vida. No os apresuréis a sacar conclusiones; tened la bondad, en cambio, de seguir esto paso a paso. Si seguís esta experiencia hondamente y no en forma puramente verbal, entonces, a medida que prosigamos, descubriréis qué es el amor. Vamos a

investigar el amor. Meras conclusiones no son amor; la palabra "amor" no es amor. Empecemos muy cerca para ir muy lejos.

Ahora bien, ¿llamáis amor a vuestra relación conyugal cuando en ella hay espíritu posesivo, celos, temor, constante regaño, dominación e imposición? ¿Puede llamarse a eso amor? Cuando poseéis a una persona y con ello creáis una sociedad que os ayuda a poseer la persona, ¿llamáis a eso amor? Cuando os servís de alguien para vuestra conveniencia sexual o de cualquiera otra manera, ¿llamáis a eso amor? Evidentemente, no lo es. Es decir, donde hay celos, donde hay temor, donde hay espíritu posesivo, no hay amor. Podéis llamarle amor, pero no es amor. El amor, por cierto, no admite disputas ni celos. Cuando poseéis, hay temor; y aunque le llaméis amor, está lejos de serlo. "Vivenciad" esto, señores y señoras, a medida que proseguimos. Sois casados y tenéis hijos, tenéis esposa o esposo a quien poseéis, a quien utilizáis, a quien teméis o de quien estáis celosos. Daos cuenta de eso, y ved si es amor. Puede que veáis un mendigo en la calle, le deis una moneda y expreséis una palabra de simpatía. ¿Es eso amor? ¿La simpatía es amor? ¿Qué significa eso? Por el hecho de darle una moneda al mendigo, de simpatizar con su situación, ¿habéis resuelto el problema? No digo que no debáis simpatizar; estamos investigando la cuestión del amor. ¿Es amor el que déis una moneda al mendigo? Tenéis algo que dar; y, cuando lo dais, ¿es eso amor? Es decir, cuando tenéis conciencia de que dais, ¿es eso amor? Es obvio que, cuando dais conscientemente,

sois vosotros los importantes, no el mendigo. De suerte que, cuando dais y expresáis simpatía, vosotros sois importantes, ¿no es así? ¿Por qué habríais de tener algo para dar? Dais una moneda al mendigo; el multimillonario también da, y siempre simpatiza con la pobre humanidad. ¿Cuál es la diferencia entre vosotros y él? Vosotros tenéis diez monedas y dais una; él tiene gran cantidad y da unas cuantas más. Él ha llegado a tener ese dinero adquiriendo, multiplicando, revolucionando, explotando. Cuando da, llamáis a ello, caridad, filantropía; decís "¡qué noble!". ¿Es eso noble? (Risas) No riáis, señores; también vosotros deseáis hacer lo mismo. Cuando tenéis y dais algo, ¿es eso amor? ¿Por qué ocurre que vosotros tenéis y otros no tienen? Decís que es culpa de la sociedad. ¿Quién ha creado la sociedad? Vosotros y yo. Por lo tanto, para atacar la sociedad debéis empezar por vosotros mismos.

De suerte que vuestra simpatía no es amor. ¿El perdón es amor? Examinémoslo, y veréis. Espero que "vivenciéis" mientras hablo, y no sólo escuchéis las palabras. ¿El perdón es amor? ¿Qué está implícito en el perdón? Me insultáis, me resiento y lo recuerdo; y luego, por compulsión o por arrepentimiento, digo "os perdono". Primero retengo, y luego rechazo. ¿Y ello qué significa? Que sigo siendo la figura central. Sigo siendo importante, soy yo quien perdona a alguien. Ciertamente, mientras exista la actitud de perdonar, soy yo lo importante, no el hombre que se supone me ha insultado. Así, pues, cuando acumulo resentimiento y cuando renuncio a ese resentimiento —a eso le lla-

máis perdón— ello no es amor. Es obvio que el hombre que ama no tiene enemistad, y a todas esas cosas él es indiferente. De suerte que la simpatía, el perdón, las relaciones en que hay espíritu posesivo, celos y temor, ninguna de esas cosas es amor. Todas ellas son de la mente, ¿verdad? Mientras la mente sea el árbitro, no hay amor; pues la mente sólo arbitra mediante el espíritu posesivo, y su arbitraje es mera "posesividad" en diferentes formas. La mente sólo puede corromper el amor, no puede dar nacimiento al amor, no puede brindar belleza. Podéis escribir un poema sobre el amor, pero eso no es amor.

La mente, pues, es el producto del tiempo, y el tiempo existe cuando se desconoce el amor; por lo tanto el amor no pertenece al tiempo. El amor no es una moneda que haya de distribuirse. El daros algo, el brindaros satisfacción, el infundiros valor para combatir, todo eso pertenece al ámbito del tiempo, que es de la mente. La mente, por lo tanto, destruye el amor. Es porque nosotros, como gente que se llama civilizada, cultivamos la mente, el intelecto, la expresión verbal, la técnica, que no hay amor; y es por eso que existe esta confusión, es por eso que nuestras dificultades y miserias se multiplican. Es porque buscamos una respuesta a través de la mente, que no hay respuesta a ninguno de nuestros problemas, que las guerras suceden a las guerras, que los desastres siguen a los desastres. La mente ha creado estos problemas, y tratamos de resolverlos en su propio nivel, que es el de la mente. Sólo, pues, cuando la mente cesa, hay amor, y es sólo el amor que resol-

verá todos nuestros problemas, como la luz del sol disipa las tinieblas. No hay relación entre la mente y el amor. La mente es del tiempo; el amor no lo es. Podéis pensar en una persona que amáis, pero no podéis pensar en el amor. En el amor no se puede pensar. Aunque os identifiquéis con una persona, con un país, con una iglesia, no bien pensáis en el amor, ello no es amor, es simple proceso mental. Aquello en lo cual se piensa no es amor; y sólo hay vacuidad en el corazón cuando la mente es sumamente activa. Como la mente es activa, ella llena el corazón vacío con las cosas de la mente; y con esas cosas de la mente jugamos, creamos problemas. El jugar con problemas es lo que llamamos actividad, y nuestra solución de los problemas sigue siendo de la mente. Haced lo que os plazca, edificad iglesias, inventad nuevos partidos, seguid nuevos líderes, adoptad "slogans" políticos: ellos jamás resolverán nuestros problemas. Los problemas son producto de la mente, y para que la mente resuelva su propio problema, tiene que cesar; pues sólo cuando la mente *cesa* hay amor. En el amor no se puede pensar, el amor no se puede cultivar, el amor no se puede practicar. La práctica de la fraternidad, sigue estando dentro del ámbito de la mente, y por lo tanto no es amor. Cuando todo eso ha cesado, el amor adviene; entonces sabréis qué es amar. Luego el amor no es cuantitativo sino cualitativo. No decís "amo al mundo entero", pero cuando sabéis amar a uno, sabéis amar al todo. Es porque no sabemos amar a uno, que nuestro amor a la humanidad

es ficticio. Cuando amáis, no hay uno ni muchos; sólo hay amor. Sólo cuando hay amor pueden resolverse todos nuestros problemas, y entonces conoceremos su bienaventuranza y su felicidad.

Octubre 17 de 1948

PRIMERA CONFERENCIA EN NEW DELHI

La acción es interrelación, y no podemos vivir o existir sin acción. La acción parece producir constante rozamiento, constante desavenencia y ansiedad; y vemos en el mundo que toda acción organizada ha conducido muy infortunadamente a una serie de desastres. En el mundo que nos circunda vemos confusión, miseria y deseos en conflicto; y, dándose cuenta del caos mundial, la mayoría de las personas reflexivas y serias —no la gente que hace el juego de la simulación sino la que se interesa de veras— verá naturalmente la importancia de pensar a fondo el problema de la acción. Hay acción de masas y acción individual; y la acción de masas ha llegado a ser una abstracción, una cómoda escapatoria para el individuo. Por el hecho de creer que este caos, esta miseria, este desastre que constantemente surge, puede de algún modo ser transformado o puesto en orden por la acción de masas, el individuo se vuelve irresponsable. La masa, por cierto, es una entidad fic-

ticia; la masa somos vosotros y yo. Sólo cuando vosotros y yo no comprendemos la interrelación de acción verdadera, recurrimos a la abstracción llamada "masa", con lo cual nos hacemos irresponsables en nuestra acción. De un caudillo, o de la acción organizada colectiva —que, por otra parte, es acción de masas— esperamos la reforma en la acción. Cuando recurrimos a un líder para que nos dirija en la acción, invariablemente elegimos una persona que creemos nos ayudará a superar nuestros propios problemas, nuestras propias miserias. Mas como escogemos un líder partiendo de nuestra confusión, el líder mismo también está confuso. No escogemos un líder desemejante de nosotros mismos; no es posible. Sólo podemos elegir un líder que, al igual que nosotros mismos, está confuso; por consiguiente tales conductores, tales guías y así llamados "gurús" espirituales, invariablemente nos conducen a mayor confusión, a más miserias. Puesto que lo que escogemos tiene que ser sobre la base de nuestra propia confusión, cuando seguimos a un líder sólo seguimos nuestra propia confusa autoproyección. Tal acción, por lo tanto, aunque produzca un resultado inmediato, invariablemente lleva a mayor desastre. Vemos, pues, que la acción de masas, aunque en ciertos casos pueda valer la pena, tiene por fuerza que llevar al desastre, a la confusión, y producir irresponsabilidad por parte del individuo; y que el seguir a un líder tiene también que aumentar la confusión. Y sin embargo tenemos que vivir. Vivir es actuar; ser, es estar relacionado. No hay acción sin interrelación, y no podemos vivir en el aisla-

miento. No existe tal cosa, o sea el aislamiento. La vida es actuar y estar relacionado. Para comprender, pues, la acción que no cause mayor miseria, mayor confusión, debemos comprendernos a nosotros mismos, con todas nuestras contradicciones, nuestros elementos opuestos, nuestras muchas facetas que están en una constante batalla unas con otras. Hasta que nos comprendamos a nosotros mismos, la acción tiene inevitablemente que conducir a mayor conflicto, a mayor desdicha.

De suerte que nuestro problema consiste en actuar con comprensión; y esa comprensión sólo puede resultar del conocimiento propio. Después de todo, el mundo es la proyección de mí mismo. Lo que yo soy, eso es el mundo; el mundo no es diferente de mí mismo, el mundo no me es opuesto. El mundo y yo no somos dos entidades separadas. La sociedad soy yo mismo, no hay dos procesos diferentes. El mundo es mi propia extensión, y para comprener el mundo debo comprenderme a mí mismo. El individuo no está en oposición con la masa, con la sociedad, porque la sociedad es el individuo. La sociedad es la relación entre vosotros y yo y los demás. Sólo hay oposición entre el individuo y la sociedad cuando el individuo se torna irresponsable. Nuestro problema, pues, es considerable. Hay una crisis extraordinaria que afecta a todo país, a toda persona, a todo grupo. ¿Qué relación tenemos nosotros —vosotros y yo— con esa crisis, y cómo actuaremos? ¿Por dónde empezaremos para producir una transformación? Como ya lo he dicho, si algo esperamos de la masa, no hay salida,

porque la masa implica un líder; y la masa siempre es explotada por el político, el sacerdote y el experto. Y puesto que vosotros y yo componemos la masa, debemos asumir la responsabilidad de nuestra propia acción, es decir, debemos comprender nuestra propia naturaleza, debemos comprendernos a nosotros mismos. Comprendernos a nosotros mismos no es retirarnos del mundo; porque el retiro implica aislamiento, y en el aislamiento no podemos vivir. Debemos, pues, comprender la acción en la convivencia, y esa comprensión depende de la alerta percepción de nuestra propia naturaleza, contradictoria y en conflicto. Creo que es necio concebir un estado en el que haya paz y en el que podamos cifrar esperanzas. Sólo puede haber paz y tranquilidad cuando comprendemos la naturaleza de nosotros mismos y no presuponemos un estado que no conocemos. Podrá haber un estado de paz, pero es inútil la mera especulación al respecto.

Así, pues, para obrar rectamente tiene que haber recto pensar; para pensar rectamente tiene que haber conocimento propio; y sólo en la vida de relación, no en el aislamiento, puede sobrevenir el conocimiento propio. El recto pensar puede llegar tan sólo comprendiéndonos a nosotros mismos, de lo cual dimana la recta acción. La recta acción, pues, es la que resulta de la comprensión de nosotros mismos, no de una parte de nosotros sino del contenido íntegro de nosotros mismos, de nuestra naturaleza contradictoria, de todo lo que somos. A medida que nos comprendemos, surge la recta acción; y de ésta proviene la felicidad. Después de todo, es la felicidad lo que

deseamos, lo que la mayoría de nosotros busca de diversas maneras, mediante diversos escapes: los de la actividad social, los del mundo burocrático, los de la diversión, los del culto y la repetición de frases, los del sexo, e innumerables otros escapes. Pero vemos que esos escapes no traen felicidad duradera y sólo brindan un alivio temporario. Fundamentalmente, no hay en ellos nada verdadero, ningún deleite perdurable; y yo creo que encontraremos aquel deleite, aquel éxtasis, aquella real alegría del ser creador, tan sólo cuando nos comprendamos a nosotros mismos. Esta comprensión de nosotros mismos no es fácil; requiere cierta vigilancia, alerta percepción. Esa vigilancia, esa alerta percepción, sólo puede venir cuando no condenamos, cuando no justificamos; porque, no bien hay condenación o justificación, se pone fin al proceso de la comprensión. Cuando condenamos a alguien, dejamos de comprender a esa persona; y cuando nos identificamos con esa persona, nuevamente dejamos de comprenderla. Lo mismo ocurre con nosotros mismos. Observar, darse cuenta pasivamente de lo que uno es, resulta sumamente difícil; pero de esa pasiva y alerta percepción proviene una comprensión, una transformación de lo que *es,* y sólo esa transformación abre la puerta a la realidad.

Nuestro problema, entonces es la acción, la comprensión y la felicidad. No hay base para el verdadero pensar a menos que nos conozcamos a nosotros mismos. Sin conocerme a mí mismo, no tengo fundamento para pensar; sólo puedo vivir en un estado de contradicción, como vivimos la mayoría de nosotros.

Para producir una transformación en el mundo —que es el mundo de mis relaciones— debo empezar por mí mismo. Podréis decir: "producir de esa manera una transformación en el mundo, llevará un tiempo infinito". Si buscamos resultados inmediatos, pensaremos, naturalmente, que ello llevará demasiado tiempo. Resultados inmediatos promete el político; pero me temo que, para el hombre que busca la verdad, no haya resultado inmediato. Es la verdad lo que transforma, no la acción inmediata; es sólo el descubrimento de la verdad por cada uno lo que traerá al mundo felicidad y paz. Vivir en el mundo y sin embargo no ser del mundo, es nuestro problema, y se trata de un problema de empeño formal; porque no podemos retirarnos, no podemos renunciar, pero tenemos que comprendernos a nosotros mismos. La comprensión de uno mismo es el principio de la sabiduría. Comprenderse uno mismo es comprender la propia relación con las cosas, las personas y las ideas. Hasta que comprendamos el pleno significado y sentido de nuestra relación con las cosas, las personas y las ideas, la acción —que es interrelación— producirá inevitablemente conflicto y lucha. De suerte que un hombre realmente formal, debe comenzar consigo mismo, debe darse cuenta pasivamente de todos sus pensamientos, sentimientos y acciones. Una vez más, esto no es cuestión de tiempo. El conocimiento propio no tiene fin. El conocimiento propio es tan sólo de instante en instante, y por lo tanto hay una felicidad creadora de instante en instante.

Así, pues, como a todos nos interesa la recta acción,

la paz y la felicidad, estas cosas sólo pueden acaecer mediante la comprensión de nuestra propia compleja naturaleza. Esa comprensión no ofrece gran dificultad, pero reclama cierta seriedad, cierta flexibilidad mental. Cuando hay constante, pasiva y alerta percepción de nuestro lenguaje, de nuestros pensamientos y sentimientos, sin condenación ni justificación, esa misma percepción alerta trae su propia acción y por tanto su propia transformación, la cual no es el resultado de nuestros esfuerzos para transformarnos. Mas para que esa verdad sea, tiene que haber una cualidad de receptividad en la que no haya exigencia, temor ni deseo; y eso puede surgir únicamente cuando hay pasiva y alerta percepción.

Todas estas cosas las discutiremos durante las próximas pocas semanas, pero ahora voy a contestar algunas preguntas. Para que haya la debida respuesta tiene que haber una pregunta correcta. Cualquiera puede hacer una pregunta. Mas para hallar la respuesta a una pregunta, debemos estudiar el problema en sí y no la respuesta, porque la respuesta está contenida en el problema. Existe un arte de examinar un problema y comprenderlo. De suerte que, cuando me ocupe de vuestras preguntas, tened a bien no esperar una respuesta; porque vosotros y yo habremos de pensar cabalmente juntos el problema, y encontrar la respuesta en el problema mismo. Pero si sólo esperáis una respuesta, me temo que sufráis decepción. La vida no tiene "sí" ni "no" categórico, si bien eso es lo que desearíamos. La vida es más compleja que eso, más sutil. Para hallar, pues, la respuesta, tene-

mos que estudiar el problema, lo cual significa que debemos tener la paciencia y la inteligencia de ahondar en él.

Pregunta: ¿Qué lugar ocupa en la sociedad moderna la religión organizada?

KRISHNAMURTI: Averigüemos qué entendemos por religión y qué entendemos por sociedad moderna. ¿Qué entendemos por religión? ¿Qué significa la religión para vosotros? Significa —¿no es así?— una serie de creencias, ritos, dogmas, muchas supersticiones, "pujas", repetición de palabras, esperanzas vagas, incumplidas, frustradas, lectura de ciertos libros, seguimiento de "gurús", idas ocasionales al templo, etc. Todo eso, por cierto, es religión para la mayoría de nuestro pueblo. ¿Pero es eso religión? ¿Es la religión una costumbre, un hábito, una tradición? La religión, sin duda, es algo que está más allá de todo eso, ¿verdad? La religión significa búsqueda de la realidad, la cual no tiene absolutamente nada que ver con la creencia organizada, con los templos, dogmas o ritos; y sin embargo nuestro pensar, la substancia misma de nuestro ser, se halla enredada, atrapada en creencias, supersticiones, etc. Es obvio, pues, que el hombre moderno no es religioso; y por lo tanto su sociedad no es una sociedad sana, equilibrada. Podemos profesar ciertas doctrinas, adorar ciertas imágenes, o crear una nueva religión del Estado; pero, evidentemente, ninguna de esas cosas es religión. He dicho que la religión es la busca de la realidad; pero esa

realidad es desconocida, no es la realidad de los libros, no es la experiencia de otros. Para encontrar esa realidad, para descubrirla, para atraerla, lo conocido debe cesar; hay que ahondar en el significado de todas las tradiciones y creencias, hay que comprenderlas y descartarlas. Para esto, la repetición de ritos carece de sentido. Es obvio, pues, que un hombre religioso no pertenece a ninguna religión, a ninguna organización; no es hindú ni musulmán, no pertenece a clase alguna.

Ahora bien, ¿qué es el mundo moderno? El mundo moderno está hecho de técnica y eficiencia en las organizaciones de masa. Hay extraordinario adelanto en tecnología, y una mala distribución de las cosas necesarias para la masa; los medios de producción están en manos de unos pocos, hay nacionalidades en conflicto, guerras que se repiten constantemente a causa de los gobiernos soberanos, etc. Eso es el mundo moderno, ¿no es así? Hay progreso técnico sin un progreso psicológico igualmente vital, y hay así un estado de desequilibrio; hay realizaciones científicas extraordinarias y al mismo tiempo miseria humana, corazones vacíos y mentes huecas. Muchas de las técnicas que hemos aprendido tienen relación con la construcción de aviones, el matarse unos a otros, etc. Eso, pues, es el mundo moderno, es decir, vosotros mismos. El mundo no es diferente de vosotros. Vuestro mundo, que sois vosotros mismos, es un mundo del intelecto cultivado y del corazón vacío. Si os examináis a vosotros mismos, veréis que sois el mismísimo producto de la civilización moderna. Sabéis rea-

lizar unas cuantas proezas —técnicas, físicas— pero no sois seres humanos creativos. Producís hijos, pero eso no es creativo. Para poder crear se necesita riqueza interior, y esa riqueza sólo puede advenir cuando comprendemos la verdad, cuando somos capaces de recibir la verdad.

De suerte que la religión organizada y el mundo moderno corren parejas. Uno y otra fomentan la vacuidad del corazón, y ésa es la parte infortunada de nuestra existencia. Somos superficiales, intelectualmente brillantes, capaces de grandes inventos; producimos los medios más destructivos de liquidarnos unos a otros, y creamos cada vez más división entre nosotros. Pero no sabemos qué significa amar, no tenemos canción alguna en nuestro corazón. Hacemos funcionar el fonógrafo, escuchamos la radio; pero no hay canto porque nuestro corazón está vacío. Hemos creado un mundo enteramente confuso, miserable, y nuestras relaciones son endebles, superficiales. Sí, la religión organizada y el mundo moderno corren parejas, porque ambos conducen a la confusión; y esta confusión de la religión organizada y del mundo moderno es el resultado de nosotros mismos. Son la expresión autoproyectada de nosotros mismos. De suerte que no puede haber transformación en el mundo exterior a menos que haya una transformación dentro de cada uno de nosotros; y el producir esa transformación no es problema del experto, del especialista, del líder ni del sacerdote. Es el problema de cada uno de nosotros. Si lo dejamos para los demás, nos volvemos irresponsables, y por lo tanto nuestro co-

razón llega a estar vacío. Un corazón vacío con una mente técnica no forman un ser humano creativo; y es porque hemos perdido ese estado creativo, que hemos producido un mundo totalmente miserable, confuso, desquiciado por las guerras, desgarrado por las distinciones raciales y de clase. Es, pues, responsabilidad nuestra el producir una transformación radical dentro de nosotros mismos.

Pregunta: Estoy en conflicto y sufro. Durante miles de años se nos ha hablado de las causas del sufrimiento y de cómo él ha de cesar, y sin embargo estamos donde hoy estamos. ¿No es posible terminar con este sufrimiento?

KRISHNAMURTI: Me pregunto cuántos de nosotros se dan cuenta de que sufrimos. ¿Os dais cuenta, no en teoría, sino realmente, de que estáis en conflicto? ¿Y si es así, qué hacéis? Tratáis de esquivarlo, ¿verdad? En el momento en que uno se da cuenta de este conflicto y sufrimiento, trata de olvidarlo con empeños intelectuales, o trabajando, o buscando el goce, el placer. Uno busca escapar al sufrimiento; y todos los escapes son lo mismo —¿verdad?—, sean ellos cultos o groseros. ¿Qué entendemos por conflicto? ¿Cuándo os dais cuenta de que estáis en conflicto? El conflicto se suscita, por cierto, cuando existe la conciencia del "yo". Sólo hay percepción del conflicto cuando el "yo", de pronto, se vuelve consciente de sí mismo; de otro modo lleváis una vida monótona, superficial, apagada, rutinaria, ¿no es así?

Sólo sois conscientes de vosotros mismos cuando hay conflicto, y mientras todo transcurre sin tropiezos ni contradicción, sin frustración, no tenéis conciencia de vosotros mismos en acción. Cuando no sufro empellones, cuando consigo lo que quiero, no estoy en conflicto; pero no bien se me cierra el paso, me doy cuenta de mí mismo y soy desdichado. En otros términos, el conflicto se origina tan sólo cuando hay un sentido de "mí mismo" haciendo frente a una frustración en la acción. ¿Qué es, pues, lo que deseamos? Deseamos que haya una acción constantemente satisfactoria para uno mismo, sin frustración; es decir, queremos vivir sin obstrucción. Dicho de otro modo, queremos que nuestros deseos se cumplan; y mientras esos deseos no se cumplen, hay conflicto, hay contrariedad. Nuestro problema consiste, pues, en cómo realizar, cómo lograr la propia satisfacción sin vernos frustrados. Deseo poseer algo: bienes, una persona, un título, o lo que os plazca, y si puedo conseguirlo y seguir consiguiendo lo que deseo, soy feliz y no hay contrariedad. Lo que buscamos, pues, es la propia satisfacción, y mientras podamos lograr ese cumplimiento del deseo, no hay rozamiento. Ahora la pregunta es ésta: ¿existe tal cosa, o sea el cumplimiento con uno mismo, la autorrealización? Esto es, ¿puedo lograr algo, llegar a ser algo, realizar algo? ¿Y en ese deseo no hay una constante batalla? Es decir, mientras yo anhele llegar a ser algo, lograr algo para cumplir conmigo mismo, tiene que haber frustración, tiene que haber temor, tiene que haber conflicto; ¿existe por lo tanto tal cosa, o sea la autorrealización? ¿Qué entende-

mos por autorrealización? Por autorrealización entendemos la autoexpansión, que el "yo" llegue a ser más amplio, más grande, más importante, que el "yo" llegue a ser gobernador, administrador, gerente de banco, etc. Ahora bien, si ahondáis en ello algo más, veréis que mientras exista esa acción del "yo", es decir, mientras haya autoconciencia en acción, tiene que haber frustración y por lo tanto sufrimiento. De ahí que nuestro problema no sea el de cómo vencer el sufrimiento, cómo apartar el conflicto, sino el de comprender cabalmente la naturaleza del "sí mismo", del "yo". Espero que esto no resulte demasiado complicado. Si sólo tratamos de sobreponernos al conflicto, de alejar el dolor, no comprendemos la naturaleza del que causa el dolor.

Mientras el pensamiento se interese por su propio mejoramiento, su propia transformación, su propio progreso, tiene que haber conflicto y contradicción. Volvemos, pues, al hecho evidente de que el conflicto, el sufrimiento, existirán mientras yo no me comprenda a mí mismo. El comprenderse uno mismo, por lo tanto, es más importante que el saber sobreponerse al dolor y al conflicto. Después podremos ahondar más en esto. Pero el escapar al dolor por medio de ritos, de diversiones, de creencias o de cualquiera otra forma de distracción, es alejar cada vez más vuestro pensamiento del problema central, que es el de comprenderos a vosotros mismos. Para comprender el sufrimiento deben cesar todas las escapatorias, pues sólo entonces sois capaces de hacer frente a vosotros mismos en la acción; y al comprenderos a vos-

otros mismos en la acción —que es interrelación— encontraréis un modo de libertar completamente el pensamiento de todo conflicto, y de vivir en un estado de felicidad, de realidad.

Pregunta: Vivimos, pero no sabemos por qué. Para muchísimos de nosotros, la vida parece no tener sentido alguno. ¿Puede usted decirnos cuál es el sentido y el objeto de nuestro vivir?

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿por qué hacéis esa pregunta? ¿Por qué me pedís que os diga cuál es el sentido de la vida, el objeto de la vida? ¿Qué entendemos por vida? ¿Tiene la vida un sentido, un objeto? ¿Acaso el vivir no es en sí su propio objeto, su propio sentido? ¿Por qué queremos más?

Como estamos tan descontentos de nuestra vida, como ella es tan vacía, tan inarmónica, tan monótona —hacer la misma cosa una y otra vez— deseamos algo más, algo que esté más allá de lo que hacemos. Puesto que nuestra vida diaria es tan hueca, tan insípida, tan sin sentido, tan aburrida, tan intolerablemente estúpida, decimos que la vida debe tener un sentido más amplio; y es por eso que formuláis esa pregunta. No hay duda, señor, de que un hombre que vive ricamente, un hombre que ve las cosas como son y está contento con lo que tiene, no está confuso; él tiene claridad, y por tanto no pregunta cuál es el objeto de la vida. Para él, el hecho mismo de vivir es el comienzo y el fin. Nuestra dificultad, pues, es que siendo vacía nuestra vida, deseamos hallarle un

objeto y luchar por él. Tal objeto de la vida puede ser tan sólo intelección, sin realidad alguna; y cuando el objeto de la vida es perseguido por una mente estúpida, torpe, por un corazón vacío, ese objeto será también vacío. Nuestro problema, por lo tanto, es el de hacer que nuestra vida sea rica, no de dinero y todo lo demás, sino interiormente rica, lo cual no es cosa secreta. Cuando decís que el objeto de la vida es ser feliz, es encontrar a Dios, ese deseo de encontrar a Dios es por cierto una evasión de la vida, y vuestro Dios es simplemente una cosa conocida. Sólo podéis abriros camino hacia un objeto que conocéis; y si construís una escalera hacia eso que llamáis Dios, eso por cierto no es Dios. La realidad sólo puede comprenderse en el vivir, no en la evasión. Cuando le buscáis un objeto a la vida, en realidad os escapáis y no comprendéis qué es la vida. La vida es interrelación, acción en la interrelación; y cuando no comprendo la interrelación, o cuando la interrelación es confusa, busco un sentido más completo. ¿Por qué es tan vacía nuestra vida? ¿Por qué somos tan solitarios, y nos vemos frustrados? Porque jamás hemos mirado dentro de nosotros mismos ni nos hemos comprendido. Nunca admitimos para nosotros mismos que esta vida es todo lo que conocemos, y que por lo tanto debiera ser comprendida plena y completamente. Preferimos huir de nosotros mismos, y es por eso que buscamos el objeto de la vida lejos de la interrelación. Mas si empezamos a comprender la acción —que es nuestra relación con la gente, con la propiedad, con las creencias e ideas— entonces hallaremos que la in-

terrelación trae de por sí su propia recompensa. No tenéis que buscar. Es como buscar el amor. ¿Podéis encontrar el amor buscándolo? El amor no puede ser cultivado. Sólo encontraréis el amor en la convivencia, no fuera de ella; y es porque no tenemos amor que deseamos que la vida tenga un objeto. Cuando hay amor —que es su propia eternidad— entonces no hay busca de Dios, porque el amor es Dios.

Es porque nuestra mente está llena de tecnicismos y supersticiosas murmuraciones, que nuestra vida es tan vacía; y es por eso que buscamos un objeto más allá de nosotros mismos. Para encontrar el objeto de la vida, debemos pasar por la puerta de nosotros mismos; pero consciente o inconscientemente evitamos enfrentar las cosas como son en sí mismas, y de ese modo deseamos que Dios nos abra una puerta que está más allá. Esta pregunta sobre el objeto de la vida, la formula tan sólo aquél que no ama; y el amor sólo puede hallarse en la acción, que es interrelación.

Pregunta: Lo único que da entusiasmo en la vida es el deseo de hacer algo que valga la pena. Usted nos dice que eso es un paso en falso. Si se elimina ese incentivo para el trabajo, ¿qué queda?

KRISHNAMURTI: ¿Por qué, señor, queremos un incentivo para el trabajo, un estímulo para hacer cualquier cosa? ¿Qué entendemos por "incentivo"? Queremos una recompensa por nuestra acción, ¿no es así? Puede que no busquemos dinero, una recom-

pensa objetiva, pero deseamos una recompensa psicológica, un incentivo psicológico para lo que hacemos. Es por eso que recurrimos a un "gurú". Es el incentivo lo que nos hace actuar; de otro modo no tendríamos vida psicológica alguna. Es decir, psicológicamente, íntimamente, deseamos recompensas: recompensa por nuestra búsqueda, recompensa por nuestro pensar, por nuestro sentir. Se trata de un hecho, ¿verdad? ¿Y cuál es la recompensa que queremos? Ella es, inevitablemente, satisfacción. Mientras podamos hallar satisfacción psicológica, haremos algo. Lo que buscamos, pues, es constante agrado, constante satisfacción; y cuando eso se nos niega, nos sentimos frustrados.

Ahora bien, ¿existe acaso la satisfacción, la satisfacción permanente? ¿O sólo hay satisfacción temporaria que inevitablemente trae conflicto, dolor? Debemos, pues, descubrir por nosotros mismos si existe una satisfacción permanente. Puede que dejemos a un lado los placeres evidentemente temporarios, porque vemos que traen infortunios, frustraciones, ansiedades, temor, etc.; pero creemos poder encontrar una satisfacción duradera, permanente, que llamamos verdad, Dios, y para eso queremos trabajar. ¿Pero existe tal cosa, o sea satisfacción permanente? Es decir, ¿hay seguridad psicológica permanente? Habéis inventado la seguridad psicológica permanente que sería Dios, un continuo vivir después de la muerte, etc. ¿Pero existe tal satisfacción completa, tal seguridad? ¿O es que la mente, no sabiendo qué hay en el futuro —siendo el futuro incierto— proyecta su pro-

pia creación como certeza? Es decir, la mente se mueve de lo conocido a lo conocido; no puede moverse a lo desconocido, y por lo tanto desea una seguridad acerca de lo conocido siguiente; y cuando lo conocido siguiente es puesto en tela de juicio, llegamos a estar ansiosos.

Así, pues, si bien la seguridad física es necesaria, no hay tal seguridad psicológica permanente; y no bien tenéis esa seguridad –que es autoproyectada– os volvéis perezosos, satisfechos, estancados. Pero cuando no hay seguridad alguna, debéis tener una mente que viva de instante en instante, y por lo tanto en la incertidumbre; y la mente que está incierta, la mente que no sabe, que no busca satisfacción, es creativa. Ese estado creativo del ser adviene tan sólo cuando la mente está completamente en silencio, cuando no busca, cuando no espera una recompensa. Entonces hay paz perdurable; y como no sabemos cómo llegar a ese estado, buscamos satisfacción y nos aferramos a ella, y esa satisfacción llega a ser el incentivo para la acción. Pero la satisfacción, por refinada que sea, ocasiona interminable temor, ansiedad, duda, violencia y todo lo demás. Pero si la mente se comprende a sí misma y así encuentra aquel estado en que hay tranquilidad completa, entonces la creación ocurre; y esa creación es en sí misma el fin total de toda existencia.

Noviembre 14 de 1948.

SEGUNDA CONFERENCIA EN NEW DELHI

Continuando con lo tratado en nuestra plática del domingo último, a mí me parece que es importante comprender que ninguna clase de conflicto produce pensamiento creador. Hasta que comprendamos el conflicto y la naturaleza del conflicto, y qué es aquello con lo que uno está en conflicto, el mero hecho de luchar con un problema o con determinado "trasfondo" o medio ambiente, resulta totalmente inútil. Así como todas las guerras causan deterioro e inevitablemente producen más guerras, mayor miseria, el luchar con el conflicto conduce a mayor confusión. Así, pues, el conflicto dentro de nosotros mismos, proyectado hacia el exterior, crea confusión en el mundo. Es por lo tanto necesario —¿verdad?— comprender el conflicto y ver que ningún género de conflicto es productivo de pensar creador, de seres humanos sensatos. Y, sin embargo, toda nuestra vida se consume en la lucha, y creemos que la lucha es una parte necesaria de la existencia. Hay conflicto dentro

de uno mismo y con el medio ambiente, que es la sociedad, la cual es a su vez nuestra relación con las personas, las cosas y las ideas. A esta lucha se la considera inevitable, y creemos que la lucha es esencial para el proceso de la existencia. ¿Pero es así? ¿Hay alguna manera de vivir que excluya la lucha, y en la que exista una posibilidad de comprensión sin el conflicto acostumbrado? No sé si habéis notado que, cuanto más lucháis con un problema psicológico, más confusos y enredados estáis; y que sólo cuando hay cesación de la lucha, de todo proceso de pensamiento, esa comprensión llega. Habremos, pues, de indagar si el conflicto es esencial y si el conflicto es productivo.

Ahora bien, el conflicto a que nos referimos es el conflicto dentro de nosotros mismos y con el medio ambiente. El medio ambiente es lo que es uno mismo. Vosotros y el ambiente no sois dos procesos diferentes; vosotros sois el ambiente; y el ambiente es vosotros, lo cual es un hecho obvio. Nacéis en un grupo determinado de gente, ya sea en la India, en América, en Rusia o en Inglaterra, y ese mismísimo ambiente con sus influencias de clima, de tradición, de costumbres sociales y religiosas, os crea a vosotros y vosotros sois ese medio ambiente. Para descubrir si hay algo más que el mero resultado del medio ambiente, tenéis que estar libres del medio ambiente, libres de su condicionamiento. Eso es obvio, ¿no es así? Si os examináis a vosotros mismos con cuidado, veréis que, habiendo nacido en este país, sois su producto o resultado climático, social, religioso y eco-

nómico. Es decir, estáis condicionados; y para descubrir si existe algo más, algo más grande que el mero resultado de una condición, tenéis que estar libres de esa condición. Estando condicionados, el mero hecho de averiguar si hay algo más, algo más grande que el mero producto del medio ambiente, carece de sentido. Es obvio que uno debe estar libre de la condición, del medio ambiente, y que sólo entonces podemos descubrir si hay algo más. Afirmar que hay o que no hay algo más, es por cierto una errónea manera de pensar. Es preciso descubrir, y, para descubrir, hay que experimentar.

De suerte que, para comprender ese medio ambiente y estar libres de él en nosotros mismos, no sólo es necesario conocer todas las influencias ocultas, almacenadas en lo inconsciente, sino saber con qué estamos en conflicto. Como lo hemos visto, cada uno de nosotros es el resultado del medio ambiente, y no estamos separados del medio ambiente. ¿Qué es, pues, aquello con lo cual estamos en conflicto? ¿Qué es lo que responde al medio ambiente? ¿Qué es eso que llamamos lucha? Estamos en constante batalla, ¿pero con qué? Luchamos con el medio ambiente; y sin embargo, como somos parte del medio ambiente, nuestra lucha es sólo un proceso que nos separa del medio ambiente. No hay, por lo tanto, comprensión del medio ambiente sino un mero conflicto. Es decir, para expresarlo diferentemente, si hay comprensión del medio ambiente, sin lucha, no hay autoconciencia. Después de todo, sólo sois autoconscientes cuando hay conflicto. Si no hay conflicto, no sois cons-

cientes de vosotros mismos en la acción. Sólo sois conscientes de vosotros mismos en la acción cuando hay una conclusión, cuando hay frustración, cuando queréis hacer algo pero se os impide. Cuando deseáis alcanzar algo y se os cierra el paso, hay frustración, y sólo entonces hay percepción del conflicto o autoconciencia.

Ahora bien, ¿qué es aquello con lo cual luchamos? Con nuestros problemas, ¿no es así? ¿Qué son los problemas? Los problemas sólo surgen en la vida de relación, no son independientes de la convivencia. De suerte que, mientras no me comprenda a mí mismo en relación con el medio ambiente, que es mi relación con las cosas, con la propiedad, con las ideas y con los seres humanos: mi mujer, mi vecino o mi grupo particular — mientras no comprenda mi relación con el medio ambiente, tiene que haber conflicto. El ambiente es interrelación, la cual es acción con respecto a las cosas, a las personas y a las ideas. Mientras yo no comprenda la interrelación, tiene que haber conflicto, y este conflicto me separa como entidad diferente del medio ambiente. No sé si esto resulta demasiado abstracto, y de cualquier modo lo seguiremos discutiendo los martes, jueves y sábados. Pero creo que es importante comprender este punto; porque, si podemos comprender la significación del conflicto, tal vez abordaremos el problema de un modo diferente.

No comprendemos, pues, el medio ambiente, siendo éste la interrelación en acción; y la interrelación sólo existe entre vosotros y las cosas, las personas

y las ideas. Puesto que no comprendemos el medio ambiente, hay conflicto, esto es, autoconciencia, y por lo tanto hay un proceso de separación entre vosotros y el medio ambiente. Es este conflicto lo que causa separación; el individuo en calidad de "yo" nace del conflicto, y luego el "yo" quiere lograr algo, positiva o negativamente. El conflicto, pues, inevitablemente crea un proceso separativo, crea al individuo apartado del grupo, de la comunidad, etc. Este proceso, separativo del "yo" no hace más que acentuar e intensificar el conflicto que vemos en la vida diaria.

Ahora bien, ¿es posible vivir sin conflicto? Porque el conflicto invariablemente acrecienta el proceso separativo, y por lo tanto no hay cómo salir de él. Sólo hay salida cuando el conflicto cesa. ¿Es posible vivir sin conflicto? Para descubrir si es posible vivir sin conflicto, debemos comprender qué significa para nosotros "vivir". ¿Qué entendemos por vivir? Entendemos, por cierto, el proceso de la interrelación, porque no hay vida en el aislamiento. Nada puede vivir en el aislamiento. Entendemos por "vivir" —¿no es así?— el proceso extensivo de la convivencia, la interrelación en acción. ¿Pero es posible comprender la interrelación, y no engendrar con ella un conflicto? ¿Es posible que haya interrelación sin conflicto? Ved, por favor, la importancia de esto: que mientras haya conflicto, no hay pensamiento ni vivir creador. El conflicto sólo acentúa la separación y refuerza aún más el conflicto. ¿Es posible vivir, estar en interrelación, sin conflicto? Yo digo que lo es tan sólo si comprendéis la interrelación y no le resistís. Esto es,

tengo que comprender mi relación psicológica con las cosas, con las personas y con las ideas. ¿Es posible comprender ese conflicto, y es el conflicto necesario para la comprensión? Es decir, ¿necesito luchar con el problema para comprender el problema? ¿O hay un enfoque diferente?

Yo digo que hay un enfoque diferente del problema del conflicto, con el cual podéis experimentar por vosotros mismos, y él consiste en comprender el significado del conflicto. Esto es, cuando lucho con un problema, un problema humano o aun un problema abstracto de matemáticas o de física, la mente se mantiene en agitación, está preocupada. Una mente agitada, preocupada, es por cierto incapaz de comprensión. La comprensión llega cuando la mente no es violenta, no cuando está batallando con un problema. Tenemos problemas con respecto a la propiedad, con respecto a las personas y con respecto a las ideas, y de ellos trataré en los próximos domingos; pero lo primero que hay que comprender, paréceme, es que ninguna forma de conflicto produce recta comprensión. Sólo cuando comprendo un problema, él cesa; y para comprender un problema no sólo debo pensar en él, sino ser capaz de desentenderme de él. No sé si habéis notado que, cuando tenéis un problema, os inquietáis por su causa como un perro royendo un hueso. El día entero pensáis en él, y al final de la jornada quedáis exhaustos, lo hacéis a un lado y consultáis con la almohada; luego encontráis de pronto la respuesta. Esto le ocurre a la mayoría de la gente. ¿Por qué? Es muy sencillo, por cierto. La mente

consciente, al inquietarse por un problema, no es capaz de considerarlo de un modo completo, sin buscar una respuesta. La mente consciente desea una solución para ese problema; y por lo tanto no le interesa el problema sino la respuesta. La mente consciente no sólo desea una respuesta, sino que no quiere ahondar en la totalidad del problema mismo. La mente consciente, por lo tanto, esquiva el problema y busca una respuesta. Pero la respuesta está en el problema, no alejada del problema. Es preciso, pues, que haya investigación completa del problema, sin buscar una solución, para que la mente pueda estar quieta, en silencio. Oportunamente me voy a ocupar de esto con respecto a nuestra relación con las personas, con las cosas y con las ideas, para ver si no podemos quedar libres de nuestros problemas inmediatamente y sin pasar por el conflicto, lo cual sólo confunde el problema.

Ahora voy a contestar las preguntas que se me han entregado. La repetición de la verdad impide la comprensión de la verdad, lo cual significa que la repetición de la verdad es un estorbo. La verdad no puede ser repetida. Podéis leer un libro acerca de la verdad, pero la mera repetición de algo que el libro afirma no es la verdad. La palabra "verdad" no es la verdad; la palabra no es la cosa. Encontrar aquello que es la verdad es "vivenciar" directamente, independientemente de la palabra. De suerte que, al considerar estas cuestiones, haremos bien en tener presente que emprendemos un viaje juntos para descubrir cosas juntos; no hay peligro, por lo tanto, de

que haya entre nosotros relación de alumno a maestro. No estáis aquí como espectadores para observarme jugar; por ambas partes jugamos, y por consiguiente ninguno de nosotros explota al otro.

Pregunta: ¿Qué es la meditación, y cómo se la practica?

KRISHNAMURTI: Como se trata de un problema enorme y muy complejo, ahondemos con mucho cuidado en toda la cuestión. Ante todo, abordémosla negativamente; porque el pensar positivamente acerca de algo que no conocemos es continuar con el problema, y nosotros no sabemos qué es la meditación. Se nos ha dicho de qué modo debiéramos meditar, cómo debiéramos concentrarnos, qué es lo que hay o no hay que hacer, y todas esas cosas; pero eso no puede ser meditación. Para descubrir, pues, lo que ella es, debemos abordar el problema de la meditación negativamente. Abordarlo positivamente y decir que esto o aquello es meditación, resulta evidentemente repetición, porque se os ha dicho qué es la meditación y no hacéis más que repetir lo que se os ha dicho. No es meditación, por lo tanto, sino mera repetición. No sé si entendéis el tema que estoy tratando; tal vez resulte más claro a medida que prosigamos. Si podemos ver lo que la meditación no es, entonces existe una posibilidad de descubrir lo que ella es. Ese, por cierto, es el modo de investigar y el enfoque racional. Averigüemos, pues.

Bueno, la concentración no es meditación. Vere-

mos lo que eso significa. La concentración implica exclusión. Espero que todo esto os interese, porque el discutir con alguien que no está interesado resulta en cierto modo una prueba para mí y para vosotros, si no tenéis interés. Os diré por qué deberíais interesaros en esta cuestión: porque ella descubre un enorme campo en la conciencia humana. Sin comprender esa conciencia, no tenéis base para la acción. El ingresar a partidos, repetir "slogans", etc., para mi no tiene sentido. Al comprender este problema de la meditación, comprendo todo el problema del vivir. La meditación no es cosa separada del vivir, como luego lo mostraré.

He dicho que la concentración no es meditación. ¿Qué entendemos por concentración? No sé si alguna vez habéis tratado de concentraros. Cuando tratáis de concentraros, ¿qué hacéis? Escogéis un interés entre muchos, y procuráis concentrar vuestra atención en ese preciso interés. En realidad no es un interés, pero vosotros creéis que deberíais interesaros en ello. Esto es, creéis que deberíais meditar en cosas superiores, y ese es un interés entre muchos otros; optáis, pues, por concentraros en él y excluir todos los otros intereses. Eso es lo que realmente ocurre cuando os concentráis. Tal concentración, por lo tanto, es un proceso exclusivo. ¿Y qué sucede cuando tratáis de concentraros en un cuadro, una imagen o una idea? ¿Qué ocurre? Otros pensamientos se presentan, y tratáis de echarlos a un lado; y cuanto más los rechazáis, más se presentan. De suerte que pasáis vuestro tiempo resistiendo y tratando de desarrollar determi-

nada idea. A este proceso se le llama concentración: al esfuerzo de fijar vuestra mente en un interés que habéis escogido y excluir todos los demás intereses. Eso es lo que entendemos por concentración.

Ahora bien, para comprender algo debéis dedicarle vuestra plena atención; y *ésta* es una atención sin obstrucción alguna. Debéis consagrar todo vuestro ser, y entonces comprendéis algo. ¿Pero qué sucede cuando tratáis de concentraros y al mismo tiempo resistís? Procuráis seguir cierta huella, pero vuestra mente se desvía de continuo en otra dirección, y no prestáis vuestra plena atención. Sólo prestáis atención parcial, y por lo tanto no hay comprensión. De ahí que la concentración no resulte una ayuda para la comprensión; y es muy importante comprender este punto. Donde hay exclusividad de atención, tiene que haber distracción. Si trato de forzar mi atención a concentrarse en una cosa, la mente está resistiendo alguna otra cosa. Esa resistencia es distracción. Por consiguiente, donde hay conflicto entre la atención y la distracción, no hay concentración alguna. Es una batalla, y esa batalla prosigue hasta que la mente, cansada de la lucha, se asienta en el interés escogido. Pero, ciertamente, el asentarse en el interés escogido no es meditación. Es mero deseo; es la resistencia y la exclusividad de la opción. Una mente así está embotada. Una mente así es insensible, incapaz de respuesta, porque se ha gastado resistiendo, excluyendo, porque ha desperdiciado su energía en el conflicto entre la distracción y la atención. Ha perdido su elasticidad, el poder de revelar gloria; es, por

lo tanto, una mente en decadencia e incapaz de prontitud y flexibilidad. La meditación, pues, no es concentración.

La meditación tampoco es oración. Examinemos lo que hacemos cuando rezamos. ¿Qué es lo que realmente ocurre, psicológicamente, cuando oramos? ¿Qué entendemos por oración? La repetición de ciertas frases, súplica y petición. Cuando rezo, suplico a una entidad superior, a una inteligencia superior, que aclare mi visión, que me libre de una dificultad, que me ayude a comprender un problema o me conceda consuelo o felicidad. De suerte que la oración generalmente implica súplica o petición para que a uno se le ayude a salir de una dificultad o a recibir una respuesta, lo cual explicaré en seguida. Ahora bien, yo no sé si vosotros habéis rezado. Tal vez algunos lo hayan hecho. ¿Qué sucede cuando rezáis? No lo neguéis diciendo que es una tontería, porque millones rezan, y si no recibieran una respuesta no rezarían. Que esa respuesta sea o no la verdad, es lo que vamos a averiguar. Bueno, ¿qué ocurre cuando rezáis? Repitiendo ciertas palabras o frases, repitiendo ciertos hechizos, la mente se aquieta. Una parte, pues, de la función que cumple la oración consiste en narcotizar la mente hasta la quietud, porque, cuando la mente está quieta, es capaz de recibir. Es decir, sentándose uno o arrodillándose, apretando las manos y repitiendo ciertas frases, es natural que la mente se calme; y en ese estado de quietud ella es capaz de recibir. ¿Pero qué es lo que recibe? Recibe la respuesta que busca; y entonces digo que Dios me ha ha-

blado, que mis oraciones han obtenido respuesta y que he hallado salida de mis dificultades. Digo, por lo tanto, que en la oración encuentro la realidad. ¿Pero qué es lo que realmente ha ocurrido? La mente consciente superficial, que ha estado agitada, se aquieta; y en ese estado de quietud es capaz de recibir las intimaciones de lo oculto, de la mente inconsciente, y esas intimaciones son las cosas que deseo. ¿Es posible que esas respuestas sean de Dios o de la realidad? Es, por cierto, una idea sumamente extraordinaria la que tenemos: que Dios está tan terriblemente interesado en nosotros, que luego de haber echado a perder el mundo con nuestra codicia, envidia y violencia, nos basta rezar para que Él responda. Es de ese modo que reza un Hitler, que rezan los católicos, que rezan los Aliados; y este país también dirige a Dios sus oraciones. ¿Dónde está la diferencia? Todos queremos una respuesta que nos complazca; y puesto que la oración es un medio de satisfacción, la respuesta será satisfactoria. Que le llaméis "voz interior" o "la voz de la realidad", siempre resulta grata. La oración, por tanto, es un medio de aquietar la mente a fin de hallar o de recibir satisfacción. Mientras la mente busque complacencia, no anda en busca de la realidad. Mientras la mente busque consuelo, refugio, no es capaz de recibir lo desconocido; sólo es capaz de recibir aquello que es conocido, que es su propia proyección. Es por eso que la oración resulta grata, y que ella encuentra una respuesta satisfactoria.

De suerte que la concentración no es meditación,

ni lo es la oración. Tampoco la devoción es meditación, evidentemente. ¿De qué es que sois devotos? Cuando decís "soy de naturaleza devota, soy devoto de algo" ¿qué entendéis por devoción? Sois devotos de algo que a su vez os complace; no sois devotos de algo que causa dificultad. Sois devotos de algo que os agrada, que trae satisfacción, una sensación de seguridad, de bienestar, que os torna sentimentales; y aquello de que sois devotos es una proyección de vosotros mismos. Aquello de que sois devotos os brinda sutil satisfacción, positiva o negativa, y por lo tanto vuestra devoción no es meditación.

¿Qué es, entonces, la meditación? Si la concentración, la oración y la devoción no son meditación, entonces ¿qué es la meditación? Es obvio que la meditación empieza con la comprensión de uno mismo. Comprenderos a vosotros mismos es daros cuenta de vosotros mismos en la acción, o sea ver lo que realmente ocurre cuando os concentráis, cuando rezáis, cuando sois devotos. Es un proceso en el cual os descubrís a vosotros mismos. Podéis descubriros tan sólo en la vida de relación, la cual es acción. Después de todo, si véis lo que ocurre cuando os concentráis, descubrís las modalidades de vuestro propio pensar; cuando examináis la concentración, empezáis a descubriros a vosotros mismos en funcionamiento, y, por lo tanto, a través de la concentración os empezáis a comprender. A medida que descubrís todo lo que implica la oración y la devoción, empezáis a comprenderos a vosotros mismos. Así, pues, cuando le seguís la pista al proceso del pensamiento con respecto a la

concentración, a la oración, a la devoción, os descubrís a vosotros mismos en relación con esas cosas; y todo eso es un proceso de meditación.

De suerte que la meditación es el principio del conocimiento propio; conocimiento de uno mismo tal como uno es, no como debiera ser. El deseo de ser otra cosa es un obstáculo para que os veáis tal como sois. La meditación es alerta percepción, sin condenación, de todo pensamiento, de todo sentimiento, de toda palabra. En el momento en que condenáis, ponéis en marcha otro proceso de pensamiento, y el autodescubrimiento cesa. Después de todo, como lo he dicho, la meditación es un proceso de autodescubrimiento, y ese autodescubrimento no tiene fin. La meditación, por consiguiente, es un proceso eterno, atemporal. Para comprender aquello que es atemporal, que es desconocido, que es real, que no puede ser expresado en palabras — para comprender eso, el proceso del pensamiento debe ser completamente comprendido; y no puede serlo en la abstracción ni en el aislamiento, sino tan sólo en la interrelación. El aislamiento es cosa inexistente. El hombre que se sienta en una habitación cerrada o se retira a la selva o a una montaña, sigue estando relacionado, no puede escapar a la interrelación. Y es sólo a través de la interrelación que soy capaz de conocerme a mí mismo, y, por lo tanto, capaz de saber meditar.

La meditación, entonces, es el comienzo de la comprensión, del conocimiento propio. Sin meditación no hay conocimiento propio; sin conocimiento propio no hay meditación. Debéis, pues, empezar a saber lo

que sois. No podéis ir lejos sin empezar cerca, sin comprender vuestro diario proceso de pensamiento, sentimiento y acción. En otras palabras, el pensamiento debe comprender su propia operación; y cuando os veis a vosotros mismos en funcionamiento, observaréis que el pensamiento se mueve de lo conocido a lo conocido. En lo desconocido no podéis pensar. Aquello que conocéis no es real, porque lo que conocéis está tan sólo en el tiempo. Estar libre de la red del tiempo es el asunto importante, no el pensar en lo desconocido; porque en lo desconocido no podéis pensar. Las respuestas a vuestras oraciones pertenecen a lo conocido. Para recibir lo desconocido, la mente misma debe llegar a ser lo desconocido. La mente es el resultado del proceso del pensamiento, es el resultado del tiempo; y este proceso del pensamiento debe llegar a su fin. La mente no puede pensar en aquello que es eterno, atemporal; por lo tanto la mente tiene que estar libre del tiempo, el proceso temporal de la mente debe ser disuelto. Sólo cuando la mente está completamente libre del ayer, y por lo mismo no se vale del presente como medio para el futuro, es ella capaz de recibir lo eterno. Aquello que es conocido no tiene relación alguna con lo desconocido. No podéis, por consiguiente, rezarle a lo desconocido, no podéis concentraros en lo desconocido, ni podéis ser devotos de lo desconocido. Nada de eso tiene sentido. Lo que sí tiene sentido es descubrir cómo funciona la mente, veros a vosotros mismos en acción. Lo que interesa en la meditación, por lo tanto, es el conocerse uno mismo, no sólo superficialmente, sino todo el con-

tenido de la conciencia interior, oculta. Sin conocer todo eso y estar libre de su condicionamiento, no es posible ir más allá de los límites de la mente. Es por eso que el proceso del pensamiento debe cesar; y para esta cesación tiene que haber conocimiento de uno mismo. Por lo tanto la meditación es el principio de la sabiduría, que es la comprensión de la propia mente y del propio corazón.

Este es asunto de vida o muerte; porque, si comprendéis lo que acabo de decir, ello producirá una revolución en vuestra vida, una experiencia devastadora. Pero si se trata de algo meramente verbal, de una diversión casual en vez de ir al cine, entonces podéis seguir escuchando simplemente, sin perturbación. Si, en cambio, sabéis escuchar, habrá en vosotros un tremendo sacudimiento, y por lo tanto será posible una revolución. Os ruego pues, señores, que no escuchéis tan sólo las palabras, pues las palabras tienen muy escaso sentido. La mayoría de nosotros, empero, vivimos de palabras sin substancia alguna, no podemos pensar sin palabras; y el pensar sin palabras es pensamiento negativo, que es la más elevada forma del pensar. Eso no resulta posible cuando las palabras son importantes, cuando la palabra es el fin. Tomemos la palabra Dios. Cuando se emplea la palabra Dios os excitáis mucho, experimentáis una conmoción psicológica, lo cual significa que la palabra es lo importante, no aquello que la palabra representa. Os veis, pues, atrapados en la red de las palabras. El hombre que busca lo real no confunde la palabra, el lenguaje, con lo que ella representa.

Espero no tendréis inconveniente en que conteste otra pregunta.

Pregunta: ¿El interés en una cosa, en una persona o en una idea, no produce una concentración sin esfuerzo, mas no por ello menos exclusiva, en el objeto del interés?

KRISHNAMURTI: No he visto antes la pregunta, de modo que voy a pensarla con vosotros. El interlocutor desea saber, si lo interpreto correctamente, si cuando uno está interesado en algo no hay una atención sin esfuerzo y al mismo tiempo exclusiva. Es decir, cuando estoy interesado en comprender un problema y le presto atención, ¿esa atención no es exclusiva? El segundo punto es éste: ¿no hay un estado sin esfuerzo si uno tiene interés?

Ahora bien, ¿qué entendemos por interés? ¿Podemos decir honestamente que nos interesa tan sólo una cosa? Esa, por cierto, no sería una afirmación veraz. Muchas cosas nos interesan. Nuestra atención se concentra a veces en una cosa, a veces en otra. Siempre que un interés determinado atrae nuestra atención, causa perplejidad; y entonces prestamos atención. Eso es lo que realmente ocurre. Es decir, yo tengo muchos intereses, soy una entidad de muchas máscaras. De entre esas entidades con muchos intereses, yo elijo uno, creyendo que me ayudará. ¿Qué sucede cuando hago eso? Cuando concentro mi atención, en realidad excluyo otros intereses. Ciertamente, cuando concentro mi atención en un interés, mi

atención es exclusiva; por lo tanto, aunque esté interesado en otras cosas, trato de cerrarles la puerta. Esto es, tengo muchos intereses, escojo un interés y trato de fijar en él mi atención; y, cuando hago eso, provoco resistencia, lo cual significa un estado de lucha, de dolor. Sólo hay un estado sin esfuerzo cuando existe comprensión de todos los intereses, y no elección exclusiva de un interés; porque, después de todo, vosotros no estáis hechos de un interés. Sois la totalidad de muchos intereses variados y múltiples, y éstos sufren constante modificación; y el optar por un interés y concentrar en él vuestra mente, es hacer de la mente algo estrecho, mezquino y exclusivo. Una mente así no puede comprender. Una mente, en cambio, que ve la significación de cada interés a medida que surge, de instante en instante, es capaz de percepción extensiva, de sentimiento extensivo. Mirad lo que ocurre en este recinto ahora mismo. Vosotros prestáis atención a lo que yo estoy diciendo. No sois exclusivos, ¿no es así? Escucháis la verdad de lo que *es*, lo cual es un hecho obvio, de suerte que vuestra alerta percepción es extensiva y no limitada. Os permitís a vosotros mismos ver y disfrutar, nada más. No hay esfuerzo, sino que vuestra atención está plenamente concentrada sin resistencia ni exclusión alguna. Es una cosa extraordinaria, si ahondáis en ella. Somos extensivos, y sin embargo podemos prestar atención a lo particular. La concentración en lo particular destruye la alerta percepción extensiva, mientras que si sois capaces de ser extensivamente perceptivos, podéis sin resistencia prestar atención a lo particular. No sé si

veis la belleza de ello. Eso, señores, es el amor ¿verdad? El amor es extensivo, y por lo tanto podéis brindar amor a lo particular. Pero en la mayoría de nosotros no existe ese amor extensivo; de ahí que caigamos en lo particular, y que lo particular nos destruya.

Existe, pues, la atención que es sin esfuerzo, y sólo ella trae comprensión cuando a los múltiples y variables intereses se los enfoca juntos y se los comprende. Mas cuando la atención se concentra en un interés con exclusión de otros intereses, tal atención es exclusiva y destructiva; ella torna estrecha la mente y es por tanto un factor de deterioro. Aunque la mente estrecha pueda producir resultados inmediatos, ella no puede comprender extensivamente; mas cuando la mente es extensiva, puede también incluir lo particular. Esta elasticidad, flexibilidad, prontitud de la mente, no puede ocurrir si hay resistencia; es preciso, por lo tanto, percibir y comprender los múltiples intereses, y no resistirles. A medida que cada interés aparece, consideradlo; sin condenarlo ni justificarlo, ahondad en él, absorbedlo plena y completamente. No importa que sea un interés sexual, el deseo de ser alguien o cualquier otro interés. Ahondad en cada interés y sentid lo que él implica, pensadlo a fondo; y entonces encontraréis que la mente es capaz de ser extensivamente perceptiva de todo interés y de ver al instante lo que él implica, sin ahondar paso a paso en él. Lo cierto es que una mente así es esencial para comprender lo real, porque lo real, aquello que es verdadero, no es exclusivo. La mente es exclusiva porque la hemos adiestrado para

habérselas con lo particular tan sólo, la hemos forzado a concentrarse en un interés y a excluir otros intereses. Ella es, por lo tanto, incapaz de recibir aquello que es ilimitado. Aunque leáis acerca de lo ilimitado y repitáis lo que leéis, al hacerlo no hacéis más que hipnotizaros a vosotros mismos. Si, en cambio, podéis considerar cada interés sin condenación ni justificación, sin identificaros; si podéis daros cuenta de todo su contenido, entonces veréis que, siendo libre, la mente es a la vez veloz y muy lenta. Es como un motor de alto poder y perfectamente equilibrado: aunque pueda funcionar a gran velocidad, también puede hacerlo muy lentamente. Sólo entonces la mente es capaz de recibir las intimaciones de lo real. Mientras que una mente exclusiva, limitada, condicionada, jamás podrá comprender aquello que es eterno. Comprender lo eterno es comprenderse uno mismo. Cuando hay intereses múltiples, debemos comprender cada interés según surge; y sólo entonces puede existir esa libertad en la cual se descubre lo real.

Noviembre 28 de 1948

TERCERA CONFERENCIA EN NEW DELHI

Como ésta es la última conferencia, lo mejor tal vez sería que yo hiciese un breve resumen de lo que hemos estado discutiendo durante las últimas seis semanas. Nos acosan en la vida muchísimos problemas, en diferentes niveles. No sólo tenemos problemas físicos sino psicológicos, mucho más sutiles e intrincados; y sin resolver los problemas psicológicos ni siquiera tratar de comprender su sutileza, nos limitamos a buscar un nuevo ajuste de sus efectos. Procuramos reconciliar los efectos sin comprender realmente las causas que producen esos efectos. Paréceme, por eso, mucho más importante comprender los conflictos y pesares psicológicos que limitarse a recomponer el molde de los efectos; porque la mera reconciliación de efectos no puede resolver profunda y finalmente los problemas que se plantean. Si simplemente recomponemos los efectos sin comprender las luchas psicológicas que producen esos efectos, es natural que causaremos más confusión, nuevo anta-

gonismo, mayor conflicto. Comprendiendo, pues, los factores psicológicos que nos traen bienestar, puede haber una posibilidad —y creo que existe una posibilidad definida— de crear una nueva cultura y una nueva civilización; pero ella debe empezar por cada uno de nosotros, porque, al fin y al cabo, la sociedad es mi relación con vosotros y vuestra relación con otros. La sociedad es el resultado de nuestra interrelación, y, si no se comprende la interrelación —que es acción— el conflicto no puede cesar. De suerte que hay que comprender cabalmente la interrelación, su efecto y su causa, antes de que yo pueda transformarme o producir una revolución radical en las modalidades de mi vida.

Nos interesan, pues, el problema individual y nuestros sufrimientos psicológicos. Comprendiendo el problema individual, produciremos naturalmente un orden diferente en sus efectos; pero no deberíamos empezar por los efectos, porque, después de todo, no vivimos tan sólo por los efectos sino por las causas más profundas. Nuestro problema, pues, consiste en comprender el sufrimiento, y el conflicto en el individuo. La mera explicación verbal del sufrimiento, la mera intelección, la percepción de las causas del sufrimiento, no disipan el sufrimiento. Ese es un hecho obvio; pero como la mayoría de nosotros se nutre de palabras, y como las palabras han cobrado tan inmensa importancia, se nos satisface fácilmente con explicaciones. Leemos el Bhagavad Gita, la Biblia o cualquier otro libro religioso que explique la causa del sufrimiento, y quedamos satisfechos; tomamos la

explicación por la resolución del sufrimiento. Las palabras han llegado a ser mucho más significativas que la comprensión del sufrimiento en sí; pero la palabra no es la cosa. Ninguna explicación ni razonamiento, por abundante que sea, alimentará a un hombre hambriento. Lo que él quiere es comida, no la explicación ni el olor de la comida. Tiene hambre, y necesita la substancia que nutre. La mayoría de nosotros se satisface con la explicación de la causa del sufrimiento. Por eso no consideramos el sufrimiento como algo que haya de disiparse radicalmente, como una contradicción en nosotros mismos que debe ser comprendida. ¿Cómo habrá de comprenderse el sufrimiento? Sólo es posible comprender el sufrimiento cuando la explicación cesa y toda clase de evasiones son comprendidas y desechadas, es decir, cuando en el sufrimiento uno ve lo que hay realmente. Pero, bien lo veis, vosotros no queréis comprender el sufrimiento; os escapáis al club, leéis un periódico, practicáis el "puja", vais al templo, os entregáis a la política o al servicio social: a cualquier cosa antes que hacer frente a lo que *es*. De suerte que el cultivar evasiones ha adquirido mucho más importancia que la comprensión del dolor; y se necesita una mente muy inteligente, una mente que esté muy alerta, para ver que se evade y para poner fin a las evasiones.

Ahora bien, yo he explicado que el conflicto no produce pensamiento creador. Para ser creativa, para producir cualquier cosa, la mente tiene que estar en paz, el corazón debe ser pleno. Si deseáis escribir, con-

cebir grandes pensamientos, investigar la verdad, el conflicto debe cesar; pero en nuestra civilización las evasiones han llegado a ser mucho más significativas que la comprensión del conflicto. Las cosas modernas nos ayudan a escapar; y el escapar es ser totalmente infecundo, es una autoproyección. Eso no resuelve nuestro problema. Lo que sí resuelve nuestro problema es dejar de escapar y vivir con el sufrimiento; porque, al fin y al cabo, para comprender algo tiene uno que prestarle plena atención, y las distracciones son meras escapatorias. El comprender las evasiones —que es darles fin viendo su falsedad— y el percibir toda la significación del sufrimiento, es un proceso de conocimiento propio; y sin conocimiento propio, sin conoceros a vosotros mismos fundamentalmente —no los meros efectos superficiales de vuestros actos, sino el proceso íntegro y total de vosotros mismos, tanto el pensador como el pensamiento, el actor como la acción— sin ese conocimiento propio no hay base para el pensamiento. Repetiréis como un fonógrafo, pero no seréis compositores de música ni habrá canción alguna en vuestro corazón.

Sólo, pues, por el conocimiento de uno mismo puede tener fin el sufrimiento. ¿Qué significa el sufrimiento después de todo, no como explicación verbal sino como hecho? ¿Cómo surge el sufrimiento, no como mera observación científica sino efectivamente? Para saber, para descubrir, no hay duda de que el descontento es esencial. Uno tiene que hallarse enteramente descontento para descubrir. Pero cuando existe el descontento —y la mayoría de nosotros

estamos descontentos— encontramos una fácil manera de ahogar ese descontento. Llegamos a ser algo: empleados de oficina, gobernadores, ministros o lo que os plazca, cualquier cosa con tal de sofocar esa llama, esa chispa, esa "insatisfacción". Tanto en lo material como en lo psicológico, deseamos certeza, queremos estar seguros, no queremos que se nos perturbe. Deseamos certeza, y ahí donde la mente busca certeza, seguridad, no hay descontento; y la mayoría de nosotros pasa la vida haciendo eso. Todos buscamos seguridad. Es obvio que tiene que haber seguridad física, alimento, vestido y albergue; pero eso se niega cuando buscamos seguridad psicológica, siendo ésta la autoexpansión por medio de las necesidades físicas. Una casa no es importante en sí misma, salvo como albergue; pero nos valemos de la casa como medio de autoengrandecimiento. Por eso es que la propiedad cobra gran importancia; y creamos, en consecuencia, un sistema social que niega la justa distribución de alimento, vestido y albergue.

Es, pues, el descontento lo que estimula, lo que crea, lo que nos impulsa; y si podemos comprender el descontento sin ahogarlo con la búsqueda de certeza, de seguridad psicológica, si podemos mantener vivos ese descontento y su llama, entonces nuestro problema resulta sencillo; porque ese descontento mismo es creador, y de ahí podemos proceder. Pero en el momento en que ahogamos el descontento, lo desechamos, le resistimos, lo ocultamos, a la mente le interesa tan sólo la reconciliación de los efectos, y el descontento ya no es un medio de ir hacia ade-

lante, de zambullirnos en algo desconocido. Por eso resulta tan importante que cada cual se comprenda a sí mismo realmente. El estudio de uno mismo no es un fin sino un comienzo; porque el comprenderse no tiene fin, es un constante movimiento. Si os observáis con mucho cuidado, veréis que no hay momento fijo en que podáis decir: "comprendo la totalidad de mí mismo"; es como leer muchos volúmenes. Cuanto más se estudia uno a sí mismo, tanto más hay para estudiar. El movimiento del "sí mismo", por lo tanto, es atemporal; y ese "sí mismo" no es lo elevado o lo bajo, sino el "yo" que es de instante en instante, con sus acciones, sus pensamientos, sus palabras. Ese conocimiento propio es el principio de la sabiduría, y en ese conocimiento propio descúbrese un estado de absoluta tranquilidad en el que la mente no está aquietada sino *quieta;* y sólo cuando la mente está en silencio, cuando no se halla atrapada en el proceso de pensar ni ocupada con sus propias creaciones, sólo entonces hay "creatividad", surge la realidad. Es esa "creatividad", esa percepción de la realidad, lo que nos librará de nuestro problema, no la búsqueda de una respuesta al problema.

Así, pues, el conocimiento de uno mismo es la técnica de la meditación, y sin conocimiento propio no hay meditación. El conocimiento propio no es algo que se adquiera en un libro, o de un "gurú" o instructor. El conocimiento propio empieza al comprenderse uno mismo de instante en instante, y esa comprensión requiere que uno consagre su plena aten-

ción a cada pensamiento en cualuier momento determinado, sin un fin en vista; porque no puede haber completa atención cuando hay condenación o justificación. Cuando la mente condena o justifica, lo hace para negar o para esquivar lo que percibe. Es mucho más fácil condenar a un niño que comprenderlo. Análogamente, cuando surge un pensamiento es más fácil desecharlo o disciplinarlo que dedicarle vuestra atención indivisa, y con ello descubrir su plena significación. El problema, por lo tanto, consiste en comprenderse uno mismo, y sólo se lo puede abordar como es debido cuando no hay condenación, justificación ni resistencia; y entonces hallaréis que el problema se despliega como un mapa.

Para descubrir lo que es eterno, el proceso de la mente debe ser comprendido. No podéis pensar en lo desconocido; sólo podéis pensar en lo conocido, y lo que es conocido no es lo real. En la realidad no se puede pensar ni meditar; ella no puede ser descripta ni formulada. Si lo es, ella no es real porque es una mera proyección de la mente. Sólo cuando cesa el proceso del pensamiento, cuando la mente está literalmente y enteramente en silencio —y el silencio sólo puede producirse mediante el conocimiento propio— compréndese la realidad; y es lo real que resuelve nuestros problemas, no nuestras distracciones arteras y evasiones formuladas.

Tengo aquí varias preguntas, y trataré de contestarlas tan breve y claramente como sea posible.

Pregunta: Tengo a mis padres que son ortodoxos y que dependen de mí, pero yo he dejado de creer en su ortodoxia. ¿Cómo he de habérmelas con semejante situación? Ese es, para mí, un verdadero problema.

KRISHNAMURTI: Bueno, ¿por qué deja uno de ser ortodoxo? Antes de que usted diga "he dejado de ser ortodoxo", ¿no debe usted averiguar por qué, por cuál razón? ¿Es porque ve que la ortodoxia es mera repetición sin mucho sentido, un armazón en el que el hombre vive porque tiene miedo de ir más allá y descubrir? ¿O bien ha abandonado usted la ortodoxia por mera reacción, porque resulta cosa moderna el rechazar lo antiguo, lo viejo? ¿Ha rechazado usted lo viejo sin comprenderlo? Eso es mera reacción. Si ello es así, resulta enteramente diferente, plantea un problema del todo diferente. Pero si usted ha dejado de ser ortodoxo porque ve que una mente atrapada en la tradición, en el hábito, carece de comprensión, entonces conoce usted el pleno significado de la ortodoxia. No sé qué es lo que usted ha hecho. O usted la ha abandonado como protesta, o bien la ha abandonado —o, mejor dicho, ella se le ha desprendido de un modo natural— porque usted la comprende. Ahora bien, si es esto último, ¿cuál es entonces su responsabilidad hacia las personas que le rodean y que son ortodoxas? ¿Deberá usted ceder ante la ortodoxia de ellas porque se trata de su madre y padre, que lloran y le traen perturbación en

el hogar llamándole "hijo irreverente"? ¿Deberá usted someterse a ellos porque causan perturbación? ¿Cuál es su responsabilidad? Si cede, entonces su comprensión de la ortodoxia carece de sentido; entonces es usted apaciguador, no quiere líos, no desea buscar tres pies al gato. Pero lo cierto es que usted debe ser perturbado, y que una revolución es esencial; no una revolución de tipo sangriento sino una revolución psicológica, la cual es mucho más importante que la mera revolución de efectos externos. La mayoría de nosotros tiene miedo de que haya una revolución fundamental; nos sometemos a nuestros padres, diciendo "ya hay bastante perturbación en el mundo; ¿por qué habría yo de agregar más?" Pero ésa no es ciertamente la respuesta, ¿verdad? Cuando uno sufre perturbación, ella debe ser puesta de manifiesto, explorada y examinada. El mero hecho de aceptar una actitud, de condescender con los padres porque ellos os van a traer perturbación, a echaros de la casa a puntapiés, no produce claridad; no hace más que ocultar, que acallar el conflicto, y un conflicto acallado actúa como veneno en el sistema, en el ser psicológico. Habiendo tirantez entre vosotros y vuestros padres, esa contradicción ha de ser enfrentada si deseáis vivir de un modo creativo, feliz; mas como la mayoría de nosotros no deseamos hacer una vida creativa, y nos satisface el ser embotados, decimos: "está bien, voy a ceder". Después de todo, la relación con otra persona, especialmente con un padre, una madre o un hijo, es cosa muy difícil porque la convivencia, para la mayoría de nosotros, es cuestión de

placer. No deseamos dificultad alguna en la convivencia. Una persona que en la convivencia busca placer, satisfacción, comodidad, seguridad, deja ciertamente de tener relaciones vivas; transforma esa interrelación en cosa muerta. ¿Qué es la interrelación, al fin y al cabo? ¿Cuál es la función de la interrelación? Ella es, sin duda, un medio por el cual me descubro a mí mismo. La interrelación es un proceso de autorrevelación; pero si la autorrevelación es desagradable, insatisfactoria, perturbadora, no queremos proseguir examinándola. La interrelación llega a ser, pues, un simple medio de comunicación, y por lo tanto, una cosa muerta. Pero si la interrelación es un proceso activo en el que hay autorrevelación, en el que me descubro a mí mismo como en un espejo, entonces esa interrelación no sólo trae conflicto, perturbación, sino que de ella surge la claridad y la alegría.

La cuestión es, pues, ésta: "Cuando no sois ortodoxos, ¿cuál es vuestra responsabilidad hacia la persona que depende de vosotros?" Ahora bien, a medida que envejecéis os volvéis más ortodoxos; es decir, como sabéis que pronto llegaréis al final de vuestra vida y no sabéis lo que os espera del otro lado, buscáis protección, seguridad, de ambos lados. Pero el hombre que cree sin comprender, es evidentemente estúpido; ¿y acaso debéis fomentar la estupidez? La creencia engendra antagonismo; la naturaleza misma de la creencia consiste en dividir. Vosotros creéis en una cosa, yo creo en otra; vosotros sois comunistas, yo soy capitalista, lo cual es simplemente cuestión

de creencia; vosotros os llamáis hindúes, yo me llamo musulmán, y nos destrozamos unos a otros. La creencia, pues, es algo que pone al hombre contra el hombre; y, reconociendo todos esos factores, ¿cuál es vuestra responsabilidad? ¿Puede uno aconsejar a otro lo que ha de hacer? Vosotros y yo podemos discutir; pero a vosotros os toca actuar, luego de examinar el asunto. Para examinarlo debéis prestar atención; y debéis hacer frente a las consecuencias de vuestra decisión. No podéis dejar eso a cargo mío o de alguna otra persona. Eso significa que comprendéis y estáis enteramente dispuestos a enfrentar la dificultad, a ser expulsados, a que se os llame "hijo ingrato" y todo lo demás. Significa que a vosotros la ortodoxia no os importa, pero que la verdad —que es la comprensión del problema— os importa inmensamente, y que por lo tanto estáis listos para hacer frente a la dificultad. Pero la mayoría de nosotros no desea la clara felicidad que la verdad trae consigo; deseamos mera satisfacción, y por eso asentimos y decimos: "Muy bien, haré lo que queréis que haga; pero dejadme tranquilo, por amor de Dios". De esa manera jamás crearéis una nueva sociedad, una nueva cultura.

Pregunta: Es conclusión universalmente aceptada de los intelectuales modernos, que los educadores han fracasado. ¿Cuál es, entonces, la tarea de aquéllos cuya función es la de enseñar a los jóvenes?

KRISHNAMURTI: Varios problemas se hallan involucrados en esto, y, para comprenderlos hay que examinarlos con mucho cuidado. En primer término, ¿por qué tenéis hijos? ¿Es mero accidente, un acontecimiento no deseado? ¿Tenéis hijos para perpetuar vuestro nombre, título o patrimonio? ¿O es que amáis, y por eso tenéis hijos? ¿De qué se trata? Si sólo tenéis hijos como juguetes, como algo con que jugar, o si os sentís solos, y un niño os ayuda a resarciros de esa soledad, entonces los hijos cobran importancia porque son vuestra propia proyección. Mas si los hijos no son simple medio de diversión o resultado de accidentes, si realmente los amáis en el sentido profundo de ese vocablo —y el amar a alguien significa estar en completa comunión con él— entonces la educación tiene un significado enteramente diferente. Si como padres amáis de veras a vuestros hijos, cuidaréis de que ellos reciban educación de tipo conveniente. En otros términos, a los niños hay que ayudarlos a ser inteligentes, sensibles, a tener una mente y corazón flexibles, capaces de habérselas con cualquier situación. Lo cierto es que, si realmente amáis a vuestros hijos, vosotros como padres no seréis nacionalistas, no perteneceréis a ningún país ni a ninguna religión organizada; porque es obvio que si sois nacionalistas, si rendís culto al Estado, inevitablemente destruiréis a vuestro hijo, puesto que engendraréis guerra. Si amáis de veras a vuestro hijo, descubriréis cuál es vuestra verdadera relación con la propiedad; porque es el instinto posesivo el que ha dado a la propiedad tan enorme significación y que

está destruyendo al mundo. Nuevamente, si amáis de veras a vuestros hijos, no perteneceréis a ninguna religión en particular, porque la creencia crea antagonismo entre hombre y hombre. Si amáis a vuestros hijos, haréis todas esas cosas. Ese, pues, es un aspecto.

El otro aspecto es luego que el educador necesita educación. ¿Para qué educáis a vuestros hijos? ¿Para que lleguen a ser empleados de oficina o empleados glorificados, gobernadores, ingenieros, técnicos? ¿La vida consiste toda en eso? ¿Es ella simple cuestión de empleados glorificados, de ingenieros, de técnicos, de seres humanos convertidos en carne de cañón? ¿Cuál es el objeto y la intención de la educación? ¿Es el de producir soldados, abogados y policías? Lo cierto es que los oficios de soldado, de abogado y de policía no son profesiones para seres humanos decentes. (Risas.) No lo toméis en broma. Al hacerlo, os desentendéis de esto. Bien podéis ver que esas profesiones no contribuyen al bienestar total del hombre, aunque puedan ser necesarias en una sociedad que ya está corrompida. Antes que nada, por consiguiente, debéis averiguar por qué es que tenéis hijos, y para qué los educáis. Si simplemente los educáis para ser técnicos, es natural que encontraréis el mejor técnico para que eduque a vuestro hijo; y él será convertido en máquina, se disciplinará a sí mismo y se adaptará a un modelo. ¿Es eso todo lo que representa nuestra existencia, nuestra lucha y nuestra felicidad? ¿Ser simples mecánicos expertos en tanques o en aviones, hombres de ciencia, físicos que inventen nuevas maneras de destruir? La educación, por

lo tanto, es responsabilidad vuestra, ¿verdad? ¿Qué deseáis que vuestros hijos sean, o que no sean? ¿Cuál es el objeto de la existencia? Si lo es tan sólo el ajustarse a un sistema, el anularse por un partido, entonces resulta muy sencillo: no tenéis más que someteros y entrar por el aro. Pero si la vida está destinada a ser vivida de un modo recto, pleno, dichoso, sensible, entonces tiene que haber un proceso educativo enteramente diferente, en el que haya cultivo de la sensibilidad, de la inteligencia, y no mera técnica aunque la técnica sea necesaria.

De suerte que, como padres —y Dios sabrá por qué lo sois— tenéis que descubrir cuál es vuestra responsabilidad. Señores, vosotros "amáis" con mucha facilidad: decís que amáis, pero en realidad no amáis a vuestros hijos. Carecéis de sentimiento. Aceptáis los sucesos y condiciones sociales como inevitables; no deseáis transformarlos, producir una revolución y hacer nacer una nueva cultura, una nueva sociedad. Lo cierto es que de vosotros depende la clase de educación que vuestros hijos tendrán. Como lo dice el interlocutor, la educación a través del mundo ha fracasado, ha producido catástrofe tras catástrofe, destrucción y más destrucción, efusión de sangre, estupro y asesinato. Es obvio que la educación ha fracasado; y si recurrís a los expertos, a los especialistas, para que eduquen a vuestros hijos, el desastre habrá de continuar, porque ocupándose los especialistas de la parte tan sólo y no del todo, son inhumanos ellos mismos. Lo primero, por cierto, es que haya amor; pues si hay amor, él hallará el modo de educar a los niños

como se debe. Pero, bien lo veis, nosotros somos todo cerebro y nada de corazón; hemos cultivado el intelecto, y en nosotros mismos somos muy desequilibrados; y entonces surge el problema de qué hacer con los hijos. Es obvio, por cierto, que el propio educador necesita que se lo eduque —y el educador sois vosotros—; pues el ambiente del hogar es tan importante como el de la escuela. Debéis, pues, transformaros primero vosotros mismos para brindar al niño el ambiente apropiado; porque el ambiente puede hacer de él un bruto, un técnico sin sentimiento, o bien un ser humano muy sensible, inteligente. El medio ambiente sois vosotros mismos y vuestros actos; y, a menos que os transforméis, el ambiente —la sociedad actual en que vivimos— tendrá inevitablemente que dañar al niño, tornarlo grosero, áspero, falto de inteligencia.

No hay duda, señores, de que aquellos que se interesan hondamente por este problema empezarán a transformarse a sí mismos, y con ello transformarán la sociedad, lo cual a su vez traerá nuevos medios de educación. Pero vosotros no estáis realmente interesados. Escucharéis todo esto y diréis: "Sí, estoy de acuerdo; pero es demasiado impracticable". No lo consideráis de vuestra incumbencia directa; no os interesa realmente, fundamentalmente. Si amárais de veras a vuestro hijo, y supiérais que la guerra inevitablemente se acerca, ¿pretenderéis decir que no actuaríais, que no hallaríais un medio de detener la guerra? No amamos, bien lo veis. Empleamos la palabra "amor", pero el contenido de esa palabra ya

no tiene sentido alguno. Nos contentamos con usar la palabra sin "referente", sin substancia, y vivimos tan sólo de la palabra. El complejo problema, pues, subsiste, y es preciso que le hagamos frente. Y no digáis que no os he mostrado cómo salir de él. La salida sois vosotros mismos y vuestra relación con vuestros hijos, vuestra esposa, vuestra sociedad. Vosotros sois el rayo de luz, la esperanza; de otro modo no hay cómo salir de esto, en absoluto.

Mirad lo que ocurre. Más y más gobiernos están tomando a su cargo la educación, lo cual significa que quieren producir seres humanos eficientes, ya sea como técnicos o para la guerra; y por eso hay que "regimentar" a los niños, hay que enseñarles, no a pensar, sino qué han de pensar. Se les enseña a vivir de propaganda, de "slogans". Como los que están en el poder no desean ser molestados y quieren mantenerse en el poder, ha llegado a ser función de gobierno la de conservar el *statu quo* con pequeñas alteraciones acá y allá. Tomando en cuenta, pues, todo estos factores, tenéis que averiguar cuál es el significado de la existencia, por qué vivís, por qué engendráis hijos; y debéis descubrir cómo crear un nuevo medio ambiente, porque lo que el ambiente es, eso es vuestro hijo. Él os escucha hablar, y repite lo que sus mayores piensan y hacen. Tenéis, pues, que crear un ambiente propicio, no sólo en el hogar sino fuera de él, o sea en la sociedad; y tenéis que crear un nuevo tipo de gobierno que sea radicalmente diferente, que no se base en el nacionalismo, en el Estado soberano con sus ejércitos y sus méto-

dos eficaces de asesinar a la gente. Ello implica ver vuestra responsabilidad en la convivencia, y esa responsabilidad en la convivencia sólo la veis realmente cuando amáis a alguien. Cuando vuestro corazón es pleno, halláis el camino. Esto es urgente, debe ser inminente; no podéis aguardar que los expertos vengan a deciros cómo hay que educar a vuestro hijo. Sólo vosotros, los que amáis, hallaréis el camino; pues son vacuos los corazones que algo esperan de los expertos.

Habéis escuchado todo esto, ¿y cuál es vuestra reacción? Diréis "sí, muy bonito, está muy bien, hay que hacer eso; pero que otros empiecen", lo cual en realidad significa que no amáis a vuestro hijo. No tenéis con vuestro hijo convivencia alguna, y por eso no veis la dificultad. Cuanto más irresponsables os volvéis, tanto más asume el Estado toda la responsabilidad; y el Estado son unos pocos, el partido de izquierda o de derecha. Vosotros mismos tenéis que llevar esto a cabo, porque estamos frente a una gran crisis; no una crisis verbal, ni política, ni económica, sino una crisis de degradación humana, de desintegración humana. La responsabilidad, por lo tanto, es vuestra: como padres, como madres, es preciso que os transforméis. Estas no son meras palabras a las que yo esté dando rienda suelta. Esta calamidad se la ve aproximarse muy cerca, peligrosamente, y aquí estamos sentados, y nada hacemos frente a ella; o, si algo hacemos, es recurrir a algún conductor y entregarle nuestro corazón. Es un hecho evidente que, cuando seguís a un líder, lo escogéis partiendo de

vuestra propia confusión, y por lo tanto el líder mismo está confuso. (Risas.) No lo toméis en broma, como observación sagaz; consideradlo, por favor, y ved lo que vosotros hacéis. Vosotros sois los responsables del espantoso horror a que hemos llegado, y no le hacéis frente. Os vais, y hacéis exactamente la misma cosa que hacíais ayer; y sentís que vuestra responsabilidad ha terminado cuando hacéis esa pregunta sobre educación, y le pasáis vuestro hijo a un maestro que le enseña y lo golpea. ¿No lo veis, acaso? A menos que améis a vuestra esposa, a vuestros hijos, y no los uséis como meros instrumentos o medios para vuestra propia satisfacción, a menos que esto os conmueva de veras, no hallaréis un modo conveniente de educar. Educar a vuestros hijos significa interesaros en el proceso total de la vida. Lo que vosotros pensáis, lo que hacéis y lo que decís, tiene infinita importancia, porque eso es lo que crea el medio ambiente, y el medio ambiente crea al niño.

Pregunta: El matrimonio es una parte necesaria de toda sociedad organizada, pero usted parece estar contra la institución del matrimonio. ¿Qué dice usted? Explique también, por favor, el problema del sexo. ¿Por qué ha llegado él a ser, después de la guerra, el problema más urgente de nuestros días?

KRISHNAMURTI: Hacer una pregunta es fácil, pero la dificultad está en examinar muy cuidadosamente el problema en sí, que contiene la respuesta. Para comprender este problema, debemos ver la enor-

midad de cosas que él implica. Eso es difícil, porque nuestro tiempo es muy limitado y tendré que ser breve; y si no seguís con mucha atención, tal vez no podréis comprender. Investiguemos el problema, no la respuesta, porque la respuesta está en el problema, no fuera de él. Cuanto más comprendo el problema, más claramente veo la respuesta. Si sólo buscáis una respuesta, no la hallaréis, porque habréis buscado una respuesta fuera del problema. Consideremos el matrimonio, pero no teóricamente o como un ideal, lo cual es más bien absurdo. No idealicemos el matrimonio; mirémoslo tal cual es, porque entonces podremos hacer algo al respecto. Si lo pintáis color de rosa, no podréis actuar; pero si lo consideráis y lo veis exactamente como es, entonces podréis tal vez actuar.

Ahora bien, ¿qué es lo que realmente ocurre? Cuando uno es joven, el impulso biológico, sexual, es muy fuerte, y para ponerle un límite tenéis la institución llamada matrimonio. Como el impulso biológico existe por ambas partes, os casáis y tenéis hijos. Os ligáis a un hombre o a una mujer por el resto de vuestra vida, y haciendo eso tenéis una fuente permanente de placer, una seguridad garantida, con el resultado de que empezáis a desintegraros; vivís en un ciclo de hábito, y el hábito es desintegración. Para comprender este impulso biológico, sexual, se requiere gran dosis de inteligencia; pero no se nos educa para ser inteligentes. Vamos tirando, simplemente, con un hombre o una mujer con quien tenemos que vivir. Me caso a los 20 ó a los 25 años, y tengo que pasar

el resto de mi vida con una mujer a la que no he conocido. Nada he sabido acerca de ella, y sin embargo me pedís que viva con ella durante el resto de mi existencia. ¿A eso le llamáis matrimonio? A medida que crezco en edad y observo, encuentro que ella es completamente diferente de mí. Sus intereses difieren de los míos; le interesan los clubs y a mí me interesa ser muy serio, o viceversa. Y sin embargo tenemos hijos; y eso es lo más extraordinario. Señores, no miréis a las señoras ni sonriáis; es vuestro problema. He establecido, pues, una relación cuyo significado no conozco. No lo he descubierto ni lo he comprendido.

Sólo para unos pocos —muy pocos— que aman, la relación matrimonial tiene significación; y entonces ella es indestructible, no es mero hábito o conveniencia, ni se basa en la necesidad biológica, sexual. En ese amor que es incondicional, las identidades se fusionan; y en una relación así hay remedio, hay esperanza. Mas para la mayoría de nosotros la relación matrimonial no es una fusión. Para fusionar las entidades separadas, es preciso conoceros a vosotros mismos; y ella tiene que conocerse a sí misma. Eso significa amar. Pero no hay amor, lo cual es un hecho obvio. El amor es lozano, nuevo; no es mera satisfacción, mero hábito. Es incondicional. A vuestro esposo o esposa no lo tratáis de ese modo, ¿verdad? Vosotros vivís en vuestro aislamiento, y ella en el suyo, y habéis establecido vuestros hábitos de placer sexual asegurado. ¿Qué le ocurre a un hombre que tiene una renta asegurada? Sufre deterioro, por cier-

to. ¿No lo habéis notado? Observad a un hombre que tiene una renta segura, y pronto veréis con cuánta rapidez su mente se marchita. Puede que tenga una gran posición, reputación de hombre astuto, pero la plena alegría de vivir se ha alejado de él.

De un modo análogo, tenéis en el matrimonio una fuente permanente de placer, un hábito sin comprensión, sin amor, y os veis forzados a vivir en ese estado. No os estoy diciendo lo que deberíais hacer; pero considerad primero el problema. ¿Créis que eso está bien? Ello no significa que debáis botar a vuestra esposa y seguir a alguna otra persona. ¿Qué significa esta relación? Lo cierto es que amar es estar en comunión con alguien; ¿pero estáis en comunión con vuestra esposa, excepto físicamente? ¿La conocéis, salvo en un sentido físico? ¿Os conoce ella a vosotros? ¿No estáis ambos aislados, cada cual persiguiendo sus propios intereses, ambiciones y necesidades, cada cual buscando en el otro satisfacción, seguridad económica o psicológica? Tal relación no es en absoluto convivencia; es mutuamente un proceso de autoencierro por necesidad psicológica, biológica y económica, y el resultado obvio es conflicto, desdicha, irritación, temor posesivo, celos, etc. ¿Creéis que semejante relación sea productora de algo, a no ser de criaturas feas y de una fea civilización? Lo importante, por lo tanto, es ver todo el proceso, no como cosa fea sino como hecho real que ocurre en vuestras propias barbas; y, comprendiendo eso, ¿qué habréis de hacer? No es posible que eso lo dejéis ahí, simplemente; pero como no deseáis examinarlo, os dedicáis a la

bebida, a la política, a una dama a la vuelta de la esquina, a cualquier cosa que os aleje del hogar y de esa irritante esposa o esposo; y creéis haber resuelto el problema. Esa es vuestra vida, ¿no es así? Algo tenéis que hacer al respecto, por consiguiente, lo que significa que debéis enfrentar el hecho; y ello implica romper, si es necesario. Porque, cuando un padre y una madre están constantemente altercando y peleándose, ¿creéis que eso no produce efecto en los niños? Y ya hemos considerado en la pregunta anterior, la educación de la infancia.

Así, pues, el matrimonio como hábito, como cultivo del placer habitual, es un factor de deterioro porque en el hábito no hay amor. El amor no es habitual; el amor es algo jubiloso, creativo, nuevo. El hábito, por lo tanto, es lo contrario del amor; pero estáis atrapados en el hábito, y, naturalmente, vuestra relación habitual con otra persona es cosa muerta. Volveremos nuevamente, pues, al problema fundamental, o sea que la reforma de la sociedad depende de vosotros, no de la legislación. La legislación sólo puede crear más hábito o conformidad. Vosotros, por consiguiente, como individuos responsables en la vida de relación, algo tenéis que hacer; tenéis que actuar, y sólo podéis actuar cuando se produce un despertar de vuestra mente y corazón. Veo que algunos de vosotros mueven afirmativamente la cabeza en señal de acuerdo conmigo; pero es un hecho evidente que no deseáis asumir la responsabilidad de la transformación, del cambio; no queréis hacer frente al trastorno de descubrir cómo se vive rectamente. Y así el

problema continúa, os peleáis y vais tirando, y finalmente morís; y cuando morís alguien llora, no por la otra persona, sino por su propia soledad. Continuáis sin cambio, y creéis que sois seres humanos capaces de legislar, de ocupar altas posiciones, de disertar acerca de Dios, de hallar un modo de detener las guerras, etc. Ninguna de esas cosas significa nada, porque no habéis resuelto ninguno de los problemas fundamentales.

Luego la otra parte del problema es el sexo, por qué el sexo ha llegado a ser tan importante. ¿Por qué ese impulso ha adquirido tanto dominio sobre vosotros? ¿Alguna vez lo habéis pensado detenidamente? No lo habéis pensado porque lo único que habéis hecho es ceder; no habéis investigado por qué existe este problema. ¿Por qué, señores, existe este problema? ¿Y qué ocurre cuando os las habéis con él, reprimiéndolo completamente? Me refiero al ideal del "brahmacharya", etc. ¿Qué sucede? Él sigue existiendo. Os sentís ofendidos por quienquiera os hable de una mujer, y creéis que podéis tener buen éxito en la completa represión del impulso sexual en vosotros mismos, resolviendo de ese modo el problema; pero él os causa obsesión. Es como vivir en una casa y poner todas vuestras cosas feas en una habitación; pero ellas siguen ahí. De suerte que la disciplina no habrá de resolver este problema –y la disciplina es sublimación, represión, substitución– porque ya la habéis ensayado, y esa no es la solución. ¿Cuál es, pues, la solución? La solución consiste en comprender el

problema, y el comprender no es condenar ni justificar. Considerémoslo entonces, de esa manera.

¿Por qué ha llegado el sexo a ser un problema tan importante en vuestra vida? ¿No es el acto sexual, la sensación, una manera de olvidarse de uno mismo? ¿Comprendéis lo que quiero decir? En ese acto hay fusión completa; en ese instante hay completa cesación de todo conflicto; os sentís supremamente felices porque ya no sentís la necesidad como ente separado, y el temor ya no os consume. Es decir, durante un instante ha terminado la conciencia del "yo", y sentís la claridad del autoolvido, el júbilo de la propia abnegación. De suerte que el sexo ha cobrado importancia porque en toda otra dirección hacéis una vida de conflicto, de autoengrandecimiento y de frustración. Considerad, señores, vuestra vida política, social, religiosa: os esforzáis por llegar a ser algo. En lo político deseáis ser alguien, ser poderosos, tener posición y prestigio. No miréis a otras personas, no miréis a los ministros. Si todo eso se os diera, haríais la misma cosa. En lo político, pues, os esforzáis por llegar a ser alguien, agrandáis vuestra personalidad, ¿no es así? Por eso engendráis conflicto; no hay abnegación, negación del "yo". Por el contrario, hay acentuación del "yo". El mismo proceso se desarrolla en vuestra relación con las cosas, o sea en la propiedad de los bienes, y asimismo en la religión que profesáis. En lo que hacéis, en vuestras prácticas religiosas, no hay sentido alguno. Os limitáis a creer; os apegáis a los rótulos, a las palabras. Si lo observáis, veréis que tampoco en eso estáis libres de

la conciencia del "yo" como centro. Aunque vuestra religión diga "olvidaos de vosotros mismos", vuestro proceso es precisamente la afirmación de vosotros mismos; seguís siendo la entidad importante. Puede que leáis el Gita o la Biblia, mas no dejáis de ser ministros, explotadores, vampiros del pueblo y constructores de templos.

Así, pues, en todo terreno y en toda actividad, os dais rienda suelta y ponéis énfasis en vosotros mismos, en vuestra importancia, vuestro prestigio, vuestra seguridad. Hay una sola fuente, por lo tanto, de olvido de uno mismo, y ella es el sexo; y es por eso que la mujer o el hombre adquiere para vosotros suprema importancia, y por eso tenéis que poseer. Edificáis, pues, una sociedad que hace valer esa posesión, que os garantiza esa posesión; y es natural que el sexo llegue a ser el problema de suprema importancia, cuando por doquiera es el "yo" la cosa importante. ¿Y vosotros creéis, señores, que se pueda vivir en ese estado sin contradicción, sin miserias, sin frustración? Mas cuando honesta y sinceramente no hay acentuación del "yo", ya sea en la religión o en la actividad social, el sexo tiene muy poco significado. Es porque tenéis miedo de ser como la nada en lo político, en lo social, en lo religioso, que el sexo llega a ser un problema. Pero si en todas esas cosas os permitiérais a vosotros mismos disminuir, ser lo menos, veríais que el sexo no llega en modo alguno a ser un problema.

Sólo hay castidad cuando hay amor. Habiendo amor, el problema del sexo termina; y, sin amor, per-

seguir el ideal del "brahmacharya" es un absurdo porque el ideal es irreal. Lo real es lo que vosotros sois; y si no comprendéis vuestra propia mente, el funcionamiento de vuestra mente, no comprenderéis el sexo, porque el sexo es cosa de la mente. El problema no es sencillo. No requiere meras prácticas creadoras de hábito, sino tremendo pensamiento e investigación de vuestras relaciones con las personas, con los bienes y con las ideas. Ello significa, señor, que usted tiene que pasar por una tenaz exploración de su corazón y de su mente, produciendo con ello una transformación dentro de sí mismo. El amor es casto; y, cuando hay amor, no la mera idea de la castidad creada por la mente, entonces el sexo no es un problema y tiene un sentido del todo diferente.

Pregunta: El "gurú", en mi opinión, es alguien que me despierta a la verdad, a la realidad. ¿Qué hay de malo en que yo recurra a tal "gurú"?

KRISHNAMURTI: Surge esta cuestión porque yo he dicho que los "gurús" son un impedimento para la verdad. No digáis que vosotros estáis equivocados o yo en lo cierto, o que yo no tengo razón y vosotros la tenéis. Examinemos el problema, en cambio, y descubramos. Indaguemos como gente madura, reflexiva, sin negar ni justificar.

¿Qué es más importante, el "gurú" o vosotros? ¿Y por qué recurrís a un "gurú"? Decís que "para despertar a la verdad". ¿Recurrís realmente a un "gurú" para que os despierte a la verdad? Pensemos bien esto,

con mucha claridad. Cuando recurrís a un "gurú", lo cierto es que en realidad buscáis satisfacción. Es decir, tenéis un problema y vuestra vida es un desorden, se halla en confusión; y, como queréis escapar a ese estado, recurrís a alguien que llamáis "gurú" para hallar verbalmente consuelo o esquivar una ideación. Ese es el proceso efectivo, y a ese proceso le llamáis "buscar la verdad". Es decir, deseáis consuelo, satisfacción, queréis que alguien disipe vuestra confusión: y a la persona que os ayuda a hallar evasiones la llamáis "gurú". Realmente, no en teoría, esperáis de un "gurú" que os asegure lo que deseáis. Andáis a la caza de "gurús" como andáis de tiendas mirando vidrieras: veis lo que más os conviene, y luego lo compráis. Esta es la situación en la India: andáis rondando a la caza de "gurús", y cuando encontráis uno, no le soltáis los pies, o el cuello, o la mano, hasta que os satisfaga. Tocar los pies de un hombre: ésa es una de las cosas más extraordinarias: tocáis los pies del "gurú" y golpeáis a vuestros sirvientes, con lo cual destruís seres humanos y perdéis significación humana. Recurrís, pues, a un "gurú" para hallar satisfacción, no la verdad. La idea podrá ser que él debiera despertaros a la verdad, pero el hecho real es que halláis consuelo. ¿Por qué? Porque decís "no puedo resolver mi problema; alguien tiene que ayudarme". ¿Puede alguien ayudaros a resolver la confusión que vosotros habéis creado? ¿Qué es la confusión? ¿Confusión con relación a qué, sufrimiento con respecto a qué? La confusión y el sufrimiento existen en vuestra relación con las cosas, las personas y las ideas; y si no podéis comprender

esa confusión que habéis creado, ¿cómo puede otra persona ayudaros? Ella puede deciros qué habéis de hacer, pero vosotros mismos debéis hacerlo, es vuestra propia responsabilidad; y como no estáis dispuestos a asumir esa responsabilidad, acudís a hurtadillas al "gurú" —ésa es la expresión justa que hay que emplear, "acudir a hurtadillas", y creéis haber resuelto el problema. Por el contrario, no lo habéis resuelto en modo alguno; os habéis evadido, pero el problema sigue ahí. Y —cosa extraña— siempre escogéis un "gurú" que os asegure lo que deseáis; de suerte que no buscáis la verdad, y por lo tanto el "gurú" no tiene importancia. En realidad buscáis a alguien que os satisfaga en vuestros deseos; es por eso que forjáis un líder, religioso o político, y os entregáis a él, y por eso es que aceptáis su autoridad. La autoridad es un mal, sea ella religiosa o política, porque hace del líder y su posición lo importante, mientras vosotros carecéis de importancia. Sois seres humanos con penas, dolores, sufrimiento, alegría, y cuando os negáis a vosotros mismos y os entregáis a alguien, negáis la realidad; porque es tan sólo a través de vosotros mismos que podéis hallar la realidad, no a través de alguna otra persona.

Ahora bien, vosotros decís que aceptáis a un "gurú" como a alguien que os despierta a la realidad. Averigüemos si es posible que otra persona os despierte a la realidad. Espero que entendáis todo esto, porque se trata de vuestro problema, no del mío. Averigüemos la verdad acerca de si otro puede des-

pertaros a la realidad. ¿Puedo yo, que he estado hablando durante hora y media, despertaros a la realidad, a aquello que es real? El término "gurú" implica —¿no es así?— un hombre que os conduce a la verdad, a la felicidad, a la eterna bienaventuranza. ¿Es la verdad una cosa estática a la que alguien pueda conduciros? Alguien puede dirigiros hacia la estación. ¿La verdad es así, estática, algo permanente a lo cual podáis ser conducidos? Sólo es estática cuando la creáis con vuestro deseo de consuelo. Pero la verdad no es estática; nadie puede conduciros a la verdad. Cuidáos de quien diga que puede conduciros a la verdad, porque eso no es cierto. La verdad es algo desconocido de instante en instante; no puede ser capturada por la mente, no puede ser formulada, no tiene dónde detenerse. Nadie, por lo tanto, puede conduciros a la verdad. Vosotros me preguntáis: "¿Por qué habla usted aquí?" Lo único que hago es señalaros lo que *es* y cómo comprender lo que *es* tal como es, no como debiera ser. Yo no hablo del ideal sino de algo que en realidad está frente mismo a vosotros; y a vosotros os incumbe mirar y verlo. Vosotros, por consiguiente, sois más importante que yo, más importantes que cualquier instructor, que cualquier salvador, que cualquier "slogan", que cualquier creencia; porque la verdad podéis hallarla tan sólo a través de vosotros mismos, no por intermedio de otro. Cuando repetís la verdad de otro, es una mentira. La verdad no puede ser repetida. Todo lo que podéis hacer es ver el problema tal cual es, y no escapar. Cuando veis la cosa

tal como es realmente, empezáis a despertar; pero no cuando otro os compele. No hay otro salvador que vosotros mismos. Cuando tenéis la intención y la atención de mirar directamente lo que *es,* entonces vuestra atención misma os despierta, porque en la atención está todo involucrado. Para prestar atención, debéis ser adictos a lo que *es,* y para comprender lo que *es,* es preciso que lo conozcáis. Por lo tanto debéis mirar, observar, dedicarle vuestra atención indivisa, pues todas las cosas están contenidas en esa plena atención que dedicáis a lo que *es.*

El "gurú", pues, no puede despertaros; todo lo que puede hacer es señalar lo que *es.* La verdad no es cosa que pueda ser atrapada por la mente. El "gurú" puede daros palabras, puede daros una explicación, los símbolos de la mente; pero el símbolo no es lo real, y si estáis atrapados en el símbolo, nunca hallaréis el camino. Lo importante, por consiguiente, no es el instructor, ni el símbolo, ni la explicación, sino vosotros que buscáis la verdad. Buscar correctamente es prestar atención, no a Dios ni a la verdad, puesto que no la conocéis, sino al problema de vuestra relación con vuestra esposa, con vuestros hijos, con vuestro vecino. Cuando establecéis relaciones justas, entonces amáis la verdad; pues la verdad no es algo que pueda comprarse, la verdad no puede surgir mediante la propia inmolación ni repitiendo "mantras". La verdad sólo adviene cuando hay conocimiento propio. El conocimiento propio trae comprensión, y cuando hay comprensión no hay problemas. Cuan-

do no hay problemas, la mente está quieta, ya no se halla atrapada en sus propias creaciones. Cuando la mente no engendra problemas, cuando comprende cada problema de inmediato, a medida que surge, entonces ella está totalmente en silencio, no reducida al silencio. Este proceso total es la alerta percepción, y él produce un estado de imperturbable tranquilidad que no proviene de ninguna disciplina, de ningún ejercicio ni control, sino que es el resultado natural de la comprensión de todo problema a medida que surge. Los problemas sólo surgen en la interrelación; y cuando uno comprende la propia relación con las cosas, con las personas y con las ideas, en la mente no hay perturbación de ninguna especie, y el proceso del pensamiento está en silencio. En ese estado no hay pensador ni pensamiento, no hay observador ni cosa observada. El pensador cesa, por lo tanto, y entonces la mente ya no está atrapada en el tiempo, y cuando el tiempo no existe, adviene lo atemporal. Pero en lo atemporal no se puede pensar. La mente, que es producto del tiempo, no puede pensar en aquello que es atemporal. El pensamiento no puede concebir ni formular aquello que está más allá del pensamiento. Cuando lo hace, su formulación sigue siendo parte del pensamiento. La eternidad, por lo tanto, no es cosa de la mente; la eternidad adviene tan sólo cuando hay amor, pues el amor en sí mismo es eterno. El amor no es algo abstracto en que haya de pensarse; el amor sólo se ha de encontrar en la convivencia con vuestra esposa, con vuestros hijos,

con el prójimo. Cuando conocéis ese amor que es incondicional, que no es producto de la mente, entonces la realidad surge; y ese estado es bienaventuranza completa.

Diciembre 19 de 1948.

DISCURSO RADIODIFUNDIDO POR LA ESTACIÓN ALL-INDIA DE NEW DELHI

El mundo se halla en estado de confusión y de desdicha, y toda nación, la India inclusive, busca cómo salir de este conflicto, de este dolor en aumento. Si bien la India ha logrado la llamada "libertad", ella está atrapada en la baraúnda de la explotación, como todo otro pueblo. Los antagonismos de comunidades y de casta abundan, y aunque no se halle tan avanzada como el Occidente en materia tecnológica, a ella también se le plantean, como al resto del mundo, problemas que ningún político, ningún economista o reformador, por grande que sea, es capaz de resolver. Parece hallarse tan completamente abrumada por los problemas inesperados que se le plantean, que está dispuesta a sacrificar, para fines inmediatos, los valores esenciales y la comprensión cumulativa de la lucha del hombre. La India está entregando su corazón a la pompa resplandeciente y fascinadora del Estado moderno. Esto, por cierto, no es libertad.

El problema de la India es el problema del mundo, y esperar del mundo, simplemente, la solución de su problema, es eludir la comprensión del problema en sí. Aunque en épocas antiguas la India haya sido una fuente de gran acción, el limitarse a contemplar ese pasado, a respirar el aire muerto de cosas que fueron, no trae comprensión creativa del presente. Hasta que comprendamos este doloroso presente, no podrá tener solución ningún problema humano; y la mera evasión hacia el pasado o el futuro resulta totalmente vana.

La crisis actual, que, como es obvio, no tiene precedente, reclama un enfoque enteramente nuevo del problema de nuestra existencia. A través del mundo el hombre se ve frustrado, sumido en el dolor, pues todas las vías por las cuales ha buscado satisfacción le han fallado. Hasta ahora, el diagnóstico y el remedio de este problema han sido librados a los especialistas, y toda especialización niega la acción integrada. Hemos dividido la vida en secciones, cada cual con su propio experto; y a esos expertos les hemos entregado nuestra vida para que la plasmen conforme al molde de su elección. Hemos perdido, por lo tanto, todo sentido de la responsabilidad individual, y esta irresponsabilidad es la negación de la confianza en uno mismo. La falta de confianza en uno mismo es el resultado del miedo, y ese miedo tratamos de encubrirlo mediante la llamada "acción colectiva", o la busca de resultados inmediatos, o sacrificando el presente por una utopía futura. La confianza viene con la acción plenamente pensada y sentida.

Como nos hemos permitido volvernos irresponsables, hemos engendrado confusión; y a causa de nuestra confusión hemos escogido dirigentes que se hallan ellos mismos confusos. Esto ha conducido a la desesperación, a una frustración profunda y dolorosa; ha vaciado nuestro corazón, que no responde con ahinco y prontitud, y por eso jamás encontramos un nuevo enfoque para nuestros problemas. Lo único que parecemos capaces de hacer, desgraciadamente, es seguir a algún líder, viejo o nuevo, que promete llevarnos a otro mundo de esperanza. En vez de comprender nuestra propia irresponsabilidad, recurrimos a alguna ideología o alguna actividad social fácil de reconocer. Requiere inteligencia el percibir claramente que el problema de la existencia es la interrelación, la cual ha de ser abordada de un modo directo y simple. Como no comprendemos la interrelación, ya sea con uno o con muchos, esperamos del experto la solución de nuestros problemas; pero es vano confiar en los especialistas, puesto que ellos sólo pueden pensar dentro del molde de su condicionamiento. La solución de esta crisis, vosotros y yo debemos esperarla de nosotros mismos —no como Oriente u Occidente, con una cultura especialmente nuestra— sino como seres humanos.

Ahora nos vemos desafiados por la guerra, la raza y la clase, y por la tecnología; y si nuestra respuesta a ese reto no es creativamente adecuada, habremos de enfrentar mayor desastre y mayor aflicción. Nuestra verdadera dificultad es la de estar tan condicionados por nuestra perspectiva oriental u occidental, o por alguna ideología artera, que casi nos resulta imposible

pensar en el problema de un modo nuevo. Sois ingleses, indios, rusos o americanos; y tratáis de responder a este reto de acuerdo a la norma en que se os ha educado. Pero a estos problemas *no se les puede* hacer frente en forma adecuada mientras vosotros no estéis libres de vuestro "trasfondo" o ideología nacional, social y política; jamás podrán ser resueltos de acuerdo a ningún sistema, sea él de izquierda o de derecha. Los muchos problemas humanos pueden ser resueltos tan sólo cuando vosotros y yo comprendemos nuestra relación de unos con otros y con lo colectivo, o sea la sociedad. Nada puede vivir en el aislamiento. Ser, es estar relacionado; y es porque rehusamos ver esa verdad que nuestra interrelación está cargada de conflicto y de dolor. Hemos esquivado el reto, evadiéndonos hacia la abstracción llamada "masa". Esta evasión no tiene significado verdadero, pues la masa somos vosotros y yo. Resulta falaz pensar en términos de "masa" puesto que la masa sois vosotros mismos en relación unos con otros; y si esa relación no la comprendéis, os convertís en entes amorfos explotados por el político, el sacerdote y el experto.

La guerra ideológica que se desarrolla en la época actual, tiene sus raices en la confusión que existe en vuestra relación con los demás. Es obvio que la guerra es la expresión espectacular y sangrienta de nuestra vida diaria. Creáis una sociedad que os representa, y vuestros gobiernos son el reflejo de vuestra confusión y falta de integración. No dándoos cuenta de esto, procuráis resolver el problema de la guerra en el nivel económico o ideológico tan sólo. La guerra existirá mientras haya

Estados nacionalistas con sus gobiernos soberanos y sus fronteras. La reunión de los diversos representantes nacionales en torno a una mesa, en modo alguno terminará con la guerra; ¿pues cómo puede haber buena voluntad mientras os aferréis a los dogmas organizados llamados "religión", mientras sigáis siendo nacionalistas, con ideologías particulares que se apoyan en gobiernos soberanos plenamente armados? Hasta que veáis estas cosas como un estorbo para la paz y comprendáis su falsedad cultivada, no es posible estar libre de conflicto, confusión y antagonismo. Por el contrario: cualquier cosa que digáis o hagáis contribuirá directamente a la guerra.

Las divisiones raciales y de clase que están destruyendo al hombre, provienen del deseo de estar en seguridad. Ahora bien, cualquier género de seguridad, salvo la fisiológica, es realmente inseguridad. Esto es, el perseguir la seguridad psicológica destruye la seguridad física; y mientras busquemos seguridad psicológica —lo cual crea una sociedad adquisitiva— las necesidades del hombre jamás podrán organizarse de un modo sano y eficaz. La organización efectiva de las necesidades del hombre es la función real de la tecnología; mas cuando ella se utiliza para nuestra seguridad psicológica, la tecnología se convierte en una maldición. El conocimiento tecnológico está destinado al uso del hombre, pero cuando los medios han perdido su verdadera significación y son mal aplicados, manejan al hombre: la máquina se convierte en amo.

En esta civilización del presente, la felicidad del hombre está perdida porque se hace uso del conoci-

miento técnico para la glorificación psicológica del poder. El poder es la nueva religión con sus ideologías nacionales y políticas; y esta nueva religión —el culto del Estado— tiene sus propios dogmas, sacerdotes e inquisiciones. En este proceso, niégase completamente la libertad y la felicidad del hombre, pues los medios han llegado a ser un modo de diferir el fin. Pero los medios son el fin; ambos son inseparables, y es porque los hemos separado que engendramos contradicción entre los medios y el fin.

Mientras utilicemos el conocimiento técnico para el ascenso y la glorificación del individuo o del grupo, las necesidades del hombre jamás serán organizadas sana y eficazmente. Es ese deseo de seguridad psicológica mediante el progreso técnico, que está destruyendo la seguridad física del hombre.

Hay suficiente conocimiento científico para alimentar, vestir y albergar al hombre; pero se niega el uso apropiado de ese conocimiento mientras haya nacionalidades separadas, con sus gobiernos soberanos y sus fronteras, lo cual a su vez suscita luchas raciales y de clase. Vosotros, pues, sois responsables de que continúe este conflicto del hombre con el hombre. Mientras vosotros, individuos, seáis nacionalistas y patrióticos, mientras os aferréis a ideologías políticas y sociales, seréis responsables de la guerra, porque vuestra relación con los demás sólo puede engendrar confusión y antagonismo. Ver lo falso como falso es el principio de la sabiduría, y esta verdad es lo único que puede traeros felicidad, a vosotros y de tal suerte al mundo.

Así como sois responsables de la guerra, debéis ser

responsables de la paz. Los que sienten creativamente esta responsabilidad, deben primero libertarse psicológicamente a sí mismos de las causas de guerra, y no simplemente lanzarse a organizar grupos políticos para la paz, lo cual sólo engendrará mayor división y oposición.

La paz no es una idea opuesta a la guerra. La paz es un modo de vida; pues sólo puede haber paz cuando se comprende el vivir de cada día. Tan sólo este modo de vida puede eficazmente hacer frente al reto de la guerra, de la clase, del progreso tecnológico siempre creciente. Este modo de vida no es el del intelecto. A todos nosotros el culto del intelecto en oposición a la vida nos ha llevado a la frustración actual, con sus innumerables evasiones. Éstas han llegado a ser mucho más importantes que la comprensión del problema mismo. La crisis del presente se ha producido por causa del culto del intelecto, y es el intelecto el que ha dividido la vida en una serie de acciones opuestas y contradictorias; es el intelecto el que ha negado el factor de unificación que es el amor. El intelecto ha llenado con las cosas de la mente el corazón vacío; y sólo cuando la mente se da cuenta de su propio razonar y es capaz de ir más allá de sí misma, puede haber enriquecimiento del corazón. Y sólo el enriquecimiento incorruptible del corazón puede traer la paz a este mundo insensato y batallador.

Noviembre 6 de 1948.

ÍNDICE

CONFERENCIAS PRONUNCIADAS EN POONA (INDIA) AÑO 1948

PÁG.

PÁG.

GLOSARIO

Atman: Espíritu universal. El alma suprema.

Bhagavad-Gîtâ: Literalmente "El Canto del Señor". Es un episodio del *Mahâbharata,* el gran poema épico de la India.

Brama: El ser supremo, lo absoluto, la suprema divinidad, el espíritu universal y eterno. El principio creador del universo.

Ghandhiji: Nombre del Mahatma Gandhi, en su expresión familiar y religiosa.

Gurú: Instructor espiritual; maestro o preceptor religioso, cualquier persona venerable.

Japam: Musitar entre dientes oraciones, repitiendo en tono de susurro pasajes de las escrituras.

Karma: Físicamente acción, metafísicamente la ley de retribución, de causa-efecto o causación.

Karma-Yoga: Devoción por medio de las obras. Sendero de acción.

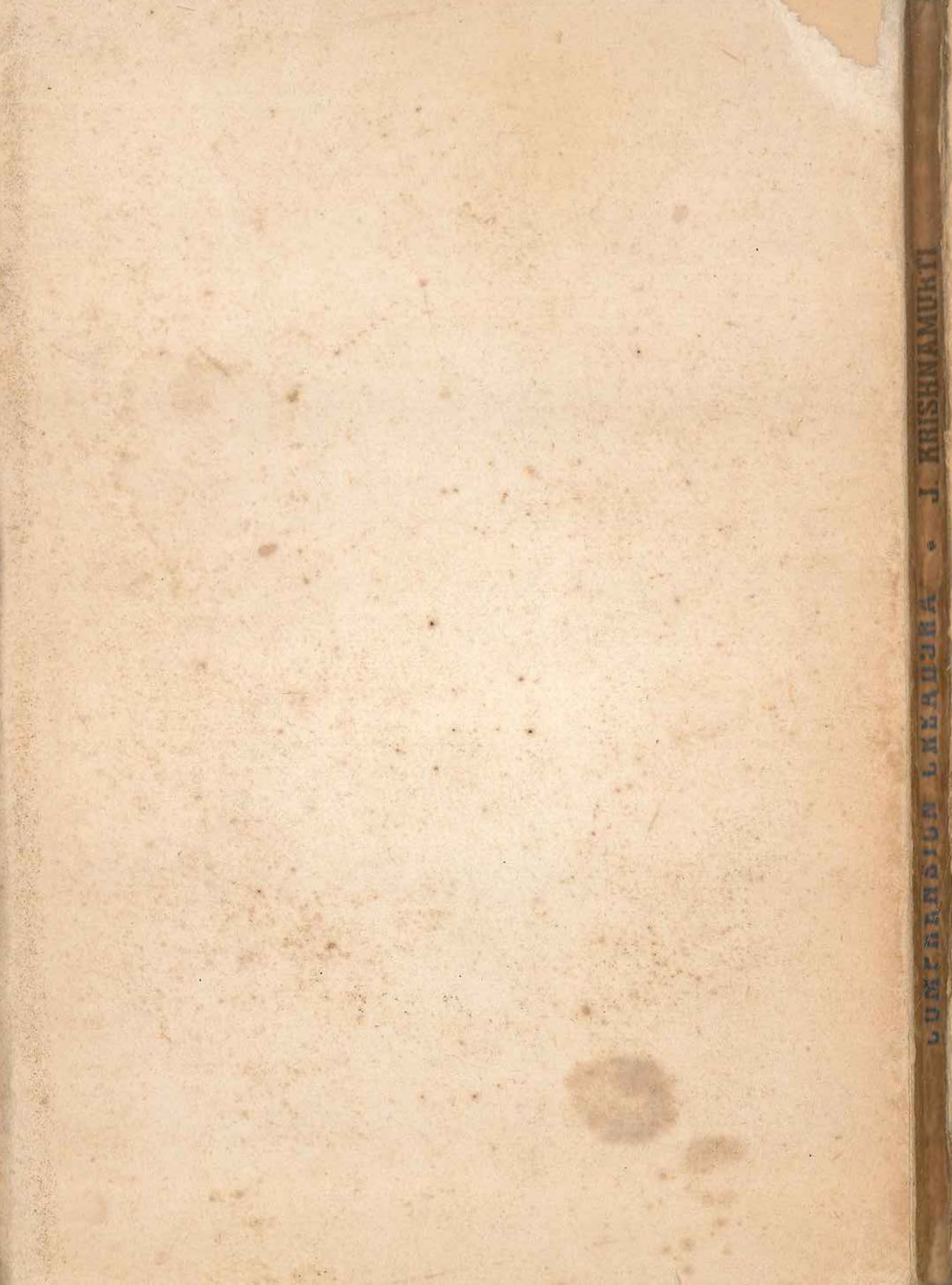
Krishna: Octava encarnación avatara de Vishnú; el "Salvador" y el dios más popular de los hindúes.

Mahâtma: "Gran Alma". Un ser de elevadísima espiritualidad.

Mantras: Versos de las obras védicas usadas como encantamientos.

Pûjâ: Servicio devocional en honor de una divinidad; adoración, fiesta religiosa.

Sârî: El traje típico de la mujer hindú.


J. KRISHNAMURTI